3-2-2017

Spanish and Cuban Politicians, Publicists and Reporters facing the Cuban Crisis at the End of the Nineteenth Century

Maria Aparicio-Torres

Florida International University, mapar006@fiu.edu

DOI: 10.25148/etd.FIDC001813

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.fiu.edu/etd>

Part of the [Latin American Literature Commons](#), [Political History Commons](#), and the [Spanish Literature Commons](#)

Recommended Citation

Aparicio-Torres, Maria, "Spanish and Cuban Politicians, Publicists and Reporters facing the Cuban Crisis at the End of the Nineteenth Century" (2017). *FIU Electronic Theses and Dissertations*. 3168.
<https://digitalcommons.fiu.edu/etd/3168>

This work is brought to you for free and open access by the University Graduate School at FIU Digital Commons. It has been accepted for inclusion in FIU Electronic Theses and Dissertations by an authorized administrator of FIU Digital Commons. For more information, please contact dcc@fiu.edu.

FLORIDA INTERNATIONAL UNIVERSITY

Miami, Florida

SPANISH AND CUBAN POLITICIANS, PUBLICISTS AND REPORTERS FACING
THE CUBAN CRISIS AT THE END OF THE NINETEENTH CENTURY

A dissertation submitted in partial fulfillment of

the requirements for the degree of

DOCTOR OF PHILOSOPHY

in

SPANISH

by

Maria Aparicio-Torres

2017

To: Dean John F. Stack, Jr.

Steven J. Green School of International and Public Affairs

This dissertation, written by María Aparicio-Torres, and entitled Spanish and Cuban Politicians, Publicists and Reporters facing the Cuban Crisis at the End of the Nineteenth Century, having been approved in respect to style and intellectual content, is referred to you for judgment.

We have read this dissertation and recommended that it be approved.

Renee Silverman

Santiago Juan-Navarro

Felix Martin

Joan Torres-Pou, Major Professor

Date of Defense: March 2, 2017

The dissertation of María Aparicio-Torres is approved.

Dean John F. Stack, Jr.
Steven J. Green School of International and Public Affairs

Andrés G. Gil
Vice President for Research and Economic Development
and Dean of the University Graduate School

Florida International University, 2017

ACKNOWLEDGMENTS

I would like to acknowledge everyone who played a role in my academic accomplishments and helped make my dream come true.

First of all, my parents, who supported me with love and understanding. Without you, I could never have reached this level of success.

Secondly, my mentor Dr. Torres-Pou for his wisdom and devotion. Additionally, I wish to thank each my committee members, who have provided patient advice and guidance throughout the research process.

Thirdly, to Mike, the love of my life, for his patient and encouragement and for pushing me farther than I thought I could go.

ABSTRACT OF THE DISSERTATION
SPANISH AND CUBAN POLITICIANS, PUBLICISTS AND REPORTERS FACING
THE CUBAN CRISIS AT THE END OF THE NINETEENTH CENTURY

by

María Aparicio-Torres

Florida International University, 2017

Miami, Florida

Professor Joan Torres-Pou, Major Professor

In my dissertation, I study a selection of little known Spanish and Cuban texts published during the Cuban War of Independence at the end of the 19th century. In this project, I provide a transatlantic approach of literary texts in various genres and subgenres, and political messages exchanged between Cuba and Spain, which have been neglected by scholars in the field.

By analyzing the emergence of a colonial discourse in the works of novelists, politicians and thinkers who wrote about the Cuban-Spanish confrontation, I establish their ambiguous and frequently contradictory colonial messages. In doing so, this dissertation furthers our understanding of the complexities of the political moment as well as the interest and ideals that ignited the conflict.

The study is of great relevance in view of the recent agreements between the United States and Cuba. The relations between the two countries are evolving in a way that was unthinkable at the beginning of the 20th century. Furthermore, secessionist feelings within the Spanish nation are reemerging and similar allegations and demands that brought Cuba to independence are in place. For all these reasons, it is necessary revisiting and comprehending the complex and, frequently contradictory, discourses that

emerged in a moment, which was determinant for the development and future political attitudes of the three nations involved.

TABLE OF CONTENTS

CHAPTER	PAGE
Introducción.....	7
Capítulo I.....	40
1.1. El discurso colonial en los informes y los artículos sobre Cuba de Juan Valera.....	40
1.2. Emilia Pardo Bazán: testigo de un discurso colonial sin futuro.....	59
Capítulo II.....	91
2.1. Pi y Margall: de la autonomía a la independencia de Cuba.....	91
2.2. Blasco Ibáñez: Tribuno de la plebe.....	109
Capítulo III.....	131
3.1. Eduardo López Bago: "El Separatista", una novela naturalista sobre la cuestión cubana.....	131
3.2. Ramón Meza: "Mi tío el empleado", la postura de un criollo ante el colonialismo en Cuba.....	162
Capítulo IV.....	196
4.1. Eugenio María de Hostos: La Peregrinación de un patriota.....	196

4.2. José Martí: apóstol de la descolonización de Cuba.....	229
Conclusión.....	267
Notas.....	272
Obras citadas.....	291
VITAE.....	299

Introducción

España desempeñó un papel muy secundario en la Conferencia de Berlín (1884-1885), reunida para organizar el reparto de influencia colonial respecto de África por parte de las grandes potencias europeas del momento. Se le adjudicaron unos territorios de menor importancia en el norte del continente y el golfo de Guinea, donde estaba asentada desde más de un siglo antes. La nación que no disponía de colonias no contaba demasiado en el concierto internacional. Por este motivo, España, que había perdido la inmensa mayoría de su imperio colonial a principios del siglo XIX, estaba muy interesada en no perder lo que todavía estaba bajo su dominio, especialmente Cuba, Puerto Rico y Filipinas. El objetivo de esta tesis es presentar distintos aspectos del discurso colonial y anticolonial al caso concreto de Cuba, tal como se desprende de escritores e intelectuales tanto españoles como cubanos. Para enmarcarlo, en esta introducción se hace un recorrido por las corrientes a favor y en contra del mantenimiento del estatus colonial de la Isla tanto en ella como en la propia metrópoli. Finalmente, en el último apartado de esta investigación se expone la situación en que ambas se encontraban respecto del discurso colonial una vez que Cuba accedió a constituirse, hasta cierto punto, como nación independiente. La tesis que pretendo demostrar, después de poner de manifiesto el pensamiento de los diversos escritores respecto de su discurso colonial o anticolonial, es la de que ni España, la anterior metrópoli, renunció a seguir siendo un estado colonial a pesar de la pérdida de aquellas colonias, ni Cuba pudo decir de sí misma que había abandonado esenciales rasgos coloniales en su nuevo estatus de república independiente.

Metrópoli y ex-colonia, partiendo de posiciones distintas, repetían situaciones, visiones políticas y comportamientos que anteriormente tenían.

De los dos sistemas coloniales más conocidos, el asimilista y el autonomista, España había adoptado el primero ya antes del siglo XIX. El segundo partía de un principio: el respeto al desarrollo de la colonia, por ello le otorgaba la gestión de sus negocios y un desarrollo notable en derechos políticos, reservándose la metrópoli la dirección superior en las relaciones que aquella pudiera establecer. El primer sistema fusionaba los elementos políticos y sociales de la metrópoli con los de la colonia, extendiendo a ambas un mismo concepto de nacionalidad que se sustentaba en un sistema centralizado, llevando a las colonias sus propias instituciones; de ellas recibía una representación en los órganos parlamentarios metropolitanos. Se excluía así la vía del autonomismo que conduciría en un último estadio a la creación de una unidad política independiente. Todo colonialismo, el asimilista y el autonomista tienen, en todo caso, un carácter de explotación. En este contexto, el discurso colonial de España respecto de Cuba ni llevó hasta sus últimas consecuencias la asimilación, al no gobernar la colonia con las mismas leyes que España antes y durante la Restauración se había dado a sí misma, ni puso en práctica las exigencias del autonomismo, a no ser en el último momento, cuando el rumbo de los acontecimientos había empezado a recorrer el camino sin retorno de la independencia de la colonia.¹

Se puede decir que la España del siglo XIX pretendió relacionarse con Cuba según los postulados del *pacto colonial*. Esta relación implicaba una serie de cláusulas favorables a la metrópoli como eran: asegurarse el monopolio de la producción de la

colonia que resultara valiosa y exigirla además el consumo de los artículos provenientes de la metrópoli; en realidad la prohibición de exportar mercancías a terceros apenas se pudo aplicar, pues Cuba, dada su cercanía, mantuvo un alto índice de exportación a su vecino del Norte. Por otra parte, los intentos de adaptación de España a prácticas coloniales como las de Inglaterra, careció de los instrumentos necesarios para una explotación colonial con perspectivas de éxito, pues no disponía del tejido industrial con iniciativa y con capital financiero necesario para sustentarlo. España se incorporó tardíamente a la revolución industrial y se apoyaba casi exclusivamente en el sector primario. Además, adolecía de la falta de un entrenado cuerpo administrativo con la suficiente preparación y sentido de la honradez, que hiciera posible una eficaz y eficiente explotación colonial. El profesor Roberto Mesa Garrido (1935-2004), al analizar el colonialismo español, abunda en este diagnóstico y concluye que el sistema era inadecuado para cumplir los fines que se podían esperar a pesar de que: “una minoría rectora conocía perfectamente los medios ideales óptimos capacitadores de una auténtica empresa colonial; no obstante, se carecía del elemento fundamental: el desarrollo social y económico de la metrópoli” (49). A lo anterior se unieron otras causas externas bien conocidas, como la intervención militar de un tercero y la falta de apoyo diplomático europeo; todo ello que dio como resultado la pérdida de las posesiones de ultramar. Ahora bien, España no abandonó sus pretensiones coloniales y encontró como vía de salida un sucedáneo de colonia al embarcarse en la aventura de Marruecos, camino que estaba trazado desde antes de aquellos acontecimientos.

La oposición al colonialismo que España practicaba en Cuba aparece en parte oculta en la postura contra la guerra, a la que se fue con el objetivo de mantener sujeta la colonia a la metrópoli por la fuerza. Los argumentos esgrimidos para oponerse al enfrentamiento bélico expresaban claramente un discurso anticolonial, que una serie de individualidades y de grupos sociales esgrimieron en su confrontación y crítica de la manera en que la clase política y la élite dominante, tanto en España como en Cuba, pretendían mantener el estatus colonial. Junto con el rechazo al conflicto armado, tanto con los independentistas como contra la intervención norteamericana, se enarbolaba la bandera de la denuncia de una injusticia: la de que la mayoría de la tropa española se veía obligada a ir a la guerra porque no podía conseguir su exención mediante la redención en metálico, que entonces alcanzaba la cantidad de 2.000 pesetas.² Esta desigualdad a la hora de organizar la recluta de nuevos soldados fue interpretada por el naciente movimiento obrero, liderado por socialistas y anarquistas, como una muestra más del antagonismo entre las clases sociales. Era la burguesía como clase la que tenía intereses económicos en Cuba y no los proletarios ni los jornaleros del campo, que carecían de motivaciones para defender la continuidad de unas relaciones coloniales que no les reportaban beneficio directo. Por eso negaban que la contienda tuviese carácter nacional. Los anarquistas iban un poco más lejos que los socialistas, al oponerse al servicio militar obligatorio. Los socialistas organizaron con bastante éxito una campaña que tuvo resonancia nacional bajo el lema de “O todos o ninguno” (Núñez Florencio 253).³

Con planteamientos distintos de los del movimiento obrero, el Partido Republicano Federal defendió abiertamente primero la autonomía y la independencia

después para Cuba. Su máximo defensor fue el intelectual catalán Francisco Pi y Margall (1824-1901), como se verá en el capítulo II de esta investigación. Su discurso anticolonial parte de la concepción de España como una república federal, en la que a todos los territorios se les deberían reconocer las competencias que afectaran de forma exclusiva a su ámbito territorial, de manera que, en el caso de Cuba, su vínculo con la metrópoli debería basarse, además de en los elementos comunes de historia y cultura, en intereses económicos y relaciones internacionales. Dentro del ámbito de los incipientes nacionalismos periféricos de España, el catalán no se cuestionó el hecho colonial, pero se alarmó ante la guerra con los Estados Unidos y pidió que se gestionara la paz. Los nacionalistas vascos tampoco fueron partidarios de la guerra. Especial mención se ha de hacer, de entre los españoles que se oponían a la política oficial sobre la colonia, a Rafael María de Labra Cadrana (1840-1918), que repetía en la Península las posiciones políticas que tenía el Partido Autonomista cubano.

La equidistancia de Labra entre la postura colonial españolista y el independentismo cubano tiene sus fundamentos en un discurso basado en los derechos políticos y civiles de españoles e isleños de cualquier grupo étnico, y en la representación parlamentaria de los antillanos en el Congreso de los Diputados. Labra no fue partidario de la independencia de Cuba, porque defendía la perfecta compatibilidad de la autonomía de las colonias dentro de la integridad nacional española. Las medidas que propugnaba en las relaciones entre ambas se resumen en tres reformas: la social que vendría de la mano de una educación laica e igual para todos, la económica que sólo podría darse a través de la liberación de los intercambios que el mercado exigiera junto con la supresión de trabas

proteccionistas, y una reforma política de amplio espectro con el fin de acabar con las corruptelas que habían dominado las relaciones entre ambos territorios.

A finales del siglo XIX, Cuba seguía presentando características de una colonia de plantación, pero se la tenía política y socialmente como una provincia de ultramar. A diferencia del modelo colonial moderno, en que una minoría europea se imponía a una mayoría nativa, en Cuba había una población criolla, descendiente de europeos, que ejercía una supremacía sobre una numerosa minoría compuesta principalmente por anteriores esclavos, a los que recientemente se había dado la libertad (1886). La mayoría de la población conservaba un fuerte vínculo con España al tiempo que desarrollaba una creciente rivalidad con las autoridades coloniales, a través de las que la metrópoli gobernaba la colonia. Estas autoridades estaban a su vez apoyadas por una poderosa minoría criolla que, a toda costa, pretendía mantener Cuba unida a España. La extensión de la Isla, su distancia con la metrópoli, su floreciente vida económica, su vida cultural y su comercio exterior favorable, eran características todas ellas propicias para poder aspirar a una existencia nacional independiente. Esto contrastaba con el hecho de ser colonia de una potencia menor en el concierto de naciones que pugnaban por convertirse en imperios coloniales. La élite criolla, formada alrededor primero del monocultivo de la caña de azúcar y después del tabaco, y bien relacionada con grupos económicos peninsulares influyentes y estructuras del estado español, estableció una red de intereses que beneficiaba a ambos. A cambio de los excedentes económicos que la metrópoli obtenía a través de mecanismos fiscales, la élite insular conseguía protección y devolvía el favor, convirtiéndose en el más fiel apoyo al mantenimiento del estado colonial. Para

contrarrestar el peligro que una numerosa población de color pudiera representar en un futuro, España favoreció una inmigración blanca, de costumbres y creencias acordes con las que habían tenido implantación en la Isla desde siglos atrás. Paralelo al flujo migratorio se dio un trasiego de capitales entre los grupos dominantes de ambas orillas que sirvió para afianzar su alianza: indianos enriquecidos repatriaban capitales y sectores poderosos peninsulares invertían en la economía insular, abriendo camino a sectores económicos pujantes como el del comercio que cada vez tenía mayor relieve.

La Constitución española de 1812 reconocía a Cuba la condición de provincia española en igualdad con los demás territorios españoles, pero su peculiaridad de isla lejana y su composición étnica llevó a que en 1837 se suprimiera la representación de las provincias de ultramar en las Cortes, y se determinó que serían gobernadas por leyes especiales. Estas leyes no llegaron a dictarse y, en su lugar, se legisló por decreto durante varias décadas, en una especie de golpe de estado encubierto. Cuba pasó de ser colonia de Antiguo Régimen a colonia moderna. Un nuevo proyecto constitucional, esta vez de corte republicano y federal, que tampoco llegó a entrar en vigor, reconocía en 1873 a Cuba la condición de Estado integrante de la Nación. De este modo tendría una norma superior propia y gozaría de los poderes legislativo y ejecutivo. Una nueva Constitución, la de 1876, le restauró la representación en Cortes y se le fueron aplicando las mismas leyes que regían a la metrópoli, si bien con numerosas adaptaciones principalmente restrictivas. No obstante, al abrigo de libertades recortadas y fuertemente discriminatorias, se fueron creando las condiciones propicias para el desarrollo de una sociedad civil con creciente conciencia nacional. Ya a principios de los noventa se comenzó a elaborar un proyecto de

autonomía que le daría la posibilidad de la gestión y gobierno de sus negocios. Pero la intransigencia de conservadores y la escasa voluntad de los liberales en darles cumplimiento dio al traste con las esperanzas de autogobierno.

El anticolonialismo de Cuba está en relación con la progresiva aparición de la *cubanidad*, como proceso de adquisición de una identidad diferenciada de la que tradicionalmente servía para señalar a la población de la Isla. No se trataba de una identidad radicalmente distinta, pues se veía como prolongación de la española. Esta, en su expresión más genuina, estaba encarnada por las autoridades políticas y militares que detentaban el poder; además, los elementos culturales y religiosos ayudaban a mantener las conexiones con la Península, al estar apoyados en valores culturales y de creencia compartidos. A lo largo de buena parte del siglo XIX va cristalizando esa nueva nacionalidad cubana en un grupo de intelectuales, cuyas visiones van a ir tomando cuerpo en opciones que van a ser defendidas por grupos como el reformista, el anexionista, el autonomista y el separatista. En todos los casos estos colectivos estuvieron formados fundamentalmente por criollos blancos. El grupo de color tuvo presencia significativa a través de mulatos libres o formando parte del contingente separatista en la Guerra de los Diez Años. En la de 1895-1898 fue sin duda el más numeroso por lo que respecta a la clase de tropa. La formación del nuevo concepto de nación, apoyado fundamentalmente en el cubano blanco, planteaba la contradicción de reivindicar unos derechos sociales y políticos frente a España, y al tiempo negárselos a parte de la población, a la compuesta por afrocubanos. La contradicción hunde sus raíces en la constatación de que el poder económico de la Isla radicaba en el azúcar, cuya producción y rentabilidad, a la escala en

que lo fue la mayor parte del siglo, se debieron a una mano de obra esclava, cuyo coste apenas superaba el de la supervivencia y la reposición de los elementos que desaparecían o dejaban de ser útiles. En realidad, era el azúcar el que hacía país y la *sacarocracia* la que detentaba el poder económico con su prolongación en el grupo de presión radicado en España (Miampika 29).

En el último tercio del siglo, y como consecuencia del resultado de la guerra de 1868 a 1878, se produce en Cuba un desarrollo de la sociedad civil al margen o al menos sin subordinación al sistema político que continuaba siendo el sostén de la dependencia de la colonia. Cuba asiste a cambios en su estructura social. Por una parte tiene lugar una mutación en el estatus jurídico del anterior esclavo que pasa a ser libre; esto implicaba que su trabajo fuera considerado como una mercancía y el individuo tuviera que ir haciendo frente a su supervivencia diaria; a ello se añadía el problema de que en ese periodo el concepto de que existían razas inferiores y superiores era comúnmente aceptado. Por otra parte, los hacendados esclavistas van a irse convirtiendo en una burguesía agro-industrial. Junto a ellos irá tomando cada vez más cuerpo e influencia, como grupo social, el que agrupa a la clase mercantil compuesta principalmente por peninsulares. Estos últimos grupos serán el grueso del partido de la Unión Constitucional, que, necesitado de estabilidad para los negocios de sus componentes, creía verla garantizada por su lealtad a la metrópoli (Pérez 10). De ahí que estas élites presionaran a favor de unos tratados comerciales ventajosos y también protestaran ante aranceles e impuestos que les perjudicaban. En la contraposición de sus intereses con los de la metrópoli se originaron en ellos sentimientos de abandono por parte de España, junto con

la conciencia cada vez más clara acerca de la singularidad de la economía de la Isla. Todo ello conduciría a la necesidad de exigir políticas específicas, que llevaron a unos a verlas como compatibles con la pertenencia España, y en otros generaban la convicción de que el camino de la soberanía era el que más convenía a sus intereses.

Otros fenómenos sociales que se produjeron cada vez con más énfasis fueron el aumento y ascenso de las capas medias y el auge del pequeño comercio debido al aumento de la población, por efecto de la inmigración peninsular y la ampliación del mercado del consumo por parte de los anteriores esclavos.⁴ Tuvo también lugar un desarrollo del sector tabaquero que generó una clase obrera que iría tomando progresivamente conciencia de su situación. Se extendió cada vez más el grupo de los colonos independientes, cuya producción se hizo depender de los ingenios azucareros. Finalmente, como resultado de las inquietudes y pugnas entre los diversos sectores, surgió el fenómeno asociativo para la defensa de intereses no siempre coincidentes. Asimismo se fue abriendo paso en parte de la población la idea de que su independencia económica se conjugaba mejor con la independencia nacional. Era la otra cara de lo que ocurrió con la burguesía azucarera que veía en el entendimiento con la potencia colonizadora la salvaguarda de sus intereses.

El reconocimiento del derecho a la libertad de prensa en Cuba, no obstante las limitaciones y condicionamientos con que se ejercía, permitió la aparición de una prensa independiente que fue creando una incipiente opinión pública, y contribuyó a la extensión de la idea de nación. El resultado fue esa comunidad imaginada, cuyo origen Benedict Anderson (1936-2015) sitúa en la extensión de la prensa escrita “which made it possible

for rapidly growing numbers of people to think about themselves, and to relate themselves to others, . . .” (36) que, en el caso que aquí estudio, es notable y reflejaba el estado de ánimo de una colonia que luchaba por su independencia. Prensa autonomista como *El Triunfo*, *El País*, *La Pluma libre* y *El Progreso* disputaron la atención de los cubanos con el monopolio de la opinión pro-española centrada en el *Diario de la Marina* y *La Voz de Cuba*. Junto a la prensa aparecen ensayos críticos con el poder colonial de escritores cubanos como el autonomista Rafael Montoro y Valdés (1852-1933), el independentista Juan Gualberto Gómez Ferrer (1854-1933) o Enrique José Varona y Pera (1849-1933), primero autonomista y luego pasado al independentismo. Al abrigo de una prensa independiente y guiados por intelectuales comprometidos, los criollos más concienciados apoyaron sus reivindicaciones en asociaciones nacidas principalmente entre los sectores populares urbanos. Pero esta vitalidad de la sociedad no tuvo la contrapartida de mover, de forma significativa, las estructuras coloniales que monopolizaba la Unión Constitucional. En esta contradicción radicaba el desarrollo de la opción nacionalista, como vía para conseguir el objetivo del reconocimiento a una nacionalidad largo tiempo negada.

En el *Partido Liberal Autonomista* encontraron las aspiraciones cubanas un portavoz político solvente. Se trataba de un proyecto político que estaba desde el principio orientado a vencer los principales obstáculos que impedían la construcción nacional. Fue un partido de la burguesía, de las clases medias insulares dirigido por abogados notables, médicos, profesores y hacendados medios.⁵ Las dificultades para esa construcción estaban en el régimen colonial, los privilegios de que gozaban los

peninsulares, la amenazante vecindad de los Estados Unidos, el manejo y la canalización de las consecuencias de la primera guerra independentista, el encauzamiento de los efectos de la abolición de la esclavitud y las persistentes secuelas sociales que naturalmente condicionaban una sociedad dual escindida por el color de la piel. El representante del partido en Madrid fue el anteriormente mencionado Rafael María de Labra, asturiano de origen habanero que militaba en las filas republicanas. Los autonomistas de las dos orillas diagnosticaron el problema, y fueron conscientes de que el previsible fracaso del modelo colonial español tenía su fundamento en la contradicción que entrañaba la existencia en un mismo Estado de dos estructuras políticas y económicas que no iban acompasadas, la de Cuba y la de España. El autonomismo cubano buscaba afirmar su particularidad y conseguir el mayor grado de libertad y de gestión de los propios intereses dentro del Estado español. Lo resume con toda claridad uno de los máximos representantes del autonomismo, Rafael Montoro, en un discurso pronunciado en el Teatro Tacón en el gran mitin autonomista del 22 de febrero de 1892 cuando decía:

Ante la política de desprecio a la opinión, y a las justas reivindicaciones de nuestra mutilada ciudadanía, de retraso social y desorganización económica a que asistimos, nuestro deber es llevar la oposición hasta los últimos límites de la legalidad constitucional. . . . Un pueblo como el nuestro no puede ser sacrificado impunemente, y no lo será. Por su situación geográfica, por sus elementos de riqueza, por su cultura, tiene un lugar señalado en el plan general de la civilización. (Montoro 142-43)

El discurso autonomista se movía en una línea anticolonial sin llegar a la ruptura con la metrópoli. Paul Estrade (1935-) en su análisis del autonomismo que él llama criollo, llega a dos conclusiones, que para él son las principales: la primera es que esta opción política, antes de 1898, concebía a Cuba como parte integrante de España, y la segunda que, después ese año, solo ve viable la idea de una nación cubana únicamente a medio plazo cuando, tutelada la nación por la intervención norteamericana, una educación concienzuda del pueblo cubano alumbrara una nación disciplinada y madura (168). Es claro que de no haber irrumpido en el escenario la guerra independentista, y de haber logrado que España diera vía libre a sus reivindicaciones, el camino por el que transitaban los autonomistas habría conducido a la independencia, como lo fue el de otras colonias de distinta metrópoli.

Los autonomistas hicieron un gran esfuerzo en pro del reconocimiento de la dignidad de Cuba y que esta fuera tomada como nación, sin que fuera necesario llegar a la soberanía por interferencia violenta de un tercero. La intervención llegó y el tercero no hizo otra cosa que defender sus propios intereses y cumplir un objetivo que, intermitentemente, surgía dentro de sus planes: comprar, anexionar o ejercer un dominio que pondría a la Isla en una situación neocolonial o de protectorado. Los autonomistas, al contrario que los independentistas en armas, no tenían ninguna deuda con los norteamericanos, pues no les pidieron ayuda. De hecho formaron gobierno en Cuba desde enero de 1898 y, en uso de sus atribuciones, iniciaron acuerdos comerciales bilaterales con Francia y Estados Unidos, y negociaron un préstamo con bancos europeos que al final no llegó a materializarse. No se puede negar la autenticidad de aquel gobierno que

fue breve y estuvo además rodeado de circunstancias extraordinarias, como fueron el hecho de que los norteamericanos ocupasen el país, que se comenzara la desmovilización del ejército separatista en armas y se procediera a la retirada de España en virtud del Tratado de Paz de París (10 de diciembre de 1898). Es indudable que tal gobierno existió y actuó según sus posibilidades. José Ignacio Rodríguez (1831-1907) lo constata con toda claridad al afirmar que no se puede negar que izar la bandera de los Estados Unidos en el palacio del Gobernador de Cuba hizo que finalizara su régimen autonomista. Izar la bandera de un país que ocupaba por la fuerza otro y hacerlo en la sede que estaba llamada a representar la soberanía por la que este había luchado, da la medida del aprecio y el respeto que la potencia ocupante tenía del pueblo que quería ser nación soberana (Rodríguez 384). Esa misma falta de consideración propició que no se admitiera ningún representante cubano en las conversaciones y contactos que terminaron en el Tratado de París. En ellas, solo hubo un cubano de origen, Buenaventura Abárzuza Ferrer (1843-1910), que fue Ministro de Ultramar del Gobierno español en 1894 e impulsor de lo que fue posible implantar de entre las reformas administrativas de Antonio Maura.

El partido de la *Unión Constitucional* se creó en Cuba al amparo de la apertura propiciada por la Paz de Zanjón (1878), que posibilitaba en la isla la instauración de un sistema político similar al español. Se trataba de un partido conservador formado principalmente por inmigrantes peninsulares y cierto número de criollos de la alta burguesía. Su discurso colonial respondía a los intereses del sistema proteccionista que España mantenía en Cuba y su ideología era integrista aunque una parte de sus afiliados era partidaria de reformas como las de los autonomistas:

Formaban la Unión Constitucional los reformadores y los conservadores vinculados a los grandes hacendados y comerciantes, profesionales y burócratas, la clase de *parvenus* enriquecida con la guerra y elevada en influencia a través del Cuerpo de Voluntarios, el pequeño comercio y los empleados de unos y otros, en su mayoría de procedencia peninsular. Sin duda contó con el respaldo de distinguidos criollos estrechamente asociados a los intereses tradicionales. (Piqueras 161)

La Unión Constitucional mantenía la superioridad del hombre blanco sobre el negro por considerar a aquel de una raza superior a la de color, a la que veía incapaz para gobernarse a sí misma. Este partido ganaba casi todas las elecciones porque la ley electoral estaba adaptada para que los votos fueran mayoritariamente a los comerciantes y empleados públicos, que eran su base natural; se convertía así en la única garantía de aspecto democrático en que se apoyaba la soberanía española en Cuba. La pugna con el Partido Autonomista era en torno al régimen administrativo y a los derechos políticos; se trataba de diferencias entre el mantenimiento del *statu quo* colonial y la exigencia de un régimen propio para la Isla, régimen que no era más que el reclamo de aquellas leyes especiales que, décadas antes, se veían como un retraso en la evolución que tendría que experimentar la colonia.

El pensamiento y la opción política del *Anexionismo* aparecen en Cuba como una alternativa a la de la independencia de España en la primera parte del siglo XIX. Sus razones están basadas en que los terratenientes creían que el desarrollo de la Isla pasaba por la eliminación de los lastres que impedían que la economía entrase de lleno en la

fase industrial del capitalismo y, para ello, la mejor opción era la de que Cuba se adhiriera al vecino Estado, que ya estaba caminando por esa senda. Los Estados Unidos, antes de su Guerra de Secesión, tenían en sus territorios del sur fuertes contingentes de esclavos y eran contrarios al abolicionismo. Los cubanos anexionistas veían que la economía del azúcar, dependiente de la mano de obra esclava, tenía grandes afinidades con los estados sureños que se beneficiaban también de una fuerza de trabajo que tenía similares condiciones. La idea anexionista fue duramente contestada por el intelectual cubano José Antonio Saco y López Cisneros (1797-1879), porque atribuía a Cuba una nacionalidad propia. Saco sostenía que un pueblo que habita un mismo territorio, que tiene un mismo origen, una misma lengua y unos mismos usos y costumbres, ha de ser considerado como depositario de una misma nacionalidad. Por ello, entendía que adherirse a otro, en este caso de ámbito anglosajón, sería una traición; preveía que la riqueza del suelo cubano atraería población del norte en cantidad tal que la cubana quedaría disuelta entre la foránea y perdería sus propias señas de identidad.⁶

En el orden de las percepciones, no se puede negar la existencia de una sensación, y también un sentimiento, en el imaginario popular cubano que identificaba los conceptos de libertad y soberanía con el joven Estado vecino. Imagen que tenía un refuerzo en la creciente y abrumadora dependencia económica de la Isla respecto del mercado norteamericano. Todos los que se movían en el mundo de la producción y las transacciones económicas no dejaban de ver esta realidad y, consiguientemente, conformaban su pensamiento en coherencia con ella. Conseguir manejar los propios destinos y lograr que su economía tuviera éxito ponían al cubano frente a dos tareas que

no podía eludir: la efectiva integración entre el grupo de color y el blanco, y la de optar decididamente por una nueva nación ante el reto que suponía el poder arrollador de la economía y pautas culturales norteamericanas. Fracasadas las expediciones armadas tendentes a la anexión de Cuba a Estados Unidos, las ideas anexionistas volvieron a resurgir en los años definitivos de la lucha por la independencia, y de alguna manera, vieron cumplido su proyecto con la intervención armada de aquellos en la contienda entre Cuba y España. El hecho de que un gobierno de ocupación administrara la Isla en los primeros años desde su separación de España, y el de que la situación de independencia controlada que se extendió hasta entrados los años veinte del siglo XX, no hacen nada más que indicar que tuvo lugar una anexión camuflada.

El discurso anticolonial del movimiento insurreccional que condujo a la guerra definitiva de la independencia cubana, parte de la interiorización que hicieron sus promotores de que Cuba tenía una identidad nacional propia. Para que esta pudiera expresarse era necesario que el régimen colonial desapareciera. Si todo el trabajo que habían realizado los autonomistas no había llegado a tener los frutos imprescindibles que justificaran que la colonia siguiera unida a España, solo quedaba el camino de la separación, mediante la violencia si fuera necesario. Los independentistas veían como una necesidad la utilización de la violencia por medio de una nueva guerra para conseguir que su Isla dejara de ser una colonia. Frantz Fanon (1925-1961), en su libro *Los condenados de la tierra*, constata con toda claridad esta necesidad del recurso a la violencia al decir:

[L]a descolonización es siempre un fenómeno violento. . . . La descolonización es el encuentro de dos fuerzas congénitamente antagónicas que extraen precisamente su originalidad de una especie de sustanciación que segrega y alimenta la situación colonial. Su primera confrontación se ha desarrollado bajo el signo de la violencia, y su cohabitación . . . se ha realizado con gran despliegue de bayonetas y cañones. El colono y el colonizado se conocen desde hace tiempo Es el colono el que ha *hecho y sigue haciendo* al colonizado. El colono saca su verdad, es decir, sus bienes, del sistema colonial. (30-31)

Este es el momento que viven los cubanos que quieren y luchan por su independencia. Han experimentado la violencia de la falta de reconocimiento de sus derechos y han visto cómo el colonizador se ha apropiado de sus riquezas.

El recurso último a la guerra es justificado por el cubano Enrique José Varona en su opúsculo *Cuba contra España* impreso en Nueva York en 1895, que pasa por ser un manifiesto del Partido Revolucionario Cubano (PRC) fundado por Martí en la misma ciudad en 1892. La guerra, que Martí consideraba necesaria para conseguir una Cuba soberana, se toma como un imperativo que parece agotarse en sí mismo, al no aventurar el líder cubano las líneas concretas que conformarían la imagen precisa de la futura nación. Embarcados en la lucha por la independencia se dejaban para otro momento posterior las concreciones que luego se definirían. La retórica de Martí estaba caracterizada por un aliento populista que no ponía ningún obstáculo en razón de raza, origen social o trayectoria anterior hasta el extremo de acoger en la nueva república a

enemigos como los españoles que la aceptaran como nación propia. No esbozó ninguna trayectoria concreta para después de lograr la independencia, ni bajó a definir las líneas de una futura política económica. Los pocos meses que vivió en Cuba, después de salir deportado a los 16 años y ser de nuevo expulsado en 1878, no le debieron proporcionar un conocimiento de Cuba y de los cubanos más allá de la visión que de ellos se formó en contacto con los exiliados (Tarragó 219-20). Su concepción debió estar basada más en un proyecto racional y en buena medida apriorístico que en una constatación vital de la realidad. El hecho es que desaparecido en 1895, los dirigentes del PRC buscaron el apoyo norteamericano cuya peligrosidad para la verdadera soberanía de Cuba no tardó en concretarse, y la guerra civilizada que Martí defendió en el *Manifiesto de Montecristi* en marzo de 1895 no fue la que después se libró. Como explica el mismo Tarragó en otro artículo titulado *The Thwarting of Cuban Autonomy. (The U.S. and Cuba, An Ocean of Mischief)*: “[A]s soon as Marti left the United States in early 1895 the Cuban Revolutionary Party delegations in New York and in Washington were raising loans and making commitments that would have compromised the independence of Cuba even in the event of her becoming independent from Spain without U.S. intervention” (3).

Varona, ex-diputado en la Cortes Españolas, participante en la Guerra de los Diez Años, autonomista durante un tiempo y después separatista, fue director del periódico *Patria* a la muerte de Martí. El autor asume en esa proclama patriótica que es el escrito *Cuba contra España*, los argumentos del discurso anticolonial del movimiento independentista y las razones por las que se va a una nueva guerra. Comienza diciendo:

La guerra es una triste necesidad. Pero cuando un pueblo ha agotado todos los medio humanos de persuasión para recabar de un opresor injusto el remedio de sus males; si apela en último extremo á la fuerza con el fin de repeler la agresión permanente que constituye la tiranía, ese pueblo hace uso del legítimo derecho de defensa, y se encuentra justificado ante su conciencia y ante el tribunal de las naciones. (Varona 3)

Varona hace un encendido alegato contra España por su proceder con la colonia caribeña en un texto que tiene mucho de panfleto simplista escrito para consumo de convencidos. Las hipérboles y los términos duros abundan en todo él para señalar las injusticias que España perpetra en Cuba. Repasa todas las quejas y reivindicaciones que el colonizado puede hacer al colono, y las pone en la base de la actitud rebelde pero digna con que aquél quiere hacer valer sus derechos. Entre los puntos más salientes de su requisitoria sobresale el tema de la esclavitud y la conciencia de madurez del pueblo cubano (5). Varona hace un repaso pormenorizado de la condenable actuación de la metrópoli, como es la de mantener a los cubanos en la impotencia a través de unas leyes amañadas que reducían a la mínima expresión su representación cubana tanto en la Isla como en las Cortes Españolas. Critica que los puestos de alguna importancia en la administración pública fueran para los peninsulares y afirma que el partido español que los agrupaba era la base de la gobernación de España en Cuba. En el campo de la economía pone de manifiesto con rotundidad que la metrópoli explota a la colonia no solo a través de un régimen burocrático sino también en el campo de lo mercantil y lo fiscal. Hace especial mención a la deuda que se ha hecho pesar sobre el país agobiándole e impidiéndole

conseguir una capitalización que le permitiera atender al desarrollo de su economía. El repaso a la serie de actuaciones y arbitrariedades que atribuye a la potencia colonizadora recuerdan las que hiciera el también cubano Rafael María Merchán y Pérez (1844-1905) en su conocido libro *Cuba. Justificación de su guerra de independencia* (1896). De su denuncia no escapa la acusación de que las autoridades coloniales no respetaban los derechos constitucionales de prensa, reunión y asociación y tachaba de vacío el régimen administrativo planeado por Antonio Maura y Montaner (1853-1925), con su proyecto de autonomía para Cuba, porque no alteraba el régimen político, ni enmendaba la ley electoral, ni permitía a los cubanos intervenir en la elaboración de los presupuestos de la Isla (Varona 33). Varona resume de forma demasiado parcial pero efectista, la actuación de la potencia colonizadora con estas palabras:

España niega al cubano todo poder efectivo en su propio país.

España condena al cubano á la inferioridad política en la tierra en que ha nacido.

España confisca el producto del trabajo de los cubanos, sin darles en cambio ni seguridad, ni prosperidad, ni cultura.

España se ha mostrado absolutamente incapaz de gobernar y de administrar á Cuba.

España explota, esquilma y corrompe á Cuba. (34)

Termina su manifiesto diciendo en la página siguiente que: “Cuba no ofende, se defiende. Vea América, vea el mundo de parte de quién están la razón y el derecho” (35). Varona,

intelectual burgués, exponente de la conciencia nacional que se abre paso en Cuba, no desempeñará, es verdad, el papel de intermediario que Fanon, en *Los Condenados de la Tierra*, atribuye a la burguesía nacional del país que ha dejado de ser colonia, para servir de correa de transmisión a un capitalismo cubierto con la máscara neocolonialista, pero denunciará, años después del manifiesto al que se viene haciendo referencia, que la Cuba republicana todavía arrastraba y conservaba muchas de las lacras de la Cuba colonial (76).

Leyendo el escrito *Cuba contra España* parece como si la inmensa mayoría de los cubanos fueran independentistas, pues en nombre de todos habla; se apropia del pensamiento de todo el colectivo y hace coincidir sus sentimientos y proyectos con lo que a él le interesa defender y resaltar. Sin embargo, conocemos que no había tal unanimidad; ya en la última fase de la guerra, un dirigente mambí, Enrique Collazo Tejada (1848-1921) era consciente de que no todo el pueblo apoyaba la guerra para conseguir la independencia, sino que entre los mismos combatientes hacían mella los decretos que concedían la autonomía a Cuba. El reconocimiento de este hecho reflejaba un estado de ánimo que le llevó a decir que: “Las reformas llegaban tarde, pero era tan grande el efecto de ellas, que los revolucionarios, las vieron surgir con temor, á pesar de las desfavorables circunstancias en que habían sido establecidas y el Gobierno de la República, se vio precisado á extremar el rigor, dictando órdenes severísimas para evitar el daño que pudieran causar” (Collazo 46). Estudiosos del proceso que acabó con la separación de la colonia constatan que, si en los quince años que van desde 1878 a 1893

la metrópoli hubiera abandonado la política inmóvil que aumentaba el alejamiento de los dirigentes cubanos, otro hubiera sido el desenlace del problema (Tarragó 216).

Es el PRC, de corte soberanista y demócrata radical, el instrumento político que canalizará en un primer momento el discurso anticolonial cubano. Tema distinto es si conseguida la independencia estaba lo suficientemente consolidado y con estructuras potentes como para conformar la andadura de la nueva nación. En el punto en que se encuentra esta investigación me interesa destacar los aspectos esenciales de su programa. Se propone en primer lugar conseguir una independencia nacional que implique que los cubanos pasen a ser soberanos en su Isla. La libertad del país exige que la soberanía popular se apoye en el respeto al sistema representativo. Desde el punto de vista económico era necesario acabar con un desarrollo capitalista apoyado en el dominio colonial que dificultaba el progreso natural de la economía con una política de privilegios. En el orden social, las líneas son más difusas y las previsiones van en la dirección de crear un marco en el que el esfuerzo personal debería garantizar una existencia digna sin abusos ni discriminaciones. Las previsiones que estaban en la base del discurso anticolonial de Martí no se cumplieron después de su muerte en 1895. Ni la guerra de independencia fue ganada por los que lucharon por una Cuba libre, ni en los posteriores primeros lustros Cuba pasó de tener más que una soberanía limitada y una independencia tutelada, mostrando así algunas de las características propias de una colonia.

No es de extrañar que los acontecimientos ocurrieran como en efecto tuvieron lugar, por lo que respecta a la no consideración de nación soberana que Cuba tuvo en

aquellos años. Los Estados Unidos nunca abandonaron el proyecto de hacer de la Isla algo propio o de influir de manera decisiva en su futuro. Así convenía a su geo-estrategia en el Caribe y no pocos cubanos de origen afincados en el Norte estaban de acuerdo con ello. Los expansionistas norteamericanos habían puesto los ojos en Cuba aun antes de que Estados Unidos existiera como nación; no hay más que recorrer los intentos de hacerla suya, desde la manifestación de un deseo hasta las ofertas de compra, pasando por las actuaciones que buscaban la colonización económica de la Isla. Es de destacar que los independentistas en armas no eran en absoluto anexionistas, pero pusieron los medios para que el anexionismo tuviera muchas posibilidades de éxito. Los antiguos anexionistas de alguna manera vieron continuados sus proyectos, si bien adaptados, en los independentistas que, al pedir y favorecer la intervención norteamericana, abrieron la puerta a una nueva forma de anexionismo. De esta opinión es Tarragó cuando dice:

Los dirigentes separatistas cometieron un gran error táctico al no pactar con el gobierno de una España débil cuando estaba dispuesta a todo menos a la independencia *de jure*, pero ya había dado con la autonomía la independencia *de facto* a Cuba. . . . Haciendo lo que hicieron, los cubanos separatistas pospusieron la independencia de Cuba *de facto* por muchos años, porque la República de Cuba que los Estados Unidos permitieron en 1902 era *de facto* un protectorado y no una nación-estado independiente. Los Estados Unidos no hubieran ido a la guerra con España si los separatistas se hubieran opuesto a su intervención en Cuba. (La Guerra 222-23)

Es dudoso que los Estados Unidos al final no intervinieran, conocida toda la presión que los imperialistas estaban haciendo, y los designios de completar aquello de *América para los Americanos*. Como ha sido posible observar por la política de los Estados Unidos sobre Hispanoamérica a lo largo del siglo XIX y XX, más que un deseo de apoyar las independencias latinoamericanas frente al expansionismo europeo, parece que encierra el designio de los EE.UU. de ser ellos los únicos en controlar e interferir en América Latina.

A este propósito son interesantes las afirmaciones que John Lawrence Tone hace en *Guerra y genocidio en Cuba 1895-1898*, cuando dice con toda claridad que la intervención norteamericana contó con la voluntad de los insurrectos para realizarla. Para él existen pruebas de la situación precaria en que se encontraban los independentistas, por lo que sin la ayuda externa sería imposible conseguir la victoria (Tone¹³). Esa ayuda fue la de los norteamericanos a los que acudió en demanda de socorro el más importante general insurrecto, Máximo Gómez (1836-1905). Tone, comentando la difícil situación de los independentistas y la personal de Gómez que acababa de perder un hijo en combate, dice que: “La dolorosa situación de la insurgencia y la pena personal de Gómez ayudan a explicar las cartas que envió al presidente estadounidense en la primavera de 1897, solicitando la intervención norteamericana” (248).

Planteado en las páginas anteriores el marco general expositivo de la actuación de España y Cuba respecto del discurso colonial y anticolonial previo a la declaración de separación de esta de la soberanía española, dedico esta investigación a pasar revista al pensamiento que sobre este asunto expusieron escritores españoles y cubanos, como Juan Valera, Emilia Pardo Bazán, Francisco Pi y Margall, Vicente Blasco Ibáñez, Eduardo

López Bago, Ramón Meza, Eugenio María de Hostos y José Martí. He procedido a un análisis de sus aportaciones enmarcándolas en el momento de su aparición y a ponerlas en relación con los criterios y tendencias dominantes entre las corrientes literarias de finales del siglo XIX y principios del siguiente. Para la interpretación de los textos he recurrido a estudiosos del colonialismo y a las aportaciones de reconocidos analistas como Edward Said, David Spurr, Homi Bhabha, Frederic Jameson, Benedict Anderson, Doris Sommer y Frantz Fanon.

El pensamiento de los ocho escritores se presenta en cuatro capítulos comenzando por un español, Juan Valera, que defiende la permanencia del estatus colonial de Cuba, y termino con el líder de la independencia de la isla, José Martí. Además del de Valera analizo en el primer capítulo el de Emilia Pardo Bazán. Valera conocía la problemática que la situación colonial de Cuba implicaba no solo al Gobierno español y a los distintos partidos cubanos sino también a los Estados Unidos de América, pues fue ministro plenipotenciario en Washington. Su pensamiento parte del convencimiento de que Cuba era parte de España y por lo tanto las guerras iniciadas por los independentistas cubanos contra la falta del reconocimiento de Cuba como nación independiente eran auténticas guerras civiles entre españoles. Esta opinión tiene sus raíces en el alto concepto que Valera tenía sobre la colonización española como labor civilizadora llevada a cabo en la Isla. En ella la mayor parte de la población era descendiente de españoles llegados a la misma a lo largo de varios siglos. El discurso colonial del escritor repite conceptos como la carga del hombre blanco como tarea de llevar la civilización y la cultura a otros pueblos y que el proyecto de inclusión de las llamadas colonias en un proceso de

identificación en una comunidad nacida de una misma cultura llevaba más a la cooperación que a establecer una radical oposición entre metrópoli y colonia. Valera era consciente del peligro que los Estados Unidos suponían para el *statu quo* que España quería mantener y señalaba la tensión entre dos colonialismos. El pensamiento del escritor aparece en diversos despachos diplomáticos dirigidos a su Gobierno y en sus *Estudios críticos sobre historia y política* entre los que destaca su polémica con Rafael María Merchán a propósito de los argumentos del cubano a favor de la independencia de su isla.

Emilia Pardo Bazán amplía el ángulo de visión de Valera sobre el problema cubano destacando otros componentes, como son las repercusiones que la guerra contra los independentistas tenía sobre el pueblo español que la soportaba y la llamada a regenerar la patria que resonaba cada vez con mayor fuerza entre los intelectuales más atentos a la realidad nacional. La producción de Pardo Bazán analizada se encuentra fundamentalmente en colaboraciones en el semanario *La Ilustración Artística* y en varios de sus numerosos *Cuentos*. Su discurso colonial no difiere sustancialmente del de Valera al defender por patriotismo la unión de Cuba a España, pero rechaza con mayor claridad la intervención norteamericana en el conflicto, apoyándose en los que considera aspectos positivos de la colonización española frente a los negativos de la practicada por los anglosajones. El desastre sufrido por España sirve a la autora para exigir una regeneración del país en narraciones cortas tan explícitas como *El caballo blanco*. En sus escritos se puede identificar el uso de artificios retóricos usados en el discurso colonial como son, además del señalado de la carga del hombre blanco, el de la aceptación de una

misión que se ha de cumplir y el de la apropiación contra la seducción que representa el buen salvaje que ha asimilado las formas y pautas de comportamiento de los colonizadores.

El capítulo segundo se dedica al político Francisco Pi y Margall y al periodista Vicente Blasco Ibáñez. El primero, fiel a su pensamiento de republicano federalista, articula un genérico discurso anticolonial al caso concreto de Cuba. Rechaza no solo el proceder de España, sino que cambia la esperanza que tuvo en su momento en las instituciones democráticas de los Estados Unidos en una decepción ante su proceder como potencia neocolonial e imperialista, por sus manejos posteriores a la intervención en Cuba y sobre todo en Filipinas. Si bien en el proyecto de Constitución española de 1873 inspirado por él, Cuba aparecía como un territorio integrante de España, dos décadas después en su periódico *El Nuevo Régimen* repite constantemente su opción por una Cuba dotada de una amplia autonomía primero y gozando de independencia después. Como le ocurrió a Pardo Bazán, consumada la separación de la colonia de su metrópoli para iniciar un incierto camino en su vida como nación soberana, Pi y Margall se vuelve sobre su país para exigirle un proceso de regeneración que le haga olvidar la retórica de las guerras y glorias pasadas para concentrarse en el trabajo y la modernización.

Blasco Ibáñez asume desde su periódico *El Pueblo* y especialmente en sus artículos contra la guerra de Cuba el cometido de un verdadero *tribunus plebis* denunciando la injusticia y la inutilidad del empeño por mantener a Cuba unida a España. Su anticolonialismo se manifiesta en reconocer que los cubanos tenían derecho a ser independientes y, sobre todo, el que asistía a las masas populares españolas a no

sacrificar a sus hombres en una contienda que solo proporcionaba beneficios a unos pocos, y servía para apuntalar un régimen monárquico para el que el pueblo no era más que el pagador de sus privilegios. Blasco Ibáñez pasa de apoyar que Cuba siguiera dentro de España, llevado de la convicción de que había que mantener la unidad de la patria, a reconocer su derecho a la independencia, por ello no solo no está a favor de una ideología expansionista base del imperialismo, sino que se encuadra dentro del movimiento de resistencia que no acepta mantener a cualquier precio un sistema colonial obsoleto como el español. Su resistencia le lleva a acusar este sistema de verdadero filibusterismo que reprime con la fuerza manifestaciones contra la guerra, al modo cómo David Spurr (1949-) resalta la aplicación del término “terrorism” (190) para calificar los esfuerzos por cambiar un sistema injusto por parte de los grupos dominantes y privilegiados.

El capítulo tercero se dedica a dos autores de ficción, un español, Eduardo López Bago, y el cubano Ramón Meza y Suárez Inclán. El primero, a través de los personajes de *El separatista* y sobre todo en el desenlace de la trama de la novela, es de la opinión de que lo mejor para Cuba es mantenerse unida a España. Es la simplista postura españolista apoyada en una idea de patria que no entra a valorar los intereses o ausencia de los mismos que pudieran influir en esta opción. Las voces de los tres personajes principales se expresan en una polifonía que da como resultado un final armónico conducido por la opinión del autor, que se manifiesta con toda claridad en el apéndice de la obra. *El separatista* se inscribe en la literatura generada por la ideología imperialista que sostiene la legitimidad de la acción colonial. Edward Wadie Said (1935-2003) la ve en las novelas inglesas y francesas que no solo testimoniaban el nacimiento y consolidación de unos

imperios, sino que sirvieron de pilares de sustentación a una política colonial. En la novela de López Bago lo colonial se conecta también con lo social que, aun apareciendo en segundo plano, es visto como un elemento que podía distorsionar la opción por una Cuba española. A ello se añade el tema de la violencia como elemento inseparable de todo proceso descolonizador que, al decir de Frantz Fanon, es uno de los sustentáculos de una sociedad organizada en sistema colonial, pues implica la pervivencia de un grupo en situación de sometimiento y explotación, además de que no es verdad que haya algún pueblo en cuya naturaleza esté la necesidad de ser dominado.

El cubano Ramón Meza había asimilado la cultura de la metrópoli cuyos recursos literarios utiliza en la novela *Mi tío el empleado*. Se trata de la creación de un criollo que en una sociedad colonial se expresa en una literatura que, al decir también de Fanon, es previa al combate pero que está dominada por el humor y la alegría con el fin de crear conciencia de la situación en que se vive. La novela es un buen ejemplo del tipo de textos que al fustigar el modo de administrar una colonia ponen de manifiesto la injusticia del discurso colonial. Meza se sirve de la parodia para canalizar su actitud de resistencia a la situación de sometimiento de un pueblo, con la presentación de personajes envueltos en peripecias grotescas que realzan la intención de denuncia y rechazo del hecho colonial. El crítico Frederic Jameson (1934-), siguiendo el pensamiento marxista de que la historia colectiva de la humanidad es una pugna por arrancar un reino de libertad al de la necesidad, proporciona una clave para interpretar la novela de Meza. A través del repetitivo, agobiante y único episodio de la corrupción y el medro personal de un empleado arribista en que se sumerge al lector, la novela no hace más que provocar el

nacimiento de una reacción que, en un nivel colectivo, empuje al pueblo cubano a salir de la situación de la necesidad para alcanzar la libertad. Dominado por el colonialismo español, impuesto por la fuerza de la necesidad, se le abriría otro camino que le llevaría a la libertad.

El cuarto capítulo se dedica a un puertorriqueño, Eugenio María de Hostos, y al llamado apóstol de la independencia cubana, José Martí. El discurso anticolonial de Hostos se analizará tomando como base su novela de juventud *La peregrinación de Bayoán* y alguno de sus textos incluidos en *Temas cubanos*. La idea dominante que defendió Hostos durante toda su vida fue la de que el futuro de Puerto Rico y el de las otras dos Antillas mayores pasaba por una Confederación que pudiera desempeñar un papel importante entre las repúblicas latinoamericanas y los Estados de la América del norte. En la novela, todavía ve posible la realización de una aspiración, la de que tanto Puerto Rico como Cuba y Santo Domingo estuvieran unidas a España en pie de igualdad y respeto a su autonomía. Frustrado este proyecto, ya en el segundo prólogo de la novela cambia el acercamiento a España por la defensa de la independencia en busca de la que llama Confederación Antillana. El proyecto lo simboliza en tres personajes de nombres aborígenes: Guaironex, Bayoán y Marién. En la novela se representa lo que Fanon pone como tercera fase en la evolución de un intelectual colonizado: la toma de conciencia de la situación que vive su pueblo; de ahí que se entregue a una literatura de combate que exprese la identidad de su pueblo y se convierta así en portavoz de una nueva realidad. Hostos se imagina una comunidad como la que describe Benedict Anderson (1936-2005) que tiene conciencia de sí misma, que se conecta con los aborígenes de su tierra

representados por los personajes citados y tiene una limitación física, el mar que separa y comunica a la vez a las tres islas. La novela también puede ser considerada como una ficción fundacional pese a que Doris Sommer no la incluya en esta denominación, pues tiene un proyecto nacional en el marco de una trama amorosa. Que este componente erótico termine sin el final esperado la convierte igualmente en un *Bildungsroman* inacabado.

El análisis del discurso anticolonial de José Martí busca sus elementos definitorios en tres de sus importantes obras, *El presidio político en Cuba*, en su única novela *Lucía Jerez* y en el conocido ensayo *Nuestra América*. Se resalta en ellas el progreso en el desarrollo de un pensamiento expresado en tres soportes literarios distintos que va desde la exigencia de respeto a la naturaleza diferenciada de la colonia hasta la entrega a la lucha por su independencia. Se trata de un recorrido similar al de Hostos. La obra de resistencia que es el primer texto da paso a una ficción modernista que, bajo un ropaje estético deslumbrante, presta su voz a un pueblo subalterno y sin voz. El final del camino no queda encerrado en Cuba sino que trasciende a toda la América hispana a la que ve bajo un sistema neocolonial. Por ello en *Nuestra América* el discurso de Martí pretende superar el debate entre aceptar o rechazar el colonialismo europeo o estar a la expectativa de por dónde iría el imperialismo norteamericano, para llegar a la propuesta de una América diferente y autóctona. Si para Martí la colonia mantuvo su vigencia en la república en el caso de las nuevas naciones latinoamericanas, este peligro habría de ser conjurado en la nueva nación que estaba a punto de aparecer, Cuba.

Capítulo I

1.1. El discurso colonial en los informes y los artículos sobre Cuba de Juan Valera.

Juan Valera y Alcalá Galiano (1824-1905) tenía 59 años cuando, en noviembre de 1883, fue nombrado por el rey Alfonso XII Ministro Plenipotenciario de España en Washington. Los dos años que pasó en la capital americana se sitúan dentro de la primera década de la larga andadura de la Restauración borbónica y en un periodo de relativa calma dentro de los últimos treinta años de soberanía española en Cuba, que, como es sabido, era la colonia más preciada entre los restos del imperio colonial español. La Guerra de los Diez Años (1868-1878) había concluido con la Paz de Zanjón y la Guerra Chiquita (1879-1880) estaba igualmente terminada; faltaban otros quince años para que estallase la última rebelión de los separatistas cubanos que terminaría para España con el llamado Desastre del 98.

Para comprender en todo su alcance la importancia que la cuestión cubana tiene para la obra de Valera, es necesario revisar brevemente el contenido de parte de dos informes enviados al gobierno de España durante su estancia en Washington. Como será posible observar, estos breves textos de Valera permiten entrever la mano de un diplomático que informa a sus superiores de cuanto se refiere a la incidencia que tienen las relaciones entre España y Estados Unidos. En el resto de sus informes nada va en la línea de aconsejar una real y efectiva autonomía para la Isla, y así poder desactivar la fuerte marea secesionista de Cuba. Tampoco encontramos ningún argumento a favor de su independencia. Para Valera, los separatistas cubanos han de ser combatidos y la Gran Antilla debe seguir bajo soberanía española. Estas ausencias sirven para resaltar las

posiciones más definidas del escritor en los artículos periodísticos que son objeto de una mayor atención en las páginas que siguen. Los mensajes que de ellos se desprenden muestran con toda claridad que el pensamiento de Valera discurre por las líneas tradicionales que justifican el colonialismo practicado por España.

En la segunda parte del siglo XIX, las relaciones coloniales entre Cuba y España no son como las de otras metrópolis con pueblos que habían empezado entonces a ser colonias. España estaba en la Isla desde finales del siglo XV y los que la habitaban centenares de años después no eran descendientes directos de los aborígenes que los descubridores encontraron, sino que lo eran de los que la colonizaron y de otras etnias llegadas en el correr de los años. Son los que conocemos por el nombre de criollos. Más que un colonialismo, España practicaba un imperialismo del que obtenía beneficios sin reconocer en Cuba un status semejante al de los demás territorios de la Península. Uno de los argumentos de Valera para defender la españolidad de Cuba es el mismo que se pudo esgrimir siglos atrás: que el estado de barbarie en que vivían los nativos debía ser sustituido por el más noble y valioso que aportaban los conquistadores en nombre de la civilización occidental. Es decir que los nuevos valores espirituales, religiosos y culturales, eran superiores a los de los pueblos autóctonos. Este argumento, de cuestionable validez siglos atrás, no era tampoco sostenible en el momento en que Valera escribe. El hecho de que la cultura y la civilización dominantes fueran entonces comunes para criollos y peninsulares no concedía legitimación suficiente para mantener en régimen de colonia a la isla de Cuba. Era necesario que otra clase de relaciones se

establecieran para dar salida a los deseos de autonomía e incluso de independencia de los elementos más concienciados de la población.

La actuación del diplomático en pro del mantenimiento de la soberanía de España sobre la Isla se va a enfrentar, por un lado, con las aplicaciones prácticas de la *Doctrina Monroe* y del *Manifest Destiny* en relación al futuro de la Gran Antilla y, por otro, con la tesis del famoso estratega y oficial de la armada norteamericana Alfred Thayer Mahan (1840-1914), para quien, a la larga, siempre gana la potencia que domine el mar y tenga control sobre las rutas comerciales.⁷ Así pues, en sus funciones de diplomático, Valera va a tener que enfrentarse con las pretensiones de los Estados Unidos de anexionarse la Isla mediante su compra, con las consecuencias del filibusterismo practicado por individuos que habían obtenido la nacionalidad norteamericana y con la parcialidad con la que la prensa norteamericana informaba y enjuiciaba los actos de la insurrección en Cuba. En consecuencia, Valera se sentirá en el deber de aportar alguna solución para que siga manteniéndose la soberanía sobre la más importante de las últimas colonias españolas. Pero la solución que aporta es ninguna si no es la de pretender mostrar las debilidades de los argumentos de los contrarios. Con palabras proféticas escritas catorce años antes de su cumplimiento, en el despacho 168 de junio de 1884, el diplomático dice a su Ministro de Estado, refiriéndose a James Gillespie Blaine (1830-1893), candidato republicano a la Presidencia de EE.UU.:

Si Blaine llega al poder, como sospecho y ojalá me equivoque, nos va a dar mucho que hacer. A lo que parece, una de las ideas fijas es la compra de Cuba Los reporters de varios periódicos citan sus propias palabras

y aseguran que quiere darnos por aquella isla quinientos millones de dollars, suma que es inferior a lo que se importa en siete u ocho años a estos Estados, de los productos cubanos. Añade asimismo Jaime Blaine, o los reporters en su nombre, que Cuba está pésimamente cuidada y administrada por los españoles, y que cuando ellos la tengan en su poder producirá muchísimo más. Dice o piensa por último Jaime Blaine, o a lo menos lo suponen los que toman por él la palabra, que si España se resiste a vender la isla, buscarán el pretexto para declararnos la guerra y se apoderarán de ella por la violencia (Navarro 228).⁸

Sobre la compra de Cuba hubo varios intentos como el de 1869 por parte del Secretario de estado Hamilton Fish (1808-1893).⁹ Ante la circulación de algún desmentido sobre la intención de compra por parte de EE.UU. y rumores sobre algún otro comprador, Valera dice en el despacho 105:

Yo calificué de absurda la noticia y afirmé que en España no habría jamás Gobierno alguno, de cualquier partido que fuera, que propusiese vender ni pensase en vender a Cuba a nadie, siendo evidente para mí que Cuba no dejaría de ser española, sino por la fuerza, y que aún así había de costar cara a quien nos la quitase (197).

Valera deja claro el derecho sobre Cuba y sus recursos por parte de los primeros colonizadores; ninguna referencia a un destino más universal de los recursos de la Isla. Sin embargo, en las palabras directas o atribuidas a Blaine se adivina ese destino más amplio de las riquezas de Cuba.

Como se verá a lo largo de estas páginas, Valera es un defensor de la presencia de España en Cuba y del régimen colonial que tiene establecido allí desde hace siglos. Consecuentemente, ante la opinión norteamericana de que Cuba estaba mal explotada y de la convicción de que, cuando los Estados Unidos la posean, la producción cubana aumentará en cantidades desconocidas por los colonizadores españoles, Valera esboza un discurso anticolonial. Discurso que, paradójicamente, no solo implica las perspectivas entre colonizado y colonizador, sino entre dos potencias que se disputan el papel de colonizadoras. Para una adecuada comprensión de la articulación colonial expresada en los escritos tanto de Valera como de los que apostaban por la independencia de Cuba, creo oportuno acudir al estudio que David Spurr ha realizado del discurso colonial, autor al que me referiré repetidamente para explicar, especialmente, las estrategias coloniales en las que se sustentan las afirmaciones de Valera.

Teniendo en cuenta las teorías de Spurr, la tesis de la buena explotación de los recursos naturales allá donde están se relaciona con uno de los tropos que Spurr analiza en su libro *The Rhetoric of Empire. Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing, and Imperial Administration*. Aplica la figura retórica de la *appropriation*, inheriting the earth (*apropiación, heredar la tierra*) al observar que el hombre occidental ve que las tierras que coloniza son recursos naturales que han de atribuirse a la civilización que él representa y que éstas, dado su valor, han de tener como destino la humanidad entera, sin que haya legitimidad para restringir su uso y disfrute a los indígenas de las tierras que los pueblan. Constata que: “the colonizing imagination takes for granted that the land and its resources belong to those who are best able to exploit them according to the values of a

Western commercial and industrial system” (Spurr 31). Es lo que Valera identifica como el argumento de Blaine y que lo lleva a establecer una pugna entre dos sistemas coloniales, el español y el de los que tienen intención de implantar los norteamericanos en Cuba. Se percibe pues una lucha por la apropiación y explotación por parte de los norteamericanos de unos recursos cuya justificación ideológica se basa en la Doctrina Monroe: el despojo se hace a costa de los primeros colonizadores, por considerarlos incapaces de una explotación exitosa de los recursos de la Isla. De acuerdo con esta tesis, España no debe poseer un territorio que no sea capaz de explotar debidamente. Los legítimos amos de la tierra son los que por su raza, historia y cualidades pueden hacer que los recursos naturales estén en función de las necesidades de toda la humanidad y, sin duda, en beneficio propio en primer lugar (Litvak 39).

Han pasado dos décadas desde la finalización de la Guerra Civil (1861-65) de los Estados Unidos y sigue vigente lo que Pérez Serrano llama la “Doctrina que vinculaba la paz y seguridad de los Estados Unidos a la eliminación de toda influencia en el ámbito continental” (Pérez 4). Pacificado el interior y desaparecido el peligro de poner en cuestión la unidad nacional, el siguiente paso es controlar lugares estratégicos en el Caribe porque se proponía construir un canal en Centroamérica que acortara la distancia entre la costa atlántica y la del Pacífico. Ante los propósitos de expansión territorial de Estados Unidos, Valera acude a los valores espirituales y religiosos que los españoles llevaron a América, valores que para él siguen justificando la afirmación del derecho de España para mantener el estatus colonial sobre Cuba.

En la afirmación del discurso colonial subyace la convicción de una superioridad moral que está emparentada con un deber: el deber del hombre blanco a colonizar espacios distintos a los de su propia tierra. En esta convicción apoya el sistema colonial la pretensión de asumir la carga de llevar la civilización y el progreso donde no existen. El cumplimiento de ese deber en la colonización española ha dado unos frutos con los nativos que no se ven en la anglosajona. Dice Valera:

Tal vez los indios de los Estados Unidos estén acorralados como en España solemos tener toros bravos en una dehesa o jabalíes en un coto, mientras que los indios de las tierras que España y Portugal ocuparon, ya presiden las repúblicas como jefes supremos ya brillan como oradores en las asambleas legislativas, ya mandan ejércitos, ya recorren como diplomáticos las cortes de Europa, ya ganan fama y aplausos escribiendo en la lengua del pueblo que los conquistó (*Estudios críticos* 92).

A este discurso colonial de Valera se le puede aplicar el tropo *affirmation: the white man's burden* (afirmación: la carga del hombre blanco) que Spurr encuentra en el discurso colonial según el cual el hombre blanco acepta la carga de poner orden en el caos y hacer emerger las potencialidades del colonizado, y es que el discurso colonial “continually returns to an idealization of the colonialist enterprise against the setting of emptiness and disorder by which it has defined the other” (Spurr 109). Según Valera, los nativos que España colonizó pasaron de no tener presencia en el mundo civilizado, a ser sacados de la barbarie y ahora se codean con los occidentales ostentando representaciones importantes. Tal afirmación no es enteramente cierta, pues aunque es verdad que algunos

indígenas destacaron en cargos relevantes en las ramas del saber, la política y la economía de las naciones americanas independizadas de España a comienzos del XIX, se trató de casos puntuales y la inmensa mayoría siguió viviendo en las mismas situaciones que les impusieron los conquistadores o incluso peores, hasta día de hoy.

La acción colonizadora halla su legitimación en el efecto benéfico que tiene sobre los pueblos colonizados. El colonizador ha llevado lo mejor de sí mismo y lo ha puesto a disposición de los que no gozan del nivel de progreso y civilización que graciosamente le traen. Esta actuación refuerza la continuación en el tiempo de aquella acción, llegando incluso a asimilar a los dos grupos humanos dentro de la misma cosmovisión del colonizador. A propósito del discurso colonial Spurr dice que:

This rhetorical appropriation of non-Western peoples insists on their identification with the basic values of Western civilization and tends to interpret their acquiescence to the colonial system as approval of Western ideals. But this equation of simple collaboration with a deeper moral identification, far from being regarded as a weakness in the logic of colonial discourse, instead provides one of its fundamental principles: a colonized people is morally improved and edified by virtue of its participation in the colonial system. (Spurr 32-33)

Un elemento legitimador y dinamizador de este discurso se encuentra en el sistema religioso que el colonizador lleva consigo y con el que adoctrina al nativo. Para el caso que nos ocupa y en general para todo el proceso colonizador de Occidente en el resto del mundo, es el cristianismo, en sus versiones católica y reformada, el universo

religioso que ayuda a hacer efectivo no solo el mandato del Génesis de poblar la tierra, sino de dominarla y ponerla a disposición de la humanidad. Aquí entran los recursos de África, y ya antes los de América para hacer efectiva la voluntad de Dios que pide su explotación. El discurso colonial de Valera camina por estas mismas sendas, y lo que se dice de la acción colonizadora de España cuatro siglos antes, Valera intenta mostrarlo vigente para explicar la ocupación de Cuba, cuando no había ya en ella a quién llevar el cristianismo, puesto que todos sus habitantes eran cristianos. Para él, España lo llevó todo y estableció una especie de comienzo, como si se escribiera la primera página de la historia de aquellos pueblos, como si la acción del colonizador pusiera en la Historia al colonizado. En un momento llega a decir:

¿Qué diantre de civilización había en América antes de su descubrimiento?

. . . Si algo hubo de más valor en la antigua civilización americana, había decaído y se había corrompido o degradado antes de llegar los españoles.

Poco o nada tuvimos que destruir nosotros que no fuera perverso y abominable. En cambio, llevamos a América nuestra propia cultura europea y cristiana, y llevamos el café, la caña de azúcar, el caballo, la vaca, el carnero, el trigo, las frutas exquisitas de Europa y de Asia y otras mil cosas excelentes que por allí no había. (*Estudios críticos* 89)

España se encargó de poner orden en el caos y unos nuevos pueblos se incorporaron a la civilización occidental según Valera. Desde una interpretación totalmente eurocentrista de la historia, el escritor pasa por alto la serie de productos que desde América se trajeron a España y a Europa con los que se pudieron combatir las frecuentes situaciones de hambre que se padecían en el continente. Asimismo, olvida

también la explotación a que se sometió a buena parte de la población nativa, para la producción de algunos bienes que Valera nombra y cuya explotación dio lugar a lo que pudiera considerarse como un paulatino proceso de genocidio.

El Valera de los *Estudios críticos de historia y política* es el mismo y la vez distinto del que se comunica con su Gobierno a través de despachos desde Washington como ministro plenipotenciario. La diferencia está en varios aspectos: como diplomático se mantiene dentro de la fría información y en una distante cortesía al hablar de la política y políticos americanos; como publicista, mantiene las formas pero es más incisivo en los juicios sobre el vecino del norte de Cuba. Al hablar en los despachos de los insurrectos e independentistas cubanos, los caracteriza negativamente y denuncia sus manejos y actividades; como periodista carga más las tintas en su enemistad y desprecio para con ellos. Sobre Cuba y su futuro, da rienda suelta en sus artículos a su nacionalismo español, ya un poco rancio, y a la defensa de la españolidad de Cuba; en los despachos se limita a exponer y defender la política de su Gobierno tendente a mantener la Isla bajo soberanía española; en la prensa amplía la defensa de esta postura apelando a la honra y a la dignidad, apoyándose en el recuerdo de la gesta del Descubrimiento y la para él modélica colonización cultural y religiosa de América. En cuanto a la solución a la cuestión de la Gran Antilla, desarrolla su pensamiento con apelaciones a la historia, a la incapacidad de los isleños para manejar su futuro y al peligro que supone la cercanía y las apetencias de los Estados Unidos. En conexión con todos estos temas, aventura opiniones, apreciaciones e incluso afirmaciones tan rotundas que son más propias de un propagandista que de un autor riguroso con la realidad y el pasado; parece estar obcecado por un nacionalismo que quiere a toda costa mantener un *statu quo*.

Valera mantiene la posición tradicional, patriota o, quizá, patriotera en la defensa de la españolidad de Cuba. Su afirmación se despliega en varias vertientes. Ante todo, afirma que Cuba es parte de España, y por ello esta tiene la obligación de mantener íntegro su territorio. En consecuencia, la llamada guerra de independencia de los insurrectos no es más que una guerra civil entre españoles. También, sostiene que la metrópoli tiene una postura razonable en el conflicto, que la colonización fue un gran bien y un progreso no sólo para las ya naciones iberoamericanas sino también para Cuba. Contestando en 1896 a Clarence King en su artículo “Shall Cuba be Free? ”, publicado en la revista *The Forum* de Nueva York, cuando ya la última fase de la guerra de independencia cubana estaba en marcha, Valera se pregunta y afirma: “¿Qué inferioridad hemos supuesto nunca, ni por ley ni por costumbre, que exista entre un español de por acá y un español de por allá? La igualdad más perfecta entre todos los españoles de la Península y de ultramar ha sido proclamada siempre en leyes, pragmáticas, ordenanzas y decretos” (*Estudios críticos* 97-98). Aduce como prueba que la Constitución liberal de 1812 definía la nación española como el conjunto de todos los españoles de ambos hemisferios y pone en descargo de la fallida definición anterior, que el régimen absolutista que vino después abortó un proyecto tan generoso.

Otro capítulo importante por destacar en la posición de Valera ante las críticas de los Estados Unidos es el tema de la esclavitud. En el mismo artículo de la cita anterior dice Valera, respondiendo a la acusación de King de que España se vio forzada a dar la libertad a los esclavos:

¿Y quién le hizo tal fuerza? España dio la libertad de grado y con gusto. Y los propietarios de los negros no se opusieron con las armas a esta libertad, si bien en Cuba era el darla más difícil, perjudicial económicamente y más peligroso que en los Estados Unidos, aunque no fuese más que porque en Cuba la población negra era tan numerosa como la blanca. (*Estudios críticos* 94)

Valera olvida que Gran Bretaña obligó a España a prohibir la trata de esclavos, que las autoridades españolas hicieron la vista gorda ante el contrabando con ellos y que España fue la última nación europea en abolir la esclavitud.¹⁰ Es conveniente poner en su verdadero lugar la aparente humanidad de la defensa de la prohibición de la trata por parte de aquella nación. No era el humanitarismo sino la afirmación del control de la navegación y el comercio por el Atlántico y hacer rentables las innovaciones que la primera revolución industrial estaba apareciendo en ella.

Valera no defiende la política española solamente ante las denuncias aparecidas en la prensa estadounidense sino también ante lo alegado por escritores cubanos, como podemos observar con su respuesta a Rafael María Merchán y Pérez (1844-1905). Merchán envió a Valera su libro *Cuba. Justificación de su guerra de independencia*, continuando así una relación literaria que había comenzado con la remisión de otro libro del cubano, *Estudios críticos*, al que hizo Valera comentarios en una de sus *Cartas americanas* de octubre de 1888 a propósito de Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870).¹¹ Valera sólo responde a parte de los argumentos que Merchán esgrime a favor de la independencia de su país. Hace referencias, entre otros aspectos, a la corrupción que la

metrópoli practicaba en la colonia, a que Cuba no es una carga para España sino más bien al contrario pues ésta no podría vivir sin los beneficios que extrae de ella y a que los españoles pueden conseguir muchas cosas en las colonias menos tener hijos españoles. De hecho, los hijos de españoles que nacían en Cuba eran tenidos como criollos y como tales tenían menos derechos que los españoles peninsulares. Valera tampoco responde a las demandas de Merchán de que Cuba quiere un sistema electoral tan libre y amplio como el español, de que el procedimiento de nombramientos de cargos públicos en ayuntamientos y diputaciones esté abierto a los criollos, de que haya equilibrio en las cargas tributarias entre Cuba y España, de que se cumpla lo acordado en la Paz de Zanjón y de que se reconozca la independencia de Cuba como una necesidad histórica. Valera solo acepta la acusación de corrupción en la administración colonial:

Lo más grave de que el señor Merchán acusa a España es de su corrupción administrativa en Cuba. Nada hay que decir contra los datos que aduce. Todos están tomados de discursos, informes, folletos y memorias. . . . Convengo, pues, con el señor Merchán en que en Cuba la corrupción administrativa es deplorable: es un mal que requiere pronto y enérgico remedio. Pero ¿lo hallará la rebelión, si triunfa y establece en Cuba una República independiente? Lo dudo . . . (*Estudios críticos* 140)

Valera se pregunta si entre las repúblicas iberoamericanas hay alguna que, una vez ya libre, esté siendo administrada mejor que Cuba. No lo dice, pero se adivina por sus palabras que no cree que haya alguna. Merchán describe en distintos momentos diversas

manifestaciones de la corrupción; la resume presentándola desde su lado opuesto, el de la moralidad; centrándose en los altos niveles de la administración colonial dice:

Lo que sucede en Cuba es que la moralidad no cabe dentro del régimen español. Las autoridades que han querido, a pesar de todo, restablecerla, se han visto obligadas a confesar que no pudieron, o han sucumbido en la lucha; otras han incidido en las mismas faltas que censuraron; otras ni han censurado ni han querido corregir nada, sino que se han lanzado conscientemente en el mar de la corrupción, como una nave a todo vapor y con todas las velas desplegadas. (Merchán 103-4)

Asimismo, a diferencia de Merchán, Valera caracteriza el levantamiento en Cuba de guerra civil porque ve la población cubana compuesta de dos grupos étnicos: los españoles y los negros; en el primero están los peninsulares y los que siendo descendientes de éstos nacieron en la Isla; a estos últimos llama cubanos pero para él son tan españoles como los peninsulares. Sin embargo, Merchán considera que los hijos de los españoles nacidos en Cuba no son españoles: “Como ya es proverbial que todo han podido los españoles en América, menos tener hijos españoles, se ha recelado de la masa peninsular en Cuba; no se ha querido ver en ella otra cosa que la almáciga de las futuras generaciones separatistas” (Merchán 54). Valera se contenta con negar la afirmación sin aportar argumentos y sólo abunda en el aprecio en que los peninsulares tienen a los hispanoamericanos. Él mismo lo expresa reconociendo la valía de sus grandes figuras en la política y el pensamiento.

Se entretiene también Valera en analizar los datos que aporta Merchán sobre si Cuba es una carga para España o es más bien al contrario. No presenta estadísticas ni testimonios como hace el cubano, sino que ampliando el horizonte repite el argumento tradicional de que: “América no ha enriquecido; ha empobrecido y despoblado a España. España, en su gloriosa expansión, no se dilató por el mundo para saquearlo y para traer a la Península los despojos opimos, sino para difundir por doquiera su cultura, su religión, su idioma y sus artes” (*Estudios críticos* 141). Merchán, después de hacer un repaso por los gastos que pudieran corresponder a España y a Cuba, termina con el siguiente lamento: “dígase si la infeliz colonia, en vez de deberle algo a la ‘madre patria’, no se ha visto sometida por ella a perpetuo estado de botín” (Merchán 176).

A la acusación de que solo por codicia y por su riqueza España quiere mantener a Cuba como suya, Valera responde que las posesiones de ultramar han sido siempre gravosas para la Hacienda española, a excepción de unos pocos lustros, y que si España quiere conservar Cuba no es por un interés económico sino por una cuestión de honra.¹² Además: “Es probable, es casi seguro que, si los dejásemos en libertad, Cuba no prosperaría más de lo que hoy prospera. Si prevaleciesen los negros, Cuba sería como Haití, y si prevaleciesen los blancos y mulatos, Cuba sería como es Santo Domingo” (*Estudios críticos* 97). Le asoma aquí al escritor un prejuicio que con toda claridad aparece en otro de sus artículos de 1896, *Las dos rebeliones* (la de Cuba y la de Filipinas). Además de calificar a las dos insurrecciones, una vez más, de guerras civiles, le duele más la primera, pues aparte de los negros:

los rebeldes son españoles, cuyos padres, o cuyos abuelos nacieron en España, y . . . con fea y villana ingratitud, pugnan ahora por apartarse de la metrópoli, renegando de su casta y abominando de la sangre que llevan en las venas, sin duda viciada por el fermento y corrompida con la mezcla de la sangre africana. (*Estudios críticos*161)

A rebatir la acusación de ingratitud de los cubanos para con España, tan extendida entre la clase política de la Restauración y en los artículos de información y opinión de las publicaciones periódicas españoles, dedica Merchán uno de los capítulos de su libro. Reconociendo que, a la altura de los últimos lustros del siglo, la situación de la colonia ha cambiado, el nuevo panorama no se debe a concesiones generosas de la metrópoli, sino a la lucha por sus derechos por parte de los colonizados. Por ello afirma con toda convicción que un comportamiento de tal dignidad en ningún momento pueda tildarse de ingratitud. Y añade:

Lo que sostenemos es que, sin la revolución de Yara, no se hubieran realizado ciertas victorias del derecho, ni se hubiera abolido todavía la infamante esclavitud de los africanos; lo que afirmamos es que entre las libertades establecidas en Cuba faltan dos tan esenciales, que sin ellas ningún pueblo se puede llamar ni verdaderamente libre ni digno: nos falta la libertad de manejar los intereses públicos insulares; nos falta sobre todo la libertad de la honradez. (Merchán 63-4)

Merchán rechaza más adelante el postrer intento de la metrópoli por conservar la colonia de forma pacífica, porque consideraba que la reforma votada en las Cortes de 1895 no era

una verdadera autonomía sino una simple descentralización administrativa. De la misma opinión fueron Martí y los demás insurgentes, que vieron en la última tentativa de la metrópoli, una continuación de la situación de explotación anterior, y respondieron con el inicio de unas nuevas hostilidades que condujeron a la separación de la Isla (Merchán 67).

Leer el artículo *Quejas de los rebeldes de Cuba* publicado por Valera en *El Liberal* en Madrid el año 1896, y no consultar la obra que Merchán le envió ese mismo año desde Bogotá, dedicada *A la memoria inmortal de José Martí*, conduce a desconocer las razones del cubano y dar por buenas las del español. Una lectura del texto de Merchán lleva a tomarlo como un escrito serio, razonado, apasionado a veces, pero abundante en datos económicos y demográficos, y sobre todo plagado de referencias a sesiones de las Cortes españolas, informes de autoridades coloniales, discursos de parlamentarios y colaboraciones en prensa que avalan sus razones a favor de la independencia de Cuba. El artículo de Valera, ágil, irónico y, en ocasiones, superficial adolece de los mismos argumentos tradicionales que defienden un pasado colonial que está desapareciendo basándose en una empresa evangelizadora.

Para Valera, si triunfa la rebelión, Cuba corre el peligro de caer “en poder de los Estados Unidos, que en pocos años borrarían de allí todo vestigio de lengua y de raza españolas, y que tal vez repoblarían la isla con los muchos negros que hay de sobra entre ellos y de los que sin duda gustarían de deshacerse” (*Estudios críticos* 161-2). La suposición de Valera no era descabellada puesto que, como señala Carlos Varo, era lo que pensaban no de Cuba pero sí de Puerto Rico:

Cuando los Estados Unidos decidieron en 1898 invadir Puerto Rico, entre las instrucciones políticas dadas al general Miles se subrayaba la conveniencia de asegurar la amistad de los dirigentes políticos negros. La razón era que los Estados Unidos, previendo una paulatina radicalización de los problemas raciales dentro del país, pensaron en un primer momento en la posibilidad de utilizar a Puerto Rico como un desagadero de sus conflictos sociales invitando a su población negra a inmigrar hacia la isla del Caribe. (113)

Este es un tema recurrente en Valera, que lo aborda desde distintas perspectivas: “si, por desgracia, o lo que Dios no permita, se agotasen nuestros recursos yuviésemos que abandonar la Gran Antilla, no hay español peninsular que sueñe por espíritu vengativo con que aquello se vuelva o yanqui o merienda de negros” (*Estudios críticos* 104). Como he mencionado anteriormente, Valera consideraba que la población negra de Cuba igualaba a la blanca. De ahí que preveía la posibilidad de que se convirtiera en la más numerosa y pudiera repetir la experiencia de una nueva Haití. Exageraba Valera la proporción entre blancos y de color en Cuba en 1896 en el artículo en que polemizaba con Draper, pues la población negra no era tan numerosa como la blanca. Merchán recuerda que si bien la política colonial de España propugnó un equilibrio de razas, esto se consiguió a mitad del siglo XIX en que había 479.490 blancos y 494.252 de color según la estadística que ofrece en la página 55 de su libro. Pero cuando Valera manifiesta su temor a una nueva Haití si Cuba se independiza de España, el dato que Merchán aporta es que en 1887 había 1.102.689 blancos frente a 485.187 de color. El temor del escritor español es más bien infundado aunque no infrecuente, como tendremos ocasión de ver en

la novela *El separatista* de Eduardo López Bago. En ella la voz del narrador atribuye este sentimiento a Lico Godínez, personaje principal de la obra.

Volviendo a las teorías de Spurr sobre los tropos del discurso imperialista se entiende lo que Valera intenta argumentar acerca de que el colonizador ve el territorio que explota como la tierra fecunda que se abre a su trabajo dándole frutos y satisfacciones, pero también la percibe como un peligro ante el alto nivel de procreación que se da en determinados sitios y poblaciones. Si para exploradores y colonizadores, el Oriente constituyó un espacio de peligro por considerarlo un área de promiscuidad desenfrenada, en el Occidente colonizado apareció en paralelo un peligro que se concretaba en una fuerza procreadora, que ponía en cuestión todo el conglomerado económico-social que el colonizador había ido montando a través del tiempo. En el análisis y aplicación de la *erotización* como tropo, Spurr lo identifica en escritos referidos a África. Ampliando el horizonte por efecto de la trata de negros con destino a tierras americanas, podemos ver en las citas anteriores de Valera una aplicación de los argumentos de Spurr: “The anxiety over the sexual passions of colonized peoples historically has been heightened by a more concrete fear of their procreative energies” (Spurr 180). Valera no esconde ni su miedo ni sus posiciones racistas frente al color de los que llevan sangre africana. La limpia e incontaminada sangre de los descendientes de los primeros colonos españoles ha quedado “sin duda viciada por el fermento y corrompida con la mezcla de la sangre africana” (*Estudios críticos* 292). Esta contaminación les lleva a la villanía de traicionar a la madre y usar la violencia para independizarse de ella.

Por otro lado, Valera prevé en los habitantes de la Isla un cambio de coloración de la piel hacia el negro si los norteamericanos se apoderan de Cuba; además, al tildar de guerra civil entre españoles la insurrección cubana, considera españoles sólo a los nacidos en la Península y a los criollos de ascendencia española, no a los negros que acababan de ser manumitidos pues sus ancestros fueron traídos a la fuerza de unas tierras donde los “apóstoles” del colonialismo consideraban que reinaba el caos y todavía la acción civilizadora del hombre blanco no había hecho acto de presencia. El escritor constata por una parte la ingobernabilidad de la primera nación del Caribe, y por otra, el miedo del colonizador ante el crecimiento de una población que puede abandonar el orden para volver al caos.

Valera no acierta a explicarse el apoyo y la comprensión que reciben los insurrectos por parte de los Estados Unidos, pues considera que España combate con medida y contención a favor de la civilización y contra la barbarie; para él, ni el Gobierno español ni sus agentes han cometido en el pasado ni cometerán en el futuro en Cuba crueldad alguna. A ese respecto, argumenta que no existe causa alguna que pueda justificar el mantenimiento de una lucha por la independencia como la que están sosteniendo los insurgentes cubanos. No encuentra una causa política pues en las Cortes españolas tienen asiento senadores y diputados cubanos. Esto lo dice en 1896 cuando sabe que en 1893 se había derrotado en las mismas Cortes el proyecto presentado por Antonio Maura (1853-1925), para la reforma del estatuto colonial de la Gran Antilla. Su contenido estaba todavía lejos de satisfacer las pretensiones de los independentistas más concienciados, pero al menos tendía a iniciar una cierta autonomía para los cubanos. Según Carlos Serrano, “El plan Maura no tenía, por tanto, ninguna implicación

revolucionaria y no llegaba siquiera a prever una auténtica autonomía insular, todo lo más, se trataba de una descentralización, . . . pero que no amenazaba los fundamentos del poderío español más tradicional” (10: 238). Lo que no se quiso aceptar en 1893 se estuvo dispuesto a dar a finales de 1897: amnistía, sufragio universal como el peninsular y un estatuto de autonomía insular que otorgaba a los cubanos hasta el derecho a elaborar su propia política arancelaria; pero el tiempo de que Cuba siguiera siendo española había pasado. Sin embargo, Valera intenta convencer de lo equivocado del independentismo señalando que Cuba nunca llegaría a ser una república independiente próspera y floreciente (*Estudios críticos* 104). En realidad el discurso colonial de Valera, tras asentar la importancia de la empresa colonizadora, busca encontrar la aprobación del grupo colonizado. Es lo que explica Spurr con el tropo *appropriation, inheriting the earth*. La llegada de un grupo humano al espacio ocupado por otro pasa por diversas vicisitudes: contacto, confrontación, mezcla o recorrido vital en paralelo. La figura literaria que el tropo desarrolla toma la forma lingüística de un discurso que, como el origen etimológico del término expresa, sugiere la imagen de deslizamiento no siempre en la misma dirección en su búsqueda de un final. Las palabras de Valera, que en otro momento se han citado, señalan la pretendida generosidad del colonizador llevando lo que tiene para uso y disfrute del aborigen que carece de ello. Como señala Spurr:

[T]he ultimate aim of colonial discourse is not to establish a radical opposition between colonizer and colonized. It seeks to dominate by inclusion and domestication rather than by a confrontation which recognizes the independent identity of the Other. Hence the impulse, whether in administrative correspondence or journalistic writing, to see colonized

peoples as ultimately sympathetic to the colonizing mission and to see that mission itself as bringing together the peoples of the world in the name of a common humanity. (32)

Un ejemplo de esta aparente inclusión y domesticación del colonizado nos lo ofrece el hecho de que en las Cortes tenían asiento los diputados de Cuba, por lo que la reivindicación de una independencia como la que, con las armas en la mano, pretendían conquistar los sublevados cubanos, era totalmente inaceptable.

Históricamente la colonización española ha defendido su actuación colonizadora con el argumento de que mezcló su sangre con la de los indios que habitaban las tierras del Nuevo Mundo, y que por lo tanto no se trata de la imposición de un pueblo sobre otro sino de la fusión de dos pueblos en una misma identidad. Por supuesto, no puede verse esta fusión en el caso de Cuba, puesto que los indígenas fueron diezmados durante la Conquista y los que sobrevivieron como esclavos terminaron desapareciendo mediante sucesivos mestizajes sin que quedara de ellos rastro alguno. Sin embargo, como he apuntado anteriormente, Valera defiende siempre la presencia española en Cuba aludiendo a la gesta colonizadora de España en América en lo que podría verse como una réplica a la Leyenda negra. A tal efecto sostiene:

No sería tan grande la tiranía y la opresión de España cuando no sólo igualó al pueblo indio con el pueblo español, sino que dio cartas y títulos de nobleza a los indios que se distinguían o eran ya nobles entre los suyos.

Todavía, por ejemplo, es grande de España y duque, y goza de una pensión cuantiosa entre nosotros, el sucesor de Moctezuma. . . . En cuanto al pueblo, yo creo y tengo por seguro que se puede demostrar que en muchas de las

tierras descubiertas y ocupadas por los españoles en América, los indios, en vez de perder, ganaron en ser conquistados. (*Estudios críticos* 90-91).¹³

En los *Estudios críticos sobre historia y política*, Valera en numerosas ocasiones expresa que se le acusa de una postura tradicionalista en su defensa de la españolidad de Cuba. Como ya se ha mencionado, para Valera, conservar las Antillas es un deber sagrado que España contrajo desde que con el descubrimiento de América Cuba formó parte de la patria, y que no está en Cuba por razones económicas sino por motivos de honra. Asimismo, Valera sostiene que, cuando la tendencia de los pueblos es a unirse formando grandes estados, el separatismo es una anomalía anacrónica. A este respecto cita los casos recientes de unificación nacional de Italia y Alemania. Para él fue diplomático, perder Cuba es como perder los títulos y documentos de la mayor nobleza, pues son los que recuerdan que España fue protagonista del más grande acontecimiento de la historia. Suya es la hipérbole de gran potencia visual y no menor exaltado patriotismo: “Perder a Cuba y a Filipinas sería derribar las columnas que sostienen nuestro escudo y donde va escrito *plus ultra*” (*Estudios críticos* 165). Concluye su artículo afirmando que es importante su conservación porque se trata de una cuestión de dignidad para que España pueda seguir siendo una verdadera nación en el concierto de las naciones de Europa.

Con una postura como la que se acaba de señalar, se inicia el año 1898, en el que España entra en guerra con los Estados Unidos para no perder Cuba. Valera responde con una actitud personal en línea con su patriotismo y su quehacer de escritor de libros de éxito. Se pregunta qué deben hacer los literatos y escritores. Se le ocurre una respuesta al esfuerzo económico y de soldados que está haciendo la nación para responder al *hasta el*

último hombre, hasta la última peseta de Antonio Cánovas (1828-1897). Propone una suscripción nacional consistente en que el público compre libros donados por las más diversas instituciones y así:

estimulados cuantos ejercemos hoy en España el nada lucrativo oficio de escribir, al ver el desprendimiento de las Reales Academias, Biblioteca Nacional y Dirección de Instrucción Pública, daríamos sin jactancia uno o dos centenares de nuestras obrillas por si alguien se allanaba también a comprarlas, . . . Bien dirigida esta venta de libros, y encomendada a libreros hábiles, en Madrid, Barcelona, Sevilla y otras principales ciudades, ¿por qué no había de producir treinta o cuarenta mil duros? (*Estudios críticos* 187)

Parece muy optimista Valera al imaginar un resultado tan satisfactorio a su propuesta de contribución a la financiación de la guerra. Ni había tantos lectores en España que secundaran la iniciativa de comprar libros como para aumentar los fondos dedicados al conflicto, ni los que pudieran apoyar de manera significativa con su dinero a la causa estaban dispuestos a empeñarlo, cambiando una buena retribución por un desinteresado apoyo a la cultura. Estaban más inclinados a suscribir participaciones en empréstitos que les proporcionaran rentabilidades más atractivas que la satisfacción de difundir las letras españolas.

Llegados a este punto, creo interesante dirigir la mirada a un documento valioso generado en las filas de los insurgentes, para tener un panorama más completo de la postura de Valera ante el conflicto cubano, en contraste con las razones que oponían los alzados en armas. Se trata del *Manifiesto de Montecristi* firmado por José Martí y

Máximo Gómez el 25 de marzo de 1895. Con él se inicia la última fase de una larga guerra, con periodos bélicos y de paz, que terminó con la pérdida de la soberanía de España sobre Cuba. En el Manifiesto, recogido en el volumen 4 de las *Obras completas* de Martí, se declara la voluntad de que Cuba sea independiente, que desea una relación positiva con España y que la guerra no era contra los españoles, puesto que aquellos que acataran a la autoridad de la nueva patria cubana gozarían de los mismos derechos que aquellos que hubieran nacido en Cuba (4: 93). Asimismo, continúa diciendo el Manifiesto:

La revolución cumplirá mañana el deber de explicar de nuevo al país y a las naciones las causas locales, y de idea e interés universal, con que para el adelanto y servicio de la humanidad reanuda el pueblo emancipador de Yara y de Guáimaro una guerra digna del respeto de sus enemigos y el apoyo de los pueblos, por su rígido concepto del derecho del hombre, y su aborrecimiento de la venganza estéril y la devastación inútil. (101)

Valera sin duda conocería el Manifiesto, por lo que puede plantearse la cuestión de si estas ideas, ofertas y programa no le harían dudar o cuestionarse unas convicciones que, con tanta rotundidad, expresa en los *Estudios críticos sobre historia y política* analizados. Es legítimo preguntarse si su nacionalismo y patriotismo no vería lo razonable que podía ser que, una población tan fuertemente marcada por la insularidad, tan alejada de la metrópoli, constelando cerca de la potencia emergente en aquellos años, en un espacio geopolítico de naciones que habían sido colonias, llegara a ser una nación independiente, con economía y élites culturales que podían articularla como país. La

Historia ha demostrado hasta hoy que, con dificultades y con un futuro todavía muy abierto, Cuba ni está anexionada al vecino del norte ni es una segunda Haití.

Analizada la postura de Valera respecto de la cuestión cubana, es lógico preguntarse si debajo del follaje de las expresiones patrióticas a favor de la soberanía de España, se puede afirmar que la españolidad de Cuba beneficiaba a España como nación, o más bien a quien favorecía era a determinados grupos; y si los sacrificios que estaba padeciendo el país en hombres y en dinero estaban justificados por los beneficios sobre la Isla que la soberanía le comportaba. Es la pregunta del *cui prodest*. A riesgo de incurrir en simplificación, si dejamos aparte al estamento militar y su conciencia de garante de la unidad de la patria y a sectores de políticos, el realmente interesado, porque obtiene grandes beneficios en ello, es un “reducido y potentísimo grupo, entre político y económico, que domina desde la metrópoli todo lo referente a los intereses de ultramar, mediante un control directo o indirecto del aparato estatal español”, dice Carlos Serrano, quien añade:

Por definición, el estatuto colonial era como la codificación de la desigualdad estructural y de intercambios desequilibrados, bajo la tutela de un Estado, cuya principal función parecía resumirse entonces a ser garante armado de un orden surgido de y para el beneficio exclusivo de unos cuantos grupos, numéricamente restringidos pero socialmente dominantes. (Serrano 209)

Parece evidente que Valera, senador desde 1872 por Córdoba, Málaga y Puerto Rico,¹⁴ y elegido senador vitalicio en 1883, no podía desconocer los entresijos de la política española en sus decisiones sobre la cuestión cubana, ni cómo el caciquismo colonial había derrotado los tímidos intentos aperturistas de Maura, ni cómo el partido

españolista cubano se unía a sus allegados peninsulares para impedir pequeñas mejoras a la legalidad colonial, ni que todo este obstruccionismo no hacía nada más que ir legitimando la causa independentista, a la que se iban uniendo los que en un principio eran solo autonomistas.

Los *Estudios críticos sobre historia y política* nos dan la visión de Juan Valera sobre la postura de España ante Cuba, de su enfoque sobre la cuestión cubana, pero esta visión pide una ampliación hacia la consecuencia natural del fin de un capítulo del colonialismo español y del discurso que lo sustenta: el del concepto y la postura regeneracionista que toma nuestro escritor. Para ello habrá que acudir a textos distintos de los referenciados más arriba como su novela *Morsamor*, sobre la que existen opiniones diversas acerca de si incluye o no elementos regeneracionistas. En todo caso se puede concluir que el discurso colonial de Valera que emerge a propósito de su postura ante la cuestión cubana, se mantiene en las líneas más tradicionales de afirmación de una misión civilizadora de pueblos atrasados, evangelizadora por llevarles la nueva fe y modernizadora por incorporarles al relato de la historia que estaban escribiendo los países occidentales.

1.2. Emilia Pardo Bazán: testigo de un discurso colonial sin futuro

Emilia Pardo Bazán (1851-1921) aborda en sus escritos la cuestión cubana con la sensación de asistir a un momento clave de la historia de su país y con la necesidad de poner de manifiesto sus ideas sobre un hecho colonial cuyo ocaso está presenciando. Su pensamiento y opiniones aparecen en sus artículos en *La Ilustración Artística*, en una *Conferencia dada en París* y en los *Cuentos de la Patria*. Su acercamiento a la cuestión cubana es más explícito cuando aborda las consecuencias que tiene la pérdida de la Isla en los sentimientos propios y los del país; de ellos se hace eco en las críticas que vierte sobre la clase dirigente en el manejo del problema. Asimismo, expone su opinión sobre la guerra con los Estados Unidos, la acción colonizadora de España y las soluciones que propone para que la nación resurja. La mayor parte de los escritos que sirven de base a mi estudio de los textos de Pardo Bazán son de 1898, año en que la cuestión cubana va dejando de existir en su planteamiento inicial como problema que hay que resolver dentro de la situación delicada que vive España, para convertirse en un punto de referencia que señala un ámbito donde suenan con toda la fuerza las voces que claman por la regeneración de la nación. El resto de los escritos examinados son de años inmediatamente anteriores o posteriores a aquella fecha. Vista la obra de Pardo Bazán dedicada a la cuestión cubana en su conjunto, se puede considerar a la autora como un testigo de primera mano de la actualidad española y a sus artículos y cuentos como reflejo y relato del momento que vivían los españoles. En sus colaboraciones en *La Ilustración Artística*, la escritora canaliza directamente su opinión y sentimientos sobre los sucesos de aquel año de 1898 en los que se pueden apreciar las actitudes y

comportamientos del pueblo español, mientras que, en los *Cuentos de la Patria*, repite algunas de estas ideas bajo la forma de relatos cortos y un lenguaje más literario. En la Conferencia dada el 18 de abril de 1899 en la Sociedad de Conferencias de París, con el título de *La España de ayer y la de hoy (La muerte de una leyenda)*, Pardo Bazán resume su pensamiento y su postura ante el ser y el pasado español, con alguna referencia a la cuestión cubana y al panorama que se presenta en España en vísperas de la llegada de un nuevo siglo.

A lo largo de sus escritos, la autora reivindicó su papel de mujer que escribía de política rompiendo estereotipos sobre su cometido en la literatura. No se escondió tras un seudónimo ocultando su condición de mujer para defender lo que creía conveniente, sobre todo en un foro público como eran la literatura y el periodismo. Este compromiso la llevó a mantener su postura de denuncia de lo que suponía que era equivocado en el ámbito de lo público y a asumir las consecuencias. A este respecto, en el artículo *Respirando por la herida* dijo:

Y nadie me gana en sinceridad para reconocer las deficiencias lastimosas de nuestra vida nacional y pública. . . . Los errores comunes tiene no solo el derecho sino el estricto deber de corregirlos hasta donde alcance el publicista, y creyéndolo así he trabajado para extirparlos, arrojando todo género de riesgos y padeciendo no pocas impertinencias. (“Respirando” 506)

Es verdad que ella no adoptó posiciones radicales en la cuestión cubana como las del periódico *El Socialista*,¹⁵ o las de Vicente Blasco Ibáñez o Francisco Pi y Margall,

pero tuvo claro que el enfrentamiento con los Estados Unidos no conduciría a buen puerto. Un año después de la derrota lo manifiesta con toda claridad al recordar que se opuso a que España aceptase entrar en guerra contra los Estados Unidos. La califica de horrenda por las fatales consecuencias que iba a tener para los españoles y de fatídica porque no había ninguna esperanza de victoria. No se plegó a la marea patrioter que defendía llegar hasta el final cuando era claro que se caminaba hacia la derrota (“Respirando” 506).

A diferencia de Pi y Margall, no tenía Pardo Bazán expresiones de alabanza y admiración hacia la nueva república americana por su fuerza, su capacidad y el gran proyecto de futuro que, como potencia emergente, se había trazado; más bien la veía como al ladrón que valiéndose del engaño y la sorpresa roba lo que no es suyo. En la cuestión cubana, los Estados Unidos no eran para ella algo accidental o tangencial, sino que eran parte del problema que tenía planteado España. El patriotismo llevó a la escritora a criticarlos con dureza. Así, en el artículo “Las Cortes”, recordaba que una ciudadana de aquella nación defendió a España contra las acusaciones de crueldad, de matar de hambre a los prisioneros en los centros de concentración creados por Valeriano Weyler y de practicar la tiranía en Cuba, y añadía:

Pero en Norte-América predomina . . . el espíritu de rapacidad y de conquista sin reparar en medios, que caracteriza á la raza anglosajona y que á duras penas han contrastado á veces ciertos instintos morales que surgen de pronto en el alma del bárbaro. . . . Que los Estados Unidos proceden en esta ocasión como el bandido que despoja al viajero

indefenso, cosa es que nadie ignora, y se me figura que nadie seriamente discute. (“Las Cortes” 282)

Esto lo escribió en mayo de 1898, debido a que, por la situación de emergencia originada por la guerra, se convocaba al órgano legislativo a unas sesiones que a Pardo Bazán le recordaban las de 1873. Fueron estas las Cortes que dieron paso a la Primera República que nacía sobre un verdadero volcán: comenzaba la Tercera Guerra Carlista, tenía lugar la sublevación cantonal y estaba en curso la Guerra de los Diez Años por la independencia de Cuba. Las Cortes de 1898 no se abrían sobre un volcán, pero se asomaban a un abismo, al abismo de ser, al decir de Robert Arthur Talbot Gascoyne-Cecil, tercer marqués de Salisbury (1830-1903), la representación de un país más entre las *dying nations* que llegaban a ese estado después de haber ocupado un lugar preponderante entre las *living nations* siglos atrás.¹⁶

No puede reprimir la escritora ciertos arranques de patriotismo españolista viendo solo los aspectos positivos de la actuación de España en sus antiguas colonias, contrastándolo con el comportamiento de los pueblos anglosajones. Refiriéndose a España dice: “que ni quiso ser colonia ni acertó á tenerlas . . . por sobra de idealidad, por exceso de altruismo, por pretender ante todo llevar el Evangelio adonde los yankees sólo llevaron la horca, el rifle y el revólver, y los ingleses el hambre, el aguardiente y el algodón” (“Las Cortes” 282). Si en mayo de 1898 Pardo Bazán escribía estas reflexiones, no está de más recordar que, en asuntos de esta naturaleza, el idealismo puede encubrir intereses que un sano realismo no está dispuesto a defender, como ya habían anunciado otros como el general Martínez Campos.¹⁷

En mi análisis del discurso colonial de Pardo Bazán intentaré hacer aflorar conceptos que no aparecen en la superficie del significado de las palabras, pero que se manifiestan con mayor sentido después de descubrir los recursos literarios que le sirven de vehículo. Para ello me serviré, como he hecho al analizar el discurso de Valera, del estudio de Spurr. El teórico británico acude a las ideas de Darwin para explicar el tropo *affirmation* del que dice que:

provides a scientific and philosophical basis for a moral ascendancy which carries with it a sense of mission that must be affirmed repeatedly as the foundation, and not the alibi, for colonizing activity. The notion of the “white man’s burden” as a metaphor for the civilizing mission thus becomes a recurring theme in colonial writing. (Spurr 111)

Es importante señalar la consideración que merece la idea de la misión, no por la razón que se pone de forma explícita, sino por la que esconde: la defensa de unos intereses económicos para lo que es necesario crear una estructura de poder y dominio sobre el pueblo colonizado. Es esta la opinión que Pardo Bazán expone al principio de su Conferencia en París. Si Darwin localiza la misión del hombre blanco en la supremacía de la raza, la escritora gallega pone el fundamento, en el caso de España, en la propia geografía, como si la deriva de los continentes hubiera ya tenido una ruta trazada para preparar el asiento de un pueblo que habría de tener una importancia capital en la extensión de la civilización más avanzada. La misión encuentra su razón de ser en el hecho de la supremacía racial que, a su vez, está conectada con el concepto de determinismo. No me parece arriesgado afirmar que el determinismo, por su parte, no es

más que la versión secularizada de la idea religiosa de predestinación, y de predestinación habla Pardo Bazán para referirse a España. Dice así en la conferencia que pronuncia para la Sociedad de Conferencias de París: “Esta nación . . . parece cabalmente predestinada por sus condiciones geográficas y topográficas a tomar parte activísima en la marcha y adelantos de la civilización del mundo. Península que se destaca gallarda y atrevida, adelántase entre el Atlántico y el Mediterráneo, entre el mundo antiguo y las naciones nuevas” (“La España”). Ahora bien, hablar de condiciones geográficas y topográficas lleva a pensar más en exigencias de un determinismo natural que en la imposición de una misión a la libre voluntad humana, mientras que referirse a la predestinación lleva a enfatizar el carácter ineludible y necesario de la misión. Esta idea conduce al convencimiento de que la misión de la actividad civilizadora ha sido innata en España y cabe en lo que Spurr, en su tropo *classification: the order of nations* (clasificación: el orden de las naciones), afirma que la ideología del colonialismo: “which instead of the essential superiority of the European colonizer as well as on the ideals of the civilizing mission bent on improving the moral condition of the colonized” (Spurr 66).

El alto concepto que Pardo Bazán tiene de la misión española no se queda en la posición geográfica de un territorio concreto, sino que lo enlaza con el de la evolución humana que da origen a diversas razas. Es en los niveles superiores de esta diversificación donde sitúa a la española, que no es una a lo largo de la historia, sino que tiene orígenes en diversas sangres. Dice en la Conferencia que se ha citado: “La raza española, o más bien las razas humanas que forman el conjunto de la población, son superiores, aunque no arianas todas; la sangre céltica y goda se mezcla con la fenicia,

bereber y árabe” (Bazán). No debe estar muy segura la escritora de la fuerza de la predestinación ni de la superioridad de la raza española cuando, a renglón seguido, achaca a un maleficio el que se ponga en cuestión el puesto de España entre las naciones cultas. No precisa la autora en qué puede consistir el maleficio si no es en la aparición de la Leyenda negra que pondría en cuestión la labor civilizadora de España. En todo caso, concuerda con el siguiente aserto de Spurr sobre *affirmation* al hablar de la carga del hombre blanco: “The primary affirmation of colonial discourse is one which justifies the authority of those in control of the discourse through demonstrations of moral superiority” (Spurr 110). Esta es la superioridad moral de que puede alardear España, según la concepción de Pardo Bazán, por haber puesto en la historia de la civilización varias naciones nuevas.

Aunque a la autora se le presentaban en primer plano los sacrificios que tenía que hacer España para salir adelante, le quedaban motivos, en abril de 1899, para no renunciar a su patriotismo, sintiéndose liberada de la preocupación que le había proporcionado la cuestión cubana. Hace una invocación al futuro y a que la Historia hará justicia al comportamiento de España con sus colonias, en especial a las que recientemente le han sido arrebatadas. Las últimas palabras de la *Conferencia* suenan a exorcismo contra los amargos despertares que los diarios de la mañana proporcionaban a sus lectores con las malas noticias de ultramar. Apelar a que la Historia diga la última palabra siempre ha sido un buen recurso. Así cierra su disertación la escritora:

El día en que la historia se escriba imparcialmente; . . . reconocerá el mundo que si hemos sido colonizadores inhábiles, no hemos sido ni más

cruels ni tan rapaces como esos anglo-sajones, cuyo ejemplo, propuesto ahora a las naciones mediterráneas, puede enseñarnos la adquisividad y el instinto de apropiación, pero no la lealtad y la humanidad. (Bazán)

Es el desahogo de quien defiende un comportamiento que, si bien cometió errores por falta de pericia en llevar adelante una misión, actuó de buena fe, con lealtad y generosidad. Es una forma airosa de justificar un pasado que, al hacerse presente, muestra un panorama en el que no faltan las sombras y motivos para temprar no poco el orgullo.

La cuestión cubana le ha dejado a Pardo Bazán, una vez que la Isla inició su singladura separada de la metrópoli, una sensación de vacío a la vez que una llamada a seguir trabajando por el futuro, sensación y llamada que también tuvieron algunos de los elementos más conscientes del país. Si cuando la suerte estaba echada era testigo de las consecuencias que traían los descuidos y errores que la política colonial había cometido, una vez que la colonia iniciaba su propio camino, ella insiste en la necesidad de la anterior metrópoli de continuar adelante.

El tropo que Spurr denomina *the white man's burden*, tiene un apoyo ideológico en la tradición cultural española distinto del de la anglosajona. El concepto de misión encuentra un sustrato religioso de proselitismo que se seculariza hacia la elevación moral y también económica:

The distinctly British version of colonial discourse promoted, by contrast, a set of secular and quasi-religious ideals borrowed from the humanism of high culture: a natural aristocracy, a muscular Christianity, the racial

superiority of the Anglo-Saxons, and, to use a phrase often invoked in Parliament, “the trusteeship of the weaker races”. (Spurr 114)

Sin embargo, la *carga del hombre blanco* en el discurso colonial español, de acuerdo con la cita transcrita más arriba del artículo “Las Cortes”, Pardo Bazán la apoya en los pilares del idealismo, el altruismo y la extensión del Evangelio y la fe cristiana. En realidad, los tres motores se convierten en una ideología que sirve de base a un verdadero discurso de poder.

Repasa la escritora distintas opiniones sobre las causas que han llevado la tragedia cubana a un desenlace que, en mayo de 1898, estaba llegando a su final, y apunta un motivo que viene de lejos, que, “antaño, la isla de Cuba era considerada como una especie de cajón ó basurero donde arrojábamos los despojos y deshechos de nuestra cocina política, y enviábamos á nuestros inválidos para que se repusiesen, criasen sangre y llenasen la escuálida bolsa” (“Elegía” 314). No asume como suya esta opinión pero, al presentarla a la misma altura que la dura política colonial de los conservadores y la débil de los liberales por su apoyo de última hora a un régimen autonómico para la Isla, parece concederle una importancia grande dentro de su concepción de la cuestión cubana.

Se vio en páginas anteriores que el discurso colonial de Valera señalaba que la contaminación de la sangre de los colonizadores con la africana había hecho que ciudadanos españoles se convirtieran en rebeldes e incluso villanos, llegando a mostrarse desagradecidos para con la nación que vio nacer a sus abuelos. Pardo Bazán, abundando en la misma idea, se muestra más explícita al señalar que, a propósito de relacionar diversas opiniones sobre el origen causal de la insurrección cubana, es la fecundidad de la

raza negra la que ha desencadenado el conflicto: “la verdadera razón de todo este desquiciamiento está en el predominio físico de la raza negra, y en su terrible propagación y expansión, en un clima hecho expresamente para ella y que para ella no ofrece peligros” (“Elegía” 314). El miedo de los colonizadores a las energías procreadoras de los colonizados de que hablaba Spurr en el tropo *eroticization: the harems of the West* (Erotización: el harén de occidente), es el que subyace en la opinión de que habla Pardo Bazán. Spurr lo detecta en un texto de John Buchan (1875-1940) cuyas palabras reproduce. El final de la cita puede conectarse con la referencia que Pardo Bazán hace a la insurrección cubana. Dice el texto de Buchan:

The Kaffir, south of Zambesi, already outnumbers the White man by fully five to one, and he increases with at least twice the rapidity. . . . What is to be the end of this fecundity? Living on little, subject apparently to none of the natural or prudential checks on over-population, there seems a real danger of black ultimately swamping White by mere gross quantity. (Spurr 180)

Una fecundidad alta unida a un clima propicio sirve de metáfora para establecer conexiones entre lo sexual y la expresión literaria. Se percibe en los textos de la española y del inglés una retórica de la erotización conectada a la idea de peligro, de culpa y de ansiedad ante una amenaza en el caso del extremo sur de África, o unos momentos difíciles y trágicos como son los que Cuba y España viven en mayo de 1898, cuando la novelista escribe las líneas antes citadas.

El patriotismo de Pardo Bazán en relación a Cuba aparece repetidamente en los artículos que se están analizando, pero es un patriotismo triste, ya que mira al pasado con cierta nostalgia y con esperanzas más bien ilusorias por lo que respecta al futuro.

Mirando al pasado se lamenta la escritora por la pérdida de las últimas colonias y no se atreve a defender ni al pueblo ni a sus gobernantes. De la insensibilidad de aquél ante el desastre toma nota al referirse en febrero de 1898 al Carnaval celebrado ese mismo mes, que estuvo animadísimo y fue fomentado por las autoridades y corporaciones. La autora se duele de la conversión en año de difuntos de lo que antes era todo año de carnaval, y acompaña en su desconsuelo a patriotas que han sufrido pérdidas de seres queridos, considerando que no están los tiempos para celebraciones, y exclama:

repicando las castañuelas y agitando los cascabeles de la clásica Locura,
mientras todavía nos oprimen las entrelazadas sierpes de las furias,
símbolo de la guerra, y cuando nos amagan todo género de asolamientos y
fieros males. . . . Tantos muertos, tanta gente moza que se embarca
diariamente y ó regresa moribunda o no regresa jamás. ¿Y el dinero?
¿Podrá nadie suponer que nos amague la bancarrota, cuando rueda el oro
en mil formas y se ostenta la riqueza á puñados en los solaces del
Carnaval? (“Resurrección 314)

A la irresponsabilidad del pueblo señalada por la escritora ante el desastre celebrando el carnaval alude también Pío Baroja (1872-1976) al referirse a los sentimientos de Andrés, personaje principal de su novela *El árbol de la ciencia* publicada en 1911. Le produce al joven gran indignación que el pueblo responda con indiferencia ante la derrota de las

escuadras españolas en Cuba y Filipinas, pues en vez de ser consecuente con las manifestaciones patrióticas de semanas antes, se iba al teatro y a los toros como si nada hubiera pasado. El personaje tenía al español como incapaz para la ciencia y la civilización pero le consideraba un patriota y sin embargo constataba que todo el fervor anterior había sido un puro fuego de artificio (Baroja 247).

Asimismo, la fiesta de difuntos de 1898 le da pie a Pardo Bazán para lamentar la situación del país en medio de una derrota, la pérdida de Cuba y otras colonias, y el abatimiento que debía suponerse y esperar de la población. Con acierto describe la situación en los siguientes términos:

Hemos enterrado, sucesivamente, la esperanza, la honra nacional, la reputación que aún hacía en Europa poético y glorioso nuestro nombre; hemos enterrado la fortuna pública, la herencia de nuestros antepasados, la soberanía española en Ultramar, la fe en muchas cosas, en infinitos hombres, en instituciones y organismos que nos parecían inmortales; y hasta hemos acompañado á la sepultura á nuestro propio corazón de patriotas, helado y paralizado por tantos desengaños, lacerado por tantas espinas. (“De réquiem” 337)

Ahora bien, las ideas que Pardo Bazán elabora en sus artículos se complementan con lo que dice en los cuentos, de los cuales he seleccionado seis (*El catecismo*, *La oreja de Juan Soldado*, *El rompecabezas*, *La exangüe*, *Entre razas* y *El caballo blanco*) por ofrecer en ellos un buen ejemplo de discurso patriótico, pacifista, y, en última instancia, regeneracionista, mediante el repetido uso de tropos imperialistas.

El cuento *El catecismo* narra cómo en una familia se cambia el estudio de una lección de catecismo por el recuerdo de un familiar que lucha en la guerra de Cuba. El niño pregunta a sus padres por él, lo que sirve al narrador para adentrarse en las ideas de guerra y de patria. Las dos se hacen presentes en la conciencia del niño como realidades que se dispone a asumir. El texto se publicó cuando había transcurrido un año de lo que los independentistas cubanos denominaron “guerra necesaria” y las esperanzas de la metrópoli en una rápida victoria se habían desvanecido. La escritora se vale de una tierna escena familiar para mostrar los distintos componentes que confluyen en su concepto de patriotismo. Alrededor de su idea constelan las de sacrificio y muerte, el dualismo del bien y del mal, la identificación de la defensa de la patria con la del bien, la distinción entre el lugar donde se vive y todo el resto de lugares y tierras, la identificación de la religión con la Virgen, la mención del resto de los personajes del más allá y finalmente, en este caso también, entra la colonia como parte de la patria que ha de ser defendida hasta la muerte. El niño, protagonista del cuento, dice: “Entonces quiero ir a la guerra cuando sea grande . . . Al fin hemos de morir, ¿no? Pues morir por eso . . . por eso . . . Por la mamá del Cielo, ¡por la Patria!” (Bazán, *Cuentos* 159-60). Esa fue la lección de catecismo que aprendió el niño y la que dio a sus padres. En ella se encierra lo que Pardo Bazán entiende como patriotismo y en la que no cabe la colonia como concepto del *otro* que tiene derechos propios.

La sensación de abatimiento y vergüenza de la clase política tiene perfecta correspondencia con el sentimiento de frustración de la población con sus dirigentes y con los últimos que en la escala de mando abusan de su poder y someten a tratos

ignominiosos a los que el azar les deparó la suerte de seguir conservando la vida pero en condiciones harto penosas. Pardo Bazán lo expresa con magistral pluma en la historia corta titulada *La oreja de Juan Soldado*. Un veterano combatiente contra los mambises vuelve medio muerto en un buque repatriado a la Península. En el puerto, él y otros compañeros de infortunio piden agua a los que les esperan. Varias mujeres se agolpan a socorrerles pero los guardianes, queriendo poner orden en el tumulto, hacen uso de la violencia y el veterano recibe un sablazo que le corta una oreja. Pardo Bazán escribe el cuento en marzo de 1899, cuando todavía están llegando a las costas españolas en buques de La Trasatlántica¹⁸ los últimos soldados evacuados de Cuba. Pocos vuelven totalmente sanos y los más están heridos o enfermos como Juan Soldado, el joven gallego que peleó durante tres años en Cuba. De ésta y de otras narraciones dice David Henn:

The handful of Cuban inspired stories mention the bravery of Spanish soldiers, the terrible conditions in the island, disease, atrocities committed by insurgents, and the presence of well-equipped American soldiers, and also suggest the ingratitude that could be shown by the government and ordinary Spaniards to those who returned from the conflict and to the families of those who did not. (Henn 418)

Henn no advierte que, más que sugerir, lo que hace Pardo Bazán es denunciar con toda claridad el abandono y desprecio por los que han tenido que ir a Cuba porque su familia no tenía dinero para librarles del alistamiento. También muestra la autora la insensibilidad de las autoridades del orden que impedían dar agua a los enfermos que descendían del barco. Sus palabras resaltan la humanidad del pueblo llano que se esfuerza

en socorrerles, pues "la mujer aquella y otras muchísimas . . . se arrimaban más a darnos la bebida. Se armó un barullo que metía miedo, y la Policía a sacudir sablazos de plano y luego de corte . . . Yo me sentí como si me ‘rabuñasen’ con un alfiler nada más . . . ‘Muchacho, si no te ‘mancaron’ en Cuba, ya te ‘mancaron aquí’ . . . Te han llevado de un sablazo la oreja" (Bazán, “La Oreja”)

El dolor por la pérdida de Cuba se concentra otra vez en un niño en el cuento *El rompecabezas*, publicado el 7 de enero de 1899 en *Blanco y Negro*. Un niño muy responsable y estudioso queda huérfano de padre que muere luchando en Cuba. Su madre le regala un rompecabezas por la fiesta de los Reyes Magos. El niño lo rechaza diciendo: “Mamá, te han engañado. El juguete está incompleto. Falta aquí mucha España. No encuentro la isla de Cuba. Ni a Puerto Rico . . . ¡Falta España!” (Bazán, *Cuentos* 127). No se puede reprochar a la escritora que articule la historia alrededor de unas víctimas españolas de la guerra, ni que de esa forma canalice su patriotismo, pero sí que no aparezca un atisbo de pensamiento crítico que contemple el conflicto en su conjunto. Como el niño de *El catecismo*, el de *El rompecabezas* encarna el rechazo a la búsqueda de una solución no traumática y no puede aceptar la idea de patria completa si las colonias no siguen unidas a España. Si este pensamiento es inapropiado tratándose de niños, tampoco aparece en los adultos que pueden tener una visión más completa de la realidad. Con razón dice David Henn que:

These stories that draw on the conflicts of the 1890s are sometimes stirring, sometimes horrifying, and occasionally moving, sentimental or even mawkish. They are primarily patriotic (and time to time, pro-

Catholic) propaganda. Not one of them addresses or hints at the issue of colonialism, or questions the morality of the Spain position. (Henn 418)

Como se ha mencionado anteriormente, la carga del hombre blanco, como la llama Spurr, tiene un apoyo ideológico distinto en la tradición cultural española y en la anglosajona; mientras que en la primera su discurso colonial se apoyaba en unos valores espirituales encarnados por la Iglesia católica como una forma concreta de expresar el cristianismo, los ideales con los que los anglosajones sustentaban su expansión colonial estaban más secularizados, y en todo caso tenían un cierto tono humanista, pero no religioso. El universo conceptual desde el que el niño de *El catecismo* se enfrenta a la eventualidad de ir a la guerra para mantener el dominio de unas colonias es totalmente religioso con ideas y personajes católicos. El de *El rompecabezas* también une una fiesta y una costumbre de la religiosidad latina con la amputación de parte de la patria.

Pardo Bazán vivió la separación de las Islas Filipinas de la soberanía española como la de Cuba. La historia corta, publicada en *Blanco y Negro* el 15 de abril de 1899 con el título de *La exangüe* le permite construir una alegoría en la que España se está quedando desangrada al faltarle el aporte vital de sus colonias. Un joven funcionario español se traslada con su hermana a trabajar a Filipinas. Allí son apresados por los rebeldes tagalos y ella acepta, a cambio de que se mantenga con vida a su hermano, someterse diariamente a una sangría que la va dejando exangüe. Una vez rescatada ve que han matado a su hermano y se vuelve a España muy débil y enferma, hasta que los cuidados de un vecino consiguen que recupere la salud. La joven se asemeja a la España sin pulso del famoso artículo titulado *Sin pulso*, atribuido al político conservador

Francisco Silvela (1843-1905), que se publicó ocho meses antes que la narración de la escritora gallega.¹⁹ La joven y España tenían la misma actitud del colono ante el despertar de un pueblo colonizado, da igual que sea el tagalo o el cubano. Dice el texto:

la sublevación al pronto no les asustó; creían inofensivos a aquellos adormilados y obedientes indígenas, y les parecía seguro reducirlos, con solo alzar la voz en lengua castellana, a la sumisión y al inveterado respeto. Disipose su error al cercar el poblado hordas diabólicamente feroces, que lanzaban gritos horrendos y esgrimían el bolo y el campilán (Bazán, *Cuentos* 170)

Spurr señala que dos concepciones distintas relacionan poder y lenguaje, después de haber expuesto las ideas de varios autores a propósito del tropo *resistance: notes toward an opening* (resistencia: notas para una apertura). Para el crítico: “The difference is basically between two views of the relations between power and language: one sees language as the effect of power, the other sees power and language as practically (i.e., virtually and in practice) the same” (199). En el caso del relato que nos ocupa, la distinción no es capital. Los dos hermanos trasplantados a Filipinas eran agentes del poder colonial español y como tales gozaban de una preeminencia sobre los nativos tagalos, que se manifestaba también en el lenguaje con el que a ellos se dirigían; por ello pensaban que con sólo hablarles en español, (lengua que Spurr califica como “itself a colonial language”, Spurr 194), se volverían a mostrar sumisos y respetuosos. Por la forma de expresarse en el cuento, se puede aventurar que Pardo Bazán también participaba del convencimiento de que la insurrección tagala era una rebelión contra el

orden colonial establecido, y que, de triunfar, volverían a situarse las Islas en el caos. No es gratuita la carga negativa y descalificadora de la causa independentista cuando se tilda a sus promotores de *hordas*; el sustantivo, ya de por sí brutal por significar una fuerza descontrolada y destructiva, aumenta su significado con la imagen de que las hordas eran *diabólicamente feroces*.

Los libertadores de la joven son españoles y tagalos, lo que viene a señalar que buena parte de los nativos se sentían cómodos con el colonialismo español. Además, unos meses antes de la publicación del texto, en la Conferencia de París, se entregaba el Archipiélago Filipino a los Estados Unidos y daba comienzo una nueva guerra entre la anterior colonia y otra nación que quería ser la nueva metrópoli. Con toda intención por parte de la autora, el cuento cierra la alegoría de la joven como si fuera España con las palabras de un pintor modernista que gustaba de los símbolos: “Voy a hacer un estudio de la cabeza de esa señora. La rodeo de claveles rojos y amarillos, le doy un fondo de incendio...escribo debajo *La Exangüe*..., y así salimos de la sempiterna matrona con el inevitable león, que representa a España” (Bazán, *Cuentos* 172). Los colores de los claveles rojos y amarillos y la joven exangüe sustituyen ahora a la exuberante matrona envuelta en la bandera española y custodiada por un león dispuesto a la lucha.

Entre razas (1900) es otro de los *Cuentos de la Patria*. En él, Pardo Bazán pone un ejemplo de lo que se pudiera decir que Spurr entiende como el tropo *appropriation*. El encuentro de una talla de un santo negro le sirve al narrador para relatar la confrontación entre un rico norteamericano y un empleado negro. Aquél quiere ver reproducida en los Estados Unidos a la vieja Europa, representada en objetos que recordaban sus pasadas

glorias y mide el valor del empleado por los dólares que pueda valer un esclavo. El de color responde a la injuria retando en duelo al blanco que humilla al negro despreciando el desafío. El desprecio le cuesta la vida. La talla del santo negro Benito de Palermo, hijo de esclavos negros, simboliza la igualdad entre los hombres una vez que el *otro* ha asimilado la cultura y la religión occidentales. La escritora pone en boca de un personaje la idea de que el santo: “Encarna la idea tan esencialmente democrática del catolicismo. Es la apoteosis de la igualdad humana: reprueba la división en razas superiores e inferiores que estableció el paganismo. Por eso me conmueve el santito negro, que estará ahora bañándose en la blanca luz celestial” (Bazán, *Cuentos* 209-10). El narrador aparece como portavoz de la escritora sobre la superación de la división entre las razas. Para el americano: “es estúpida la religión que pone en altares a los negros” (Bazán, *Cuentos* 211). El rechazo del demócrata americano hacia un negro de verdad que trabaja y se gana la vida entre blancos, hace aflorar el miedo del blanco a contaminarse con una raza inferior, para lo que tiene que repetir en su vida personal la distancia y separación que le lleva a despreciar como descabellada la aceptación de un desafío en un duelo con el negro. Una vez más nos encontramos con uno de los tropos de Spurr, *debasement: filth and defilement*, que sirve para mostrar un estado de degradación mediante la imagen de la corrupción y la suciedad: “The principles of exclusion, boundary, and the difference which enter into the debasement of the primitive are connected to the fear that the white race could lose itself in the darker ones . . .” (Spurr 82).

El tropo retórico *appropriation* que pone en guardia contra la seducción que representa al buen salvaje asimilado a las formas y pautas de comportamiento de los

colonizadores, está presente en textos que tienen un fondo relacionado con el mundo colonial como es el del cuento *Entre razas*, e incluso en formas literarias que en su propósito declarado no tengan por objeto hablar del tema de la colonización. *Entre razas* entra dentro de esa más profunda colonización señalada por Spurr en el tropo *appropriation* cuando dice que: “To see non-Western peoples as having themselves become the standard-bearers of Western culture is in some ways a more profound form of colonization than that which treats them merely as sources of labor or religious conversion” (Spurr 36).

El *Caballo Blanco*, otro cuento de la Patria, es un nuevo ejemplo de las ideas de Spurr esta vez relativas al tropo del discurso colonial *resistance*. Pardo Bazán lo escribe en 1899, en el mismo año que *Entre razas*. Las colonias han roto amarras, pero todavía sigue en el imaginario español el mito de Santiago como dinamizador de empresas de reconquista primero y de colonización después, como abanderado de una confesión religiosa que serviría de principio justificador de una empresa colonial. El título del cuento recuerda la conocida frase *el caballo blanco de Santiago*. En el cuento aparece el apóstol acompañado de su caballo. Un español que ha sobrevivido a la última derrota le pide al santo patrono que vuelva a la lucha contra los enemigos de la patria. Cuando va a cumplir este ruego, otro español, el labriego San Isidro Labrador, enfría los ardores guerreros del jinete y su montura con la orden de sustituir las aventuras bélicas por el trabajo agrícola. Al comienzo del cuento, hay una presentación de la situación de España bajo la metáfora de un árbol gigante al que le quedan pocas hojas que además están casi secas. La escritora se acerca en actitud crítica a todo el discurso de expansión colonial

mediante la idea de cruzada, que aparece bajo el símbolo de Santiago y su caballo blanco. Se sitúa dentro del discurso y ve al colonizador desprovisto de las justificaciones que sirvieron de base a toda la argumentación que sustentaba el pensamiento con que se inició y se consolidó la acción colonizadora. Que España se convirtiera en un árbol gigantesco que fue perdiendo el follaje y se quedara en esqueleto de lo que fue, lleva necesariamente a concluir que la ruina estaba cerca. Se ha visto en páginas anteriores que la escritora actuó como eco de los argumentos del discurso colonizador y ahora, desde dentro del mismo, presenta otro para sustituirlo. Contempla cuáles son los resultados de la misión colonizadora y ello le hace abrirse a valores diferentes. Santiago como símbolo, el árbol como España, las hojas como el imperio colonial y su pérdida como recuerdo de lo que fue, aparecen reflejados en las siguientes palabras:

Frente al Patrono, en mitad del campo, se elevaba un árbol gigantesco, de tronco añoso, rugoso, de intrincado ramaje, pero casi despojado de hoja, y la que le quedaba, amarillenta y mustia. Infundía respeto, no obstante su decaimiento, aquel coloso vegetal; á pesar de que no pocos de sus robustos brazos aparecían tronchados y desgajados, conservaba majestuoso porte; su traza secular le hacía venerable; convidaba su aspecto á reflexionar sobre lo deleznable de las grandezas. (Bazán, *Cuentos* 161-62)

El caballo es un elemento complementario del guerrero que no está dispuesto a perder su papel de depositario del belicismo, de la conquista y de la apropiación; no quiere desaparecer del discurso colonial, pero una alternativa se impone; una voz le ordena: “Ese caballo nos hace falta para uncirlo al arado y que ayude á destripar terrones.

Y ese español que está ahí, que venga a llevar la yunta. . . . Paisano mío, á arar con paciencia y sin perder minuto. . . .” (Bazán, *Cuentos* 165). Como reacción y como efecto de la salida que la historia ha dado a la cuestión cubana, en la apreciación de Pardo Bazán, el país tiene que volverse hacia sí mismo y ver cómo puede encontrar un sitio entre las naciones de su entorno, poniendo en segundo plano su posición de imperio colonial. El imperio se sustentaba principalmente en la fuerza militar y no tanto en bases jurídicas, culturales y económicas que fuesen el fundamento de unas relaciones estables de cooperación y respeto. El último resto colonial español en América rompió en 1898 los lazos de dependencia de la metrópoli, por lo que el discurso que servía de apoyo ideológico a esta relación tenía que ser sometido a revisión. La cuestión cubana ya no era un problema para Pardo Bazán, y la nueva página por escribir debía hacer referencia a la tarea de futuro que se abría como un interrogante; para España el reto era el de cómo encarar su propia regeneración. Spurr señala un planteamiento similar bajo el tropo de *resistance: notes toward and opening* que se convierte en apertura. Dice que: “The first step toward and alternative to colonial discourse, for Western readers at least, has to be a critical understanding of its structures; and this understanding would be an insider’s because we read the discourse from a position already contained by it” (Spurr 185). Más adelante concluye que no es fácil encontrar escritores que se liberen de los condicionamientos culturales que influyen en sus obras y que, sin embargo, hay otros que han logrado articular un discurso que se ha opuesto eficazmente al pensamiento impuesto por el poder colonial (Spurr 189).

La metáfora de Santiago, el caballo blanco, San Isidro y el arado es sugestiva y válida en la medida en que la orden de trabajar se da a una parte del pueblo español. Ahora bien, el objetivo que una empresa regeneracionista seria y justa debe marcarse es el de poner a todas las fuerzas de ese pueblo a trabajar en pro de la educación, modernización y puesta al día de las capacidades productivas, de manera que la elevación social, cultural y económica alcance a todos los ciudadanos. Es razonable pensar que el temple batallador de la escritora en un campo como el feminismo en su tiempo, no se iba a desvirtuar en una propuesta de regeneracionismo que se concretaría, después de dejar de ser imperio colonial hacia fuera, en implantar otro hacia dentro, sustituyendo las colonias por la explotación y sometimiento de las clases populares en beneficio de las privilegiadas.

Si San Isidro simboliza el pueblo llano y trabajador de la tierra, Santiago es el símbolo de las clases superiores que tenían a gran honra lucir la Cruz de Santiago y pertenecer a su Orden. Los dos tienen que ponerse a la tarea de ser productivos y eficaces: el primero no hizo otra cosa en su vida y el segundo tenía que dedicarse a otros oficios que no fueran los de guerrear, conquistar y colonizar.

El análisis que se ha ido desarrollando sobre el discurso colonial de Pardo Bazán, a propósito de la cuestión cubana, conduce a que una conclusión importante de su diagnóstico sobre el estado de su país es la de que ha de pasar por un proceso de regeneración para que pueda ser contado entre las naciones importantes de Europa. Hacia esa regeneración señala el mensaje que se desprende del cuento *El caballo blanco*. Pardo Bazán fue una más de las personalidades que engrosaron ese gran movimiento cultural y

político español que ocupó los últimos decenios del siglo XIX y los primeros del XX; dentro de él se puede enmarcar su postura respecto del conflicto colonial. En los cuentos se mueve más en las aguas de la exaltación de los valores patrios y de la defensa de las posturas tradicionales, mientras que en algunas de sus colaboraciones en *La Ilustración Artística* se muestra más crítica con la sociedad española y la política practicada en la cuestión cubana.

Capítulo II

2.1. Pi y Margall: de la autonomía a la independencia de Cuba.

Francisco Pi y Margall (1824-1901), escritor y político catalán afincado en Madrid desde su juventud, fue un firme defensor de las ideas republicanas que se fueron abriendo paso en España a mediados del siglo XIX. Junto a ellas propugna el federalismo como sistema articulador de la cohesión de diversas naciones dentro de un mismo estado. Expone su pensamiento en diversas publicaciones entre las que destaca *Las Nacionalidades* (1877). Estuvo interesado también por otros campos como son los temas históricos, jurídicos, filosóficos y artísticos y fue un activo actor de la escena política española desde su designación como diputado en las Cortes. Pi y Margall desempeñó este cargo durante varias legislaturas y fue presidente de la Primera República por el espacio de poco más de un mes, ya que dimitió ante la imposibilidad de desarrollar su labor en los momentos cruciales del fenómeno cantonalista.²⁰ Gozó de un gran prestigio político e intelectual en la España de su tiempo, lo que no fue obstáculo para que, instaurada la Restauración borbónica, cayera en un progresivo aislamiento y careciera de influencia política real. No obstante, fue una figura respetada, llegando a calificársele de santo laico por sus cualidades morales y de integridad, y a su muerte, se dijo de él que moría un federal honrado que no vio su ideal realizado. Los múltiples apelativos que se le aplicaron dan razón del carácter de su pensamiento, del desarrollo de su actividad política y de cómo sus planteamientos fueron recibidos, pues se le ha calificado de utópico, de incomprensido, de iluso, de ingenuo, de fracasado y hasta de infatigable defensor sin miedo de causas perdidas.

Desde 1870, Pi y Margall dirigió el partido republicano federal en el que defendió básicamente la instauración de una república federal en España frente al mantenimiento de una monarquía constitucional por un lado, y de un republicanismo unitario por otro. Asimismo, propuso la implantación de un amplio programa de reformas sociales que ofrecieran soluciones a la cuestión social mediante la vía legal y no la insurreccional, condenando el centralismo y el militarismo de alguna de las corrientes de pensamiento y acción republicanas. Finalmente, trabajó por la puesta al día de un partido republicano federal con un programa único y una organización disciplinada.

Una parte de su actividad política la canalizó Pi y Margall a través de sus artículos en *El Nuevo Régimen*, periódico fundado por él en 1890, en el que, a los temas expuestos y defendidos en su obra teórica sobre el federalismo, republicanismo y socialismo, se añaden otros como la crítica a un belicismo que se hacía notar con fuerza en aquellos años, la oposición radical a la guerra de las Antillas, la denuncia de la guerra con los Estados Unidos de América y el rechazo cada vez más claro y firme a la política colonial de España en Cuba (Rodríguez Cepeda 186). Se toman aquí estos dos últimos temas como vectores sobre los que discurre su pensamiento. El primero desarrolla su discurso anticolonialista, antítesis del discurso del imperio que legitima el colonialismo practicado por las metrópolis europeas en general y por España en particular. El segundo señala el descubrimiento y reacción del escritor catalán ante la actitud colonialista de los Estados Unidos de América y de los recursos retóricos con los que dicho colonialismo se expresa y se fundamenta.

La figura de Pi y Margall es especialmente interesante para este estudio porque a lo largo de toda su trayectoria política mantuvo una posición sobre la cuestión cubana muy distinta de la de la mayoría de sus coetáneos. Desde su actuación en el proyecto de Constitución de 1872 hasta la separación definitiva de la Isla de la soberanía española, Pi y Margall sostuvo una línea de pensamiento y compromiso que fue evolucionando— influido sin duda por los acontecimientos—, desde una defensa de la autonomía de Cuba dentro de España como un estado federal más hasta reclamar una total independencia para la Isla. Los momentos que servirán para la aproximación de estas páginas a su pensamiento y actuación son dos: el fallido proyecto de Constitución de 1873, como norma suprema que llegara a articular las relaciones de todos los territorios que en aquel año formaban parte del Estado-Nación español y diversos artículos y discursos de Pi y Margall publicados en el semanario madrileño *El Nuevo Régimen Semanario Federal*. Como he mencionado anteriormente, este órgano de prensa nace bajo su inspiración y canaliza los estados de opinión del republicanismo federal dentro del abanico de posicionamientos que el liberalismo político había exhibido a lo largo del siglo XIX. Por supuesto, no tendré en cuenta todos los escritos en los que hace referencia a Cuba, puesto que los elegidos muestran sin lugar a dudas cuál fue su posicionamiento y, lo que es más relevante, señalan con toda claridad las diferencias de su posición ante las de los otros autores que la abordan.

Como político, Pi y Margall era consciente de que el Estado español, al final del sexenio 68-73, seguía compuesto de tal variedad de territorios con personalidad propia que era necesario un elemento que los aglutinara. Para conseguir este fin, inspiró el

proyecto de Constitución de 1873 basándose en dos líneas fundamentales mutuamente complementarias: el pacto y la federación:

Para el principal ideólogo federal . . . el Estado español solo podía articularse a partir del solemne y espontáneo consentimiento de los diferentes territorios que lo integraban para federarse en torno a una serie de objetivos comunes y bajo los condicionamientos estipulados en una Constitución, . . . la federación sería el modelo de organización política resultante del pacto sinalagmático establecido libremente entre los distintos territorios para constituir un Estado (Sánchez Andrés 198).

El artículo primero del proyecto reconocía a Cuba como uno de los estados que formarían parte de la República Federal Española al que se le reconocerían todas las competencias que afectaran de forma exclusiva a su ámbito territorial. Esto suponía que tendría la competencia para organizar el modelo de su política interna, pero con límites muy específicos por lo que se refería a las esferas del nivel federal. Se da en este momento un avance notable en el proyecto de relaciones con Cuba respecto a la consideración de la Isla, pues obviamente se pasa de verla como una colonia carente de autonomía a reconocerle una facultad de decisión en buena parte de los asuntos que le concernían.

De este modo, Pi y Margall subsana con su propuesta uno de los aspectos del discurso colonial identificado por Spurr según el cual el sistema colonial se asienta en el reconocimiento de la Otredad como un ente vacío. Spurr lo describe del siguiente modo:

[T]he rhetorical strategy of negation by which Western writing conceives of the Other as absence, emptiness, nothingness, or death. This exploration leads to the

formulation of two principles: first, negation serves to reject the ambiguous object for which language and experience provide no adequate framework of interpretation; second, as in Stanley's contemplation of the Congo, negation acts as a kind of provisional erasure, clearing a space for the expansion of the colonial imagination for the pursuit of desire. In this way, the structures of discourse, in which language is divided, subordinated, and made into a working system, recapitulate the historical process of establishing and maintaining colonial rule. (Spurr 92-3)

Ante lo expuesto, es posible afirmar que, en su propuesta de Constitución, Pi y Margall contradice el discurso típicamente colonial puesto que imposibilita el que se vea a Cuba como un Otro sin identidad y, por lo tanto, como un ente inexistente sin su vinculación con la metrópoli, aunque la presenta como parte integrante del Estado. Es por lo tanto posible afirmar que en la propuesta constitucional de Pi y Margall encontramos tanto al político regenerador como al anticolonialista, siendo este texto el inicio del recorrido de la propuesta autonómica a la de defensa lisa y llanamente de la independencia de Cuba. Sin embargo, el intentar conservar a Cuba como parte integrante de España supone también una manera de mantener, siquiera disminuido, el dominio sobre ella, y, por supuesto, el no reconocerle plenamente una identidad propia que diera razón de ser a sus deseos de independencia. Es una de las contradicciones identificadas por Frantz Fanon en *Los condenados de la tierra* cuando señala que, cuando el opresor no consigue convencerse de la objetividad de su teoría sobre la no-existencia de la nación y de la cultura del oprimido, pretende que este admita abiertamente no tenerlas (184-85).

Sin embargo, en el caso de Pi y Margall el propósito no es reafirmar la condición colonial de Cuba sino el hacer de ella una parte integrante del Estado español, por lo que, si por un lado rechaza la idea de que tenga una identidad propia no por ello le niega una identidad sino que sostiene que esa no es otra que la española. Es decir, no aspira a que los cubanos acepten no tener identidad sino que quiere que se afirmen como españoles.

En cualquier caso, los planteamientos de Pi y Margall suponen un primer paso mediante el cual se abandona el discurso colonial más extremo estableciendo unas bases jurídicas que permitirán a Cuba superar la relación de dependencia e inferioridad con respecto a España mantenida durante tantos años. Desgraciadamente, seis meses después del comienzo de la tramitación del proyecto de Constitución tuvo lugar un golpe de estado que “no solo ponía fin a las esperanzas de encontrar una solución a la crisis cubana, sino que inauguraba un largo periodo de inmovilismo en materia colonial. Con ello fracasaba el más serio intento ... para dotar a las colonias antillanas de un estatuto jurídico-político consensuado dentro del marco del nuevo Estado-Nación liberal” (Sánchez Andrés 208). El ideario que animaba la *non nata* Constitución de 1873, en lo que respecta a la permanencia de Cuba en una unidad mayor que fuera España, no se extinguió porque los planes de una República Federal no vieran la luz. Pi y Margall siguió defendiendo el núcleo esencial de su propuesta, al mismo tiempo que lo adaptaba a las nuevas circunstancias que se iban presentando. De este modo, sus planes para la Isla siguieron discutiéndose a lo largo de la Guerra de los Diez Años (1868-1878) y de ellos salieron algunos de los acuerdos que permitieron el fin de la contienda e hicieron la Paz de Zanjón. Uno de ellos de especial importancia, el de la abolición de la esclavitud, no se llevó a la práctica hasta ocho años después. En realidad, se caminaba con tropiezos y de

forma lenta por la senda de la autonomía y, aunque se llegó hasta la elección de diputados cubanos para las Cortes españolas, los movimientos de apertura fueron bloqueados o vaciados en gran parte de su eficacia por los grupos políticos conservadores de la Península y de sus homólogos isleños, pues ambos tenían intereses que se lograban más fácilmente con una Cuba colonial que con una Cuba autonómica.

Con todo, dentro del conglomerado ideológico del republicanismo español del siglo XIX, Pi y Margall se mantuvo siempre abierto a soluciones que resolvieran la cuestión cubana, pues era consciente de que no se conocía el caso de una colonia que hubiera estado constantemente unida a la metrópoli si no era a través de un consentimiento libre. Para Pi y Margall, la isla se perdería si la parte más consciente de su población no se sentía libre para gozar de los derechos políticos y sociales que estaban reconocidos en la Península. Según Inés Roldán de Montaud, en la línea de pacto y federación del proyecto de Constitución, Pi y Margall solo veía posible en 1880 una Cuba autónoma en su vida interior, unida a la metrópoli por el vínculo de los intereses comunes. De modo que la federación salvaba la libertad del individuo y de la patria contribuyendo a sostener la unidad e integridad del territorio nacional (46-47). En conclusión, el federalismo de Pi y Margall iba más allá de la pura descentralización que defendían los autonomistas puesto que reconocía en Cuba una entidad política que debía estar al mismo nivel que los demás territorios peninsulares.

Del mismo modo que la aceptación de la posesión y la utilización de un lenguaje propio reconocen a un pueblo su individualidad cultural siendo la base de respeto en toda relación entre pueblos, la negativa a conceder voz propia a una comunidad en sus

relaciones con otra supone un acto de colonialismo. Como he mencionado anteriormente, esto es todo lo contrario de lo que quiere hacer Pi y Margall con el proyecto de constitución de 1873 pues, al dar la palabra a Cuba, respeta su derecho a expresarse a través de sus diputados y con esta postura se aparta de lo que teóricos del discurso colonial (Fanon, Said, Spurr, entre otros) identifican como la tradición según la cual a los pueblos colonizados se les niega el poder del idioma presentándolos como mudos e incoherentes. Se les niega una voz en el sentido general del término -no se les permite hablar- pero también en otro mucho más radical, pues no se les reconoce capaces de expresarse. Se muestra así al otro como un ente cuyo degradado nivel de expresión corresponde a la degradación de su sistema social y político (Spurr 104). Naturalmente, los estudios postcoloniales se centran en el discurso empleado por las grandes potencias occidentales para buscar excusas a su política colonial pero, salvadas las distancias entre aquellos pueblos que Europa colonizaba poniendo como pretexto su pretendida falta de civilización, y la Cuba del momento, lo señalado por aquellos análisis puede aplicarse totalmente a la política española respecto a la isla. De hecho, Pi y Margall y todos los que como él apuntaban por una España federal no pretendían otra cosa que sacar a las Antillas de la degradación en el orden político y social a que el sistema colonial español las había conducido.

Para Pi y Margall, el reconocimiento de Cuba como uno de los Estados que componen el Estado español es importante tanto para España como para la Isla por cuanto la superación del colonialismo revierte en beneficio y progreso de los dos. El político catalán es claro también en este punto, como podemos ver en el discurso pronunciado el 19 de octubre de 1895 con motivo de haberse inaugurado unas

conferencias en el Centro Federal. Dice en él, dirigiéndose a la Isla, después de afirmar que se le daría la autonomía a que tenía derecho: “Serás autónoma como las regiones de la Península. Tendrás tu Constitución, tu Gobierno, tus Cortes, tus milicias, tu Hacienda, el régimen administrativo que mejor te parezca. Estarás unida á la metrópoli sólo por el vínculo de los comunes intereses; por los intereses mercantiles y los internacionales” (“El Nuevo Régimen”, 19 octubre 1895). No es pues de extrañar que, años más tarde, ante el fracaso de su proyecto, Pi y Margall llegue a reconocer el derecho de la Isla a la independencia:

Cuba, separada de nosotros por 1.200 leguas de mar, es, no una provincia de España, sino una colonia. Locura sería pretender que viviera eternamente bajo nuestro dominio. Tan culta, por lo menos, como la Metrópoli, tiene derecho á que se la emancipe. Lo tendría aun no siéndolo, que no se adquiere la propiedad de los pueblos conquistados ni aun por la prescripción de siglos. (“El Nuevo Régimen”, 8 enero 1898)

En el primer número de *El Nuevo Régimen* aparece nítida la posición del efímero segundo presidente de la Primera República Española, cuando sostiene que se tiene de las naciones un concepto muy exagerado, considerándolas inmutables, cuando, en su opinión, para la consolidación de las agrupaciones humanas no hay más que dos procedimientos, el de la libertad o el de la violencia (“El Nuevo Régimen”, 17 enero 1891). Y es que, al no entrar en vigor ninguna de las reformas acordadas para que la colonia se sintiera cómoda dentro de España, Pi y Margall advierte que el fracaso de esas reformas solamente han servido para desautorizar al Partido Autonomista Cubano alimentando aún más el sentimiento separatista reforzando la idea de la necesidad de la

utilización de la fuerza para lograr, una vez conseguida la independencia, los derechos y las transformaciones que se reclaman y que la estrechez de miras del gobierno español es incapaz de otorgar de motu proprio (“El Nuevo Régimen”, 16 febrero 1895).

Efectivamente, el tiempo transcurrido desde 1873 hasta 1895 no ha servido más que para agravar la relación entre Cuba y España, lo que ha conducido al político catalán a adoptar posiciones más liberales. En consecuencia, recordando el pasado y haciendo propuestas para que urgentemente se pongan en práctica, pronuncia un discurso en el que dice a sus correligionarios:

Ved el problema de Cuba. Los demás partidos no aciertan á resolverlo sino por las armas. Nosotros por la sola aplicación de nuestro principio lo resolveríamos. Daríamos á Cuba la autonomía á que tiene derecho. . . .

Como vosotros recordaréis, ya el año 1873 quisimos concederle esa autonomía. Si lo hubiésemos podido llevar á cabo, ¡á qué de males no habríamos puesto fin y término! . . . Por un convenio, os decía, terminó la pasada guerra; por un convenio habremos de terminar la de ahora después de devastada la isla y empobrecida la metrópoli. El convenio que hayamos de hacer más tarde, hagámoslo ahora, y ahorraremos sangre y dinero. . . .

Nosotros, decíamos entonces, no podemos hacer concesión alguna, ínterin los insurrectos no depongan las armas; y nosotros, decían los insurrectos, no podemos deponer las armas sin que se nos haga concesiones.

Encerrados en este círculo, diez años tuvimos de guerra; ¿es posible que no escarmentemos en bien de la común patria? (“El Nuevo Régimen”, 26 octubre 1895)

La sangría que en hombres y dinero estaba costando la guerra era altísima. Urgía terminarla, pues el Gobierno de Cánovas no quería dar mayor autonomía a Cuba mientras los insurrectos estuvieran en armas. El país iba siendo cada vez más consciente del callejón sin salida en que estaba metido, máxime cuando los Estados Unidos urgían a un entendimiento entre el ejército insurrecto, su brazo político y el Gobierno español.²¹ La amenaza de intervención estadounidense se iba perfilando cada vez más. El patriotismo sobre el cual se asentaban las arengas a la guerra ya no convencían a la población española, pues el injusto sistema de reclutamiento era percibido como un atropello por las capas más bajas de la población. Asimismo, la prensa se estaba haciendo eco del problema humano y del cinismo de quienes tenían medios para eludir el enrolamiento en el ejército colonial. A tal efecto, *El Nuevo Régimen* publica un artículo a comienzos del otoño de 1896 en el que ataca a los que escudándose en el patriotismo mandan a los pobres a morir:

¡Qué escándalo! exclaman algunos periódicos. A bandadas tramontan nuestros jóvenes la frontera o se embarcan en busca de lejanos países para no ir a Cuba y sustraerse al servicio de las armas. ¿Se ha extinguido ya en nosotros el patriotismo? Así parece. Va siendo en los españoles general el deseo de rehuir el servicio. Para satisfacerlo recorren los pobres a la fuga, los ricos a redimirse por 1.600 ó 2.000 pesetas. ¿Tiene el labrador un campo que vender ó hipotecar, los industriales algo que dar en prenda? Lo venden ó lo empeñan para que sus hijos no vayan a morir en la manigua. . . . Esos que tanto alardean de patriotas, ¿cómo no van los primeros en coger

las armas y lanzarse al sacrificio? (“El Nuevo Régimen”, 26 septiembre 1896)

Hasta las canciones populares se hacían eco del malestar de la población, como la demuestra la siguiente estrofa de la canción *Toná de quintos*: “Vamos los quintos p’arriba/ que nos llaman las campanas./ Jugaremos nuestra suerte,/ pa’ unos buena, pa’ otros mala./ Si te toca te jodes/ que te tienes que ir,/ que tu madre no tiene/ para librarte a ti/” (*Toná de quintos* 1999).

Como suele suceder en estas situaciones, la prensa más patriotería hacía campaña a favor de la necesidad de más cañones olvidando las reformas y Weyler insistía en la necesidad de poner a los campesinos cubanos en centros de concentración. Pi y Margall seguía manteniendo casi en solitario sus ideas federalistas como medio para obtener la paz pues consideraba que solamente una autonomía amplísima podía arrancar los gérmenes de futuras guerras independentistas (“El Nuevo Régimen”, 23 enero 1897).

En realidad, dentro del republicanismo se dieron posiciones antagónicas, las cuales, en el decurso de la contienda 95-98, fueron confluyendo. Inicialmente, el levantamiento insurreccional provocó la inmediata reacción de mantener la españolidad de Cuba por la fuerza. Seguidamente se habló de autonomía, pero la experiencia de Haití pesaba mucho en el momento de pensar en dar una amplia autonomía para Cuba, pues la población negra y mulata en Cuba era muy numerosa y se quería evitar un estado autonómico gobernado por gente de color. A hablar de la independencia como única solución posible no se llegó hasta ver que un ejército de más de 200.000 soldados no podía sofocar la rebelión. En el verano del 97, Pi y Margall ya aboga pues claramente por esta salida a la cuestión cubana. Eran muchas las vidas que había costado a la metrópoli y

no menos a la colonia, sin contar el desgaste económico y moral. La suya fue una postura lúcida que, ante una prensa que seguía defendiendo aquello de “hasta el último hombre y la última peseta,” le valió no poco aislamiento. Asumida ya la independencia como ineludible, solo le restaba a Pi y Margall considerar las consecuencias que con toda seguridad iban a producirse. Sin embargo, no anticipó que la solución del problema fuera a venir con la intervención de los Estados Unidos. Es posible que inicialmente creyera que la motivación estadounidense a favor de los independentistas cubanos respondía tan sólo a su simpatía hacia un pueblo oprimido que luchaba por su libertad, por lo que, al descubrir su afán imperialista, experimentó una gran decepción. En diciembre del 98, recordando el proceder habitual de los estados poderosos, dice:

Caen, como puedan, sobre los pueblos débiles, y ya los invaden, ya se arrojan su protectorado. . . . Lo lastimoso es que siguen esta corriente aun los Estados Unidos de América, que hasta aquí se habían mostrado enemigos de toda expansión colonial. . . . De repente han cambiado de política y han tomado por la fuerza la isla de Puerto Rico y la capital del Archipiélago filipino. ¿A quién podremos ya volver los ojos? (“El Nuevo Régimen” 3 diciembre 1898).

Resulta sorprendente que, a pesar de la más que evidente política expansionista de Estados Unidos desde el momento de su creación como un estado independiente, las repetidas propuestas de compra de la isla que Estados Unidos hizo a España y los muchos intereses que tenían los estadounidenses en las Antillas, Pi y Margall no previera los verdaderos propósitos de Estados Unidos ante el conflicto cubano. Sin embargo, la doctrina Monroe y la aplicación del *Manifest Destiny* tendrían otras muchas

oportunidades de hacerse sentir finalizada la contienda. En realidad, y el tiempo se ha encargado de confirmarlo, los norteamericanos ya sabían muy bien que debía ponerse en práctica otro tipo de colonialismo mucho más lucrativo y de menor coste económico que el que naciones como Francia, Gran Bretaña y España llevaban a cabo.

Pi y Margall, en apoyo de su postura anticolonial en general y de España en particular, (exigencia impuesta por su concepción federal de que diversos estados constituyeran una misma nación como sostenía la Constitución de 1873), tenía puestos los ojos en las posibilidades de influencia y actuación de los Estados Unidos en la marcha de las naciones y en el hecho colonial que, a finales del XIX, tenía muy interesados y ocupados a los europeos. Leyendo un texto suyo inédito titulado *A la república de los Estados Unidos de América*,²² sorprende verle expresarse en términos de verdadero defensor del *Destino Manifiesto* en sus aplicaciones morales. Es decir, aquellas que parecen desprovistas de toda tentación imperialista en las que los Estados Unidos se atribuyen el papel de defensor de la libertad de los pueblos. El manuscrito se conserva con correcciones y añadidos por lo que nunca llegó a la imprenta y no pasó de ser un borrador, sin embargo, refleja la manera de pensar de Pi y Margall sobre la cuestión cubana y el papel que los Estados Unidos deberían de desempeñar no sólo en este caso sino en la cuestión colonial en general.

El político catalán se muestra totalmente convencido de los postulados en que se sustenta el *Destino manifiesto*, específicamente en lo que respecta al valor de sus instituciones y a la convicción de tener la misión de extenderlas por el mundo. En un tono laudatorio y de admiración, pero también de exigencia, se dirige a la joven República en los siguientes términos:

En Europa no hay sino pueblos dominadores. Sé tú el pueblo liberador. . . .
Tú eres la primera nación del mundo. Albergas en tu seno la humanidad entera. . . . Tú eres la libertad, tú la democracia. . . . ¿Quién con más títulos ni más medios que tú para ser el portaestandarte del género humano? Eres poderosa, atrévete. . . . Conságrate por de pronto a emancipar América. . . .
Puedes y debes. Es ya estrecha la doctrina Monroe que, con vedar las intrusiones futuras, legitima las pasadas. . . . Atrévete, liberta cuanto antes las colonias. Tú no las tienes ni las has querido. . . . Aun en los venideros siglos podrías ir hasta despertar a los dormidos pueblos de Oriente, arrancarlos a la tiranía de sus monarcas, liberarlos de la dominación europea, llevarlos a la vida de la libertad y el progreso. (35-42)

A propósito de la cuestión cubana, Pi y Margall, en la fecha de este documento inédito (1896), no sólo quiere una Cuba libre del colonialismo español, sino que pide a los Estados Unidos que coopere en su lucha por la libertad incluso empleando la fuerza. Lo afirma al comienzo del escrito con estas palabras: "Me dirijo a ti, república del Norte, desde una nación que te ultraja y te odia por creerte cómplice de los insurrectos de Cuba. Si respecto a Cuba de algo debiera yo censurarte, sería de haberte conducido sobradamente remisa y floja. . . . Debes emplear tu influjo y tu espada con más razón de la que en tu pro lo hicieron apartadas naciones de Europa" (A la república 31). Grande debió ser la decepción de Pi y Margall cuando, dos años después de escribir estas palabras, vio que esa república no se contentaba con cooperar a la descolonización de Cuba, sino que le enviaba procónsules como hacía el imperio romano.²³

Los teóricos del discurso colonial se han ocupado extensamente del modo en que ese discurso ha afianzado el colonialismo sobre pueblos ajenos a la tradición occidental y de tez distinta a la del pueblo colonizador. Sin embargo, la misma retórica, los mismos presupuestos, las mismas conclusiones, las encontramos en el discurso mediante el cual una nación encuentra excusas para arrebatarle una colonia a otra nación occidental. Es lo que ocurrió con la confrontación de imperialismos por el control y dominación de una misma región, como fue el caso que tuvo lugar entre Estados Unidos y España a propósito de las colonias españolas en las Antillas y el Pacífico. Así pues, del mismo modo que el discurso colonial español apoyaba la dominación sobre Cuba, el nuevo actor colonial idealizaba y camuflaba sus intenciones sobre un fondo de convicciones acerca del vacío, el desorden y el caos que creía ver en la actuación colonizadora de España. Ese desorden y caos se extienden a los más variados terrenos: desde la explotación de los recursos naturales hasta la manera de producirse las relaciones de dominio con las poblaciones sometidas. Recuérdense las palabras de James Blaine citadas anteriormente por Juan Valera a propósito del deficiente cuidado y administración que España tenía en Cuba pues, para los Estados Unidos, la democracia debía de ser la base para el progreso y prosperidad material.

Al hablar de la actuación de los Estados Unidos en Filipinas, Spurr identifica este aspecto de su política imperialista, algo que es también totalmente aplicable a la política llevada a cabo en las Antillas:

If we were to identify a characteristically American-style of self-affirmation, it will have to include the notions of material prosperity and

moral progress granted by a somewhat secularized Providence, often embodied in Nature. . . .

This combination of moral goodness and material wealth, together with the emphasis on navigation and commerce with other nations, becomes a distinctly American understanding of civilization that is later incorporated into the discourse of empire. (117)

Continúa Spurr recordando cómo la implantación del dominio americano en Filipinas generó resistencias entre los que no compartían esta deriva imperialista de su país, los cuales no podían comprender cómo un gobierno verdaderamente republicano podía tener súbditos coloniales, pero la retórica imperial americana disolvió estas aprensiones mediante la afirmación de la empresa civilizadora de los Estados Unidos en el mundo (Spurr 117).

Pi y Margall rechaza este cambio de orientación de política internacional de un país nacido de antiguas colonias y constata que el discurso colonial, revestido de las más diversas formas y apoyado en los más diversos argumentos, se impone en los más variados lugares y momentos presentándose siempre envuelto en apreciaciones sobre la obligación de dar un destino no exclusivo a los bienes que ofrece la tierra, la obligación de hacer producir con eficacia a los recursos naturales, la implantación de valores morales y de relación con tal de eliminar obstáculos y reparos para hacer valer los intereses de los pueblos que se llaman civilizados sobre los que pretenden explotar.

Así pues, en un artículo publicado en *La Estafeta* y reproducido en su periódico a comienzos del 98, cuando la guerra no estaba terminada pero se encontraba ya en su recta final, Pi y Margall cambia radicalmente el tono de sus advertencias a los cubanos y dice:

Inútil es ya decir á los cubanos que la independencia les puede traer una guerra de razas, alteraciones sin cuento, tal vez catástrofes ... Inútil es también decirles que corren el peligro de que los Estados Unidos los absorban. No abrigan ese temor; y, cuando lo abrigaran, saben que, unidos á la gran República, serían un Estado verdaderamente autónomo. No tendrían entonces una Constitución otorgada, sino la Constitución que ellos se dieran. (“El Nuevo Régimen” 8 enero 1898).

En lo cierto estaban los cubanos al estar seguros de que terminada la soberanía española no comenzaría un periodo turbulento de luchas entre razas. No lo estaban si, como afirma Pi y Margall, esperaban convertirse en un estado más de la Unión y tener una Constitución al abrigo de toda injerencia externa. La constitución de la Cuba independiente incluía un apéndice, la conocida Enmienda Platt, según la cual se permitía la intervención del ejército estadounidense en Cuba, se restringían las relaciones internacionales y se obligaba al gobierno cubano a vender o arrendar las tierras que los Estados Unidos consideraran adecuadas para carboneras o estaciones navales.

Desaparecida la cuestión cubana en sus aristas más dolorosas, solo le quedaba a Pi y Margall volverse hacia su propio país, a sus problemas internos, a su futuro, uniéndose a la corriente regeneracionista. Era una consecuencia lógica en una personalidad que llevaba toda la vida batallando por hacer de España un país más moderno y próspero. En una entrevista en *El Liberal*, reproducida por *El Nuevo Régimen*, recuerda que defendió el regeneracionismo, una vez que la separación de Cuba iba a convertirse en una realidad y que era indispensable deslindar las deudas entre la Hacienda de la colonia y la de la metrópoli. A propósito de ello, recuerda que:

Para la regeneración del país, en lo que debemos fijarnos es en avivar por todos los medios imaginables el amor al trabajo, alentar todas las industrias, procurar a los agricultores un crédito de que carecen, estimular la inventiva de nuestros compatriotas, . . . hacer, por fin, de una nación de retóricos una nación de trabajadores. (“El Nuevo Régimen” 24 septiembre 1898)

Pi y Margall no fue un político de éxito aunque ostentara por poco más de un mes la suprema magistratura del país, pero iluminó muchas mentes y hoy, a pesar de leerlo con admiración y apreciar su visión de futuro, no se puede negar la impresión de que su pensamiento se movía en los terrenos de una cierta utopía, pues España no estaba preparada para convertirse en un Estado federal como lo demuestra que el tema siga siendo motivo de debate en pleno siglo XXI. Por supuesto, la cuestión cubana no es ya un condicionante, pero problemas no resueltos en el pasado vuelven a plantearse reclamando una solución.

2.2. Blasco Ibáñez: Tribuno de la plebe.

Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928) vive en plena madurez periodística el último episodio de Guerra Hispano-Cubano-Americana. Cuando la insurrección de la Isla inició su definitiva apuesta por la independencia, el escritor valenciano era propietario y director del diario *El Pueblo* en el que publicó la serie de escritos que son motivo de este estudio y que fueron recopilados por León Roca en un libro publicado en 1978 con el título de *Artículos contra la Guerra de Cuba*.

Como es bien sabido, Blasco Ibáñez debe su fama como escritor principalmente a su obra narrativa que comprende numerosas novelas de ambiente valenciano, así como otras de carácter histórico, social y psicológico. En un plano menos destacado se encuentra su labor periodística ceñida siempre a la actualidad y a la inmediatez de la noticia. Los textos comprendidos en *Artículos contra la Guerra de Cuba* caen dentro de esta apreciación y fueron publicados entre febrero de 1895 y julio de 1898. Por la misma naturaleza del artículo periodístico (un centenar en la recopilación de León Roca) no nos hallamos ante páginas de reflexión con un pensamiento estructurado y propósito único, a no ser por la constante oposición a la guerra.

En páginas anteriores he mencionado cómo el alzamiento independentista en Cuba generó en España posiciones antagónicas. La de los republicanos que pedían una verdadera autonomía para Cuba y la de los monárquicos, con Cánovas del Castillo (1828-1897) a la cabeza, quienes defendían la integridad nacional sin verdaderas y creíbles concesiones políticas y sociales para la Isla. La decantación de Blasco Ibáñez por el autonomismo es muy clara desde el principio puesto que sigue las ideas esbozadas en la *non nata* Constitución de 1873. Asimismo, su opinión responde a las condiciones que hicieron posible la Paz de Zanjón y a las exigencias del Partido Liberal Autonomista cubano que demandaba avances significativos sobre de las tímidas reformas propuestas por el ministro de Ultramar Antonio Maura (1853-1925). Sin embargo, como señala León Roca, poco o nada añaden estos artículos periodísticos a la gloria literaria de su autor alcanzada por sus novelas valencianas. La mayor parte de estos artículos fueron escritos

al correr de la pluma y muchos de ellos son fruto de la improvisación, del entusiasmo o de la indignación. Dice Roca a propósito de los artículos de Blasco que:

Pocos, muy pocos, hijos de la reflexión. Sin embargo, hay párrafos, hay páginas, hay pensamientos capaces, por sí solos, de valer tanto como las páginas de sus novelas Blasco Ibáñez, con esa libertad de lenguaje excepcional, fustiga a los que con sus rapiñas hicieron posible la guerra, a los que con sus negocios la sostuvieron y a quienes no supieron terminarla con dignidad. No obstante la virulencia de su crítica apasionada, manifiesta su ternura, su amor y su comprensión hacia los que soportan el peso de la guerra y lo dan todo, incluso la vida, a cambio de nada.

(*Artículos 13-14*)

El acercamiento a lo que dicen hoy al lector los *Artículos contra la Guerra de Cuba* puede hacerse en dos niveles claramente diferenciados entre los que existe una conexión en las ideas, pero sin olvidar que el segundo, el más oculto, está apoyado en las formulaciones explícitas del primero. Es posible así apreciar en el conjunto de textos tres bloques de asuntos en los que el periodista quiere poner de manifiesto sus líneas de crítica política y social, pero es preciso un análisis detenido para entender la complejidad de la posición de Blasco Ibáñez dentro de lo que es parte del discurso colonial del momento.

A primera vista, fuera de la coyuntura concreta que provoca cada artículo, los temas de crítica política y social sobre los que escribe Blasco Ibáñez versan sobre tres ejes. El primero presenta el panorama terriblemente doloroso inherente al conflicto: la

movilización de decenas de miles de soldados que son embarcados para combatir en Cuba y su vuelta, también por millares, enfermos, heridos y con escasas posibilidades de rehabilitación los que sobreviven. El segundo eje, como contrapunto del anterior, es el aparente desinterés del pueblo español por los efectos de la guerra cuando de forma irresponsable busca distraerse con las diversiones tradicionales del teatro y las corridas de toros. El tercer eje gira alrededor de la crítica al gobierno por no haber previsto el callejón sin salida a que le abocaba su ineptitud para dar una salida honrosa a las aspiraciones del pueblo cubano, y evitar así la más que previsible intervención de los Estados Unidos de América y las nulas perspectivas de salir victoriosos del enfrentamiento. Trascendiendo y atravesando estos campos de crítica, Blasco Ibáñez no pierde ocasión para identificar dónde reside la responsabilidad de todo el desastre: en la política llevada a cabo por los gobiernos de la Restauración y de la más alta institución del país que era la monarquía.

El embarque de los soldados lo describe a poco de comenzar el conflicto, el 9 de marzo de 1895, en un texto de tono melodramático y título (*El rebaño gris*) más propio de un relato que de un artículo periodístico:

Un rebaño gris que, mansamente guiado por los pastores tristes y desalentados, avanzaba sobre los embreados maderos, subiendo la escala para desaparecer en las entrañas del transatlántico. ¡Viva la Patria! Hace falta carne humana en los hospitales; las fiebres antillanas, el feroz vómito negro, están hambrientos de víctimas, y allá va rumbo a las Antillas nuestra juventud robusta, arrancada al trabajo de los campos, a la industria

de las ciudades, para caer exánime en la manigua o en el lecho caliente y
apestado aún por el último moribundo, llamando en vano a la madre
separada de ellos por miles de leguas. (Roca 22)

El periodista reconoce que el ciudadano ha de cooperar en la defensa de la nación, pero exige que esta obligación ha de atribuirse a todos, sin que puedan liberarse de ella quienes tienen seis mil reales para darlos en sustitución de su contribución personal.²⁴ Por eso denuncia en todo momento como ley injusta la que permite la exención del servicio militar a la gente pudiente que "tiene la generosidad de renunciar al alto honor de servir a la patria" (22) y manda al frente a los pobres, a los desgraciados, a los parias, mientras ellos se muestran belicosos desde la tranquilidad de sus casas. No obstante, lo que más le preocupa es la evidente apatía y despreocupación de una no pequeña parte de la sociedad española que parece haberse acostumbrado a la guerra y se sorprende al ver que la gente ríe y parece feliz, aunque advierte que, pasados dos años de guerra:

[T]an extraña resulta esta alegría, tan grande es la incongruencia entre el afán por divertirse y la situación del país, que involuntariamente se recuerda la manoseada frase de *el baile sobre un volcán* Hace un año lo de Cuba aún preocupaba a la gente Hoy nos hemos acostumbrado a que aquello dure, Hace un año bramaba de coraje la nación y se encrespaba en cada petición injusta de los Estados Unidos. Hoy a todos tiene sin cuidado lo que en aquel país digan o hagan contra nosotros . . .
¡La nación se divierte! Hace bien. Hay que aprovechar las buenas

ocasiones, aunque sólo sea para olvidar, como ciertos infelices que se embriagan para no darse cuenta de su mísero estado. (Roca 93-4)

Como es sabido, el "baile sobre el volcán" terminó con la explosión del Maine y la aceptación de una nueva guerra, esta vez contra los Estados Unidos. Roca recoge en la compilación de artículos que de Blasco Ibáñez admitía que España no había buscado la guerra e incluso recuerda que se habían pagado indemnizaciones que, por ser injustas, debían considerarse como verdaderos robos y que había existido una imperdonable falta de reacción ante el apoyo dado a los independentistas por parte de enemigos de España. Denuncia también que la actitud del gobierno no era ya de prudencia sino de cobardía, y pasa a identificar al régimen monárquico como el verdadero culpable de lo que estaba ocurriendo, responsabilizándolo de llevar a cabo una política incompetente y de sacrificar en aras del interés de unos pocos las posibilidades económicas de la nación y las vidas de los jóvenes necesarias para el desarrollo de la misma (Roca 304).

Ahora bien, la crítica política y social del novelista a la Guerra de Cuba no significa que tenga una postura opuesta al colonialismo. Su denuncia va dirigida contra la manera de llevar adelante una guerra que, al paso del tiempo, se va presentando como difícil de ganar. A tal fin, observa el hecho contundente de que un ejército de más de doscientos mil soldados era incapaz de someter unas pocas decenas de miles de independentistas y apunta a la ineptitud de los estrategas que sucesivamente han sido encargados de llevar la guerra adelante, como ya señalara Pi y Margall. Con todo, es la crítica social el aspecto que resalta más en sus artículos, pues una y otra vez denuncia la injusticia de un reclutamiento militar que no es obligatorio y universal para todos los

ciudadanos en edad y condiciones de combatir. Relata el triste destino de gran parte de ellos cuyas bajas se debían más a la falta de preparación y la adaptación al medio que al enfrentamiento directo con el enemigo. Tiene palabras llenas de rabia y emoción ante la tragedia de la repatriación de efectivos en condiciones penosísimas, como el caso del buque *Isla de Panay* que, en una sola expedición, perdió en la travesía por muerte de los enfermos ciento veinte hombres de los trescientos sesenta y cuatro que salieron de Cuba.²⁵ Con ironía y palabras duras condena el negocio de aquellos que se lucraban con el negocio de la guerra, desde los suministradores de pertrechos e intendencia hasta el concesionario de embarque de tropas de ida y vuelta de la Isla, desde los que jugaban en bolsa aprovechando los vaivenes en la cotización de los valores nacionales, hasta los que suscribían empréstitos para financiar la guerra a un alto interés.

Blasco Ibáñez, siguiendo la primera posición de Pi y Margall, es defensor de una Cuba unida a España a través de una verdadera autonomía. Se trata pues el suyo de un colonialismo que podría caracterizarse de mitigado. Rechaza la política secular que la metrópoli había mantenido y pone como ejemplo la seguida por Inglaterra con alguna de sus colonias. En el trascurso de la guerra apoya el que incluso con la fuerza se impida la separación de Cuba, pero también llega a reconocer que, en el caso de ser él cubano, sería independentista. Así, cuatro días después del *Grito de Baire*, el 8 de febrero de 1895, escribe:

Imitemos el ejemplo de Inglaterra, maestra en el arte de conservar las colonias cuando éstas alcanzan un grado de cultura igual al de la metrópoli. Concedamos a Cuba la autonomía completa que de derecho le

corresponde, como Inglaterra se la concedió al Canadá y veremos inmediatamente cómo la Gran Antilla permanece tranquila, sin necesidad de mantener en ella un gran ejército, y cómo en vez de maldecir a la patria española la ama y la bendice. (Roca 18)

La autonomía finalmente ofrecida a la Isla era la que se esperó por años, pero llegaba demasiado tarde. El periodista escribe lejos del conflicto y no medía del todo el alcance de las aspiraciones de los levantados en armas. En el mismo artículo, unas líneas más arriba, llega a dudar de la certeza del levantamiento al tiempo que dice estar seguro de que éste no es fruto de las reformas que propone el gobierno: “No; la reciente insurrección (si es que realmente existe) no es producto de las reformas, sino de los muchos años de despotismo arbitrario, de dictadura militar que viene sufriendo Cuba” (Roca 17). Se mueve, pues, Blasco Ibáñez en las aguas templadas del reconocimiento de los errores de la colonización anterior y del apoyo a una autonomía amplia y generosa.

En los primeros meses de la guerra insistirá en mantener la unidad de la patria, a Cuba dentro de España, de ahí que, inicialmente, apoye la política del gobierno. Afirmaciones suyas son las siguientes: “No censuramos al gobierno conservador por las medidas que adopta para reprimir la insurrección cubana” (Roca 28) y “La patria impone deberes ineludibles; cuando la guerra estalla, . . . negarse a prestarle auxilio constituiría un enorme delito que extendería negra mancha en la historia del pueblo que realizara semejante ingratitud” (Roca 48). Incluso mediado el conflicto, en agosto de 1896, sigue manteniendo la misma postura cuando ha ido dando más espacio al tema del coste de la guerra, al derroche de vidas y energías que eran necesarias para el desarrollo del país y

sobre todo a la injusticia que supone la exención del servicio de armas mediante el pago de dinero. En aquella fecha afirma que: “Como españoles protestaríamos con toda el alma si se pretendiera terminar la guerra de Cuba de un modo deshonroso para España o se quisiera abandonar la Isla, que todos los españoles tenemos la obligación de defender como herencia de nuestra historia” (Roca 101). Sin embargo, la complejidad del problema le hace tener presente también otros aspectos como son los derechos de los cubanos y el respeto a las opciones de los demás. Junto a sus afirmaciones patrióticas manifiesta otras que atenúan su fuerza y rotundidad:

Mucho amamos la patria, por ella estamos dispuestos a hacer los mayores sacrificios, pero si fuéramos hijos de Cuba, seguramente nos sentiríamos impulsados hacia las filas del separatismo por la indignación que causa ver una isla culta y adelantada por el contacto con los Estados Unidos, bajo la autoridad omnipotente de algún general ignorante, señor de vidas y haciendas y enemigo de la emancipación moral del país. (Roca 18)

Esto lo dice el 28 de febrero de 1895 y tres días después añade: “Como hombres que respetamos la dignidad humana, nos parece muy lógica y natural esa tendencia de los hijos de Cuba a emanciparse de la metrópoli” (Roca 20). La contradicción de las anteriores citas con otras de más arriba es más aparente que real. Como patriota defiende una postura y como persona reconocedora de los valores y derechos de los demás acepta la opción del otro, por ello se repliega en su labor periodística a resaltar la insensatez y el despilfarro de una guerra que se presumía corta por el nivel de recursos puestos en juego y por la injusticia de que el peso de la contienda recayera sobre las clases más

desfavorecidas de la nación. El ardor y el entusiasmo que pone en sus palabras bien le valdrían el calificativo de verdadero tribuno de la plebe española en la contienda del 98.²⁶

La postura de Blasco Ibáñez en el momento concreto en el que el último resto del antiguo imperio español en América está a punto de liquidación, sirve de contraste con lo que señala Edward Said (1935-2003) como fenómeno significativo en ese periodo en otros países occidentales. Los apoyos ideológicos que tiene la Restauración en su guerra colonial tienen su raíz en la élite política y sobre todo económica y no tanto en la población en general, pues en el caso de España, no había energías ni medios para dar cabida a una ideología de expansión, que pudiera dar salida a las exigencias de una industrialización en búsqueda de materias primas y mercados como ocurría en otras naciones; la industrialización era incipiente y débil y la situación política inestable. Dice Said:

We ought to be impressed with how, by the end of the nineteenth century, colonial lobbies in Europe, for instance, could whether by cabal or by popular support press the nation into more scrambling for land and more natives being compelled into imperial service, with little at home to stop or inhibit the process. Yet there are always resistances, however ineffective.
(Said 186)

Blasco Ibáñez no sólo no está a favor de la ideología de la expansión sino que su resistencia está contra el mantenimiento a cualquier precio de un sistema colonial obsoleto y sin futuro en Cuba. La idea que defiende es la de dar a la Isla un estatuto que

ella acepte o incluso la independencia si no hay otra salida, todo menos mantener una guerra como la que se empeña en ganar el gobierno de Cánovas.

Entre el deber de defender la integridad de la patria y el reconocimiento del derecho a separarse de ella, Blasco Ibáñez busca una razón que explique por qué se ha llegado a ese punto y, como he sugerido anteriormente, la encuentra doble: en la mala administración con que la metrópoli ha gobernado la colonia y en la negativa de los poderes económicos a dotarla de una autonomía a la altura de su madurez, el desarrollo de su cultura y su potencial económico. A los tres días de iniciadas las hostilidades, dice en un lenguaje gráfico y lleno de fuerza: “La Gran Antilla ha sido convertida por el régimen monárquico en una sucursal de Sierra Morena. Todos los personajes tronados, los de rapacidad irresistible, son enviados allá para desempeñar altos cargos. Cuba se ha convertido en un hospital donde todos los arruinados van a *echar carnes*” (Roca 20). Varios meses después, cuando parece que la guerra va para largo, une en otro artículo las dos razones señaladas: “Cuba clamaba por el planteamiento de reformas que, de haberse atendido, hubieran asegurado paz perpetua. Cuba exigía castigo para la rapacidad de los peninsulares que atentos sólo a su medro, robaban descaradamente, desmoralizando la administración. Cuba quería el imperio de la moralidad y de la justicia, lazo que la hubiera atado fuertemente a la metrópoli” (Roca 54).²⁷ El discurso colonial del escritor se basa en una especie de contrato entre las partes, una administraría con equidad a la colonia y la dotaría de instrumentos que garantizaran sus expresiones de libertad y el desarrollo de sus proyectos y ésta mantendría sus lazos de unión y cooperación con la metrópoli. No es este el discurso del gobierno que, para mantenerse en su postura, recurre

a todos los resortes que halla a su alcance, e incluso busca el apoyo del elemento religioso como último sancionador de su conducta con la colonia. La petición de la bendición papal sobre las tropas que van a sofocar la insurrección hunde sus raíces en la práctica de la conquista y la colonización de las tierras americanas por parte de los españoles. El derecho de conquista encontraba un respaldo en la distribución que el Papa hacía de las nuevas tierras descubiertas y la ocupación llevaba aparejada la cristianización de sus habitantes. Tierras y personas pasaban a ser propiedad de sus nuevos dueños que ejercían la autoridad que se presentaba como tal y exigía ser tomada como poder constituido. El paso del tiempo no alteró la relación, por lo que una rebelión contra la autoridad, contra el poder colonial, tendría que ser desautorizada no sólo por el colono sino también por el poder religioso que, en su momento, sancionó la acción conquistadora y colonizadora. No importa que, en general, colonia y metrópoli profesaran la misma religión, el Papa tomaba partido y bendecía a las tropas encargadas de poner orden en el desorden. El periodista, con una ironía que apenas oculta el dolor y el rechazo al gesto, escribe en agosto de 1895:

Las tropas expedicionarias que marchan a Cuba y las que en aquella isla pelean por la integridad de la patria, benditas de Dios son, que el romano pontífice, a instancias de la reina regente de España, ha derramado sobre ellas la gracia de la bendición apostólica. ¡Pobres soldados que peleáis en Cuba! En adelante las balas que os dirigen los filibusteros, los tremendos machetazos que desgarran vuestras carnes, . . . no amenguarán vuestros sufrimientos, pero disfrutaréis el último consuelo, la inmensa satisfacción

de expirar en gracia de Dios, bendecidos por el jefe de la iglesia católica.

(Roca 58)

No se olvida el escritor de invitar a las madres de los soldados que van a morir a alegrarse también por la bendición papal, al tiempo que vuelve a fustigar la injusta práctica de un alistamiento militar del que se libran los que tienen dinero para eludirlo; recuérdese la *Toná de quintos* en sus versos de: “Si te toca te jodes/ que te tienes que ir,/ que tu madre no tiene/ para librarte a ti.”

La posición de Blasco Ibáñez enfrentado a la postura tradicional de las relaciones de España con Cuba concretada en la defensa de una autonomía real para la isla, puede verse como una actitud de resistencia a un discurso colonial inaceptable, que ha de ser sustituido por otro en el que las relaciones de poder fueran más equilibradas. Ahora bien, el periodista no hace en sus artículos una crítica amplia, detallada y argumentada de las estructuras del colonialismo que la Restauración mantenía en Cuba. Su propósito es el de llevar al lector a un posicionamiento que el escritor entiende como acertado. En un problema candente como el desarrollo de una guerra, si se está contra su mantenimiento o contra la forma de llevarla a cabo, la expresión brillante y rápida de unas ideas es fundamental para conseguir la adhesión del lector. Con este propósito, el periodista insiste en muy pocas pero poderosas ideas: el altísimo coste de la guerra en recursos y hombres, cómo la carga cae fundamentalmente sobre las clases populares, la injusticia de la exención por dinero del servicio a la patria, la guerra como negocio lucrativo para unos pocos y la tragedia de los soldados que, al ser repatriados, mueren en el retorno o pasan a engrosar a su llegada el no pequeño número de menesterosos que encuentra sumas

dificultades para rehacer sus vidas. Como he mencionado anteriormente, estas ideas, repetidas con leves variantes, pero con un lenguaje vigoroso, adornado a veces con una cruel ironía, abren el camino a una disidencia ante la política del gobierno.

Efectivamente, el lenguaje de Blasco Ibáñez no es el del reportero que observa los acontecimientos en el lugar que se desarrollan ni el del periodista que se limita a informar sobre ellos, sino el del opositor al gobierno que no duda en acudir a lo que es conocido de todos para hacer alegatos de tipo propagandístico que sostengan su posicionamiento. Esta actitud es fácilmente identificable en su representación del infierno que constituye la manigua para los soldados españoles a la que no describe sino en base a todo su poder de amenaza y aniquilación de hombres.²⁸

La nación necesita hombres que van a defender su integridad en la manigua cubana, carne dócil y obediente, no para recibir las balas de los emboscados y el machete del insurrecto, sino para que la pudran con su hálito mortal sobre los camastros de los hospitales esas fiebres antillanas, Únicamente está reservado el machete insurrecto, la miseria de la manigua y el fétido y mortal aliento de la fiebre para el hijo del obrero, para el infeliz peón de la fábrica o del campo, En este momento no hay más que dos soluciones. Dar gusto a los Estados Unidos reconociendo la independencia de Cuba y embarcar para España ese segundo ejército que ha dejado en la manigua una estela de huesos como recuerdo de sus desesperadas marchas. (Roca 84, 116, 305)

Resulta evidente el uso que Blasco Ibáñez hace de estrategias literarias para su denuncia. El escritor no sólo dirige su mirada al paisaje físico de la manigua y su acción sobre el que lucha en ella, sino que la dirige también al paisaje social que va pasando ante sus ojos a lo largo de la guerra. Spurr considera al periodista como un instrumento más de la autoridad colonial, pero también como del iniciador de una resistencia a la misma. Interesa aquí destacar esto último pues Blasco Ibáñez como periodista en su aproximación a los hechos contradice el discurso colonial del gobierno y critica la administración despótica y obsoleta que ha desencadenado una violencia sobre la colonia que daña también a la metrópoli. Por lo tanto, su mirada sobre los acontecimientos no puede menos de inclinarlo hacia la defensa de una relación de respeto al colonizado.

En realidad, la utilización que Blasco Ibáñez hace de las técnicas narrativas supone un primer paso hacia una alternativa al discurso colonial algo que ya Spurr, en el capítulo XII de su obra, titulado *Resistance. Notes Toward an Opening*, observa cuando advierte la postura crítica de quienes leen el discurso desde los mismos parámetros del poder colonial estableciendo un lazo con el oprimido (185). Entre estos gestos de resistencia al discurso colonial nos encontramos con el de superar el lenguaje impuesto. Para ello Spurr pone el ejemplo del término *terrorismo* tradicionalmente utilizado por el Primer Mundo para designar los actos de resistencia del Tercer Mundo y que, en la actualidad, diplomáticos del Tercer Mundo aplican a organismos, estructuras o actuaciones del Primer Mundo a los que consideran opresores de los grupos que ellos representan. Eso es precisamente lo que Blasco Ibáñez hace cuando utiliza el término *autonomía*. Esa palabra era para los conservadores españolistas y para no pocos liberales,

una palabra nefanda que no se podía pronunciar cuando de la unidad de España se trataba, ni incluso cuando se pretendía dar un giro significativo a las relaciones de una colonia con su metrópoli. Cuba debía seguir siendo una posesión española y no cabían otras relaciones entre ambas que no fueran las organizadas sobre unas bases de notoria desigualdad. La autonomía era rechazada no sólo por los partidos monárquicos de España sino también por el Partido Unión Constitucional en Cuba. A este último, Blasco Ibáñez contraponen el Partido Liberal Autonomista, al que se refiere cuando, en septiembre de 1895, respecto de la política colonial del gobierno español, dice: “Hay en Cuba un partido autonomista fuerte, potente y entusiasta, . . . formado por hombres que si se fueran con los separatistas decidirían la balanza en contra de España; viene desde que se ajustó la paz del Zanjón, clamando en pro de las reformas liberales para llegar a la autonomía y nadie le ha hecho caso” (Roca 80). El término autonomía entra así en el vocabulario político exigiendo unos organismos nuevos, unas estructuras de organización político-económica desconocidas hasta entonces y unas actuaciones que dieran la vuelta a la exigencia de sumisión e inferioridad que hasta el momento imperaban entre Cuba y la metrópoli. Comprometerse con el nuevo término, con una verdadera autonomía, no con aquella de las tímidas, anodinas e impotentes reformas presentadas por Antonio Maura, suponía introducir un cambio en el lenguaje y sobre todo en su contenido pues implicaba una ruptura con el discurso colonial en el poder. Un ejemplo, aún más claro del empleo que Blasco Ibáñez hace del discurso de resistencia lo encontramos en el uso de los términos *filibusteros* y *filibusterismo* para designar a personas y acciones a las que las convenciones del momento situaban en sus antípodas

A la altura de agosto de 1896, la guerra había llegado a un punto en que se había desvanecido la esperanza de que fuera una escaramuza o un conflicto de corta duración y su final no aparecía en el horizonte. Consecuentemente, la población que más sufría los efectos de la guerra comenzó a manifestar su rechazo. En Zaragoza y Valencia, se alzaron protestas protagonizadas por mujeres a las que la prensa que apoyaba al régimen calificó de filibusteras, sobre todo a aquellas que no eran madres de soldados enviados a la guerra. Las acusaban de estar compradas por los insurgentes para crear malestar en España y de cooperar con los independentistas. Ante estas acusaciones, el 24 de agosto de 1896, Blasco Ibáñez escribe el artículo *Los verdaderos filibusteros* en el que dice:

Tanto se manosea el filibusterismo, con tanta facilidad se aplica el título de enemigo de la patria a todo el que no está conforme con los absurdos de lo existente, . . . que ya es hora de decir la verdad, prescindiendo de oportunidades y conveniencias. AQUÍ NO HAY MÁS FILIBUSTEROS QUE LOS GOBIERNOS MONÁRQUICOS. (Roca 128)

En este y otros textos el periodista hace un repaso de casos que él considera verdadero filibusterismo: lo aplica al comportamiento del mismo Cánovas cuando al apoyar el pronunciamiento del ejército en Sagunto dificultó el envío de tropas a Cuba en la Guerra de los Diez Años, recuerda los empleos bien remunerados que España pagaba a insurgentes que aceptaron la Paz de Zanjón, a todos los que con sus saqueos en Cuba habían provocado la guerra, a todos los que por dinero habían conseguido librarse de ella. Termina el alegato identificando al verdadero filibustero de esta manera:

Después de estos escándalos, . . . sólo resta preguntar quién es aquí el filibustero, si el pueblo que para que termine pronto la guerra y todo el país se sacrifique por igual pide que vayan a Cuba los ricos y los pobres, o esos gobiernos de la monarquía que no han hecho más que olvidar en su miseria a los sufridos soldados españoles, guardando empleo y dinero para los enemigos de España. (Roca 180)

La vena de verdadero *tribunus plebis* que alienta en Blasco Ibáñez se manifiesta a lo largo de numerosas frases de las que son buena muestra algunas de las que se citan en estas páginas. Debajo de la fronda de su lenguaje se encuentra el germen de una alternativa al discurso colonial imperante. Conoce su forma de operar y, a través de la comprensión crítica de sus estructuras, va poniendo los cimientos de una nueva relación entre el colonizador y el colonizado que supere la dialéctica amo-criado. De acuerdo con esta dialéctica, el poder del amo socava la verdad histórica, poder que reside en la ideología del dominio, que, a su vez, sustituye a la verdad. De este modo, la única forma de acceder a la verdad es a través de la autoconciencia, que está en lucha contra la ideología dominante del amo.

En cualquier caso, es lícito preguntarse si Blasco Ibáñez se habría opuesto de manera tan radical y su discurso alternativo habría aflorado tan claramente si la respuesta del colonizador a la rebelión no hubiera supuesto tal desgarró en la sociedad española y el peso de la guerra hubiera estado repartido más justamente. Sin duda su republicanismo habría encontrado motivos sobrados para expresarse, pero la acusación de filibusterismo responde al discurso generado por el gobierno para mantener la política belicista de

sometimiento de la Isla y, si bien, la réplica de Blasco Ibáñez es el discurso contrario y su lenguaje articula un pensamiento que dinamiza un cambio, no encuentro una total oposición al colonialismo. Es cierto que del colonialismo más duro y miope pasa al diseño de otro más acorde con los deseos de buena parte de la población cubana que venía optando por la autonomía y que, cuando dice que, de ser él cubano, se inclinaría por el independentismo, está admitiendo el derecho a la independencia, pero en ningún momento encuentro un rechazo total al colonialismo. El repudio del sistema colonial no se efectúa porque, como dice Spurr: “The work of deconstruction colonial discourse is even greater than that of dismantling the massive systems of colonial administration; it is work that has only just begun, to say nothing of the creation of entirely new discourses” (Spurr 200). Con todo, cabe señalar que su oposición al Régimen le supuso la cárcel y el exilio.

Blasco Ibáñez se cuestiona y critica con dureza la oportunidad, la necesidad, el desarrollo mismo de la guerra, pero en el fondo lo que se cuestiona es el modo en que se ha gestionado el sistema colonial, no la injusticia del colonialismo. Así, en el artículo *Política colonial* de 21 de septiembre de 1895 se siente muy lejos de aceptar la opinión del general Arsenio Martínez Campos, (1831-1900), quien afirmaba que la política colonial de la Restauración fue poner por delante las aspiraciones de los elementos liberales. El periodista lo niega de plano y trae a colación el rechazo cosechado por las ya de por sí tímidas reformas de Antonio Maura. Después de recordar la postura cerrada de los conservadores españoles y la no menos negativa y obstruccionista del elemento español en Cuba, concluye que:

Hoy la política colonial, en todos los países, marca, en virtud de penosas experiencias, que sólo hay dos medios para conservar las colonias prósperas y adictas a la metrópoli: la libertad religiosa y la libertad comercial, justamente son estas las dos libertades que menos conocemos, pues para colonizar sólo enviamos al fraile, . . . y en el islote más inculto plantamos aduanas para que se enriquezcan los vagos y arruinados que marchan a Ultramar a hacer fortuna, dejándose en España la conciencia como equipaje embarazoso. (Roca 81-82)

Resulta evidente que, debajo de la simplificación de las anteriores palabras, alienta el deseo de una apertura en una relación colonial más libre y provechosa para las partes en la que pueda existir la diferencia, sin por ello consolidar la desigualdad.

Como he señalado al inicio de este apartado, lo que más preocupaba a Blasco Ibáñez, era el que la ineptitud política de la monarquía estuviera conduciendo a España a una situación de pseudo-colonialismo pues el endeudamiento de España con el capitalismo internacional y el sometimiento de Cánovas del Castillo, (1828-1897), y Mateo-Sagasta y Escolar, (1825-1903) a sus dictados favorecían a los Rothschild dándoles la exclusiva en la venta de los azogues de Almadén, protegían a las compañías de ferrocarriles y procuraban que las desdichas de la patria sirvieran para enriquecer a empresas extranjeras. Los políticos solamente se preocupaban de enriquecerse y enriquecer a sus amigos. “Si España se queda sin masa obrera que trabaje en las minas y en las fábricas, eso nada importa. Como Rothschild para entonces será dueño de todo cuanto en España vale cuatro cuartos, ya le rogarán Cánovas y Sagasta que envíe aquí a

todos sus correligionarios para que sean nuestros amos” (Roca 142). Ya no nos encontramos pues ante la defensa de un colonialismo suave sobre Cuba, ahora tenemos el temor de que España fuera víctima de un colonialismo económico como consecuencia de la ruina que para el Estado suponía la guerra de Cuba.

En los artículos previos a la fecha del desastre, Blasco Ibáñez espera que el último capítulo de la guerra, la derrota ante los Estado Unidos, sirva de revulsivo al país para liberarse de la monarquía y de cuanto significaba:

Ningún pueblo civilizado consentiría pacientemente que para conservar una colonia, de la cual sólo han sacado fruto unos cuantos ladrones con credencial, se arruinase toda la nación, . . . y principalmente ninguna nación del mundo hubiera visto con calma que a la guerra sólo vayan los pobres. . . . Los primeros cañonazos que se cambien entre nosotros y los yankees tal vez sean las salvas fúnebres de lo existente. (Roca 301, 306)

Blasco Ibáñez que, como he mencionado anteriormente, siempre mantuvo un discurso en la órbita del colonialismo aunque basado en la idea de convertir la Isla en una región autónoma de España, termina por expresar la aceptación de la independencia de Cuba y dice sentirse satisfecho si gracias a ello España pasa del régimen monárquico a otro republicano donde la libertad y la justicia sea verdaderamente respetadas.

En su análisis del *Informe sobre el estado de las islas filipinas* (1842) del diplomático Sinibaldo de Mas (1809-1868), Joan Torres-Pou termina con una frase que le sirve de conclusión del informe: “Mas vaticinará que, como la situación política no va a

permitir llevar a cabo nada de lo que propone, las islas se perderán. . . ” (Torres-Pou 124). Cincuenta años después de la advertencia del diplomático sobre la política apropiada para mantener al archipiélago unido a España, Blasco Ibáñez es testigo de cómo también Cuba se va a perder por no haber sido vigilantes y generosos a la hora de dar satisfacción a los deseos de autonomía de los cubanos. Los *Artículos contra la Guerra de Cuba* no son textos que tengan similitud alguna con un informe acerca de una colonia y la manera de practicar en ella una política que la mantenga en paz y unida a la metrópoli, más bien son una diatriba constante contra la política colonial española en Cuba, dentro del marco general del rechazo cada vez más claro y explícito a una guerra que, con el tiempo, se va imponiendo como ineficaz y desastrosa. No constituyen un texto organizado de propuestas desarrolladas por objetivos, medios y calendario de actuación, pero sí tenemos en ellos la constatación de que, mantener un discurso colonial sin adaptarlo a la realidad y empeñarse en hacer de un pueblo una ciudadanía disminuida, no puede sino conducir al triunfo del independentismo sobre la opresión colonial.

Capítulo III

3. 1. Eduardo López Bago: *El Separatista*, una novela naturalista sobre la cuestión cubana.

Edward Said, en *Culture and Imperialism*, estudia novelas inglesas y francesas a las que toma como construcciones literarias que no sólo fueron testimonio del nacimiento y consolidación de los respectivos imperios, sino que para el crítico palestino, actuaron también como los pilares en los que se sustentaba la política colonial. De ahí que estas creaciones literarias presentaran a sus lectores los acontecimientos como hechos naturales que respondían a la dinámica del progreso y el desarrollo de la civilización. Por consiguiente, cuando Said se propone abordar el análisis de varios de esos ejemplares narrativos, afirma que:

I am not trying to say that the novel—or the culture in the broad sense—“caused” imperialism, but that the novel, as a cultural artefact of bourgeois society, and imperialism are unthinkable without each other . . . the nineteenth-century English novel stress the continuing existence (as opposed to revolutionary overturning) of England. Moreover, they *never* advocate giving up colonies, but take the long-range view that since they fall within the orbit of British dominance, *that* dominance is a short of norm and thus conserved along with the colonies. . . . The continuity of British imperial policy throughout the nineteenth century—in fact a narrative—is actively accompanied by this novelistic process, whose main

purpose is not raise more questions . . . but to keep the empire more or less in place. (70-71, 74)

Estas palabras son de total y completa aplicación a la postura que Eduardo López Bago y Peñalver (1853-1931) defiende en el Apéndice de su novela y que, mediante el diálogo y trayectoria de los personajes principales de *El separatista*, se expresa indirectamente.

La figura de López Bago es poco conocida en la actualidad, pero en su momento fue un escritor ampliamente leído y comentado. Desde muy joven se sintió atraído por las letras, participó en homenajes a poetas del momento, colaboró en publicaciones periodísticas y asistió a tertulias literarias durante la primera parte de la Restauración. Su adscripción a la corriente literaria naturalista y sus ideas críticas con los planteamientos y actuaciones de los conservadores, le depararon problemas con la moral dominante y las exigencias de las autoridades gubernativas. Fueron abundantes las censuras y prohibiciones que se abatieron sobre sus obras. La militancia en el campo del naturalismo radical le llevó a ser muy sensible en la detección de las causas de los males sociales, a los que, siguiendo las teorías de la novela experimental de Émile Zola, analizó como lo haría un científico en el campo de las ciencias naturales.

Como funcionario público, experimentó los efectos del fenómeno de las cesantías causadas por los cambios de gobierno entre los liberales y los conservadores y, buscando un ambiente más liberal y un conocimiento directo de la realidad hispanoamericana, a comienzos de los noventa, viajó a Argentina y después a Cuba. Allí desarrolló una actividad política acorde con su pensamiento sobre el futuro de la colonia. La última de las novelas de López Bago es *El separatista*, a la que pensaba dar continuación con otras

tres: El bandolero, La gente de color y Gobernador general, pero ninguna de ellas llegó a ver la luz. Sin embargo, desde la publicación de la que es objeto mi análisis, tuvo tiempo de haber completado la tetralogía. Es una lástima que estas tres novelas no vieran la luz, porque prometían presentar la perspectiva del proceso independentista cubano desde otros puntos de vista. Bien es verdad que, esporádica e indirectamente, estos puntos de vista están representados en *El separatista*. Obviamente, el desenlace de la guerra colonial, contrario a lo deseado por él, debió hacerle cambiar de idea puesto que los postulados que pensaría establecer en esos textos resultaban, tras la derrota española, fuera de lugar.

López Bago hizo profesión de fe de escritor naturalista, llegándosele a adscribir dentro de la facción más radical en razón a que pretendía aclimatar en España la escuela iniciada por Émile Zola (1840-1902) de la que fue firme defensor. Una indicación ya aparece en el hecho de que subtituló varias de sus novelas con la denominación de *novela médico-social*. Así lo hace en *El separatista* publicada en La Habana en mayo de 1895. En febrero del mismo año se produjo el llamado *Grito de Baire* con el que dio comienzo la guerra que poco más de tres años después terminaría con la independencia de Cuba.²⁹

La novela aparece precedida de una breve introducción titulada *Al lector* y termina con un *Apéndice, Naturalismos a la crítica*. El subtítulo de *novela médico-social* y los paratextos citados definen con precisión el universo estético del trabajo literario de López Bago. También concibió su labor narrativa como un corolario de la sociología. Se acerca a los personajes como un médico a los enfermos y diagnostica sus dolencias apoyado en la ciencia y en el poder que los medios natural y social tienen sobre sus

criaturas. Al lector le dice: “Me propongo estudiar la sociedad cubana con el detenimiento que merece y que, según veo, nadie en la Península ni aquí ha querido consagrar a este análisis cada vez más necesario” (López Bago 83). Para plasmar la realidad que ha visto en la Isla se vale de la observación y de la experimentación. Promete aplicar estas herramientas, básicas en el naturalismo literario, con absoluta indiferencia ante los hechos que va a relatar, sin que se permita hacer comentarios ni establecer deducciones; sus personajes tendrán la misma vida que tienen en la realidad, por lo que se limitará a copiarlos fielmente con sus luces y sus sombras y donde su única aportación se ceñirá al estilo y los recursos literarios que el hacer de escritor le posibilitaba (López Bago 83). Al mantener una impersonalidad absoluta en la narración esperaba que la vitalidad del texto residiera en la inteligencia y la fuerza en la verdad.

Un observador agudo de la vida pública española como fue López Bago no se veía libre de la necesidad de censurar a la clase política de la Restauración, ya fuera conservadora o liberal, y denunciar la baja calidad de los empleados que España mandaba a Cuba para su administración. Siguiendo la costumbre que venía siendo habitual desde hacía siglos, los peninsulares que desembarcaban en Cuba tenían la pretensión de hacer allí su América, como unos nuevos enviados de la Corona a una tierra que consideraban todavía como un virreinato. El autor simula una pregunta que el protagonista de *El separatista*, el criollo Manuel Godínez, se hace en su visita a Madrid:

¿De dónde sacaba España los empleados de Aduanas, los inspectores, los administradores, los intendentes, todos o casi todos los funcionarios que iban a Cuba? ¿De la cárcel? —De la cárcel precisamente no — le contestó

un madrileño ocurrente a quien hizo la pregunta – pero suelen ser de los alrededores. (López Bago 108)

Por otra parte, en una novela naturalista como la que se estudia no podían faltar las alusiones a la relajación de las costumbres en la colonia y en especial en La Habana donde había un gran número de prostitutas, abundaban los garitos y el alcoholismo se había convertido en un problema.

El enfoque desde el que se hace mi aproximación a la novela es significativo para situar en unas coordenadas precisas el discurso colonial que los personajes principales, incluido el narrador, mantienen sobre la cuestión cubana. Además de referencias a la política española como las reformas de Maura, que terminaron en un fiasco para los autonomistas y fueron un buen pretexto para dar alas a los independentistas, se alude al interés de los Estados Unidos por Cuba, causa de su apoyo a los partidarios de la independencia. Por las páginas de la novela conocemos los éxitos en La Habana de obras españolas del género chico y se data el comienzo de la narración en el domingo de carnaval en febrero de 1895, simultáneo al levantamiento en varias localidades del Oriente cubano contra la soberanía española. La situación política que se vive en Cuba en los momentos previos al estallido del 95 aparece descrita con detalle; también se nos habla de los diversos partidos y grupos políticos, así como de las tendencias en que se movían, que oscilaban desde la defensa de la españolidad a ultranza de la Isla hasta posturas más moderadas, como la de los autonomistas. La fidelidad a la presentación del medio permite leer *El separatista* como una crónica del momento y, en cierta medida, conocer la realidad cubana de la época.

Fiel al precepto de la objetividad, al final de su *Apéndice*, Bago hace suyas las palabras del escritor naturalista francés Louis Edmond Duranty (1833-1880)³⁰ en el sentido de que el compromiso con la realidad que se describe exige al escritor reproducir con la mayor fidelidad posible el medio social en el que actúan los personajes de su obra.³¹ Este objetivo parece cumplido con creces por el novelista. Por sus páginas desfilan con su nombre personajes históricos del campo insurrecto y de la metrópoli; hay referencias a los grupos políticos que se organizaron en Cuba después de la Paz de Zanjón (1878)³²; la ciudad de La Habana está presente en espacios como el Parque Central, la acera del Louvre, la bahía, el Morro y edificios como el teatro Tacón y el Hotel de Inglaterra; se habla de grupos humanos como peninsulares, criollos y de color (éstos más por alusiones que por identificaciones más detalladas); se recuerdan acontecimientos políticos que acaecen en España con su repercusión en la Isla y otros propios de ésta, como los primeros levantamientos de los años treinta del siglo XIX y la más importante de ellas, la Guerra de los Diez Años.

El separatista es una novela pues, que sobre un fondo histórico, presenta unos personajes que interactúan en el comienzo del último asalto de los independentistas cubanos en pro de su libertad. La trama se desarrolla al ritmo de la evolución ideológica del protagonista, desde su rechazo visceral al hecho de que Cuba siga siendo española, hasta el convencimiento de que la continuación de esta situación es lo mejor para el futuro de la Isla. En las vueltas atrás a que lleva el recuerdo de los personajes hay referencias a un pronunciamiento independentista en 1836, al decenio que los cubanos denominaron Guerra Grande que terminó con la Paz de Zanjón en 1878, y a la

prolongación intermitente de las hostilidades en la Guerra Chiquita. Las noticias más recientes que comentan son las referidas a la toma del mando contra insurgente del General Martínez Campos.³³

El protagonista, Manuel Godínez, Lico (hipocorístico de Manuelico), un hijo de la burguesía criolla, ha crecido en el seno de una familia que rechaza el hecho de que Cuba sea una colonia española. Su abuelo y su padre lucharon por la independencia. Un viaje por España le reafirma en este sentimiento, pero no se adscribe a ninguno de los grupos políticos que, en mayor o menor medida, se decantan por un cambio en la relación entre la colonia y la metrópoli. Se enemista con su padre por negarse a unirse a él en el levantamiento que se estaba preparando. Lico no ve limpieza en los motivos y considera que, en las filas independentistas, hay elementos indeseables e individuos de color. En el cambio de su actitud tiene algo que ver el que se enamora de una española, Solita, viuda de un oficial español y profesora de música de su hermana, quien al principio no le corresponde. La ruptura con su familia y el alejamiento de su entorno de amistades le llevan a una bajada a los infiernos en que su vida aparece totalmente desordenada; los principios por los que se regía dejan de orientarle llevándole a una crisis de identidad. Un duelo con quien consideraba equivocadamente su mejor amigo, le deja malherido. Las reflexiones durante la convalecencia, los cuidados de Solita, las conversaciones políticas con el médico que le atiende, el desengaño de su padre que se retira de la lucha convencido de su inutilidad y el reencuentro con su familia, hacen que se disipen sus dudas sobre el valor de la empresa separatista y que se convenza de que el futuro de Cuba

está en seguir siendo española. Se afirma de este modo, a través del personaje, la tesis del escritor.

El texto de Bago es de especial importancia no solo porque presenta la opinión del autor ante la cuestión cubana sino porque ilustra la visión plural de algunos escritores de ambas orillas del Atlántico sobre un problema que preocupaba a tres países ribereños. Por otra parte apenas hay testimonios de alguna relevancia en las novelas españolas del XIX que puedan ampliar el panorama sobre esta cuestión. Es cierto que existen varias novelas que tratan el asunto, pero tan solo, *Sor Milagros o secretos de Cuba* (1897) de Aurelio Pérez Zamora, es un texto que ve la luz antes del final de la contienda.³⁴

En *Culture and Imperialism*, Edward Said propone una lectura en contrapunto de los textos que sostienen directa o indirectamente la política imperialista. Es decir, acude a esta técnica de composición musical, que consiste en evaluar la relación existente entre dos o más voces independientes con la finalidad de obtener un equilibrio armónico. Los distintos temas se enfrentan, pero en el resultado final hay orden y armonía, por eso Said señala: “contrapuntal reading must take account of both processes, that of imperialism and that of resistance to it, which can be done by extending our reading of the text to include what was once forcibly excluded” (66-67). Mi propósito es llevar a cabo la misma técnica de análisis con la novela de López Bago, aceptando como bueno el propósito de objetividad y distanciamiento expresado por el autor en el texto, según la cual:

La expresión personal será en mí, como escritor, la originalidad única. Por cumplir este deber de anulación, de impersonalidad en el que ha dado en

llamarse naturalismo, una vez consagrado a exponer el problema cubano y nada más que exponerlo (porque no es nuestra misión dar soluciones), ni en política mis opiniones, ni en patriotismo mis sentimientos, han de entorpecer la mano que maneja el escalpelo, ni han de ocultar con parcialidades compasivas y velos de indulgencia, la úlcera, sea cual fuere el cuerpo donde la descubra. (López Bago 83-84)

Los términos “escalpelo” y “úlceras” revelan que el autor adopta la posición de un médico que va a describir la enfermedad o la herida a la que se va a acercar con los instrumentos del que maneja el lenguaje, actitud muy común en los autores naturalistas al tratar un tema social. Con lo que nos resulta evidente que *El separatista* es una novela de tesis. El autor quiere dar su opinión sobre un problema y aportar la solución; con tal fin, a pesar del pretendido compromiso con la objetividad y el supuesto distanciamiento, crea unos personajes que, a pesar de no moverse en una misma melodía, van a ir modulando sus intervenciones hasta terminar constituyendo una misma voz. Después, el autor, en el *Apéndice*, hará suya esa voz y aparecerá ya sin matices formulada su tesis: lo bueno para Cuba es seguir estando unida a España. Se trata, obviamente, de una clara visión españolista, aunque se base en supuestos intereses y beneficios comunes a las dos partes. Ahora bien, como la novela no es un ensayo, el autor se permite no entrar en la cuestión de cómo y de qué manera Cuba y España se beneficiarían mutuamente en esta unión.

Como he mencionado anteriormente, los personajes que interesan en la exposición del problema cubano son cuatro: los criollos cubanos, Lico y su padre, José Godínez, combatiente de la Guerra de los Diez Años, Solita, española, que termina siendo pareja

de Lico y el también criollo cubano doctor Pérez que cura a Lico de las heridas del duelo. Cada uno tiene su discurso al que se une esporádicamente la voz narrativa, que unas veces conduce el progreso de la acción y otras cuenta en tercera persona lo que dicen, piensan y sienten los personajes. Es decir, nos encontramos ante el concepto polifónico que Mikhail Bakhtin (1895-1975) expone al referirse a las novelas de León Tolstoi (1828-1910) y que supone el uso de varias voces para reafirmar una única voz, puesto que, como en lo observado por Bakhtin al hablar de Tolstoi, “las diferentes voces se subordinan de modo estricto al propósito controlador del autor: sólo hay una verdad, la suya” (Selden 59). Efectivamente, en *El separatista*, los puntos de partida de padre e hijo ante la cuestión cubana parecen ser los mismos, pero se van distanciando para volver a coincidir en un punto absolutamente distinto del que partieron. Por lo que respecta a la voz del doctor Pérez, que tiene una visión colonialista más radical, esta supone un anuncio de la del propio autor, que encontraremos en el *Apéndice* de la novela. Así pues, los personajes, las variadas situaciones y la propia trama se articulan alrededor de una totalidad que el autor organiza según su pensamiento, concluyéndose en una sensación de armonía que subraya la opinión que el autor presenta como la más razonable.

Decía anteriormente que *El separatista* es un buen ejemplo del concepto que tiene Said de la implicación de la literatura en la afirmación de la legitimidad del imperialismo. El paralelismo entre las novelas que estudia Said y la de López Bago es válido con respecto a la idea principal, aunque no lo sea de forma total por el hecho de existir una diferencia que se hace visible en la distinta situación en que se halla el momento colonial anglo-francés y el español. Ante todo, las obras a las que se refiere Said reflejan un

momento en que el proceso colonial de Inglaterra y Francia no se encontraba cuestionado sino en su momento de máxima expansión, mientras que *El separatista* aparece en el año en que se ha reiniciado una lucha anticolonial que había estado larvada durante más de tres lustros, y lo hace en un medio geopolítico que invitaba a todo menos al mantenimiento de una colonia por parte de una metrópoli debilitada y, sobre todo, aislada de los centros de decisión tanto europeos como americanos. De hecho, el alegato que se desprende de la novela de Bago más parece un intento desesperado por convencer al lector de que el curso de la historia no seguía en el Caribe la línea de la emancipación iniciada décadas atrás, por lo que en la obra no se hace un franco acercamiento a la problemática de la cuestión colonial española en Cuba. Cabe recordar que a lo largo de todo el siglo XIX, en las Cortes del Reino de España, se había cuestionado la forma en que se estaba conduciendo la política llamada de ultramar y que, antes de llegar a la lucha por la independencia, los cubanos habían pedido al gobierno español, el reconocimiento de un gobierno autonómico para la Isla. Esta había sido la postura, cuando eran jóvenes, tanto del puertorriqueño Eugenio María de Hostos (1839-1902) como del cubano José Martí (1853-1895).³⁵ Ahora bien, la intransigencia del gobierno español causó que, en la segunda mitad del siglo XIX, esa opción se viera como fuera de lugar y se derivara hacia el independentismo. Bago ignora la situación a la que se ha llegado y acude a las primeras demandas autonómicas como solución al problema. Sin embargo, resulta interesante que Bago adopte esta actitud después de haber pasado un tiempo en Argentina (que se hallaba precisamente en su mejor momento económico), después de haber viajado por diferentes repúblicas latinoamericanas y cuando había tomado contacto con la realidad de la colonia. Contrariamente a lo que sería de esperar, el discurso que se

desprende de las palabras y acciones de los personajes descarta el valor de la independencia de las naciones hispanoamericanas, ignorando la pujanza económica de algunas de ellas (en particular Argentina, Chile, Uruguay y México) y, en base al pretendido fracaso de esas independencias, considera posible encontrar un compromiso entre Cuba y España.

Ante lo expuesto, resulta evidente el propósito del término ‘separatista’ como título de la novela pues, a diferencia de ‘independentista’ que es un término que hace referencia a la adquisición de un valor como es el de la libertad, ‘separatista’ marca el concepto negativo de la destrucción de una unión. La carga semántica de la palabra es importante porque en los dos separatistas de la novela, padre e hijo, no aparece tanto la voz libertad como la de odio, lucha e insurrección. En realidad, separatista e independentista no eran sinónimos en aquel momento entre las clases dirigentes cubanas, pues la separación hacía referencia a desligarse de España, pero el final podía ser el de terminar con la anexión a otro estado o constituyendo una confederación con otros territorios del Caribe. La independencia se dirigía más a dar salida a una identidad que se concretaría en la formación de un estado propio.

El hecho de que Bago quiera mostrar el movimiento independentista como un movimiento separatista y, por lo tanto, como una acción destructiva en lugar de constructiva, se observa en el hecho de que el autor en ningún momento nombra a José Martí, que en el mes en que se publica la novela murió después de haber participado durante solo treinta días en la guerra; además, la mención que hace de los ideales independentistas que parecen sugerir los que afirma Martí, resulta despreciativa:³⁶

El plan era descabellado hasta ridículo. Formado en Nueva York por un hombre que podía ser todo lo separatista que se quisiera pero falto de talento y de instrucción. Una de esas medianías que glorificaban sus partidarios políticos y ensalzaban como gran escritor y gran tribuno. Ignorante hasta de los rudimentos de la gramática y reñido con el sentido común. Decíase que se trataba de constituir la *Confederación Antillana* para evitar los temores de anexión. Cuba, Puerto Rico, Haití, Santo Domingo y Jamaica. Cinco alcatraces que se reunían para defenderse de las garras del águila angloamericana. Y se empezaba la guerra de Cuba y antes de vencer ya se habían distribuido los altos puestos. (López Bago 215)

Al igual que los autores anteriormente vistos, Valera, Pardo Bazán, Pi y Margall y Blasco Ibáñez, López Bago expone sus ideas sobre la situación pero, a diferencia de ellos, lo hace acudiendo a la ficción. Su postura no es la cerrada a ultranza de Valera, aunque también está lejos de la aceptación de la independencia propia de Pi y Margall. Los presupuestos humanitarios y de respeto a la voluntad de los pueblos de éste le llevaron a concluir como ineludible la independencia de Cuba; sus principios filosóficos se situaban en un plano bien distinto de aquel en que se mueven los postulados naturalistas que estaban en la base de la concepción literaria de López Bago, y sobre todo, de su concepción de la integridad nacional, que le llevó a considerar como un absurdo imaginar una Cuba independiente.

Así pues, pese a las afirmaciones contrarias al mantenimiento de Cuba como colonia española expresadas por los personajes, de sus deseos de que sea libre, de su rechazo a la metrópoli y de la reivindicación de una tradición familiar de lucha por la independencia, el lector percibe, desde el inicio de la novela, que el desarrollo de la acción no va a concluir con un mensaje independentista. Muy al contrario: la negativa del hijo a unirse a la aventura del padre y su ruptura con el resto de la familia, la postura de Solita, una peninsular que, pese a la atracción que siente por Lico, aparece blindada frente a sus ideas separatistas, y el concepto demasiado romántico y purista de éste con relación a los medios de que uno debe servirse para conseguir la independencia, conducen a la formulación de un mensaje anti-independentista.

Un aspecto cabe destacar en los planteamientos del personaje y es el papel que podrían jugar los afro-antillanos en una Cuba independiente. Sin que el problema racial se deje ver en primer plano en *El separatista*, su autor apunta algunos detalles suficientemente claros. Sirva de ejemplo un episodio en el que se hace patente la separación étnica. Va a tener lugar el duelo de Lico el tercer día de carnaval de 1895 y se describe la llegada de cubanos en un vapor a la ciudad de Regla en el que va también el criollo. En él hay dos cámaras, la de primera y la de segunda clase:

Los negros y mulatos iban a sentarse en esta última. Si alguno de ellos, ignorante o mal intencionado iba a la de 1ª, los blancos casi puede decirse que se escandalizaban de tal osadía. Esto era ley general, ley de costumbre, uso que no había podido desaparecer, aunque hubieran desaparecido la

esclavitud y el patronato. Una división marcada e impuesta entre la gente de color y la raza blanca. (López Bago 238)

Abolida la esclavitud y superado el Patronato no por ello la relación de convivencia se asentaba en una ausencia de discriminación social.³⁷ La composición étnica sustentaba una estructura social que se desplegaba en dos oposiciones (la de clase amo/esclavo había dejado oficialmente de existir): permanece el prejuicio étnico que opone blancos y negros mientras que toma gran fuerza el enfrentamiento nacionalista entre peninsulares e isleños.

El prejuicio étnico tuvo recorrido en Cuba y llegó a hacerse manifiesto en discusiones como la orquestada alrededor de la figura del poeta negro Gabriel de la Concepción Valdés, conocido por Plácido (1809-1844).³⁸ La novela lo recuerda al tratar de la postura de Lico respecto a qué personas no debían ser admitidas como combatientes en la lucha por la independencia. La voz narrativa dice que:

Él no quería bandoleros, como tampoco quería hombres de color en las filas de los insurrectos. Desconfiaba de éstos últimos porque ahora se prestaban a combatir con los cubanos para la expulsión de los españoles pero se volverían quizás contra todos para hacer la guerra de la raza, que odiaban igualmente a unos y otros porque jamás perdonarían la esclavitud en que tuvieron a sus padres. Sabíase esto de sobra. Ya estaba averiguado que el poeta Plácido y los que con él murieron fusilados por la espalda en 1844 no tenían otro objeto que el exterminio de los blancos para hacerse dueños de la isla de Cuba. ¡Otro Santo Domingo! ¡Jamás! (López Bago 163).³⁹

El fantasma de Haití, la primera nación americana después de los Estados Unidos en llegar a la independencia, planeaba como un peligro para los que querían una Cuba libre. Pero la correlación de fuerzas en función de la población hacía inverosímil una nueva república negra en el Caribe. La población de color era importante en este momento, pero no para que una república afro-antillana fuera posible. Rafael María Merchán (1844-1905) aporta una estadística con la evolución de los dos grupos étnicos a lo largo del siglo XIX: en 1804 eran 234.000 los blancos frente a 198.000 de color, y en 1887 eran 1.102.000 y 485.187, respectivamente.⁴⁰ En todo caso la novela refleja una sociedad que no ha superado el trauma de la esclavitud, pues el prejuicio ante el color hace que los blancos nacidos en Cuba sean los tenidos por cubanos, a diferencia de los negros que allí habían nacido, los cuales solo eran considerados negros criollos.

Lico es cubano porque es blanco nacido en Cuba y mira al grupo de color con rechazo. En su mentalidad hay una especie de identificación con el blanco peninsular que le ha proporcionado esclavos de los que el blanco criollo se ha venido aprovechando durante años. Lico, que rechaza el colonialismo español, está dispuesto a que se mantenga otro sobre los hombres de color. Experimenta una repulsión por este *otro* que vive en su misma tierra y rechaza que los negros, junto con otros individuos que considera indeseables, contaminen la pureza y la honradez de la lucha por la independencia de Cuba. Bago, mediante su personaje, recrea el tropo que Spurr identifica como *Debasement: Filth and Defilement* (76). Opino que de la novela se desprende la idea de que el criollo tiene miedo a que la raza blanca desaparezca ante el predominio que puede llegar a tener la de color, a la que considera causante de desórdenes sociales y

biológicos, y cree que lo sucedido con la independencia de Haití pueda repetirse en Cuba.⁴¹

El discurso del personaje Lico es el más desarrollado de la novela; los otros no hacen más que acompañarle, servirle de contraste para al final aparecer todas las voces como una sola. Como mencioné anteriormente, no se trata de planteamientos distintos y mantenidos sino de líneas que convergen hacia el discurso político y colonialista de la voz narradora, que se presenta con toda claridad en el *Apéndice*. El separatismo de Lico está escrito en su historia familiar: su abuelo ya participó en los años treinta en un levantamiento contra España y su padre luchó treinta años después en la primer guerra de importancia, por lo que el independentismo era en él no sólo una tradición sino que, hasta cierto punto, venía predeterminado por un condicionamiento hereditario, que le llevaba a odiar a España. La necesidad e inexorabilidad de esta herencia no duró; el conflicto familiar y afectivo unido al concepto estricto de cuales debían ser las motivaciones y el modo de participar en la guerra terminaron por deshacer el odio y asumir como mejor solución la continuidad de la unión de Cuba a España.

De hecho, el discurso colonial de Lico, merced a estos condicionantes, a los avatares afectivos y a los caminos de ida y vuelta en sus relaciones familiares, va a precipitar una conclusión que no se deduce del título de la novela. El concepto de lucha separatista tiene en Lico mucho de romántico e idealista, pues la quiere incontaminada y libre de elementos indeseables. La voz narradora reproduce una exclamación suya: “¡Valiente república nueva debida no a los esfuerzos de sus hijos, fundada no por un grupo de héroes, sino por asesinos, secuestradores, cuatrerros, incendiarios, ladrones y

negros! En las cosas puras debe estar siempre la pureza, lo respetable merece tratarse con respeto. . .” (López Bago 164). Esto se lo dice Lico a su padre quien, desengañado de la evolución de la lucha que terminó con la Paz de Zanjón, no tiene escrúpulos en utilizar cualquier medio con tal de conseguir la libertad para Cuba.

Parece un poco inconsistente la idea de Lico de cómo llegar a la independencia. Se percibe el discurso oculto del autor que, para presentar su tesis como la más realista y justa, y para hacer razonable su visión de la cuestión cubana desde España, empieza poniendo al protagonista en las antípodas de una buena relación con la madre patria, para dejarlo al final abrazando la tesis que combatía al principio. O las convicciones iniciales no eran lo firmes que parecían o el autor ha forzado al personaje haciendo caso omiso de sus aseveraciones de objetividad y realismo. Que en las cosas puras deba estar siempre la pureza no significa nada más que ingenuidad y falta de realismo, cuando la guerra parece ser el único medio para llegar a una libertad completa, a no ser que, con una amplia democracia y mayor limpieza en las relaciones con la metrópoli, se contentara el inicialmente ardiente separatista. Lico ve casi tantos traidores, ladrones y sinvergüenzas entre los criollos que están cercanos a sus planteamientos como entre los peninsulares. Incluso manifiesta su rechazo por los separatistas que viven en Tampa, Cayo Hueso, Méjico o Nueva York cuyo patriotismo a distancia califica de leyenda, porque está cansado de apoyarles económicamente mientras ellos se dan a la buena vida fuera de la Isla.

El discurso colonial de Lico se manifiesta con toda claridad la noche previa al duelo, cuando no puede dormir y por su mente aparecen con toda lucidez pensamientos

que le llevan a una conclusión que resume todo su discurso. Las experiencias que vendrán después: la convalecencia, el compromiso con Solita, las opiniones del médico que le atiende y el reencuentro con su familia, no harán más que reafirmar lo que con claridad vio y sintió aquella noche, en que tenía las primeras noticias de la insurrección. El narrador va repasando sus interrogantes sobre el origen del levantamiento, su verdadera causa y el sitio en el que Lico se encontraba respecto de los demás:

Contra los peninsulares y contra los cubanos. ¡Ah! Pero también a favor de unos y otros. Su patriotismo era distinto del patriotismo al uso. No daba ya la razón a los separatistas que se confundían con los bandoleros y con los negros para combatir a España sin pensar en dos peligros grandes: el de la guerra de raza y el de la anexión. . . . Reformas políticas, administrativas, económicas. ¡Bueno! Pero reformar también la honradez y si fuera preciso hacer una nueva, porque no era buena y sonaba a falso la que circulaba. Los cubanos, y él el primero, acabarían por decir “Cuba para España” cuando los españoles dijeran a su vez “España para Cuba”. Este era su patriotismo. (López Bago 231-32)

Aunque él se siente todavía independentista, no es partidario de una revuelta que utilice también la destrucción como medio para combatir al enemigo y, sobre todo, de que la rebelión se valga como fuerzas de choque de negros y bandoleros.

En este momento Lico cree que, para aclarar su pensamiento y darlo a conocer, lo mejor sería escribir un libro sobre el origen del separatismo que está haciéndose cada vez más presente en la mente de los cubanos. Lo concibe como un elemento constitutivo más

de la forma de ser de los criollos, al que se han unido otros individuos venidos de otras culturas. Por ello se dice a sí mismo:

El separatismo que no era, en suma, otra cosa sino herencia de la misma raza española. Un regionalismo exagerado para cuya exageración y extremo entraban como factores lo lejano, las distancias, y luego, los robos de toda clase y los ladrones de toda especie, el bandolerismo de los campos, el de las oficinas públicas y el de los escritores particulares; añadir luego lo heterogéneo de las razas que vivían en la isla, los negros, los asiáticos, los blancos, la impureza mulata, la lujuria africana, los amargos deijos de la esclavitud que no era ya, pero lo había sido, Bien pudiera ser que resultara probado como una necesidad la independencia de Cuba o demostrado por el contrario que la salvación estaba en la madre patria, en la vida en ciertas condiciones dentro de la nacionalidad española. (López Bago 233-34)

López Bago nos presenta así la evolución que experimenta un independentista hasta convertirse en defensor de la situación colonial que inicialmente combatía.

A propósito del desarrollo del pensamiento independentista de Lico, resulta interesante considerar el extenso análisis que Said lleva a cabo de la obra de Albert Camus (1913-1960) en su estudio sobre el imperialismo (páginas 268-292). Sin que los ingredientes de la cuestión argelina y la cubana sean coincidentes, ni el criollo de ficción se mueva en los mismos parámetros que el ganador del Premio Nobel de Literatura en 1957, algún contraste podría hacerse entre la postura del cubano que evoluciona hacia la

integración responsable con personalidad propia, de Cuba en España, y la del escritor, que, a juicio de Said, fue siempre defensor de una Argelia francesa. Solo me limitaré a señalar que mientras uno se mueve en los escarceos del joven burgués en pos de la búsqueda de una identidad que siente que la relación colonial le ha ido negando insistentemente, el otro ya la tiene por haber asimilado la cultura imperialista francesa en que se educó y por formar parte del engranaje colonial a pesar de su pertenencia a Argelia. El cubano, ciudadano español en la Isla, inmerso en la cultura que ofrecía e imponía la metrópoli e influido por los valores recibidos, evoluciona hacia el independentismo para hacer el viaje de vuelta hacia el autonomismo. Camus, ciudadano francés en una Argelia que se considera parte integrante de la nación, no encuentra razones para cambiar de posición. Ninguno de los dos alcanza a ver el desenlace; uno porque el escritor que lo ha creado lo deja con la sensación de haber elegido la opción ganadora y el otro porque la muerte le llega antes de que los acuerdos franco-argelinos le pudieran hacer cambiar de postura ante el colonialismo.

Con todo, resulta evidente que en ese rechazo de la independencia nacional, se teme, tanto en el caso de Camus como en el del personaje de Bago, la posibilidad de que la independencia lleve al poder a los grupos más marginalizados. Así, en el marco de las condiciones que Lico ve como necesarias para permanecer dentro de la nacionalidad española y temiendo el peligro que suponía la fuerza de la gente de color, en su convalecencia, se pregunta por el éxito de la independencia cubana que ve en peligro, porque le faltan los apoyos que tuvo antes y porque elementos extraños se han hecho un hueco importante entre los que llevan adelante el levantamiento:

¡la Santa Causa!, estaba perdida para siempre y de irremediable modo. Los antiguos caudillos, los que no fueron aventureros sino patriotas, . . . Refugiábanse en los ideales de la reforma o del autonomismo. . . . Por lo mismo que hubieron de ver en la guerra pasada, naciente el peligro de la imposición de la *negrada*, no querían, ahora que éste era mayor, exponer su patria, verla convertida, como decía el doctor Pérez en un *palenque*.
(López Bago 261)

Cree Lico que las fuerzas más importantes y representativas de la vanguardia de la conciencia nacional, se estaban replegando a posiciones más confortables, ante el peligro nunca conjurado de una lucha racial en la que no estaba claro de qué parte estaría la victoria.

José Godínez, el padre de Lico, parte de posiciones más extremas que las de su hijo. Se había batido en la guerra del 68-78, estaba frustrado con el pacto con el que terminó, siguió conspirando después, alentó la posición separatista de su hijo y, llegado el momento, se unió a una nueva insurrección. Verbaliza su actitud como si fuera la de un parricida: “No luchamos contra el extranjero. Levantamos la mano y en la mano el acero para herir a nuestro padre. Y sin embargo tenemos razón. La razón que tiene toda la América Española” (López Bago 116). Esta poderosa imagen domina la conciencia del guerrillero que, por influjo de su padre y en compañía de otros, llegó a la conclusión de que los fundamentos de la colonización española en Cuba estaban ya, después de la independencia de las naciones hispanoamericanas, obsoletos o, lo que es peor, eran erróneos. Edward Said dice que el proceso de oposición al poder dominante no es

complejo. Al menos para el padre de Lico, el efecto ejemplarizante de las demás excolonias debió actuar de manera potente en él y en otros muchos cubanos, pues como señala Said: “Opposition to a dominant structure arises out of a perceived, perhaps even militant awareness on the part of individuals and groups outside and inside it that, for example, certain of its policies are wrong” (Said 240).

El combatiente ha superado el romanticismo y el idealismo que todavía son fuertes en su hijo. Al estar todo contaminado, cualquier elemento que contribuya a separar Cuba de España es bienvenido. A punto de distanciarse de su hijo le dice que él no va a tener escrúpulos en que en la lucha participen gentes de color e incluso individuos fuera de la ley, porque todos servirán a su interés que no es más que la libertad de Cuba (López Bago 166-67). Este discurso colonial y el abandono de José Godínez de su lucha en los primeros meses del levantamiento, le sirven al autor para desautorizar los motivos de la insurrección. En el reverso de lo condenado está lo defendido. La nueva visión le viene impuesta por la calidad humana de los que componen su partida que son gente que participan en la contienda con el único objetivo del lucro personal: los de color para poder darse buena vida y no trabajar y los de distinto color no tienen más elevadas motivaciones; así se lo dice a Lico. Pero es el sueño que tuvo la noche antes de dejar la partida y entregarse, la metáfora más clara de los peligros que acechan a Cuba en su camino a la independencia y de los que a toda costa quiere librarla:

[S]e precisó sobre el mar una roca y sobre la roca la Virgen de los Trópicos, tan hermosa, tan joven como debe contarla la leyenda. Luchaba valerosa con dos monstruos. ¡Ella sola contra los dos! El uno era negro,

mal oliente, y el otro rubio de color de oro. Venían nadando el uno desde muy lejos, desde la costa africana, el otro de más cerca y del Norte.

Querían subir a donde la hermosa estaba, apoderarse de ella y cada vez que conseguían lo primero, la infeliz, con sobrehumanos alientos los arrojaba de la roca al mar nuevamente. Y nuevamente nadando volvían al asalto.

(López Bago 282-83)

El discurso colonial de Soledad Valiente (Solita) aparece menos en el texto, pero el lector lo adivina muy convincente para hacer que Lico pasara de ser independentista a estar de acuerdo o, al menos, aceptar como mal necesario que Cuba y España siguieran unidas. El autor juega con el nombre y el apellido de la española. Casada muy joven con un oficial destinado a Cuba, se queda viuda a poco de llegar a la isla. Es una mujer sola, pero es valiente y se abre camino en la vida. Su valentía también la despliega en los esfuerzos para cambiar la postura de Lico. Primero le convence de que la guerra no es la solución, pues son más eficaces los medios pacíficos que, a base de la acumulación de pequeños pero eficaces esfuerzos, tienen más posibilidades de éxito. La guerra debe ser el último recurso. El concepto de nación española de Solita tiene sus raíces en una especie de designio divino que dirige el descubrimiento-conquista y en una identidad múltiple. Quedan claramente excluidos los grupos de color porque los de la misma raza se pueden unir en un mismo objetivo, el de poner remedio al mal gobierno que España ejerce en Cuba (López Bago 200). Se trata del discurso colonial tradicional que todo lo basa en un primer plan que permanece durante siglos y escapa a la voluntad de los individuos y cuyos errores y desviaciones han de corregirse desde dentro. No ve al pueblo cubano

formado por un estado propio, sino que lo concibe separado del entorno de naciones americanas independientes, incluyéndolo dentro de una visión europeísta a través de su unión con España.

Por último, el personaje del doctor Pérez juega su papel en la novela cuando la narración se precipita hacia su final, con ocasión de la convalecencia de Lico. Se trata de un personaje que va a concentrar en su discurso los relatos que han ido escribiendo los tres antes analizados. Aparece como la voz autorizada de la ciencia y de la experiencia. De la ciencia por ser médico y de la experiencia por haber estado en Europa y, sobre todo, en las sociedades hispanoamericanas que tenían ya un cierto recorrido en su andadura como países independientes. Es el tipo de personaje que cuadra perfectamente en un texto que se subtitula novela médico-social. El doctor Pérez expresa un discurso claramente colonial a favor de España, mostrándose ferviente admirador de Martínez Campos, en el que ve la solución al problema de desorden y caos que se abate sobre la colonia con el estallido de la insurrección. El médico es monárquico como su idolatrado general y, profundamente radical en su postura anti-independentista, exclama: “Cuba libre, Cuba independiente. ¡Habrased visto mayor desatino! ¡Una república de Andorra en medio del mar! Una cosa tan ridícula entre los rangos democráticos como lo es en los de las dinastías reinantes el principado de Mónaco” (López Bago 258). No quiere para su tierra, dado que él es cubano, lo que son las repúblicas americanas a las que tilda de porquería: no tienen la madurez necesaria para vivir independientes pues son todavía muy jóvenes y no saben qué hacer con una libertad recién estrenada; el gozo que les produce ser libres es similar al que siente un niño con zapatos nuevos. Dirigiéndose a Lico le dice:

¿A usted se le figura que esas son repúblicas? ¿Quiere usted para Cuba una cosa por el estilo? ...¡*Mal cubano!* ¡Y se enoja usted por eso! ¡Malos cubanos son los que defienden la independencia!...¡Una merienda de negros! ¡Toda la isla convertida en un palenque! ¡Muy bonito! (López Bago 260)

El prejuicio racista aparece así de nuevo en una frase ofensiva pero muy gráfica, que ha pasado al habla popular española como sinónimo de desorden (“merienda de negros”), de caos, por lo que se necesita de una acción enérgica y responsable que restaure el orden en la sociedad. Con toda claridad, el doctor Pérez asume las tesis de Gustave Le Bon sobre la inferioridad del colonizado que no asimila las reformas liberales europeas, porque tiene una mentalidad inmóvil anclada en una cultura incapaz de desarrollo.⁴² Por ello debe estar condenado a someterse al sistema colonial, so pena de que se provoquen convulsiones sociales o que la sociedad se vea vaciada de valores ante la irrupción de ideas disolventes como las nihilistas. Frantz Fanon, en *Piel negra, máscaras blancas*, rebate la idea de que sólo los pueblos que necesitan ser colonizados llegan a serlo, porque no hay ninguno en cuya naturaleza esté la necesidad de ser dominado. Desde el plano de la socio-psiquiatría, concretando el problema colonial en el negro y el blanco, Fanon hace un alegato a favor del humanismo:

El *negro* no es. No más que el blanco.

Los dos tienen que apartar las voces inhumanas, que fueron las de sus respectivos ancestros, a fin de que nazca una verdadera comunicación.

Antes de comprometerse en la voz positiva, hay que hacer un esfuerzo de

desalienación para la libertad. . . . Por una tensión permanente de su libertad, los hombres pueden crear las condiciones de existencia ideales de un mundo humano. (Fanon, *Piel negra* 190)

Fanon critica la afirmación de que exista en cualquier pueblo un complejo de dependencia, pero ello no es obstáculo para reconocer que por egoísmo, cansancio o incluso convicción, después de haber buscado otras salidas, sectores de una sociedad concreta opten por mantenerse en un régimen colonial más o menos modificado. Así les ocurre a los protagonistas de la obra de López Bago.

Uno de los pilares básicos de una sociedad organizada desde un sistema colonial es el de la pervivencia de un grupo en situación de sometimiento y explotación. Fanon, al hablar del supuesto complejo de dependencia del colonizado, constata la estructura racista de Europa, y afirma que “Francia es un país racista, pues el mito del *negro*-malo forma parte del inconsciente de la colectividad . . . que el racista crea al inferiorizado” (Fanon, *Piel negra* 98-99). Se puede cambiar el nombre de Francia por la sociedad criolla que representan Lico, su padre y el doctor Pérez. A través de la carga negativa que ponen los personajes al hablar del grupo humano de color, de sus deseos y del peligro que a su modo de ver representan, se ve con claridad que se mueven dentro de los postulados racistas.

Ahora bien, si dejamos la cuestión de las razas aparte y nos centramos en el discurso meramente colonial, resulta evidente que Bago no era ajeno a los errores de la política española. En consecuencia, el anti-independentista Dr. Pérez enjuicia la actuación de la metrópoli en Cuba, y la condena por ser la misma que ya había puesto en

práctica con las demás colonias americanas y que condujo a la sublevación y emancipación de esos territorios. A tal efecto menciona un opúsculo de Benjamín Franklin (1706-1790) titulado *Reglas para empequeñecer un gran imperio*; el editor de la novela, en nota a pie de página, ofrece la traducción de algunos párrafos de la obrita del norteamericano que, de manera irónica, da algunos consejos que el médico aplica a la acción colonizadora española. Entre ellos está el de que, si se quiere alejar una colonia de su metrópoli, no hay más que enviarle gobernadores y empleados ineptos e imprudentes, no atender a las quejas de la población y dificultar en lo posible el comercio con leyes e impuestos (López Bago 289). Esta crítica se repite con insistencia en textos que se han analizado anteriormente al pasar revista al discurso colonial de Pi y Margall y Blasco Ibáñez, y se volverá sobre ella al abordar la novela *Mi tío el empleado* de Ramón Meza en las páginas que le dedico en la segunda parte de este capítulo.

En páginas anteriores se ha venido haciendo referencia a que determinadas opiniones de los personajes eran las propias del autor de la novela. No hay ninguna duda sobre cuál es el discurso colonial del propio López Bago. A pesar de que afirme que su trabajo como escritor es crear unos personajes, rodearles de un ambiente, dar espacio a la voz narrativa y mantener una absoluta objetividad en la exposición del problema cubano, en el *Apéndice* aparece claramente expresado su pensamiento; se trata de un paratexto que no es imprescindible para entender el propio discurso que permea la novela, pero que con él se hace más explícito y claro. Es el que se pudiera descubrir como oculto en un palimpsesto en cuya superficie solo apareciera el pensamiento de los personajes. Del

Apéndice se vale para un discurso paranarrativo en el que se presentan claras, haciéndolas suyas, las ideas que los personajes han vertido en sus diálogos y monólogos.

El punto de vista de Bago es españolista y hoy puede parecernos trasnochado e incluso miope, pues llega a decir en tono exaltado que solo en Cuba y en Puerto Rico reina la verdadera independencia, pues en ellas se respetan los que hoy calificaríamos de derechos sociales y políticos, a diferencia de lo que ocurre en el resto de la América Hispánica (López Bago 297). Esta opinión bien podría compartirla el doctor Pérez, de todos los personajes de la novela el más próximo al punto de vista del autor. Bago, como su personaje, creía que Martínez Campos lograría pacificar la Isla y se volvería a la situación anterior al levantamiento. Como es sabido, estas esperanzas quedaron totalmente truncadas cuando el general prefirió ser relevado antes de usar métodos como los que puso en práctica su continuador, Valeriano Weyler (1838-1930).

Resulta pues evidente que el novelista confundía sus deseos con la realidad, como afirma José Carlos Mainer Baqué en *Crisis de fin de siglo y literatura* a propósito de la novela de López Bago:

Pero la realidad era muy diferente de la que quería ver López Bago.

Conservamos un testimonio personal único de un español joven que vivió desde su entraña la guerra colonial: Manuel Ciges Aparicio tenía 25 años en 1898 y, un año después, publicó . . . sus *Impresiones de la Cabaña (memorias de 26 meses)*. . . Aquella Cabaña era el tenebroso presidio militar de La Habana, donde el teniente Ciges fue a parar como reo de un delito de traición por haber escrito un artículo contra la inepticia de sus

mandos en el diario parisiense *L'Intransegeant*. Las escenas de esas estancias son casi dostoevskianas. (195)

Efectivamente, de la gravedad de la situación y de los métodos empleados por los españoles para aniquilar a los sublevados y a los que fueran críticos con su política colonial no podía esperarse que se llegara a una situación de compromiso que satisficiera a ambas partes, como reiteraba Bago.

La participación de los Estados Unidos en la contienda precipitó el único resultado que cabía esperar. A finales del siglo XIX, cuando las potencias europeas decidieron repartirse el mundo todavía no distribuido, y Estados Unidos hacía sus escarceos adjudicándose colonias a las que denominaba eufemísticamente como *insular areas*,⁴³ era muy difícil que un escritor combatiera la política colonial, algo a lo que solo llegaron muy pocos de forma explícita como el anteriormente mencionado Pi y Margall. La mayoría optó por soluciones más tibias como el proponer el diálogo en lugar de la intervención armada, al tiempo que criticaban la forma de llevar la guerra colonial y el alistamiento militar. Podría ser una explicación bastante generalizada el siguiente párrafo de López Bago en el *Apéndice*:

¿Separarse de qué? De sí mismo. Esto es imposible. La idea separatista es un romanticismo que se deja seducir por la sonoridad de unas cuantas palabras que hoy día solo tienen la peligrosa hermosura de la forma. Se procede por contagio al aceptarla no por convicción profunda, con raíces en la experiencia y en la lógica. Toda América es independiente de la dominación española y Cuba, por estar *geográficamente* en América, es

contraria de esas nacionalidades donde hubo lo que ya no hay en Cuba, dominación y dominadores.

Cuando el mundo entero juzgue de esta sublevación, se definirá diciendo con el laconismo de la redacción telegráfica:

“En Cuba se han sublevado contra el sentido común”. (López Bago 298-99)

Cabe finalmente decir que todo el planteamiento de la acción de *El separatista* está construido sobre la violencia: desde el título, los sentimientos de Lico, su padre y el doctor Pérez, hasta las referencias a los comienzos de la lucha de los independentistas y a las esperanzas depositadas en el éxito del ejército español, y es que, como menciona Fanon, “la descolonización es siempre un fenómeno violento. En cualquier nivel que se la estudie” (*Los condenados* 30). El discurso colonial se apoya así en la violencia del proceso descolonizador para sostener el valor de la empresa colonizadora: el colonialismo es el orden y la independencia es el caos. Es lógico que los escritores acudan a este elemento al formular sus ficciones cuando desean atacar las ambiciones anticoloniales y socavar el discurso independentista. También lo es que los escritores, producto de una sociedad en la que se practicaba una política imperialista y colonial, apoyaran, explícita o implícitamente, la política de su gobierno, por lo que la aparición de una novela anticolonial en el seno de una sociedad colonizadora e imperialista era algo fuera de lo común y que se encontraba raras veces. Al respecto, Said menciona en varias ocasiones que los escritores no son más que reflejo de la corriente de pensamiento que dominaba a favor del imperialismo y el colonialismo. Ni aquellos autores que fueron

críticos del sistema y de los métodos empleados para dominar a otras naciones y expandir el territorio de la nación llegaron a criticar la política de sus gobiernos y los que lo criticaron nada consiguieron con sus críticas: “It is crucial to remember that there were no appreciable deterrents to the imperialist world-view Kipling held, any more than there were alternatives to imperialism for Conrad, however much he recognized its evils” (146). Para encontrar voces que se opusieron al colonialismo y consiguieron minar sus bases debemos buscarlas entre las de los escritores surgidos al calor de los deseos de libertad en pueblos, como el cubano y otros del Caribe, que vivían en espacios geoestratégicos que habían accedido años antes a la independencia. Prueba de ello es la obra de Ramón Emeterio Betances, Eugenio María de Hostos y José Martí.

3.2. Ramón Meza: *Mi tío el empleado*, la postura de un criollo ante el colonialismo en Cuba.

Al finalizar el análisis de la novela de López Bago, indiqué que Fanon identificaba como primera fase en la creación de una literatura nacional de todo pueblo que lucha por la independencia, la asimilación integral de la literatura del colonizador. Esto supone que las creaciones literarias de los colonizados son expresiones artísticas que no se diferencian de las que aparecen en la metrópoli, y por ello no se produce un rechazo a los valores que encarnan ni a la visión del mundo que transmiten. Continúa Fanon diciendo que: “En un segundo momento, el colonizado se estremece y decide recordar . . . Algunas veces esa literatura previa al combate estará dominada por el buen humor y la alegoría. Periodo de angustia, de malestar, experiencia de la muerte, experiencia de la

náusea. Se vomita, pero ya, por debajo, se prepara la risa” (Fanon, *Los condenados* 203). Es en este contexto en el que se debe de leer la novela de Ramón Meza *Mi tío el empleado*. El escritor, criollo cubano, ha asimilado la cultura de la metrópoli y se expresa en la misma lengua que utilizan los continuadores de los primeros conquistadores. También se vale de los mismos recursos literarios y formas de expresión que sus contemporáneos de la Península.

Contrariamente al proceso que describe Fanon como vivido por el escritor colonizado que recoge episodios y leyendas de su pueblo, como Meza no puede acudir a sus recuerdos ni a las historias de los antiguos pobladores de su tierra, se conforma con reproducir hechos que ocurren en su tiempo y que sirven para mantener y apuntalar el régimen colonial en que vive. Sin embargo, su novela se desenvuelve en clave de humor al presentar al lector una sátira que refleja cómo tienen lugar los comportamientos de una administración colonial. De este modo la comicidad y la caricatura constituyen el vehículo para lanzar un mensaje que justifique la fuerza revolucionaria en la que apoyar la lucha por la independencia. La risa también aquí surge espontánea pero lleva aparejado el rechazo a la manera en que tiene lugar la relación entre los nuevos colonos que arriban a la Isla y los que ya pueden considerarse como los nativos actuales. *Mi tío el empleado* es un buen ejemplo del tipo de textos que, al fustigar el modo de administrar una colonia, ponen de manifiesto el discurso anticolonial de su autor. Meza se sirve de la parodia para dar salida a su actitud de resistencia a la situación de sometimiento de un pueblo, con la presentación de unos personajes que, en peripecias grotescas, realzan su intención de

denuncia y rechazo del hecho colonial. Su proyecto nacionalista se vislumbra tras y debajo de la narración de la trayectoria de un inmigrante.

Mi tío el empleado fue publicada en La Habana en 1887. Su autor, Ramón Meza y Suarez Inclán (1861-1911), se formó en la Universidad de la capital de la Isla, trabajó como periodista en varias revistas y fue profesor hasta que tuvo que emigrar a los Estados Unidos, cuando estalló el conflicto en 1895. Terminado el mismo volvió a Cuba y fue Secretario de Instrucción, entre otros cargos. Empezó muy joven a escribir y a los 26 años produjo su mejor obra, *Mi tío el empleado*. La novela pertenece a una de las etapas más prolíficas y complejas de la literatura cubana del siglo XIX, que es la que se enmarca entre el fin de la Guerra de los Diez Años y el ocaso de la dominación española sobre la Isla, dos décadas más tarde. Terminada la primera guerra, el traslado a la colonia de la nueva regulación de la metrópoli sobre temas como la autorización del asociacionismo, una mayor apertura a la libertad de imprenta, la creación de partidos políticos y la paulatina abolición de la esclavitud, coincidió en Cuba con el surgimiento de una nueva generación de literatos y periodistas, y estimuló la aparición de un número mayor de consumidores de productos culturales de diversa índole, como periódicos, revistas, obras de teatro y literatura impresa. La novela de Meza aparece en la mitad del periodo señalado.

Meza fue testigo de las venidas de peninsulares a Cuba una vez terminada la Guerra de los Diez Años en busca de oportunidades y de cómo la sociedad criolla veía el comportamiento de los que lograban incorporarse a la administración colonial. Así resume Reynaldo González la sencilla trama de la obra:

El argumento de *Mi tío el empleado* pudo nacer en una sobremesa criolla, entre chistes que escarnecían a los “primos” peninsulares que arribaban al amparo de prebendas metropolitanas, porque desplazaban a los cubanos de la gobernación, el comercio y empleos menos remunerados. La primera parte narra las penurias de Vicente Cuevas y su sobrino, llegados al puerto habanero sin otra visión civil que la de su aldea natal, míseros y apocados, pero dispuestos a todo por cumplir el sueño de enriquecerse en América. Sufren desdichas, tropiezos y burlas crueles mientras conocen —y con ellos los lectores— los chanchullos amparados en la ineficaz burocracia. Luego de peripecias grotescas y jocosas que desnudan la ambición cerril de Vicente Cuevas, un revés de la política monárquica desbarata los trucos del pariente que los explota, pero los que resultan inculpados son ellos. Para salvar el pellejo escapan a México. La segunda parte es el reverso de la medalla: el triunfal establecimiento del Conde Coveo, que es el mismo Vicente Cuevas enriquecido y despótico, pero aquejado de una insatisfacción que no calman el dinero, las comodidades, el reconocimiento social y los dispendios que su posición le permite, incluido un matrimonio de conveniencia que antes no logró. Esta suerte de Conde de Montecristo envilecido, tan analfabeto como en su etapa anterior, cumple el objetivo de “ser alguien en un país de pillos”. Se rodea de amanuenses a quienes utiliza y maltrata como lo hicieran con él, y amasa una fortuna para regresar a España travestido de indiano tardío. (González Zamora 4)

La novela se inicia con la voz de un narrador omnisciente para inmediatamente ser sustituido por Manuel, sobrino del protagonista, hasta el final de la primera parte del texto. Sólo se nombra a Manuel por su nombre una sola vez y aparece las demás señalado como el *sobrino* o *mi tío*, lo que es lo mismo, al actuar como narrador para no causar sombra al verdadero actor; a éste se le identifica con su propio nombre o con el título de conde de Coveo, ya en la segunda parte. En ésta vuelve a tomar la palabra el narrador inicial hasta el final de la obra, con la excepción del penúltimo capítulo en que el sobrino cuenta la razón del cambio de fortuna de su tío.

La emigración de peninsulares a Cuba venía de lejos. En el siglo XIX se incrementó para dar respuesta en forma de fuerza de trabajo al desarrollo económico de la Isla, a la política de equilibrar el peso de la población de origen africano y europeo y al temor a que se repitiera en ella lo sucedido en Haití al principio del siglo. Con la abolición de la esclavitud urgía sustituir la mano de obra esclava por otra que fuera libre y asalariada. Una serie de disposiciones gubernativas fomentaron la marcha de peninsulares con el objetivo de que, una vez asentados, sirvieran de apoyo a la neutralización del espíritu independentista cubano. Un veinte por ciento de la emigración peninsular se ocupaba en el sector del comercio y los servicios:

Muchos inmigrantes llegaban recomendados por sus familiares y amigos, que constituían en Cuba la clase media urbana, funcionarios, tenderos, y hasta grandes casas comerciales. Todos buscaban beneficios y estaban dispuestos a trabajar con el objetivo de obtener una fortuna. Esperaban

encontrar una isla llena de riquezas, fuente de recursos en abundancia para trabajar y ahorrar. (Maritza 434)

Estas frases escritas por Maritza Pérez en 1996 parecen redactadas a propósito de la historia del inmigrante Vicente Cuevas, quien llega a Cuba recomendado por un familiar; el personaje consigue ser funcionario o empleado; está dispuesto a trabajar y sobre todo a labrarse una fortuna pues, en coherencia con este propósito, se había imaginado que se encontraría con indios de narices y orejas horadadas por macizos anillos de oro, de los que se podía apropiar dándoles un fuerte tirón.

La narración está dividida en capítulos cortos seguidos de títulos que sugieren el contenido del texto; alguno muy gráfico como el titulado *Un Coburgo más*, para señalar el encumbramiento del protagonista hasta entrar en la nobleza; hay en el texto una conexión con la actualidad política europea debido a la referencia clara al apellido de varias casas reinantes en la Europa de aquellos años.⁴⁴ La creación en la colonia de una aristocracia representada por títulos de nobleza es uno de los mecanismos de afianzamiento del régimen colonial. En Cuba se obtenían títulos de nobleza desde el siglo XVIII que recaían sobre peninsulares y criollos y no sobre negros ni mulatos aunque fuesen libertos. Ostentar el título de marqués o conde reportaba sobre el hecho de ser blanco un plus de protección e importancia. Además del requisito racial era necesario exhibir prueba de hidalguía y de limpieza de sangre y poseer una fortuna personal que respaldara el nivel de vida exigido por el honor que se pretendía obtener. A lo anterior había que añadir reconocidos méritos personales y el pago de la expedición del título llamado *servicio de supererogación*.⁴⁵ Se gratifica, ennobleciéndolos, a los peninsulares

o criollos que han alcanzado una preeminencia social desde el poder de la riqueza, enlazándoles con los herederos del estamento de la nobleza del Antiguo Régimen. El grupo nobiliario español se prolonga así en la colonia reafirmando el poder de la metrópoli. Los novelistas incorporaron este hecho de la realidad a sus obras; Meza lo hace con su Vicente Cuevas convertido en conde de Coveo y Cirilo Villaverde, en su *Cecilia Valdés*, convierte en conde de Casa Gamboa a otro peninsular que hace fortuna en Cuba, no en la administración sino en los negocios, entre los que no falta la trata de negros. Uno vuelve a España como un rico indiano y el otro permanece en la Isla asistiendo al drama de las relaciones incestuosas de sus dos hijos (Villaverde 452).

El autor presenta a Vicente Cuevas como hombre de pocas letras, pues lee con dificultad y es totalmente ignorante de las tareas que un empleado público tiene que desarrollar. Sin embargo, llevado de su propósito de ridiculizarlo le hace parecer un personaje instruido hasta el extremo de mostrarle, en discusiones con otros empleados tan ignorantes como él, creyéndose:

un gran literato y un purista de primer orden, por lo cual se le llamaba a menudo para que decidiese las polémicas acaloradas que entre ellos se suscitaban acerca del modo de escribir una frase o una palabra.

No obstaba que mi tío no supiese escribir cuatro renglones sin cometer ocho faltas de ortografía. . . .

Mi tío citaba, viniera o no a cuento, al Arcipreste de Hita, Raimundo Lulio, Feijoo, Hurtado de Mendoza, Jorge Pitillas, Malón de Chaide, el padre

Sigüenza y ellos, por su parte, le apostaban ciento contra uno a que él no sabría lo que eran yambos, pirriquios, espondeos y estrambotes, con todo lo cual conseguían dejarse bizcos mutuamente y cantar por turno vergonzosas palinodias. (Meza 75-6)⁴⁶

Sirva esta referencia para justificar el criterio peyorativo que el novelista tiene acerca de los inmigrantes españoles que, a pesar de su falta de preparación para ejercer de funcionarios capaces, consiguen, apoyados en el nepotismo y la corrupción, hacer carrera en Cuba. En otro momento del texto vemos al tío empleado leyendo a un autor de moda en aquellos años, Paul de Kock (1793-1871), prolífico escritor francés de novelas por entregas, dramas y vodeviles, lo que muestra el escaso nivel intelectual del personaje.

Mi tío el empleado es una obra rara dentro de las corrientes literarias dominantes en aquel momento en Cuba, como eran el costumbrismo, el realismo, el naturalismo y el modernismo. De las tres primeras es claramente deudora, pero con ninguna se identifica. Esta peculiaridad y la juventud de su autor provocaron el rechazo de algunos críticos y el que pasara decenios casi olvidada hasta que, en 1960, la pusiera en valor una antología de la novela cubana y se volviera a imprimir.⁴⁷ Es una obra atrevida que se sirve de la ironía como arma para hacer resaltar la intención crítica, ante una situación sociopolítica que cada vez se veía como más insostenible. Su análisis social utiliza los recursos de la caricatura y el humor; de manera que lo grotesco y disparatado del personaje principal ofrece una especie de friso expresionista de un sector concreto de la sociedad de su tiempo: el de los inmigrantes peninsulares que arribaban a la Isla en búsqueda de fortuna. Dice González Zamora que: “Sus críticos le censuraron la alternancia de elementos

impresionistas con representaciones de marcado expresionismo, un naturalismo embrionario y recurrencias simbolistas mezcladas a datos de humor caricaturesco, en servicio de una fabulación que enarcaba costumbres vistas como poco “bellas” o edificantes” (5). Momentos hay en el texto que parecen señalar en tono menor los laberintos burocráticos de *El proceso* de Kafka (1883-1924), mientras que otros traen a la mente los espejos deformantes de los esperpentos de Valle Inclán (1866-1936).⁴⁸

Pérez Salas, en su estudio de las novelas *Mi tío el empleado* de Meza y *La charca* del puertorriqueño Manuel Zeno Gandía (1855-1930), afirma que:

En ambos casos, el antagonismo de los personajes es apenas un pretexto para cifrar enunciados ideológicos, morales e incluso metafísicos, como revela la angustia del protagonista de *Mi tío el empleado* ante una sed desmedida de reconocimiento social. El devenir canallesco de Vicente Cuevas remeda el tránsito de una colonia hacia su desintegración y las imágenes grotescas que produce. La picardía y el arribismo, heridas profundas al proyecto nacionalista del criollo ilustrado, encuentran en la indignación y el desprecio una respuesta modesta, pero de cualquier forma sustantiva. A modo de venganza, junto a la impunidad y la avaricia conviven las burlas de la plebe y las sombras silenciosas que persiguen y maldicen al bribón. (Pérez Salas 186).

Reinaldo Arenas Fuentes (1942-1990), en un artículo publicado el mismo año de su muerte, ve en la novela un texto que a su juicio es precursor de tendencias literarias que se van a ir asentando en años posteriores. Su buena factura técnica da cobertura a una

serie de paradigmas narrativos que otros repetirán con variantes, encarnados en personajes y situaciones desoladas y crueles. Destaca como logro técnico que el narrador omnisciente de la historia es y no es Meza, sino su disfraz, irónico y burlón, al que da vida el sobrino del protagonista.⁴⁹

José Martí escribió al año de publicarse *Mi tío el empleado* un artículo en *El Avisador cubano* sobre la novela y su autor titulado “Mi tío el empleado, novela de Ramón Meza”. La referencia a la opinión de Martí es obligada en cualquier estudio que se refiera a ambos, por lo acertado del juicio y la valoración en que tiene a este texto juvenil de Meza. La recensión de la novela, el análisis del personaje conde de Coveo y el enfoque que se hace desde el momento que vive Cuba, es sencillamente de antología. Sólo se citarán los aspectos que son valiosos para el propósito de nuestro trabajo. Termina Martí la sucinta introducción a la trama diciendo que: “Esta es la vergonzosa historia, dicha con sobrio ingenio, cuidado estilo y varonil amargura” (Martí V:125). Como en la novela todo lo ocupa el aprendizaje del corrupto y los manejos para enriquecerse, la narración discurre como una representación. Martí dice que:

Es un teatro de títeres; de títeres fúnebres . . . Hay algo de pantagruélico en aquellos banquetes, y de rabelesiano en la risa del libro. . . El libro, sin ser más que retrato, parece caricatura; pero precisamente está su mérito en que, aun en el riesgo de desviar la novela de su naturaleza, no quiso el autor invalidarla mejorando lo real en una obra realista, cuya esencia y método es la observación, sino que, hallando caricatura la verdad, la dejó como era.
(V: 127)

Al leer estos juicios se ilumina el texto saliendo a la luz aspectos y detalles que a primera vista no se distinguían, y sobre todo dotando de valor y peso lo que aparentemente se muestra como liviano e intrascendente. Por eso Martí espera de Meza nuevas obras en las que su original manera de observar aparezca más madura; de este modo los años habrían dado una mayor profundidad y desarrollo a sus cualidades, porque la observación del novelista no es la copia fría de lo que el escritor tiene ante sus ojos, sino una inmersión rigurosa y sin contemplaciones que ponga al descubierto la realidad con toda su carga de verdad (Martí V: 129).⁵⁰

La presencia abrumadora en la novela de Vicente Cuevas, de don Genaro y de don Mateo, el maestro primero y secretario después del que llegó a conde de Coveo, oculta la de todos los demás. Parece echarse de menos la de los cubanos criollos, aunque se la puede rastrear como telón de fondo en algunas ocasiones. Lo señala Martí al decir que lo que cuenta Meza “parece una mueca hecha con los labios ensangrentados. Cuéntase cómo se va de Cuba a Coveo, cómo se enriquecen, a robo limpio y a cara de jalea, los empleados, cómo chupan, obstruyen y burlan al país, que pasa en la sombra discreta de la novela como una procesión de fantasmas lívidos y deshuesados. . .” (Martí V: 126). Además de don Benigno, otro personaje de la novela al que se hará referencia más adelante, y de la digna decisión final del sobrino, aparecen, bien que bastante desdibujados, algunos cubanos como los escribientes explotados en la oficina cuando Vicente Cuevas se convierte en empleado, y aquellos que dan buen fin de las sobras del banquete en el teatro Tacón, en una escena que sirve de parodia a la que antes había representado el conde de Coveo ante un nutrido grupo de rendidos aduladores.⁵¹ Otros

cubanos mezclados con peninsulares aparecen en la tumultuosa y apoteósica despedida del conde en el puerto de La Habana, como un coro que aplaude al que se va o tal vez porque se va. A esa gente, que representa la base del pueblo cubano, se refiere también Martí para atribuirle un valor que él sí supo ver. De ellos dice que no parece verdad que: “esos entes cómicos sobre los que flota la tragedia, sean tan desnudos de mérito como los pinta, calcándolos del natural, este libro, que deja una impresión semejante a la que ha de dejar una bofetada. Es un teatro de títeres; de títeres fúnebres” (Martí V: 127).

No obstante lo que se acaba de señalar, Martí parece aproximarse de alguna manera a la crítica de Rafael María Merchán (1844-1905) a la que haré referencia más adelante. Martí cree que el escritor debe dar un paso más allá del chiste, de la ironía y de la parodia, porque Cuba vive un momento clave para dejar de ser parte de la historia de otra nación y comenzar a escribir la suya propia. La nación cubana se está haciendo, está entrando en la consideración de los pueblos que la circundaban. Dice, ampliando el objetivo a todo el que coja la pluma para opinar, que:

Las épocas de construcción en que todos los hombres son pocos; las épocas amasadas con sangre y que pudieran volver a anegarse con ella, quieren algo más de la gente de honor que el chiste de corrillo y la literatura de café, empleo indigno de los talentos levantados. La gracia es de buena literatura; pero donde se vive sin decoro, hasta que se le conquiste, no tiene nadie el derecho de valerse de la gracia sino como arma para conquistarla. (Martí V:129)

Son frases lapidarias escritas en 1888 que llaman al compromiso serio de la literatura con el pueblo del que nace y al que ha de servir. *Mi tío el empleado* es una obra libre que no se define por ninguna de las opciones políticas que debatían sus ideas y proyectos en la Cuba de fin de siglo, pero contribuye a la formación de una opinión pública favorecida por una prensa independiente de la que apoyaba el oficialismo colonial. En este ambiente sitúa y valora el historiador José Antonio Piqueras la aparición de la obra de Meza.⁵²

La novela de Ramón Meza no es como la de López Bago, pues no tiene los rasgos naturalistas de explicaciones científicas a las reacciones de los personajes, ni hay en ella citas de términos médicos y de fisiología humana. Asimismo, tampoco existe una trama en que los personajes se debatan entre dos opciones, en pro y en contra de la separación de la colonia de su metrópoli. *Mi tío el empleado* es como una fábula aparentemente amable cargada de ironía y sarcasmo, en cuyo trasfondo se nota el brillo de la denuncia por el expolio sistemático de la Isla por parte de las autoridades coloniales. Meza ejerce de letrado subalterno que mimetiza al colonizador, al diagnosticar que la sociedad que tiene delante parece incapaz de liberarse del dominio de aquél. Se diría que frente a la fuerza imparable de prácticas inmorales sólo quedara como recurso la actitud sumisa y conformista de dejar para otro momento la utopía de una nación libre. Parece también que el rápido ascenso del empleado es un pretexto para residenciar en el advenedizo los males propios, sobre los que practica el exorcismo de someterle a variadas bufonadas para desacreditar a los nacidos en la metrópoli. El autor intenta conseguir la risa del lector constantemente mediante la caricaturización de Cuevas, continuando después

cuando este es conde a través de comentarios y burlas camufladas, como cuando dirige discursos a un auditorio que en público le adula y reverencia (Meza 154-156)

Otra diferencia entre los dos novelistas tiene que ver con el origen de cada uno y en la forma en que exponen sus ideas. López Bago, español republicano y patriota a su modo, presenta su tesis de que Cuba debe seguir unida a España porque es parte de la misma, y lo hace de forma directa, con palabras propias y las de sus personajes. Meza, criollo ilustrado y atento al momento que vive la nación cubana en formación, manifiesta de forma indirecta, a través de la ironía, la risa y el sarcasmo, el dolor que le proporciona ver su tierra esquilhada por advenedizos que no contribuyen a su desarrollo y se llevan de forma impune el fruto de sus latrocinios. Después de más de un siglo de la aparición de las dos obras, López Bago es poco conocido en su tierra y Meza, quizá por los avatares que han sucedido en Cuba y de sus esfuerzos por tener y ser reconocida como entidad nacional totalmente independiente, goza de un mayor reconocimiento entre los suyos.

Son varias las perspectivas desde las que ver la novela: como crítica del nepotismo y la corrupción administrativa, como análisis desde la ironía del ataque a la actuación colonial de España en Cuba, como recorrido de la transformación o metamorfosis del personaje principal, y como indagación de la postura personal del autor ante el panorama social que presenta del medio en que se desarrolla la acción. Hay entre ellos puntos de contacto e intersecciones que se muestran con claridad. Un aspecto que define al personaje es la sensación de insatisfacción y desasosiego que Vicente Cuevas nota en sí mismo, tanto en los momentos en que no es nada como en los de su triunfo.

Comienza ese sentimiento ante unas muestras de burla con un repetido *¡Ya, ya veremos; juro que seré algo!* y continúa con la variante *¡Empiezo a ser nombrado ya! ¡Esto va a la carrera!* al recibir el primer empleo; después viene el *¿y será posible que me envíen a Filipinas?* cuando cunde una alarma de trasiego al producirse un cambio ministerial con las consabidas cesantías; vuelve de nuevo el *¡Oh, juro que seré algo!* cuando está al comienzo de su cambio de fortuna, para caer en el repetido *¡Me falta algo!* al venirle el reconocimiento social; termina con el *¡Era ya algo!* cuando está a punto de casarse con una rica criolla con la que volverá a España (Meza 31, 52, 87, 152, 170 y 202).⁵³ Parece como si esta novela al presentar los estados de ánimo del protagonista reflejara sentimientos de búsqueda de la condición humana, en momentos de inestabilidad de una sociedad abocada al cambio. Pero existe el temor de que la meta alcanzada no sea más que un éxito falso, que pueda provocar una carcajada de burla, como la que el sobrino lanza al recibir la noticia de que su tío es todo un prohombre en La Habana investido de un título nobiliario.

A propósito de la transformación del personaje, si por metamorfosis se entiende un cambio en profundidad de la persona, una modificación en los elementos que configuran el sustrato esencial pero *amorfo* de la persona y que meced a una nueva *forma* se convierta en otro, en Vicente Cuevas no se produce una metamorfosis, si no es la de pasar de ser un inmigrante que busca hacerse un hueco en la colonia a echarse en brazos de la corrupción para hacerse rico, aunque esto suponga trabajar duro por poco tiempo, cuando ya está en la cumbre llegando a convertirse, solo por momentos, en un empleado modelo (Meza 244-45). El lector, sin embargo, sospecha que esa laboriosidad tiene la

explicación en su intento por cerrar sus últimas maniobras e impedir que sean descubiertos sus sucios manejos. Por ello, si por metamorfosis entendemos un simple cambio de forma que pueda dar la apariencia de que se ha sufrido una transformación, entonces se puede afirmar que el personaje parece otro porque se ha puesto un disfraz.

El momento del cambio esencial de honrado a corrupto se produce cuando su primo y protector, don Genaro, le insinúa que tendrá que ser deshonesto en su trabajo. A estas formas de actuar las llaman *buscas* que en Cuba son muy corrientes. A los pocos días de la advertencia se produce la escena definitiva entre Vicente y don Genaro. El sobrino transcribe el diálogo y presenta la conclusión:

[M]e parecía mejor se devolviera lo que sobraba del costo de la obra... que no deseo comprometerme . . . si eso se averiguara . . . - Con esos escrúpulos, desde ahora te digo que poco o ningún provecho sacarás . . . y sobre todo que estorbas, estorbas . . . - Mira primo, es preciso dejar la vergüenza en Cádiz . . . él asintió inclinando ligeramente la cabeza. . . . Este fue el verdadero instante en que quedamos definitivamente admitidos en la oficina y bajo la poderosa protección del excelentísimo e ilustrísimo señor don Genaro de los Dées. (Meza 78-79)

La referencia a dejar en Cádiz la vergüenza al embarcarse para Cuba, recuerda lo que escribía Blasco Ibáñez en 1895 a propósito de la política colonial española y de no pocos peninsulares que obtenían destino en Cuba cuando dice en *El pueblo* el 27 de septiembre de 1895: “. . . en el islote más inculto plantamos aduanas para que se enriquezcan los

vagos y arruinados que marchan a Ultramar a hacer fortuna, dejándose en España la conciencia, como equipaje embarazoso” (León Roca 82).⁵⁴

No es posible entender el valor literario de *Mi tío el empleado* sin examinar el contexto tanto de su producción como el de formulación del relato. *Mi tío el empleado* se publica en 1887 y refleja, si bien distorsionada, una realidad que su autor debió vivir muy de cerca. Conoce el mundo que le rodea y al enjuiciarlo lo hace desde la ironía, la parodia y la denuncia, que no son menos eficaces cuando se hace de manera oblicua que cuando se formula de forma abierta y directa. Ramón Meza sitúa los hechos que narra entre los años inmediatamente posteriores a la Paz de Zanjón (1878) y los casi simultáneos a la aparición de la novela (1887). De los nueve años que separan ambas fechas hay referencias en el texto: la primera parte del relato, que va desde la llegada de tío y sobrino a La Habana hasta que salen huyendo para Méjico, debe extenderse por uno o dos años; pasan otros seis allí sobreviviendo como pueden y, tras la vuelta a Cuba, se ve al protagonista rico, importante y en posesión de un título nobiliario; dos meses después consigue casarse con una rica criolla y se vuelve a España. En este mismo lapso de tiempo se ha abolido la esclavitud y ha transcurrido el periodo de adaptación que significó el Patronato.

Del extenso, complicado y complejo panorama de la vida en la colonia antillana, en sus variadas vertientes: diplomática, de política interior y de relaciones económicas y sociales, *Mi tío el empleado* sólo refleja las prácticas deshonestas dentro de la administración colonial. Es en la denuncia de la corrupción administrativa de la colonia donde se encuentra el mensaje que teje todo el discurso anticolonialista de la novela. El

texto apenas cita algunos casos concretos; el principal y germen de todos los demás es el del nepotismo, que en una administración poco regulada y sacudida frecuentemente por las cesantías debía ser habitual en el sistema de acceso a un puesto de trabajo de funcionario.⁵⁵ Tío y sobrino traen una carta de recomendación de un marqués de título tan irónico como el de Casa Vetusta, y, cuando Vicente Cuevas ya es conde de Coveo, a su vez recibe recomendaciones que le hacen exclamar: “Lo menos se me han presentado, desde seis meses acá, treinta sobrinos, yo ignoraba que la familia fuese tan larga. . . ¡Diantre, no hay tíos como los de América; les llegan sobrinos por carretadas!” (Meza 164). Al respecto, Merchán, en su libro *Cuba, justificación de su guerra de independencia* (Bogotá 1896), al hablar de la corrupción en la colonia, aporta el testimonio de otros escritores y políticos españoles, que señalan como habitual el que todo peninsular que obtiene un empleo en Cuba es porque tiene un poderoso padrino en la metrópoli cuya protección paga; esto lleva a que la justicia no actúe contra los administradores corruptos que no necesitan de más garantías para seguir delinquiendo. Se queja también de que los criollos tienen muchas dificultades para acceder a empleos que los españoles consiguen con facilidad y caracteriza a los cesantes y los nuevos empleados de nubes de langostas que se cruzan en el Atlántico (Merchán 109, 165).

Merchán, cubano exiliado muchos años en Colombia por sus actividades independentistas, dedicó su obra “a la memoria inmortal” de José Martí. Los dos primeros capítulos destacan la corrupción administrativa. Comienza diciendo que es tan importante y de gravedad tal lo que va a decir que no lo fía a sus palabras, sino que traerá las de otros como argumento de autoridad. En consecuencia, reproduce parte de la carta-memoria dirigida por el Capitán General de la Isla Manuel Salamanca Negrete (1838-

1890) al Ministro de Ultramar y leída en las Cortes por Francisco Romero Robledo (1838-1906), según el Diario de sesiones de enero de 1890. Quien hace la lectura es alguien nada sospechoso de favorecer el autonomismo y menos el independentismo cubano. La carta-memoria, hablando del desfaldo de las rentas cometido por empleados españoles, dice:

Es lo más escandaloso que verse puede, y realmente no es ni concebible el estado de este asunto: si se explica uno perfectamente que haya fraudes al ver la organizada impunidad, no se conciben con la existencia de un Tribunal de Cuentas, al que se manda copia de lo que se actúa, y de ese Ministerio, al que se hace lo mismo; y si alguien mostrase al país esto, crea usted sería un horrible espectáculo, capaz de producir un cataclismo.

(Merchán 11)

Poco después de enviado el informe por el general Salamanca, moría éste en La Habana. Merchán le tenía por hombre honrado que quiso reformar la administración, pero no pudo doblegar la resistencia de unas prácticas inmorales en la gestión de los asuntos y dineros públicos. Las palabras del general señalaban con toda claridad la connivencia para defraudar entre tramas organizadas y la inoperancia de los organismos encargados de velar por la moralidad de la acción administrativa.

En realidad, las referencias en la novela a la arbitrariedad, a los desmanes y chanchullos aparecen por doquier, como lo es atribuir al jefe competencias expresamente prohibidas por las normas y hacer valer los contactos con Madrid para conseguir sacar

adelante los asuntos sin que importe lo que la prensa pueda decir, pues con no hacerle caso las cosas seguirán adelante. Uno de los medios que permiten que la corrupción no se pare, es la de generar una red de clientes compuesta de personas fieles y agradecidas, como la que teje Vicente Cuevas a su vuelta de México, a las que podía exigir una obediencia rayana a la obsequiosa fidelidad del criado que en todo depende de su señor. El clientelismo no se limitaba a subalternos, se ampliaba a las fuerzas vivas de la sociedad, representadas por personajes influyentes cada uno en su esfera de poder. A su mesa se sentaban desde eclesiásticos de cierto nivel hasta representantes de la milicia, el comercio, la judicatura y el periodismo (Meza 251). Por eso su despedida de Cuba fue apoteósica; allí estaban los buenos patriotas de La Habana.

La falta de laboriosidad y responsabilidad en las oficinas junto con el absentismo parecen recogidos en la novela con la mayor naturalidad. En los primeros meses después de incorporarse al trabajo, tío y sobrino se van familiarizando con sus tareas. El último relata entre sus experiencias laborales la de que los encargados o se pasaban el tiempo hablando o no iban al trabajo y tenía él que dar el trámite de los documentos (Meza 82-83). Una vez que el tío se plegó a las prácticas de don Genaro, aprendió pronto a malversar y a incrementar fraudulentamente los costos de operaciones y gastos, por el sencillo método de sumar dos más dos igual a cinco, más otros cinco son trece y tres más llegan a diecisiete; por eso el sobrino concluye que su tío no tenía que hacer otra cosa que este fraude, del que don Genaro se llevaba el beneficio. Forma tan útil de proceder a favor del protector tuvo como resultado el nombramiento para un empleo bien remunerado en favor del protegido.

Conductas como las señaladas, en medio de un ambiente de corrupción y picaresca que parece generalizada, llevan al autor a repetir en siete ocasiones en la primera parte de la obra, como si de un *leitmotiv* se tratara, la frase de *país de pillos*, referido al mundo en que se mueven sus personajes. La primera vez que aparece es en boca de don Genaro que, al ver bien trajeado a su primo sin que hubiera recibido antes ningún sueldo, piensa que el cambio se debe a una fuente de ingresos que él desconoce. Repite seguidamente la frase el sobrino refiriéndose a los dos primos; el narrador insiste en ella ante las maniobras de don Genaro para que no les afecte el trasiego y recapitula con ella esto mismo ante las protestas de ciudadanos indignados por la inutilidad de sus reclamaciones y las denuncias de la prensa. La muletilla va espunteando otros momentos de la narración para ser repetida por séptima vez cuando tío y sobrino huyen de Cuba perseguidos por la justicia, como si a su vuelta se fueran a encontrar una sociedad distinta.

Tanto las fuentes españolas como las cubanas que criticaron el sistema de administración colonial, reconocieron en su momento la gravedad del problema; la corrupción llegó a sus más altas cotas durante la Guerra de los Diez Años, pero continuó después e incluso permaneció en Cuba una vez que la colonia rompió con la metrópoli. *Mi tío el empleado*, como se ha señalado anteriormente, se sitúa en medio del periodo que va desde el final de aquella hasta el comienzo de la ruptura. Además de las causas habituales en todo proceso colonial, en el caso cubano se dan otras específicas. Los voluntarios⁵⁶ y funcionarios españolistas se creían con el derecho a una mayor retribución, por haber contribuido al mantenimiento de la integridad nacional española

frente al separatismo. De ahí que el gobierno de Madrid estableció una amplia tolerancia ante prácticas corruptas con el fin de fomentar la fidelidad a España. A ello se unía que durante el conflicto había menos margen para atender a mejores salarios a los empleados. Una fuente de desvío de fondos fue la gestión de los bienes embargados a los sospechosos o reales simpatizantes, colaboradores o militantes de la insurrección. Las cuentas de los bienes embargados y el destino que se les daba permanecían en muchas ocasiones sin formalizar a pesar de las pesquisas e indagaciones oficiales. Un trabajo sobre corrupción y burocracia en Cuba afirma que tanto autores procedentes de la Península como criollos criticaron con dureza el abuso y la corrupción en el modo de ejecutar los embargos y sobre todo su administración y, en su caso, la devolución de los bienes (Quiroz 94). La tramitación de la libertad de los emancipados y sus implicaciones económicas fue también un espacio donde igualmente campó a sus anchas la consecución de dinero ilícito.⁵⁷

Terminada la contienda del 68 al 78, la corrupción en los suministros del ejército disminuyó pero no desapareció debido a las nuevas exigencias de aprovisionamiento general durante los dos años de la Guerra Chiquita (1879-1880) y, en particular, para el mantenimiento de las tropas que permanecieron en la Isla. En la novela, el ya conde de Coveo mantiene una sustanciosa entrevista con su secretario, el que fuera su maestro de niño en España, sobre diversos negocios, soborno a la prensa, avituallamiento de soldados y gestión de multas. Se produce en estos términos:

¿Y la gratificación al periodista? – Se conformó con la mitad. ... ¡no decía yo!. -¿Y el pagaré de los garbanzos? –Ya convencí al coronel que era cuenta

nuestra; si estaban o no llenos de bichos, la tropa los ha comido... y no ha reclamado. -¿Y lo del expediente sobre aquella multa? –Quedó redondeado ya; nuestra parte, como denunciadores, vendrá a ser como diez mil y pico duros. (Meza 241)

El novelista trata con fidelidad el medio en que se desenvuelven los personajes de la obra, por ello su ficción cumple a la perfección el objetivo de pintar la corrupción administrativa.⁵⁸

Lo que en forma de ficción relata Meza otros lo ponen en forma directa de ensayo, como el periodista español Francisco Moreno (1852-1917) con su libro *El país del chocolate (La inmoralidad en Cuba)*, publicado el mismo año que *Mi tío el empleado*, en el que hace un repaso de las más variadas formas de prácticas ilícitas dentro de la administración colonial, desde el tráfico de avales para puestos oficiales hasta el fraude al fisco en las aduanas, desde la emisión de préstamos a instituciones públicas como cárceles y municipios hasta la misma gestión en obras de caridad (Quiroz 105-106). Esta lamentable situación sólo se podía dar si en las más altas esferas del gobierno no faltaran personajes dispuestos a participar en un mismo contubernio, entre poderosos intereses financieros y empresariales. Tanto Vicente Cuevas como su protector aluden en varias ocasiones a contactos e influencias con funcionarios y políticos del Ministerio de Ultramar.

Dentro de la crítica a los funcionarios españoles en Cuba en la literatura peninsular cabe destacar el personaje Aguado de las novelas de Benito Pérez Galdós, *La*

incógnita y Realidad, quien es un funcionario cesante que crítica los chanchullos de la administración de Ultramar y dice querer regresar para corregirlos, cuando se advierte que, en realidad, lo que desea es recuperar su puesto en Cuba para seguir aprovechándose de la situación colonial. A propósito de lo expuesto, resulta interesante cómo Manuel, el sobrino, describe con gracia y color la manera concreta de conducirse en la ultimación de acuerdos para delinquir su tío y los que trataban con él de concretar rapiñas y robos:

Tan sólo me era dado ver que unos y otros sonreían, disputaban, movían arriba y abajo, y a un lado y a otro la cabeza, que había frecuentes manoseo de hombros, espaldarazos, estrecheces de manos, uniones de boca con oreja, de narices con narices, risotadas de alegría, puñadas de impaciencia, y al fin, cuando se despedían de mi tío los que venían al despacho, éste les aseguraba: -Sí, sí; corre todo de mi cuenta, pierda usted cuidado: dentro de un par de días es asunto concluido. (Meza 105)

En la novela hay aquí y allá referencias al momento político de los últimos años ochenta, como los cambios en ministerios en Madrid y sus consiguientes repercusiones en Cuba, con las cesantías de los empleados y la poca seguridad que una inestabilidad política proporcionaba; así cualquier sospecha interesada o simple asomo de la misma hacía que muchos se fueran de Cuba. Es de manifestar que la corrupción en sus distintas manifestaciones no terminó al llegar la independencia, sino que continuó, no sólo porque permanecieran en la Isla peninsulares que se enriquecieron durante la guerra, sino porque integristas e independentistas se aprovecharon del cambio, e incluso hubo militares

mambises que exigieron recompensas, como antes lo habían hecho los llamados “voluntarios”.

Las líneas que siguen pretenden ahondar en la contraposición de lo que significa el éxito del protagonista y la continuada frustración de un criollo ilustrado como Ramón Meza. El personaje, conseguido su propósito, abandona Cuba para dejar espacio a otros bribones que, arribando al puerto de La Habana, perpetúen una corrupción que siga apuntalando la necesidad de que desaparezca el sistema colonial en la Isla. Meza no tiene en *Mi tío el empleado* un discurso anticolonial explícito, directo y desarrollado. Hay que leerlo entre líneas y, sobre todo, detrás de la actuación de unos personajes presentados en forma de caricatura, porque los trazos gruesos del mundo que aparece en sus páginas están señalando la podredumbre que envuelve un medio social que ha ido conformando el colonialismo. Aquí está su crítica, aunque algunos no la vieron como le sucedió a Merchán que, desde su posición independentista, quería ver en los textos de Meza una clara condena del colonialismo español, una presentación entusiasta y una defensa cerrada de lo cubano, que lo mostraran acreedor de un reconocimiento de su derecho a ser aceptada su existencia como pueblo soberano. No me ha sido posible acceder al texto en que Merchán enjuicia la obra citada, por eso tomo sus palabras del artículo de Reynaldo González *Ramón Meza. La ironía incomprendida*. Merchán criticaba desde Bogotá a su paisano cubano de:

[N]o tomar de la sociedad sino los tipos más imperfectos, exhibirlos a toda luz y convertir la novela en un museo de fealdad. . . . En las condiciones peculiares de Cuba, y una vez admitida sin discusión la teoría realista, las

dos novelas de usted me parecen literalmente buenas pero socialmente peligrosas. Pues no ve usted que los extranjeros que lo lean pensarán que los españoles se propusieron degradar la sociedad cubana y que lo han conseguido. En sus libros consta el apocamiento colonial, pero no nuestra reacción; el miasma de los dominadores, pero no nuestros esfuerzos por elevarnos a atmósfera más pura. Los españoles mismos dirán: he ahí cómo son los cubanos, esa gente merece el destino que les hemos dado.

(Reynaldo 8)

Quizá sea excesiva la crítica de Merchán, porque una lectura atenta de la obra muestra el carácter deformador de las estructuras coloniales, que tienen como resultado propiciar una sociedad desequilibrada y proclive a que en su seno se den oportunidades a los arribistas sin escrúpulos, que se aprovechen de la desestructuración de las relaciones económicas, de convivencia y de servicio público. Se hacen patentes las estructuras paralizantes del poder colonial que impiden el desarrollo de las libertades ciudadanas y los intereses de la sociedad criolla. Martí, en el artículo citado anteriormente, apoya de alguna manera esta interpretación cuando califica como notable la habilidad con que Meza maneja la sátira haciéndola aparecer con el ropaje del chiste (Martí 129).⁵⁹ El novelista utiliza la simulación y el camuflaje para presentar su rechazo a la política colonial; se trata de una denuncia clandestina para canalizar un mensaje anticolonial en soporte de novela. Se percibe en ella un tono moralizante y pedagógico, con el que contribuye a ir creando un ambiente propicio a la aparición de una sociedad alejada de las prácticas indeseables al amparo de un régimen colonial. Se trata de una contribución a la

creación de un discurso nacional, que las mentes más despiertas de intelectuales y activistas veían como necesario, para adelantar un futuro que estaba tardando demasiado por hacerse presente.

Apenas se da voz a los colonizados, sólo la tienen los que en aquel momento actúan como colonizadores. El sobrino la tiene mientras es colonizador, pero cuando cambia de actitud sólo se le permite la carcajada. No la tiene don Benigno, al que solo se le atribuye una imagen evanescente y fantasmal. De pasada se les da a los colonizados criollos, pero estos no se plantean la situación colonial como problema. Sin embargo, la lectura de la obra de Meza descubre en ella una expresión de resistencia cultural, envuelta en un relato de anécdota costumbrista sobre un entramado de corrupción administrativa, en el que contrasta la decencia que representa don Benigno. La resistencia cultural, a que el intelectual Meza da vía libre con su novela, es producto de la mimetización a que se ha sometido al haber asimilado el lenguaje y la expresión literaria del colono, pero esta apropiación colonial no impide, sino que exige como respuesta necesaria la utilización de la parodia como medio de respuesta y de rechazo. Por eso el relato se convierte en un elemento perturbador de la quietud y armonía que el hecho y el desarrollo del acto colonial quisiera ver implantadas. Por muy adaptado que se quisiera ver al novelista con el statu quo colonial del momento, no deja de percibirse en él lo que Bhabha señala al decir que: “La ambivalencia de la autoridad colonial va una y otra vez del *mimetismo* (una diferencia que es casi nada pero no exactamente) a la *amenaza* (una diferencia que es casi total pero no exactamente)” (118). El criollo Meza está mimetizado con la cultura y los valores de la metrópoli pero no del todo, lo que le permite expresarse con un

instrumento que es del colono, para esgrimir una amenaza de forma sutil y al tiempo agradable, sin que ofrezca motivos suficientes para la censura. Es un ejemplo de la ambivalencia que se produce en la mimetización del colonizado con la autoridad colonial.

Dos personajes de la novela dan soporte a lo que se acaba de afirmar. Son don Benigno, el empleado modélico, cubano de Matanzas, y Manuel, el sobrino peninsular que se integra en la nueva sociedad que se va abriendo paso en Cuba. Don Benigno aparece siete veces en el texto; la primera encarnando al probo, laborioso y responsable empleado que con su trabajo dignifica la profesión. En las demás es parte de esa procesión de fantasmas lívidos y deshuesados de los que habla Martí. El honrado don Benigno, con treinta años al frente de una unidad administrativa, es el modelo de empleado que Meza quiere para la Cuba que sueña, después de que los impedimentos coloniales sean barridos y den paso a una nueva sociedad. Pero ese funcionario estorbaba a los proyectos inconfesables de don Genaro que, valiéndose de sus influencias, consigue su cese y pone en su puesto al primo con el que hace tándem para sus actividades corruptas. Las cinco restantes apariciones del ya cesado son como presencias fantasmales que, desde su levedad, producen un fuerte impacto en el lector y el propio conde de Coveo, por la fuerza de su significado y la acusación del estado de cosas que personifica este. En la primera recoge sobras del pantagruélico banquete que el nuevo prohombre se permite dar en el teatro Tacón; es el contrapunto, el reverso del arribista que le quitó el trabajo. En las siguientes es la silueta de un hombre andrajoso, tendiendo la mano en demanda de una limosna al nuevo rico y oscureciendo la brillantez de cuanto le rodea. Por cuarta vez se encuentran los dos cuando el conde embarca para la Península y el

anciano don Benigno le pide una limosna. Al recibirla, “tambaleándose, dio algunos pasos, se paró en el mismo borde del muelle, alzó la mano y la gran moneda de oro, que le había dado el conde, dio dos o tres rápidas vueltas en el aire y se sepultó en las verdes aguas del puerto” (Meza 274). La última aparición en la novela se produce con la información que proporciona una cédula identificativa sobre su edad de ochenta años, su origen de Matanzas y la profesión de empleado cesante.

La moneda hundida en las aguas, símbolo de la derrota de un poder amasado en la ilegalidad, la corrupción y el atropello, encuentra su paralelo en la decencia del sobrino, que no acepta seguir siendo un engranaje más de un sistema que repudia. Ha visto cómo se corrompe el noble servicio del empleo público. Cuando se entera de que su tío ya es conde, no tiene otra reacción que la carcajada que supera a la ironía, la sátira y el sarcasmo, pues tiene en este caso un mayor valor simbólico por cuanto significa de conocimiento de la mentira, la doblez y el cinismo que practicaba su tío para llegar a donde llegó. Los dos personajes, don Benigno y el sobrino, se nos muestran, pues, como exponentes de una lucha soterrada contra la realidad colonial cubana. Son dos resistentes; uno con su denuncia doliente, pero vigorosa, de los desmanes que cobija en su seno el poder imperial, y el otro con su rechazo a participar en el engranaje que lo sustenta; rechazo y carcajada van de la mano, pues la negación al apoyo se completa con la esperanza fundada en el final del poder colonial; de éste espera su término riéndose ante las extravagancias que genera, al hacer de un inmigrante de escasa formación un personaje importante y poderoso. *Mi tío el empleado* está en la línea de oposición y

resistencia al statu quo colonial bajo un ropaje literario aparentemente inocuo. Al respecto, dice Edward Said que:

At its best, the culture of opposition and resistance suggest a theoretical alternative and a practical method for reconceiving human experience in non-imperialist terms. . . The ideological and cultural war against imperialism occurs in the form of resistance in the colonies, and, later, . . . in the form of opposition or dissent in the metropolis. The first phase of this dynamic produces nationalist independence movements, the second, later, and more acute phase produces liberation struggles.(276)

No ocurre esto último exactamente así en el caso cubano, en el que van juntos el movimiento nacionalista y la lucha por la liberación, y más retrasada aparece la resistencia al colonialismo en la metrópoli, como se ha señalado en los casos de Pi y Margall y Blasco Ibáñez. Es, sin embargo, de aplicación a la cuestión cubana la posibilidad de interpretar la experiencia humana en términos no imperialistas, desde la cultura de la oposición y de la resistencia. Los casos de don Benigno y de Manuel, el sobrino, ilustran cómo se puede establecer un acercamiento que vaya desde la superación de la diferencia entre las personas hasta la ausencia de estructuras de desigualdad.

Aproximarse a una obra como *Mi tío el empleado*, que presenta en su literalidad inmediata la peripecia sencilla y al parecer intrascendente de un emigrante que hace fortuna en un *país de pillos*, puede ser simplemente un pasatiempo agradable merced a la maestría del autor en presentar un personaje de escasa talla moral, en un ambiente abierto a quien con astucia sea capaz de manejar unas circunstancias propicias. Existen, sin

embargo, otros dos niveles de aproximación a un texto literario que, en palabras de Frederic Jameson (1934-) podemos hacer nuestras. Dice el crítico norteamericano que:

En el terreno de la cultura, . . . nos enfrentamos a una elección entre el estudio de la naturaleza de las estructuras objetivas de un texto cultural dado (la historicidad de sus formas y su contenido, el momento histórico de emergencia de sus posibilidades lingüísticas, la función situacionalmente específica de su estética), y algo bastante diferente que pondría en cambio en primer plano las categorías interpretativas o códigos a través de los cuales leemos y recibimos el texto en cuestión. . . . Los textos llegan ante nosotros como lo siempre-ya-leído, o bien . . . a través de los hábitos de lectura y las categorías sedimentadas que han desarrollado esas imperativas tradiciones heredadas. (Jameson 11)

Comento a continuación las dos líneas de estudio señaladas, poniendo de relieve también elementos que articulan lo que en expresión del mismo Jameson es el *inconsciente político*, que opera como sustrato en la novela de Meza.

En nuestro caso ese inconsciente político actúa en el relato como un campo de ideas, sensaciones y supuestos dados que presionan desde la profundidad de su naturaleza de conceptos aceptados sin discusión instalándose en el decurso del relato aparentemente sin ser notados. Una lectura más detenida los hace aflorar a la conciencia como discursos antagónicos. Muestra de ellos son las reacciones de personajes como el primo de Cuevas que le procura un puesto de funcionario, y la buena práctica administrativa del empleado honesto que es don Benigno que, intermitentemente, aparece como denuncia silenciosa

de los manejos y actuaciones fraudulentas de los demás. El inconsciente político está en la base de una lectura total, que ha de estar abierta a los mensajes implícitos y explícitos del autor. Porque el texto refleja un contexto que lo explica y le da una nueva dimensión, pues la realidad que se cuenta en la ficción es como un pre-texto que señala otra realidad más oculta, que puede tener posibilidades de imponerse en la historia o ser simplemente utópica. La narración que Meza presenta en su novela utiliza símbolos, que conducen en sus significados a interpretaciones que han de ser resaltadas para la completa comprensión de su pensamiento y su intención. Nos podemos preguntar si el propósito del autor es que el lector busque una alternativa a lo que él manifiesta en su narración, o si es que simplemente hay que terminar sumándose al pesimismo y desesperanza que rezuma el final del texto, ante la segura repetición de llegada de personajes como el que despiden.

Siguiendo con la idea que acaba de exponerse, *Mi tío el empleado* puede tomarse también como el reverso de la historia que narra, consistente en que en la misma se puede rastrear una defensa de un proyecto nacional, en el que la moral ciudadana sea la base de la construcción de un espacio de convivencia libre y responsable. Esto no era fácil cuando Cuba seguía viviendo bajo la tutela española, que impedía la realización del sueño independentista. Para hacer que su idea cale y convenza a los lectores, se vale de toda clase de recursos literarios como la ironía, la sátira, el sarcasmo y los mensajes cifrados, que se desprenden de los pequeños sucesos que ocurren alrededor del aprendizaje de fraudes del nuevo empleado, y del despliegue de poder y representación del que ha devenido en conde de Coveo partiendo de ser un desharrapado inmigrante.

Jameson, siguiendo el pensamiento marxista en la interpretación de la historia colectiva de la humanidad, ve la lucha de clases como su tema fundamental, consistente en la pugna colectiva por arrancar un reino de la Libertad al reino de la Necesidad, y cita la conocida frase del *Manifiesto comunista* de Karl Marx (1818-1883) y Friedrich Engels (1820-1895): “La historia de todas las sociedades que han existido hasta ahora es la historia de las luchas de clase”, y continúa comentando: “En el rastro de las huellas de ese relato ininterrumpido, en la restauración de la superficie del texto de la realidad reprimida y enterrada de esa historia fundamental, es donde la doctrina de un inconsciente político encuentra su función y su necesidad” (Jameson 17). Ramón Meza, a través del repetitivo, agobiante y único episodio de la corrupción y del medro personal del empleado en que sumerge al lector, no hace nada más que provocar el nacimiento de una reacción que, en un nivel colectivo, lleve al pueblo cubano a su liberación. Se trata del pequeño capítulo que espera que los cubanos protagonicen en esa gran marcha colectiva desde el reino de la necesidad al de la libertad. Hasta ahora han estado dominados por el colonialismo español, que se ha impuesto con la fuerza ineludible de la necesidad, pero que al paso de una década se abrirá camino un nuevo estadio, el de la libertad.

La estatua del dios Neptuno asiste muda a la escalada social del inmigrante en la segunda parte de la novela. Es testigo, al parecer complacido, de su búsqueda de una novia a la altura de su posición, mira con sus ojos de pupilas marmóreas las maquinaciones del conde con su secretario y sus progresos para conseguir la aceptación de la rica criolla, contempla la salida del buque que los lleva ya esposos rumbo a España

y la penosa visión de la camilla con el cadáver de don Benigno. Por último, repara en el panorama que queda a la marcha del conde de Coveo: “Y el dios Neptuno, con la mano en la cadera, apoyada la otra en el tridente, frío, incommovible, . . . contempla desde su alto pedestal de piedra cómo se iban corriendo las puertas y ventanas de la cárcel y cómo continuaba libre y abierta la entrada del puerto para tanto bribón que cruzaba por ella.” (Meza 279). El dios asiste mudo y quieto a un episodio más de las tropelías que un colonialismo trasnochado estaba dispuesto a perpetuar. Esta figura, de no ser el dios de mármol, debería haberse cambiado por el Neptuno que Virgilio (70-19 a.C.) pinta en La Eneida, cuando se dirige airado a los vientos, que levantaban olas en un mar embravecido, con el conocido *Quos ego*. . . , para favorecer, en este caso, la travesía de inmigrantes que fueran a trabajar como Eneas en la construcción de una sociedad próspera, y no esa legión de bribones que iban a medrar en ella, apoyados en las malas artes de un colonialismo como el que Ramón Meza condena en *Mi tío el empleado*.⁶⁰

Capítulo IV

4.1. Eugenio María de Hostos: La Peregrinación de un patriota.

El eje del discurso anticolonial de Hostos a propósito de la crisis cubana y de las otras dos Antillas mayores, Santo Domingo y Puerto Rico, va a ser visto desde su obra de primera juventud *La peregrinación de Bayoán*, editada por primera vez en España en 1863 y reeditada en Santiago de Chile en 1873. Otras obras suyas, *La cuna de América*, incluida en el volumen X de sus Obras completas, y *Temas cubanos*, en el IX de la misma publicación, añadirán, ampliarán y precisarán el pensamiento que se encuentra en la primera. Estas últimas contienen ensayos, cartas y artículos de prensa escritos en distintos momentos; en ellas he estudiado las aportaciones consideradas como relevantes al discurso anticolonial que el escritor Eugenio María de Hostos y Bonilla (1839-1902) presenta a los 24 años en *La peregrinación de Bayoán*. Se trata de una obra juvenil que contiene en embrión lo que en su actividad periodística, docente y política desarrollará posteriormente. La obra fue prohibida en España y se retiraron numerosos ejemplares de los que llegaron a América; el autor lo reeditó en Chile con el único ejemplar que había llegado a este país, según afirma él mismo en el prólogo a esta segunda edición. Pasaron años sin que se le prestara suficiente atención hasta que en 1939, con ocasión del primer centenario del nacimiento del autor, se publicaron sus obras completas en Puerto Rico. Desde entonces, este texto ha sido objeto de interés de analistas y estudiosos de la literatura caribeña. *La peregrinación de Bayoán* es una aproximación al conflicto caribeño en un proceso de imaginar una nueva nación concebida más bien como una confederación, la de todas las Antillas. Se trata de una verdadera alegoría de las grandes pasiones de Hostos: la justicia y la libertad de aquella parte de América que todavía se

hallaba sometida al colonialismo. La obra ha sido caracterizada como novela-diario, pues presenta características de los dos géneros. Es novela de trama sencilla, de poca acción y con toques de costumbrismo, romanticismo y reflexiones personales que ponen de manifiesto la psicología del autor. Todos ellos están oscurecidos por el hecho de tratarse también de un diario. De hecho, el texto no puede desligarse de otros escritos de Hostos como son su *Diario* y su *Memoria*. La misma estructura del texto presenta unas divisiones no por capítulos sino por fechas, e incluso de momentos de mañana, tarde o noche; en ellos se exponen las confidencias del estado de ánimo del autor de un diario. El escritor se mueve con soltura en el espacio poético; sus luchas interiores van desde la vacilación al sufrimiento, para concluir en resoluciones y tomas de decisión.

El escritor puertorriqueño Luis Felipe Díaz (1950-) resume de la siguiente forma la obra de su paisano en los párrafos octavo y noveno de su publicación en Internet *(Post)modernidad puertorriqueña*; se trata de una novela:

en forma de diario intimista en que una voz poética, sutil, a veces, y atormentada (romántica), en otras ocasiones, nos cuenta inicialmente su viaje por las Antillas (como un Cristóbal Colón sorprendido frente a su propio e inesperado espejo) y deja saber su malestar ante el panorama socio-cultural que ve (el cual revela una visión anti-colonial de la historia). Tal parece que el viaje (el peregrinar) es más interno, de su consciencia, que externo. Pero tras las muchas reflexiones (y de mostrar la deplorable situación ideológica de varios lugares caribeños) se encuentra en Cuba con la hermosa Marién (antes se nos deja saber que Guarionex representa la

República Dominicana). Se enamora a primera vista de Marién (el mar, como símbolo, y Cuba, la Antilla valiosa ypreciada por los poetas de la época), e ingresa en un severo conflicto moral y del Eros muy interno e intenso. De responder a su enamoramiento se vería obligado a crear una familia e ingresar en una especie de egoísmo que lo alejaría del ideal de liberar las Antillas y unirse al proyecto americanista de una emancipación cada vez de mayores demandas. Luego nos relata cómo Marién se enferma y se ve obligado a llevarla a España en búsqueda de la ciencia que podría curarla. . . . En la travesía hacia España continúa con grandes dudas e incertidumbres, bajo el sufrimiento de ver a su amada desfallecer y de advertir también que un anciano bolivariano regresa de América, derrotado, con antiguas aspiraciones de redención, parecidas a las de él. . . . Tal parece ser un revolucionario de una de las Repúblicas vencedoras, que luego se ven sorprendidas por oligarcas traidores y oportunistas nada interesados en los derechos humanos que guiaron la revolución (como en verdad ocurrió en Latinoamérica). Bayoán llega a España en busca de “El Árbol de la Ciencia”, mas, aún así con toda la modernidad médica, Marién muere. Pero antes y a finales de la obra el lector se topa con un nuevo editor que obtiene el diario de Bayoán mismo, y quien posee y edita el texto que hemos leído. Nos enteramos finalmente que Bayoán se embarca luego a América persiguiendo su ideal, pero ya con una gran desilusión y sufrimiento.

La novela tiene dos prólogos, el de 1863 y el de 1873. En el primero dice, en una expresiva concatenación de estados de ánimo, que: “Este libro, más que libro, es un deseo; más que un deseo, una intención; más que una intención es sed. Sed de justicia y de verdad” (Hostos, *La Peregrinación* 27). En el segundo prólogo el autor, que ha hecho un recorrido de varios años por países americanos que le ha dejado huellas profundas, confiesa que ha sufrido numerosas derrotas en su vida, pero de ellas ha surgido una personalidad cuyo rasgo fundamental era la de un compromiso irrenunciable con lo que entendía era su deber (Hostos, *La Peregrinación* 5). El deber que se impuso fue la denuncia del colonialismo español en su isla y en todo el Caribe; ha pasado de reivindicar unos derechos a exigir abiertamente la independencia. El libro es una alegoría de toda su vida en pro de ese gran objetivo. En él están esbozados y en ocasiones desarrollados los empeños de ese hombre de acción que fue Hostos.⁶¹

Entre 1863 y 1873 (entre los dos prólogos), está el discurso que pronunció el 20 de diciembre de 1868 en el Ateneo de Madrid.⁶² *La Gloriosa*, la revolución del 68, estaba en marcha en España y con el grito de Yara (10 de octubre de 1868) acababa de iniciarse la Guerra de los Diez Años en Cuba. Desde el comienzo de su alocución, recogida en la edición de sus obras completas recopiladas por su hijo Eugenio Carlos, aparece con toda claridad su discurso anticolonial y una vocación federalista que relacionaría España y la Antillas:

Yo soy americano: yo tengo la honra de ser puertorriqueño y tengo que ser federalista. Colono, producto del despotismo colonial, cohibido por él en mis afectos, en mis pensamientos, en mis actos, me vengué de él

imaginando una forma definitiva de libertad y concebí una confederación de ideas, ya que me era imposible una confederación política. Porque soy americano, porque soy colono, porque soy puertorriqueño, por eso soy federalista. Desde mi isla veo a Santo Domingo, veo a Cuba, veo a Jamaica, y pienso en la confederación: miro hacia el norte y palpo la confederación, recorro el semicírculo de islas que ligan y «federan» geográficamente a Puerto Rico con la América latina, y me profetizo una confederación providencial El lazo de libertad que aun puede unir a las Antillas con España, es el lazo federal; el modo de realizar la independencia dentro de la dependencia, la federación. (I: 77-104)

En este momento Hostos, con 29 años, todavía soñaba con un status de Cuba y el resto de la Antillas dentro de una federación española en que hubiera desaparecido la relación colonial, en el que Cuba y Puerto Rico fueran estados componentes de la nación española, al mismo nivel que los otros territorios de la Península, tal y como dijimos al referirnos a Pi y Margall y al artículo primero de la *non nata* Constitución federal de 1873. El abandono por parte de España de este proyecto y el cambio de postura de los amigos republicanos de Hostos, le hicieron evolucionar hacia un independentismo claro y un mayor rechazo del colonialismo español.⁶³

El prólogo de la edición de 1873 de *La peregrinación de Bayoán* nos muestra un Hostos más maduro, que releendo su novela repite cuál es la finalidad de la peregrinación:

Un viaje a mi patria me la presentó dominada, y maldije al dominador. Otro viaje posterior me la presentó tiranizada, y sentí el deseo imperativo de combatir al tirano de mi patria España, tiranizadora de Puerto Rico y Cuba, estaba también tiranizada. Si la metrópoli se liberaba de sus déspotas ¿no libertaría de su despotismo a las Antillas? Trabajar en España por la libertad ¿no era trabajar por la libertad de las Antillas? Y si la libertad no es más que la práctica de la razón y la razón es un instrumento, y nada más, de la verdad ¿no era trabajar por la libertad el emplear la razón para decir a España la verdad?. (7)

Esta es la misión que se impone Bayoán: convertirse en juez de la nación colonizadora para decirle qué es lo que desean la Antillas: si había derechos para ellas, entonces estarían con España y contra ella si continuaba el estado de dominio. Hostos, diez años después de escribir la novela, cuando la mayoría de los ejemplares habían desaparecido, logra encontrar uno en Chile que le permite reeditarla, dice tenerla en gran aprecio, a pesar de haberla publicado cuando era doblemente niño, niño por los años y niño por los pensamientos idealistas y esperanzados que había puesto en que el cambio de régimen en la Península, acabaría con el colonialismo en las llamadas posesiones de ultramar. De la novela llega a decir que el haberle ocasionado problemas, le llevó a apreciarla y a tenerla en gran estima entre sus trabajos literarios (*La Peregrinación* 6).

La peregrinación de Bayoán es obra con un fin político claro por más que su apariencia sea de diario y abunden en él descripciones del estado de ánimo del autor, acompañadas de reflexiones morales y soliloquios de sus introspecciones. Presenta un

héroe con ropajes románticos que se lanza a una aventura como un nuevo Byron que sacrifica todo por la libertad de un país, el suyo en el caso de Hostos y Grecia por lo que se refiere al poeta inglés.⁶⁴ Se dice nuevamente en el prólogo del 73: “imaginé un plan en el cual estuvieran de tal modo ligadas entre sí las ideas que deseaba exponer, que el fin literario de la obra contribuyera a su objeto político y social; y que éste, presentado como objeto secundario, resplandeciera tanto más claramente cuanto más absorbido pareciera por el fin literario de la obra” (*La Peregrinación* 12). Al fin político-social contribuye el paratexto que el autor titula como *Clave*; se trata de una breve explicación de los nombres indígenas de los personajes que aparecen en la obra, en especial los de Guarionex, Bayoán y Marién. La reunión de los tres en una misma familia representa la unión de las tres grandes Antillas: Santo Domingo, Puerto Rico y Cuba. El primer personaje representa a toda La Española que descubrió Colón aunque Hostos parece referirse solo a una parte, a la identificada después como República Dominicana; Bayoán, al primer indígena de Puerto Rico que dudó de la inmortalidad de los conquistadores, y Marién recuerda a la región de El Mariel, la comarca más hermosa de Cuba. A los lectores contemporáneos, la novela, a pesar del propósito político-social confesado, puede parecerles que no presenta una clara postura abolicionista respecto de la esclavitud. No hay ninguna censura, cuando Bayoán visita con su futuro suegro Guarionex la hacienda de éste (p. 72 y 74), a pesar de que el texto es de 1863 y la esclavitud no queda abolida oficialmente hasta 1878. El tibio anti-esclavismo que puede deducirse de esas páginas queda compensado con la admiración que le produce la existencia de una pequeña nación de color como es Haití, que ha conseguido la libertad trasformando las cadenas en armas para forjar una nación (*La Peregrinación* 47).

La hipotética condena del esclavismo viene envuelta en la que más le interesa al joven Hostos: la del colonialismo español. Se sirve de una parábola en que un hacendado defiende la posesión de sus esclavos incluso de forma violenta y advierte que el látigo volvería a ser quien dicte su conducta. Se pregunta Bayoán en sus reflexiones si el hacendado es cruel, y se responde que es ciego porque es cruel y cruel porque es ciego. En nota, el autor de la segunda edición, se explica:

Esta parábola, en la cual, bajo la forma de un dueño de esclavos, se presenta y se condena a España colonia, fue tan mal interpretada por algunos puertorriqueños . . . como bien comprendida por los españoles, para quienes era una *detestable* defensa de la abolición de la esclavitud y una amenaza de independencia.

Siempre en todo han sido conmigo más justos mis enemigos que mis amigos. (*La Peregrinación* 123)

Es el símil España-hacendado y Antillas-esclavos lo que le interesa, no tanto la moralidad o inmoralidad de la esclavitud. En páginas más adelante, 133 y 134, Bayoán retrata al hacendado Guarionex como un hombre útil, digno de su patria, digno de respeto porque se interesa por ella y hace que en su hacienda haya orden y armonía, de manera que sus esclavos olvidan su esclavitud. Ahora bien España se comporta mal con las Antillas, aunque estas están dispuestas a seguir estando unidas a la metrópoli si son tratadas como lo hacía Guarionex con sus esclavos; lo mismo que estos olvidaban su esclavitud, estarían las Antillas dispuestas a realizar su independencia en una federación dentro de la dependencia a España. Es lo mismo que proclamó Hostos en su discurso en el Ateneo de

Madrid. La polémica sobre la esclavitud venía de lejos y el desarrollo del capitalismo, cada vez más presente a través de la economía de libre cambio, iba imponiendo unas prácticas y sustentaba una corriente de pensamiento que tuvo gran desarrollo en el siglo XIX. El joven liberal Bayoán y su complemento Guarionex, de ideas y hechos más conservadores, representan desde dos ángulos distintos una postura paternalista que señala hacia una conciencia de superioridad moral y civilizadora del grupo social blanco.

La peregrinación que inicia Bayoán hacia España para reivindicar la libertad de las Antillas y la negativa que recibe como respuesta, la muerte de Marién y su vuelta a América, parece un *Bildungsroman* inacabado. Cumple con las características del género de presentar la formación, aprendizaje y evolución del personaje: el actor principal es un joven que se ve inmerso en un conflicto, en este caso, el de haber nacido en una isla que desde siglos atrás era colonia; su formación en España, sus experiencias, su deseo de abrirse camino en las letras y los retornos a su isla, le abren la conciencia ante la humillación y falta de derechos de los puertorriqueños, cubanos y dominicanos. De algún modo, Bayoán es un ser solitario; solo inicia un periplo por el Caribe y en gran medida hace solo el viaje a España. Está solo con su conciencia y solo acude a la llamada de cumplir el deber de oponerse a la situación en que viven las islas; por ello busca un pacto con la metrópoli para que dé la libertad y reconozca los derechos de las Antillas. En la medida en que no lo consigue, es decir, tras la muerte de su joven esposa y el regreso derrotado a su patria, el *Bildungsroman* queda inacabado.

En su disertación en la Universidad de Pennsylvania, Pascal Buma presenta una definición tradicional de este subgénero literario en la que el enfoque central de la novela

es la construcción de un joven burgués alemán que evoluciona desde la ignorancia de la infancia hasta alcanzar un estado de madurez. Dicho desarrollo implica el paso por una serie de experiencias, en ocasiones dolorosas, y en otros momentos placenteras, que contribuyen en su totalidad a que el protagonista comprenda y aprecie la vida, con la culminación en héroe y su relativa aceptación del lugar que ocupa en la sociedad (3). En esta línea afirma Teresa Peña-Jordán sobre *La peregrinación de Bayoán* que:

La novela muestra los signos de una crisis de representación provocada por el aparente fracaso del proyecto político y fundacional del protagonista. A su vez, y configurado por el pensamiento emancipador de Hostos como proyecto social y ético hacia el desarrollo moral del hombre y la humanidad, la crisis de representación se traduce en la crisis moral y política del sujeto modernizador y viril que no logra materializar su visión y cumplir su deber civilizatorio. (39-40)

Si el relato presenta un personaje que no puede acabar con éxito su misión, el autor no cede en el proyecto y confía en que otros lo continúen. Así, al comienzo del prólogo de 1873, se dirige a los jóvenes para que lo realicen (Hostos, *La Peregrinación* 5). A ellos les encomienda la culminación del proceso de emancipación estimulado por el ejemplo de Bayoán. La vida del propio Hostos se encargará de continuar el proyecto, abandonada ya la ilusión juvenil de una federación de las Antillas con España sin la totalidad de los derechos de un país independiente. Sus esfuerzos serán constantes y como un nuevo Sísifo, desde las atalayas de la moral, el constitucionalismo y la sociología, repetirá los esfuerzos, pese a los fracasos para conseguir la independencia

total de las Antillas. El peso muerto de una nación autónoma que no llegará a ser, caerá una y otra vez a la base como un fracaso. Desaparecido él, la historia no ha dado nuevas oportunidades y Puerto Rico se ha tenido que conformar con ser un estado libre asociado a otro de mayor poder.

En *La peregrinación de Bayoán* hay tres voces que son la misma y hablan en dos momentos distintos. Jorge Enrique Lefevre Tavárez dice en su disertación sobre *Las Voces Autoriales en La Peregrinación de Bayoán* que:

la novela está compuesta por una red de voces que llevan la narración y que se dicen y se desdicen. Contamos con Bayoán, narrador principal quien nos cuenta su doble peregrinaje—físico e íntimo—. La voz del personaje Eugenio María de Hostos, casi totalmente ignorada por la crítica literaria, representa como editor y prologa el libro al publicarlo. Sobre estas dos voces de la historia del texto tenemos también la voz de Eugenio María de Hostos, el autor, que se inserta en ese segundo prólogo, buscando imponer una lectura sobre su creación. Al leer la novela, el lector se enfrenta ante estos distintos narradores, cada uno buscando fijar su autoridad, algunos con mayor vigor que otros. (9-10)

La voz que sostiene un discurso más largo es la de Bayoán en su doble papel de personaje físico que narra su peregrinaje por el Caribe hacia España, y el de aquel que habla de sus luchas interiores entre el deber, los esfuerzos por alcanzar ser un hombre completo y la tensión entre el amor y la fidelidad a la misión que se ha impuesto. La segunda voz es la del propio Hostos que, en la parte final de la novela, va completando

lagunas de la acción y, en 1863, edita y prologa el libro. La tercera voz es también de Hostos que habla en el amplio prólogo a la edición de 1873; en él quiere imponer una lectura concreta de su obra, relatando su génesis, la acogida entre un pequeño grupo de amigos y el silencio que cosecha de la por él llamada *república de las letras*. Este juego de tres voces repite, aunque no en paralelo, una estructura tripartita en la obra en su texto de 1873. Se ha señalado que son tres los personajes: Bayoán, encarna el espíritu de lucha por la libertad de sus antepasados boricuas, Guarionex representa la tradición criolla de patriarcas hacendados; y la bella, pura e inocente Marién, que simboliza la naturaleza caribeña concretada en la hermosa comarca cubana de Mariel. La estructura tripartita de la novela se repite en los tres textos: el más extenso que es el diario, los paratextos de los dos prólogos y la clave, y los breves comentarios de las notas. Son tres también los espacios que aparecen en las referencias: Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo y tres las ideas que dominan el espíritu de Bayoán: virtud, razón y deber. Por último, tres dicotomías articulan el recorrido de la peregrinación: Europa y América, el campo y la ciudad, y el espíritu y el cuerpo.

Las tres voces señaladas más arriba no son la polifonía que puede encontrarse en cualquier obra de ficción, donde los modos y vehículos de expresión están en íntima relación con las experiencias, valores y conocimientos que componen una ideología que se desprende del texto. Se trata de otra clase de polifonía, esta vez interpretada por un personaje, un editor y un autor. En *La peregrinación de Bayoán*, el texto con los dos prólogos, responde a lo que Raman Selden (1937-1991) dice, a propósito del análisis de Mikhail Bakhtin (1895-1975) sobre las novelas de Dostoyevski, que: “desarrolla una

nueva forma ‘polifónica’ (o dialógica) en la que no se intenta orquestar o unificar los diversos puntos de vista expresados por los personajes. La conciencia de éstos no se funde con la del autor ni se subordina a su punto de vista, sino que conserva su integridad y su independencia . . .” (Selden 59). En la novela no tenemos tres personajes sino uno, Bayoán, un editor que es Hostos y un autor, también Hostos. Por un lado, Bayoán dará su visión del mundo y en su peregrinar buscará descubrir una patria para fundarla, mientras que el editor Hostos es un espectador que asistirá a la evolución del personaje, y terminará por considerarle como hombre completo en la medida en que hará de él un mártir, en el sentido de testigo de una ilusión que terminó en fracaso. Finalmente, el Hostos autor del prólogo de 1873 presentaba como objeto de su propia novela el que sirviera como texto ejemplarizante para la juventud que lo leyera. Los diez años pasados desde la primera publicación han convertido al joven idealista, que creía en un arreglo con España, en un ferviente propagandista de la causa antiespañola. En este sentido, Caryl Emerson, de acuerdo con las teorías de polifonía y dialogismo en *The First Hundred Years of Mikhail Bakhtin*, establece que el héroe de la novela:

is not designed to carry out a sequence of events—that is, not a carrier of some pre-planned “plot”—but rather an *idea-hero*, an idea that uses the hero as its carrier in order to realize its potential as an idea in the world. The goal then becomes to free up the hero from the “plot”. . . . Once the grip between the hero and the plot is loosened, and once the dialogue of ideas . . . becomes common denominator between the author, hero, and reader, more space opens up for the reader. (127-28)

Los nombres de Bayoán, Guarionex y Marién traen evocaciones de la cultura nativa previa y contemporánea a los primeros tiempos de la acción destructora y suplantadora, llevada a cabo por los nuevos habitantes de las tres islas. Hostos, como intelectual colonizado, consciente del cambio producido, hizo en su novela un ejercicio de perderse en y con su pueblo con el fin de sacudirlo para que se reconociera. Al escritor se podría aplicar, (excepción hecha de la opción por una acción insurreccional que justificaría años después de la primera publicación de su novela) lo que Frantz Fanon describe en *Los Condenados de la Tierra* como tercera fase de la evolución del intelectual colonizado frente al hecho colonial. Fanon, también caribeño, señalaría más de medio siglo después que el puertorriqueño, como tercer momento en la evolución de la toma de conciencia del escritor colonizado, el que:

En vez de favorecer el letargo del pueblo, se transforma en el que despierta al pueblo. Literatura de combate, literatura revolucionaria, literatura nacional. En el curso de esta fase un gran número de hombres y mujeres que antes no habían pensado jamás en hacer una obra literaria . . . sienten la necesidad de expresar su nación, de componer la frase que exprese al pueblo, de convertirse en portavoces de una nueva realidad en acción.

(203)

El despertar del pueblo lo espera Hostos de los jóvenes a los que dedica la novela para que conozcan la historia de su nación y tengan en el personaje de Bayoán un ejemplo y un amigo.

En el prólogo de 1873, Hostos censura a España por tener tiranizada a su patria, por eso ya anticipaba en la novela que había de luchar por su liberación a costa de su felicidad personal. Para la profesora de la Universidad de Sevilla, María Caballero Wangüemert, la novela de Hostos es más una búsqueda de la identidad puertorriqueña que un alegato sin concesiones contra España, ya que, con el paso del tiempo, su pensamiento irá madurando para hacerse más explícito y concluyente en el segundo prólogo: el Bayoán-Hostos del primero, el anciano del relato y el autor del prólogo de 1873 son dos hitos de un mismo camino (183). El anciano luchador ha fracasado en conseguir una verdadera libertad para su nación, lo mismo que Colón que descubrió unos pueblos que terminaron en colonias. Bayoán y Hostos que todavía no han fracasado, se embarcan en el viaje. La búsqueda de la identidad puertorriqueña por parte del protagonista de la novela induce a preguntarse si se trata de una obra indianista. A negarlo inclina el propósito de seguir manteniendo la vinculación con España, lo que significa aceptar un discurso colonizador. Por otra parte, el texto tiene ciertos toques indianistas: la Clave explica el significado de nombres importantes, se repite en varias ocasiones el recuerdo a los indios aborígenes y se invierte la preferencia entre civilización y barbarie con la oposición campo-ciudad. Se percibe un vacío cuando Bayoán recuerda la historia. El vacío lo ha provocado la relación colonial. La búsqueda de los orígenes es la conexión con la primera resistencia anticolonial; de ella se obtiene la fuerza y el coraje para continuar demandando libertad y derecho para las Antillas. Todo ello sirve para desmitificar la historia escrita por los españoles. Reconstruir el pasado construye el futuro. Las sombras y las luces están respectivamente en el pasado y en el presente, tan abierto al futuro:

Y hay en esta impostura de la historia una verdad aterradora, porque mientras que Inglaterra y España y Roma antigua encadenan y martirizan y aniquilan al mundo de Roma, al Nuevo y al más viejo, la humanidad progresa, el comercio se explaya, la industria rompe sus esposas, las artes se lanzan a su espacio, las ciencias utilizan hasta el rayo. La inteligencia engrandece a la materia.

¡Y hay luz, y sin embargo, hay sombras: y en todas partes, y en lo grande y en lo pequeño, ven los ojos claridad que los incita, el espíritu ve oscuridad que lo rechaza!. (Hostos, *La Peregrinación* 59)

De este modo, *La peregrinación de Bayoán* imagina la nación antillana. La convicción que tiene Hostos de una patria no reconocida, a la que se niega la libertad y el derecho a ser ella misma, le conduce a personificar en un peregrino su reivindicación de patria. De su patriotismo dice que pasó de ser una emoción a convertirse en una voluntad y que su patria se amplió hasta incluir el resto de las Antillas, hermanadas en la desgracia pero anhelantes de la redención que la libertad les traería (7). Hostos imagina, pues, dos patrias que finalmente fundirá en una sola. La contorneada por las costas bañadas por el mar y la que el mismo mar forme uniendo diversas islas que todavía no son nación. La definición que de este término formula Benedict Anderson (1936- 2015) en *Imagined Communities* se adapta solo parcialmente a la que Hostos-Bayoán imaginan para un futuro: se trata de una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana. Prescindiendo del grado de conciencia del resto de los isleños, de su grado de cohesión y autonomía, el escritor y su personaje pueden decir que la comunidad que

imaginan merece unos esfuerzos y una entrega tal, que pueda llevarles a supeditar toda su vida a este proyecto, incluso a exponerla con tal de verla reconocida. El historiador y politólogo dice que la nación:

[I]magined as a *community*, because, regardless of the actual inequality and exploitation that may prevail in each, the nation is always conceived as a deep, horizontal comradeship. Ultimately it is this fraternity that makes it possible, over the past two centuries, for so many millions of people, not so much to kill, as willingly to die for such limited imaginings.

(7)

De alguna manera aplica Hostos al caso de las Antillas la voluntad de morir por ellas por parte de luchadores a favor de su independencia. Por ello, para que la nación cubana pasara de ser imaginada a convertirse en realidad estallaron guerras y estuvieron dispuestos a morir patriotas de las diversas Antillas entre los que destacaron los cubanos José Julián Martí (1853-1895) y Antonio Maceo Grajales (1845-1896), el dominicano Máximo Gómez Báez (1836-1905) y el puertorriqueño Juan Rius Rivera (1848-1924).

La tesis de Anderson sostiene que la nacionalidad es una creación cultural con raíces en avatares históricos y sociales que, en un tiempo dado y por condicionantes económicos y culturales, fraguan en un sentimiento de pertenencia a una comunidad (7). Consiguientemente, las naciones no serían producto de imposiciones geográficas, económicas o políticas, ni tampoco puras creaciones artificiales. Hostos imagina la nación antillana en paralelo y también influenciado por las luchas independentistas que en la segunda mitad del siglo XIX surgen en las islas. En él no tiene tanto peso como en

otros las pretensiones anexionistas de los Estados Unidos de América, de manera que su anticolonialismo no está tan mediatizado por una posición antiimperialista. A las condiciones de mezcla racial y de origen cultural latino se une en él un ingrediente utópico de raíz moral, que inicialmente se concretó en una confederación entre las Antillas y España, según se desprende de *La peregrinación de Bayoán*. Abandonada esta idea, la visión nacional de Hostos se focaliza en la integración de las islas en un todo nacional en el que serían miembros distintos que formarían un único cuerpo. Las posiciones geográficas y comerciales facilitarían la consolidación de una comunidad nacional. Esta sería un eslabón en la cadena que aspiraba a formar parte de una utopía mayor, la de una Confederación Centroamericana que hiciera realidad un Caribe unificado.

La comunidad antillana no es inventada sino que se imagina su creación desde la conexión, interrumpida en la sangre con los aborígenes, pero continuada en el deseo y en la conciencia de sentirse distintos de los peninsulares, que vienen y se van de las islas. La comunidad tiene también un fundamento natural, físico, basado en los espacios que ha delimitado el mar. La comunidad tiene un origen colonial y se ha ido conformando al ritmo que la conciencia de nación ha ido emergiendo en contraposición al *otro*, que es el peninsular y cuanto representa. No se trata de una comunidad religiosa ni cultural sino política, por lo que se siente con la necesidad de reclamar unos derechos políticos y sociales, como los que tienen las demás comunidades políticas que han ido surgiendo en el Continente. La comunidad política se encarna en el abstracto de la antillanía, pero se concreta en la realidad diferente de boricuas, cubanos y puertorriqueños. Los límites de la

comunidad imaginada no vienen impuestos por una historia diferente ni por una lengua particular, sino por la geografía y por el hecho significativo de ser el resto que queda sin autonomía de entre los pueblos que fueron antiguas colonias. La soberanía de la nación se reclama deudora de las ideas racionales y humanitarias de la Ilustración, que se fueron abriendo camino en el Nuevo Mundo y cristalizaron entre otros fenómenos sociales en las reivindicaciones nacionales.

En la primera parte de la peregrinación, Bayoán tiene un recuerdo para los nativos de las islas en que hace escala o que divisa desde el barco. Se siente unido a ellos aunque difícilmente lleve su sangre, pero es la geografía donde ellos vivieron la misma en la que él nació. La geografía no se agota en Borinquen,⁶⁵ la isla de Hostos, sino que el mar conecta las diversas islas que él concibe como la futura Confederación Antillana. Es el mar el que limita esa nueva nación como un imperativo ineludible por la imposición de su naturaleza física; el mar es su frontera y al tiempo la razón de su cohesión. Bayoán-Hostos conciben su nación como soberana porque se sienten depositarios del derecho a reclamarla como tal. En el prólogo de 1873, en el que el autor interpreta diez años después su propia obra, explicita de la siguiente manera su propósito:

abarqué la realidad de la situación política y social de la Antillas en dos de sus aspectos, y los fundí en el mismo objeto de la obra.

Uno de esos aspectos nacía a la posibilidad de un cambio de política interior y colonial en España . . .

El otro aspecto nacía de las condiciones de la vida social de las Antillas. Yo intentaba presentarla toda entera, con todas sus congojas, con todas sus angustias, en una personificación palpable, en el joven sediento de verdad, que tenía, para conocerla, que salir una y otra vez de su país; sediento de justicia, que, para embeber en ella su ávida conciencia tenía que posponer su bienestar, su ventura, la ventura de lo amado, a las ideas que no atormentan a la juventud en las sociedades que se dirigen a sí mismas. (13-4)

Doris Sommer, en su obra *Foundational fictions. The national romances of Latin America*, considera que las novelas románticas latinoamericanas fueron de la mano con la creación y consolidación de los estados nacionales venidos a la historia en el siglo XIX en la América hispana. Eros y ficción romántica se unieron al concepto de patriotismo con la pretensión de favorecer la aparición de buenos ciudadanos. La difusión de estos textos y el apoyo a su divulgación contribuyeron a la extensión de los valores y modelos de conducta que de ellos se desprendían. La autora no considera que *La peregrinación de Bayoán* sea una ficción fundacional como las que analiza en su obra. Dice que:

Bayoán se muestra abiertamente didáctico en vez de seductor al poner de relieve distintos registros alegóricos, y sus lances contradictorios con la política y la pasión acaban convirtiéndose en una competencia entre el erotismo y el deber que poco tiene que ver con el americanismo fecundo de las ficciones fundacionales . . . ¿A qué país pudo haber celebrado, a qué gobierno concreto podría haber apoyado cuando el sueño de *Bayoán*

era precisamente internacional y ajeno a las futuras instituciones que, en otro contexto, lo hubieran requerido?. (68)

Entiendo, sin embargo, que en determinados aspectos el texto de Hostos puede ser considerado como ficción fundacional *sui generis*, por lo que tiene de proyecto nacional en el sueño de Bayoán de que las tres islas sean reconocidas como una comunidad política diferente. La obra tiene un contenido político en el marco de una trama amorosa y, además, la simbología de los nombres de los tres personajes principales, al hacer referencia a la conexión con un pasado en el que poder anclar el embrión de una conciencia de pueblo diferenciado y soberano, no le resta fuerza de identificación y ejemplaridad. Es verdad que mientras las que analiza Sommer tienen detrás una nación que ya es independiente o en vías de serlo, la novela de Hostos es previa a la formación de una nación o una confederación de naciones. A ello se añade el hecho de continuar siendo colonias y de carecer de un desarrollo suficiente para tener una burguesía que encabece una conciencia nacional. Además, la pronta muerte de Marién implica el fracaso de la trama amorosa, y le priva del halo romántico que el éxito del matrimonio encerraría como la metáfora de la creación de una nación.

Marién, representante de la primigenia naturaleza americana, surge como contrapunto del personaje ético que es Bayoán. Para cumplir con su deber moral como mujer en la construcción de la sociedad emancipada del futuro, debe ser educada científicamente como propugna el krausismo, en el que se apoyaba la ideología de Hostos. Debe ser instruida y educada por el varón para que llegue a la entera humanización y propicie también la de sus hijos.⁶⁶ Del éxito de su educación dependerá

que el varón armonice su razón y su voluntad, y se convierta en el hombre completo al que hace referencia varias veces el protagonista como su meta por alcanzar. Educada ella, su función principal será asegurar la continuidad y la reproducción en sus hijos del ideal krausista. De esta manera se convierte en elemento necesario y valioso en la lucha anticolonial por la emancipación que encarna el varón. El joven tiene varias oportunidades de ir modelando la personalidad y la conducta de Marién, como se ve en el cambio que va del rechazo inicial a que Bayoán atienda al anciano enfermo que luchó por la independencia americana, al esmero por prestarle ella también atenciones frente al desvío de otros pasajeros del barco (144, 167). Al principio, Marién quiere que Bayoán renuncie a su viaje, lo que pone al joven ante la elección de responder al amor o ser fiel a su deber. Este peligro de desestabilización se resuelve con la decisión de continuar el periplo y liderar la conquista de los derechos nacionales que había imaginado. El tropo del viaje adquiere una significación política al convertirse en el medio que puede hacer realidad el cambio esperado: que la nación colonizadora apoye el proyecto liberal y modernizador para las Antillas. No viajar sería consolidar el retraso sociocultural de la sociedad criolla conservadora que sirve de apoyo a la opresión colonial. El viaje será una prueba de amor porque se espera un resultado exitoso y le abrirá la oportunidad de, al formar una familia, convertirse en el símbolo de la nueva nación. La identificación del lector con Bayoán y su peregrinaje está dirigida a la creación de la conciencia nacional: un criollo educado se dirige al público en general, a los ya concienciados de ir a la independencia y también a los que perciben sólo el peso de la tiranía. La misma vocación educativa que se despliega en las reflexiones del protagonista implica una misión patriótica, una tensión por crear patria.

Al contrario que Cuba, Puerto Rico no disponía de las condiciones materiales requeridas para la conquista de la independencia por las armas: su pequeño tamaño, la carencia de ventajas estratégicas y de una burguesía concienciada dificultaban su conversión en representación de la nación. Por otra parte, el que el texto comience un 12 de octubre y que Colón le acompañe en un viaje inverso al que hiciera el descubridor cuatro siglos atrás, manifiesta en el autor un afán de inventar una patria que fundar. Bayoán va a la búsqueda de sus orígenes en los caciques antillanos que se opusieron al poder español; ese recuerdo, se dijo más arriba, le sirve para imaginar una nación. Su mirada retrospectiva desmitifica la historia escrita por los conquistadores y entonces puede descubrir una futura nación.

La figura de Cristóbal Colón, con sus ambivalencias y contradicciones, le sirve a Bayoán-Hostos de medio para precisar su discurso anticolonial. El viaje del puertorriqueño con sus vacilaciones, angustias, afirmaciones y decisiones es un reflejo de las de Hostos mismo y, de alguna manera también, de las mismas Antillas en su proceso de formación y autodescubrimiento. El joven se presenta como intérprete de las islas cuya verdad quiere revelar, de ahí que evoque la figura del descubridor. Como él, tiene un espíritu emprendedor, aventurero y visionario, por eso inicia su viaje-peregrinación un 12 de octubre. Con todo, se trata de un viaje al revés, no de retorno sino de ida. Si el primero fue, cuatrocientos años atrás, desde lo organizado a lo caótico, el nuevo será desde el caos propiciado por el colonialismo hacia la luz europea, española, que organice en justicia y derecho unas islas que Bayoán concibe como lugar predestinado a la civilización futura. Así lo ve en debate consigo mismo ante el dilema de iniciar o no el viaje: “¡Partir...!

¿adónde? ¿A viajar por la América continental, a pensar en su porvenir y a provocarlo? ¿A Europa, a convencerla de que América es el lugar predestinado de una civilización futura?” (*La Peregrinación* 77). El viejo luchador por la libertad e independencia que muere en el barco lleva a Bayoán y los suyos a España, tiene una opinión similar cuando pasa al joven la antorcha de su lucha: “He viajado por toda América: tengo la convicción segura de que los pueblos mejor preparados para una civilización grandiosa son los pueblos de América, y me lastima el estado en que los veo” (*La Peregrinación* 159-60).

Bayoán es el nuevo descubridor que revelará unas entidades nacionales que tendrán un futuro prometedor. Es un continuador de la obra de Colón cuyo descubrimiento tuvo como resultado de la conquista un colonialismo castrante de la vitalidad de unos pueblos. Un hijo de éstos los liberará y llevará a la autonomía política, jurídica y económica. Sin embargo, Bayoán cometió un error como Colón cometió otro. Este no encontró lo que buscaba y Bayoán no hallará comprensión sino cerrazón en España. Su pensamiento modernizador es como el de Hostos, un proceso *transculturizador* y evolutivo que será gestionado por la educación ilustrada. Se trata de la búsqueda del equilibrio y la síntesis armónica entre el seguimiento de las leyes naturales y el uso de la razón. Aquí radica la vida moral que defiende el pensador puertorriqueño, asimilada del krausismo español. La actuación voluntaria y racional del individuo debe estar en armonía con la naturaleza. El desajuste entre ambas produjo la violencia de la conquista, como el sueño de la razón genera monstruos. Fue un momento perdido:

¿Cuántos pisaron tierra firme?

El aventurero, que, solo después de esta aventura, admiro, y unos cuantos desdichados, pedazos de esa multitud que en todo tiempo fascina y arrebató la fuerza corporal.

¡Si con ella fuera siempre la fuerza intelectual...!

Nunca, como entonces, hubiera brillado la virtud: nunca ha tenido la humanidad un momento más propicio . . . América tendría sus pobladores; se hubieran fundido dos progresos distintos; dos caracteres llenos de grandeza; dos razas generosas. (*La Peregrinación* 50)

Para corregir este error inicia Bayoán la peregrinación acompañado del espíritu de Colón de manera que, una vez condenados los efectos perversos de su descubrimiento, la metrópoli se aviniera a cambiar su política tratando en pie de igualdad a los antillanos.

Bayoán vive cuando las tres concepciones culturales que Anderson señala en su libro como de un mundo pasado, habían perdido su control sobre las mentes de los hombres. La primera establece que las lenguas vernáculas habían roto con la uniformidad del latín como vehículo de comunicación entre las gentes de Occidente; la segunda habla de la organización de la sociedad alrededor de unos centros de poder sancionados por la divinidad que ya no funcionaba; por último, la tercera concepción dice que los contactos entre los individuos, bien directamente y sobre todo a través de la proliferación de medios escritos, periódicos y novelas, habían ido abriendo paso a una sensación de que se iban formando comunidades diversas donde antes había unidad. Anderson encuentra en el capitalismo impreso la nueva y más reciente forma de unión de la comunidad, porque

permitió que un número creciente de individuos pudieran pensar sobre sí mismos y sobre las maneras de relacionarse, posibilitando en poco tiempo acercamientos nuevos y consistentes (36). Bayoán, peregrinando siglos después de Colón desde lo descubierto hacia la nación descubridora, es el mensajero que anuncia una nueva nación que pide su reconocimiento. Llegados a España, ha dejado a Marién y a sus padres en Alicante y él ha marchado a Madrid. Entra como voz narrativa el editor del diario completando la acción con algunos apuntes e informando de los intentos del protagonista de crear un periódico que canalice su pensamiento y dé a conocer su misión (*La Peregrinación* 211). La nación imaginada, las Antillas libres, era la concreción que Hostos y muchos otros caribeños pensaron que se podía fraguar al ritmo de la expansión de la letra impresa.

Protagonista y autor no sólo tenían una posición anticolonialista frente a España, a la que criticaron en numerosas ocasiones por su colonialismo miope y sin futuro, sino que también afirmaron el carácter nacional de su patria. Tomando motivo, en la mitad de su periplo el 23 de febrero de la dicotomía campo-ciudad, identifica en el primero la esencia del ser nacional de Puerto Rico, y en la ciudad cuanto había supuesto de negación de la misma el colonialismo. Con lenguaje apasionado, expone sus sentimientos y esperanzas: “Cuando estoy en el campo, creo estar en mi patria: voy a las ciudades y me falta En las ciudades, las costumbres antiguas ya no existen En donde el carácter nacional no predomina, las costumbres han muerto” (*La Peregrinación* 139). En nota de 1873 en este punto dice: “Esto es una afirmación de la nacionalidad puertorriqueña, y ese carácter nacional de que se habla, es el propio y peculiar del país, ya corrompido por los españoles” (139). Continúa diciendo:

¿Por qué no comparten los hijos de mi patria con los hijos de España, las tareas que solo los de España desempeñan? ¿por qué el juez, el magistrado, el militar, el empleado, ha de ser peninsular, y nada, si no es rico, y si lo es, un hombre inútil, el hijo de Cuba, el hijo de mi patria?

¿Se opondrá una política miope a la intervención de los hijos en la prosperidad de su país? . . .

En vez de bajar la cabeza y de sufrir, pedid al pueblo, cuyo hermano sois, que os dé lo que tienen sus hijos; sus derechos civiles y políticos . . .

¡Y llegará un día en que tengamos patria...! (140)

Esta larga cita responde a ese autonomismo federalista que defendía al escribir la novela. Pasados diez años, la evolución de Hostos ha sido hacia la independencia clara. Sus viajes por Iberoamérica, el influjo de otros exiliados, especialmente de Ramón Emeterio Betances (1827-1898), quien al hablar de la independencia sostenía que no se podía hacer una tortilla sin romper los huevos, y su propia maduración personal, hacen que ponga una nota en la edición de 1873 recordando que lo que era un clamor en 1863, diez años después se había convertido en la voluntad firme por conseguir que la metrópoli terminase de manejar sus destinos; él ha dedicado a ello toda su vida (141).

En 1939, con ocasión del centenario de su nacimiento, el Gobierno de Puerto Rico publicó sus Obras Completas. En el volumen IX, titulado *Temas cubanos*, el autor dedica varios escritos a la cuestión de Cuba y Puerto Rico, donde abunda en su pensamiento

anticolonial. Los publica en 1872 y 1874, un año antes y otro después del prólogo a la segunda edición de la novela, 1873. Sus ideas coinciden, pues, más con lo señalado en ese prólogo que con algunas posturas menos evolucionadas del texto de la novela. Probablemente porque han pasado una decena de años. En el volumen IX se recoge el artículo que publica en la *Revista de Santiago* el 1 de mayo de 1872 dedicado a las dos islas. Cuba lleva varios años empeñada en una guerra contra la metrópoli en pro de su independencia. Puerto Rico no ha logrado que cuaje en insurrección generalizada su llamado Grito de Lares⁶⁷ lanzado como el cubano de Yara a finales de 1868. Las razones que esgrime Hostos a favor de la independencia de su isla son las mismas que las que aduce para la de Cuba. Su anticolonialismo respecto de la primera se basa en el exterminio de nativos perpetrado en el siglo XVI y la sustitución que se hizo de ellos con esclavos traídos de África. El sistema de la mita y la encomienda⁶⁸ fue sustituido por el de la esclavitud. Tiene aquí también un recuerdo para Colón y lamenta que el almirante no hubiera preferido la felicidad en un paraíso a la gloria de la conquista, haciendo el bien a los malos a costa de infligir el mal a los buenos.

Durante la primera vigencia de la Constitución española de 1812, Puerto Rico fue considerado una provincia como las demás de la Península, pero esa autonomía duró poco; siguieron varias promesas de reformas que fueron incumplidas. Hostos fundamentaba su esperanza en el futuro de su patria porque existía en ella la fuerza necesaria para cohesionar elementos dispersos alrededor del deseo de libertad (Hostos IX: 7-498). El anticolonialismo respecto de Cuba se diversificaba en varias líneas de pensamiento. Hostos partía de que no era concebible la independencia de ninguna de la

Antillas sin que la mayor de ellas la tuviera. Calificaba a Cuba como la patria de los cubanos y sin embargo los cubanos eran extranjeros en su tierra. Repetía la idea de Rafael María Merchán (1844-1905) acerca de que lo único que no habían podido hacer los españoles peninsulares era tener en Cuba hijos españoles:

No han podido hacer el único mal que hubiera condenado a Cuba al horror eterno de ser españoles: ¡no han podido hacer hijos españoles! . . . Se mezclaron con las indias, y salieron cubanos; con las mulatas, y salieron cubanos; con las extranjeras, y salieron cubanos; con las españolas, y hasta la española procreó cubanos . . . Los mandaron a España a olvidar a Cuba, y volvieron a Cuba maldiciendo a España . . . Así, en el desesperado empeño de los españoles para hacer españoles a sus hijos, en la obstinación de los hijos por redimir, siendo cubanos, la culpa de haber nacido españoles, se formó una población de cubanos – blancos, negros, mulatos, mestizos . . . (Hostos IX: 7-498).

A esta mezcla de etnias pertenecen los que en ese momento combatían por la independencia de Cuba, y a esta revolución anticolonial, fiaba Hostos una resolución inquebrantable contra la que no había fuerza capaz de vencerla.

En una larga colaboración en el quincenario *El Nuevo Mundo-América Ilustrada* publicado en Nueva York en 1874 bajo el título de *El problema de Cuba*, Hostos repite su postura anticolonial, abunda en la necesidad y la conveniencia de que Cuba sea independiente, en los problemas a que se enfrentará cuando lo consiga y en los elementos que pueden apoyarla y favorecerla. Para mi análisis, interesa principalmente su

posicionamiento ante el hecho de que Cuba seguía siendo colonia cuando estaban todavía las espadas en alto con la metrópoli. Para él la situación de Cuba no era sólo un problema de la Isla sino de todo el continente americano, y en especial de las naciones latinas que ya gozaban de independencia y sin embargo ayudaban poco a la de Cuba; se quejaba de que los nacidos en ella y de que los exiliados tampoco ayudaban demasiado. Afirmando que el descubrimiento del Nuevo Continente fue muy positivo para la humanidad, concluye que:

La colonización fue el inconsciente punto de partida de una nueva distribución de la familia humana, idéntica en su tendencia económica, completamente distinta en su procedimiento, a la que transformó la civilización antigua Si hay una providencia que se tomara el trabajo de gobernar invisiblemente a nuestra especie . . . la providencia erró encomendando la colonización de la parte mejor del Nuevo Mundo a una raza incapaz de secundar sus miras. Del Nuevo Continente sólo eran dignos los seres humanos que buscaran en él un *medio* nuevo para un nuevo mundo moral e intelectual. (Hostos IX: 7-498)

Esto, decía, estaba en embrión en los países que habían llegado a la independencia. Sólo falta que las partes del continente que todavía no la tienen no sean como un vacío, sino que esta ausencia sea corregida con la incorporación de una Cuba independiente, incorporación que ha de ser sentida no solo como un deber, sino también como una necesidad de todo el Continente (Hostos IX: 7-498).

Hostos rechazaba las opiniones que negaban la capacidad de las Antillas para ser independientes, y también su corolario: que solo la anexión tenía futuro, porque la centralidad de ellas, y en especial la de Cuba, les hacía estar en el núcleo de comunicación entre el norte y el sur, multiplicándose su importancia cuando el Istmo de Panamá fuera una realidad. Con todo, las condiciones físicas de la naturaleza y los recursos de las Antillas no serían suficientes para mantener la independencia, si los problemas de reorganización social no se resolvieran. La división de la población en dos razas distintas no se contemplaba como una dificultad, pues la repetición del drama de Haití era imposible, y la educación intelectual y moral de la sociedad cubana se conseguiría con una voluntad decidida de abordar un sistema de enseñanza común y universal. El optimismo en el futuro le hace terminar al escritor puertorriqueño con una hipérbole al comparar la sociedad antillana con la helénica imaginando para aquella un horizonte más grandioso y fecundo que el que tuvieron las tierras y las islas del Egeo (Hostos IX: 7-498).

Hostos imaginaba este futuro porque para él todo iba a confluir en un destino ineludible, como si el instinto del desorden no pudiera dominar a la voluntad de orden, armonía y progreso. Era un voluntarismo que sólo la historia dirá si tendrá éxito. Aunque Cuba se enzarzara en contiendas como las que habían tenido lugar en otras naciones hispanas, el medio geográfico y el interés de la civilización le harían convertirse en una nación estable y próspera. Era una fatalidad salvadora porque la anexión era una solución falsa. Él nunca fue partidario de la anexión con Estados Unidos porque el fracaso de federación con España le dejó vacunado contra un intento similar, además de que la cercanía del coloso del norte impediría la andadura por la libertad de unos pueblos

pequeños. En esta línea dice María Dolores González-Ripoll en su publicación *Eugenio María de Hostos. Utopía y federación*:

El antianexionismo es, pues, un principio básico del antillanismo hostosiano basado en la idea de confederación y que además en su lucha contra aquéllos convencidos de la imposibilidad de que las Antillas pudieran gobernarse por sí mismas, quería demostrar que el campo de batalla, tras la firma del pacto del Zanjón en Cuba en 1878, estaba en el campo educativo, en la formación de nuevas generaciones que hicieran suyo el mensaje de Betances, “las Antillas para los antillanos” y que la obtención de la independencia conllevara la libertad. (44)

Si había razones para que James Monroe (1758-1831) proclamara y defendiera que América fuera para los americanos y estuviera libre de las injerencias europeas, no menos motivos asistían a Betances para exigir que las Antillas fueran para los antillanos, de manera que no estuvieran no sólo libres de las apetencias de los europeos, que ya no estaban para nuevas aventuras por aquellas latitudes, sino, sobre todo, de las que manifestaban y hacían visibles los norteamericanos.

El anticolonialismo de Hostos no era sólo frente a España sino también ante cualquier otra potencia que pretendiera ocupar su puesto. La única que en el momento podía ser el nuevo poder colonial en el área era la República Norteamericana. En un artículo recogido en el volumen IX de *Temas Cubanos*, publicado en Buenos Aires en 1874 y titulado *Cuba y Estados Unidos*, contesta con otro aparecido en *Le Courrier de la Plata* donde rebate determinados extremos sobre lo que estaba ocurriendo en Cuba, precisamente por aquellas fechas. Entre otras ideas refuta, con gran voluntarismo y ardor

patriótico, la de que si Cuba fuera incapaz de conseguir su independencia sería obligación de aquella República proceder a la anexión de la Isla. Como España es la que ejercía el poder, por eso la revolución en marcha era anticolonial y se inspiraba en principios morales y de civilización, de donde no era su objeto vengar ultrajes de siglos sino reivindicarse como pueblo que tenía derecho a ser libre. De ello deduce que los cubanos no luchaban para que otra nación los anexionara y mucho menos que los colonizara. Hostos que se sentía un cubano más, termina con la siguiente afirmación: “Los Estados Unidos han sido casi tan crueles y tan torpes como España con nosotros, y tendrían que conquistar Cuba si quisieran añadir otra estrella a su bandera . . . sabemos que podrán poseernos destruidos, pero enteros no” (Hostos IX: 7-498).

Muchos años pasaron después de que Hostos escribiera frases como las señaladas: un tratado de paz, años de inmovilismo de la metrópoli y de incubación de una nueva insurrección, viajes como nuevas peregrinaciones de Bayoán-Hostos por distintos países iberoamericanos; incursiones del intelectual en campos de la sociología, la moral y el derecho público y constitucional; colaboraciones en prensa y participaciones en asociaciones y grupos independentistas, creación de la Liga de Patriotas y participación en la Comisión a Washington para que se terminara la ocupación de Puerto Rico desde 1898 por tropas estadounidenses, y la isla pudiera iniciar una andadura como nación libre. Ante las resistencias de los ocupantes, su último intento fue el de pedir que se diera la posibilidad al pueblo puertorriqueño de expresarse sobre su futuro en un plebiscito. Su paisano Alejandro Torres Rivera ⁶⁹ afirmaba en los últimos párrafos en el discurso de 2012 sobre *Hostos, Betances y Martí: ¿Pertinentes en el siglo XXI?* que Hostos permaneció fiel a su ideario en pro de una integración de las Antillas porque: “los

puertorriqueños formábamos parte de una nacionalidad donde los elementos de territorialidad, geografía e historia constituían los pilares fundamentales” (Torres-Rivera); por ello la isla no tiene ni geográfica, ni étnica ni históricamente lazos que llevaran a concebirla como una parte que pudiera integrarse en la federación norteamericana; además, “tampoco éramos un conglomerado de ciudadanos estadounidenses viviendo en una isla caribeña, ni una minoría nacional dentro del estado político estadounidense, mucho menos, un conglomerado nacional dentro de la diversidad cultural de Estados Unidos” (Torres-Rivera). Intentos de integración de la más diversa naturaleza entre los pueblos latinoamericanos se han sucedido desde que Hostos, Betances y Martí soñaran con una integración antillana. Todavía no se ha producido, pero el futuro dirá si, con las adaptaciones que sean necesarias, aquel ideal es todavía posible.

4.2. José Martí: apóstol de la descolonización de Cuba.

El rechazo al colonialismo español no lo adquirió Martí en el seno de su familia sino en sus conversaciones con maestros y amigos. Leyó al padre Félix Varela (1788-1853), considerado uno de los forjadores de la nación cubana, y fue influenciado por su maestro el poeta y periodista Rafael María Mendive y Daumy (1821-1886). Se familiarizó también con las ideas de las Constituciones norteamericana de 1787 y de Cádiz de 1812 y entró en contacto con el pensamiento reformista en lo político y social de cubanos como Francisco de Arango (1765-1837) y José Agustín Caballero (1762-1835). A los 16 años, Martí tenía una buena formación y en su mente se iba abriendo camino una actitud contraria al colonialismo español. En este momento, el

descubrimiento de una carta a un amigo reprochándole su alistamiento en el ejército español le ocasionó una detención, un consejo de guerra y una condena a seis años de presidio. La carta era de octubre de 1869, cuando la Guerra de los Diez Años estaba en curso. Merced a las gestiones de su familia la condena a trabajos forzados en una cantera, en la que trabajó varios meses ceñido a una cadena desde la cintura a los pies, se le conmutó por un confinamiento en la Isla de los Pinos, y finalmente la condena fue cambiada por destierro forzoso en España a la que llegó a principios de 1871.

En julio de 1871, publicó en Madrid *El presidio político en Cuba* cuando tenía 18 años. Su propósito era denunciar los horrores del presidio al que estaban sometidos los cubanos que, en mayor o menor medida, o luchaban por la independencia o mantenían posiciones políticas difíciles de aceptar por el poder colonial. El momento era complicado pues, por la fuerza de las armas, se disputaba su autoridad para seguir manteniendo un dominio sobre la Isla. El texto muestra su particular concepción del mundo religioso ajeno a rituales y a instituciones formales, pero identificada con los valores humanos que en favor de los nativos defendieron evangelizadores como Bartolomé de las Casas (1484-1566). Es un documento que conmueve más que por los argumentos políticos contra el colonialismo, por el sentimiento que transmite al presentar una valoración positiva del sufrimiento, como vivencia redentora que lleva a la generación de una nueva forma de vida más humana. Lo dice como si fuera un asceta para el que sufrir es morir a una vida inútil, a la vez que es nacer a una vida que merece la pena (Martí, *Ensayos* 197-98). La pequeña obra es también una pieza de oratoria que recurre frecuentemente al coloquialismo y al paralelismo al contrastar las actitudes y

comportamientos de la metrópoli y la colonia.⁷⁰ El texto revela una madurez y un talento literario que se despliega en una originalidad expresiva que causa admiración en un escritor tan joven.

Martí, presidiario político en Cuba, pide a la España colonial que sea consciente de los atropellos y violaciones a que somete a la colonia. En el ensayo se presentan desgarradores retratos realistas y poéticos, expresados de forma sobrecogedora. No hay nada imaginado, todo es real: hay personajes ancianos como Nicolás del Castillo, un brigadier mambí, y el negro Juan de Dios; niños como Lino Figueredo, Tomás y Ramón Rodríguez, de doce, once y catorce años, respectivamente, y también aparecen las figuras de Martí, su padre y su madre. Todos personifican la Cuba sometida y atormentada. El anticolonialismo de Martí en este opúsculo de juventud, no está articulado ni desarrollado desde la plataforma intelectual de un patriota o un activista de la causa independentista, sino desde el dolor que le produce una condena injusta, condena en la que ve sentenciada a su Isla. El texto comienza con la dolorosa constatación de que el dolor del presidio deja una marca indeleble en la mente y el alma de quien lo sufre (Martí, *El presidio* 19). No desaparecerán estos recuerdos del alma de Martí sino que le llevarán a dedicar su vida a favor de la independencia de Cuba. Su retórica anticolonial se apoya en el recurso de poner a la metrópoli en el lugar de la colonia y situarla ante un espejo en el que pueda reconocerse aunque no lo quiera hacer:

El pueblo clamó inconsciente y hasta los hombres que sueñan con la federación universal, . . . con el respeto a la independencia ajena como base de la fuerza y de la independencia propias, anatematizaron la petición

de los derechos que ellos piden, sancionaron la opresión de la independencia que ellos predicán y santificaron como representante de la paz y la moral, la guerra de exterminio y el olvido del corazón. . . .
Hicieron mal. España no puede ser libre mientras tenga en la frente manchas de sangre. (Martí, *El presidio* 24)

Martí, en el momento de su vida en que escribe *El presidio político en Cuba* está ya entregado a la causa independentista, pero el estado anímico en que le ha dejado el trabajo forzado en la cantera durante más de medio año, y el ambiente liberal que vive en Madrid en aquel momento, le hacen concebir alguna esperanza de que España reconsidere su relación con Cuba.⁷¹ Por eso dice refiriéndose a los españoles:

Yo no os pido que firméis la independencia de mi país que necesitáis conservar y que os hiere perder; que sería torpe si os lo pidiera.

Yo no os pido para mi patria concesiones que no podéis darla, porque o no las tenéis, o si las tenéis os espantan; que sería necedad pedirósas.

Pero yo os pido en el nombre de ese honor de la Patria que invocáis, que reparéis algunos de vuestros más lamentables errores; . . . yo os pido que seáis humanos, que seáis justos, que no seáis criminales sancionando un crimen constante, perpetuo . . . (27)

Hace notar Martí a España que el león de su escudo se ha dormido con una garra sobre Cuba, pero que esta será el tábano que le impedirá reposar por tener que atender a una

guerra, y que quizá será la mano que escribirá las palabras fatídicas del final de un banquete como el del rey Baltasar.⁷²

Recuerda Martí que gran parte del imperio colonial español había dado paso a nuevas naciones y que pasó el tiempo en que el oro americano cruzaba el Atlántico porque:

Venezuela, Bolivia, Nueva Granada, México, Perú, Chile,
mordieron vuestra mano, que sujetaba crispada las riendas de su libertad y
abrieron en ella hondas heridas; . . . un golpe tras otro resonaron
lúgubrementemente en el tajo, y la cabeza de la dominación española rodó por el
continente americano. . . .

Las Antillas, las Antillas solas, Cuba sobre todo, se arrastraron a
vuestros pies, y posaron sus labios en vuestras llagas, y lamieron vuestras
manos . . . (*El presidio* 30-31)

Probablemente en 1871, Martí no estaría muy lejos de la propuesta de Hostos, como se vio páginas atrás, en su discurso en el Ateneo de Madrid a finales de 1868, en el que propone una unión federal de las Antillas con España, que hiciera realidad la independencia dentro de la dependencia; una dependencia basada en la justicia y el respeto a las islas hubiera permitido a España escribir una historia colonial bastante distinta a la que venía protagonizando desde siglos.

El Martí que escribe *El presidio político en Cuba* conocía el proceso de liberación llevado a cabo por las naciones iberoamericanas. También había estado en contacto con

la lectura de maestros cubanos que prepararon las bases culturales del independentismo de su patria. Él mismo había recibido de su maestro Mendive y Daumy lecciones que fueron formando en su mente una conciencia nacional. Su propia experiencia física de la violencia colonial puso los cimientos de sustentación de una personalidad comprometida con la liberación de Cuba. Se puede establecer un paralelismo entre Martí y Said respecto del modo en que se enfrentan a la experiencia personal del colonialismo, no obstante la distancia temporal y el momento histórico que viven ambos. De Martí se puede decir lo que Said se aplica a sí mismo, que estaba preso de dos tendencias: pertenecía a la era del colonialismo y a la de la resistencia.⁷³ El folleto *El presidio político en Cuba* es una obra de resistencia, de denuncia de una situación opresiva que para no pocos nacidos o traídos a la Isla era de esclavitud, un sistema social que en aquel año todavía no había sido suprimido en Cuba, pues su abolición no llegó hasta 1886.

En distintas partes del texto Martí ha puesto frente a frente dos realidades: la del presidio y la actuación de los representantes en el parlamento español donde había peninsulares y también antillanos. Les pedía que fueran justos al enjuiciar una realidad injusta. Los apóstrofes dirigiéndose a ellos se suceden repetidamente. El texto termina con un epifonema que condensa la idea principal y expresa una valoración de su alegato:

España no puede ser libre.

España tiene todavía mucha sangre en la frente.

Ahora, aprobad la conducta del Gobierno en Cuba.

Ahora, los padres de la patria, decid en nombre de la patria que sancionáis la violación inicua de la moral y el olvido más completo de todo el sentimiento de justicia.

Decidlo, sancionadlo, aprobadlo, si podéis. (*El presidio* 71)

Se dirige a los representantes del pueblo como si les estuviera hablando, como si les presentara este horrible espectáculo por escenas; continuamente los convoca a ver y, si no eran ciegos, a condenar. El joven escritor lo concibió como un documento de indignada acusación, no sólo por el maltrato físico, sino por el maltrato a la moral y a la condición humana. Se ha dicho que esta obra es una pieza única en la prosa martiana, porque a diferencia de sus otros escritos, aquí no se ve el período lleno de abundantes descripciones y de imágenes de mucha novedad; sin embargo, sus condiciones de prosista excepcional y explorador de nuevas formas literarias ya pueden distinguirse en sus páginas. Aquí emplea Martí párrafos en los que se repiten frases y palabras como imitando el castigo infernal de las canteras en un ciclo interminable.

El discurso colonial de *El Presidio político en Cuba* es el de un joven airado, pero consciente, que pedía respeto y libertad para su patria, apostrofando a los españoles para que se los concedieran. En *Lucía Jerez*, el escritor cubano desarrolla un discurso más evolucionado bajo la envoltura de un texto de ficción. En él, uno de los personajes le sirvió para conducir un relato adaptado a la realidad del movimiento independentista que liberaba.

En 1885, José Martí estaba en Nueva York y allí le encomendaron una obra que respondiera a la calificación de novela hispanoamericana. El texto se publicó por entregas en el periódico bimensual de la ciudad *El Latino-Americano*. El encargo le fue hecho a una amiga que lo trasladó a Martí. El texto apareció con el título de *Amistad funesta* y su autoría bajo el seudónimo de *Adelaida Baralt*; años más tarde, el autor decidió publicarla en un volumen titulado *Lucía Jerez*, recogiendo así el nombre del personaje principal de la obra. Martí escribe la novela en un momento de crisis emocional: su mujer y su hijo le acaban de dejar en la capital norteamericana para volverse a Cuba, y el año anterior había roto con los planes de Máximo Gómez y Antonio Maceo para reanudar la lucha por la liberación de Cuba; no le parecía que fuera el momento oportuno para embarcarse en una nueva guerra: estaban todavía recientes los nulos resultados de la Guerra Chiquita (1879-1880) y los efectos positivos de la de los Diez Años tardaban en llegar. El momento oportuno se presentaría una década después, en 1895. En el prólogo de la edición en libro Martí dice que la escribió en siete días y en un momento de desocupación. El desencuentro con los líderes militares lo refleja en su epistolario, como la carta dirigida a Máximo Gómez el 20 de octubre de 1884 en la que le dice:

Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento; y cuando en los trabajos preparativos de una revolución más delicada y compleja que otra alguna, no se muestra el deseo sincero de conocer y conciliar todas las labores, voluntades y elementos que han de hacer posible la lucha armada, . . . sino la intención . . . de hacer servir todos los recursos, de fe y de guerra que levante el espíritu, a los propósitos

cautelosos y personales de los jefes justamente afamados que se presenten a capitanear la guerra, ¿qué garantías puede haber de que las libertades públicas . . . sean mejor respetadas mañana? ¿Qué somos, General? ¿Los servidores heroicos y modestos de una idea . . . o los caudillos . . . que . . . se disponen a llevar la guerra a un pueblo, para enseñorearse después de él?. (I: 176-177)

Conocía bien Martí el corto recorrido de independencia de las naciones iberoamericanas para no ver cómo habían caído en manos de caudillos; su concepto de nación y de liberación colonial estaba en otra longitud de onda. Un año más tarde, el 9 de octubre de 1885, escribió a su amigo José Alfonso Lucena en términos parecidos de rechazo a una posible tiranía y sobre la falta de oportunidad de otra guerra, habida cuenta de la depauperada situación de la población cubana.⁷⁴

La ruptura con los que preparaban la nueva insurrección se hace pública en octubre de 1885 pero se venía incubando desde tiempo atrás; es en ese tiempo en el que Martí escribe *Lucía Jerez*, cuya primera entrega se publicó en mayo de ese mismo año. La postura anticolonial de Martí no había experimentado variación como se puede ver en las páginas de la novela; en ella que es posible diferenciar tres niveles de narración que responden a tres exposiciones, relatos o mensajes del novelista: el primero, que es el más amplio, como cumplimiento del encargo, es ocupado por la trama amorosa en la que debía haber mujeres, amor que no pudiera tildarse de pecaminoso ni objeto de censura por la moral familiar y religiosa, y donde no faltara la presencia de la muerte (110). El segundo nivel, más incidental, pero no menos significativo y congruente con el

pensamiento político y revolucionario del autor, es el que incluye una serie de pinceladas sobre la realidad americana con sus grupos sociales y la postura que Juan Jerez, personaje importante pero no protagonista, adopta frente a ella. Un tercer nivel es el de la dedicación que este personaje se impone como intelectual comprometido con la realidad que le rodea.

Lucía Jerez, como obra literaria, recibió poca atención de los críticos hasta que en 1953 un Congreso de Escritores Martianos la redescubrió. El propio autor no parece darle demasiada importancia cuando en el Prólogo la califica de *noveluca* (109), lo que sin duda pudo contribuir a que esta consideración peyorativa aumentara una apreciación poco valiosa del texto. Esta valoración de Martí puede no ser cierta, y quizá se deba más a una postura de falsa modestia, tópico bastante utilizado por autores clásicos españoles que él mismo debía conocer bien. El Congreso citado la calificó de novela modernista hispanoamericana y apreció en ella una sensibilidad ante las problemáticas sociales, a las que comenzaba a darse mayor importancia y realce en aquellos años. La novela es pionera en la corriente modernista que hunde sus raíces en el ideario estético literario del romanticismo, con su potenciación del sentimiento y la imaginación junto a la búsqueda de la belleza. Los modernistas van un paso más adelante que los románticos buscando la identificación del bien con la belleza, de la ética con la estética. Carlos Javier Morales, que edita y presenta en 2006 la segunda edición de Cátedra del texto martiano que se cita en estas páginas, dice que:

En su prosa todo son sorpresas . . . abundan los periodos largos y estructuralmente alambicados, articulados en extensos sintagmas no

progresivos; pero donde también podemos encontrar, casi siempre al inicio o al final del párrafo, una sentencia breve que enciende la llama de lo que ha de venir o que recapitula con un brillante símbolo todo lo que se ha dicho más arriba. (*Lucía Jerez* 32-33)

Lucía Jerez es la única novela de Martí: él mismo reconoce en el Prólogo que no había escrito otra antes y avanza que probablemente no le seguirá ninguna más. De corta extensión, desarrolla un argumento amoroso en el que se oye un discurso que trasciende la peripecia externa de un amor patológico, al abrirse el autor a la realidad hispanoamericana. Esta apertura se sitúa en la periferia de la narración pero le confiere una hondura de que carecería la trama. Sin ella, el texto quedaría sólo en novela rosa con valores literarios y estéticos de primera calidad. Cuenta una historia relativamente sencilla: Lucía está comprometida con Juan Jerez, pero la relación se ve ensombrecida por los patológicos celos de Lucía, que siente por Juan un deseo agresivo de posesión. Éste acepta de forma un tanto pasiva esta relación, y la simultánea con el deber político y social que siente como abogado por la defensa de la gente humilde y, en especial, de los indios. La entrada en escena de Sol, sencilla y bella joven a cuya familia ayuda y protege Juan, aumenta los celos de Lucía que ve en ella una contrincante. La patología de Lucía se acrecienta de tal manera que en una fiesta campestre, organizada para hacer la vida agradable a una amiga común que padece una enfermedad grave, Lucía mata de un disparo a Sol en presencia de Juan que presencia la escena horrorizado.

En la construcción de los personajes, Martí se muestra austero en la identificación física y generoso en el uso de recursos literarios, que dibujan su personalidad con trazos

firmer y certeros. Se pueden distinguir ciertos rasgos autobiográficos del autor en el personaje de Juan: su entrega a la defensa del débil, el aprecio por el indio sometido, y un cierto alejamiento del medio social que le rodea para acercarse a los márgenes, donde tratan de sobrevivir los que no cuentan para darles alguna visibilidad. En el personaje de Juan y en las informaciones que de él proporciona el narrador sitúa Martí su discurso anticolonial. En una novela sometida a las condiciones del encargo y en un universo estético como el del naciente modernismo en Latinoamérica, hacer suficientemente explícita una opción de oposición al mantenimiento de grupos subalternos no era lo más esperable. El medio y el objetivo no son tan explícitos como los que aparecen en *El separatista* de Eduardo López Bago, ni la intención crítica de la corrupción colonial de *Mi tío el empleado* de Ramón Meza se aviene con un tema amoroso traspasado por los celos como en *Lucía Jerez*. Sin embargo, Martí consigue cumplir con el encargo sin abandonar el gran tema que ocupa toda su atención y da sentido a su vida: la descolonización de Cuba dentro del objetivo más amplio de la construcción de una América que responda a la naturaleza e intereses de sus habitantes. Pero el revolucionario que lucha por el cambio en las estructuras de *Nuestra América* no oculta al artista, que maneja los resortes culturales que se van abriendo camino en la república de las letras en que ejerce de notable inspirador. De ahí que el crítico José Gomáriz, en su obra *Colonialismo e Independencia Cultural* diga al comentar la novela *Lucía Jerez* que:

El intelectual martiano se enfrenta al colonialismo doméstico de la república mediante una resistencia autóctona codificada en las ideas de originalidad e independencia estética y cultural. Entre los cortinajes de la

novela rosa, género que le exigía el editor, Martí desvela la condición colonial del subalterno, ese “plus” que transgrede la historia oficial, como menciona Zavala, y escribe un capítulo de la historia de la gente sin historia.⁷⁵ (146)

Los indígenas a los que Juan defiende son los subalternos que no tienen más voz que la que él les presta. La voz es propiedad de la clase dominante, del criollo que ha subido puestos en la escala social hasta acercarse a la del colono peninsular. El *otro*, el subalterno, sólo habla por boca del letrado Juan, un criollo que, impidiendo un nuevo expolio del indio, colabora a que el subalterno pueda ir haciéndose presente en la historia. Presencia que no será significativa hasta tanto tenga lugar el final del proceso descolonizador.

De este modo, el concepto de *subalterno* se articula en el sentido de discriminación y falta de voz del sujeto, de acuerdo con el manifiesto de deconstrucción de la “subalternidad” *Can the Subaltern Speak?* publicado en 1988 por Gayatri Chakravorty Spivak en el libro *Marxism and the Interpretation of Culture*. La autora establece que la “subalternidad” recoge toda representación bajo un poder hegemónico, incluso aunque la representación hegemónica fuera popular o democrática, de alguna manera. Más aún, otro aspecto de la condición del subalterno es el lugar en que surgen los retos políticos con respecto a los existentes, puesto que el hecho de que el subalterno esté en una situación de desigualdad generaría la negación de su voz (283). Por último, interesa la concepción del verdadero subalterno para Spivak en su obra *A Critique of Postcolonial Reason* en la que explica que el grupo “whose identity is its difference, there

is no unrepresentable subaltern subject that can know and speak itself” (272). En este sentido, José Martí merece el crédito de haber sido el primero en desarrollar la plena consciencia de la relación entre poder y cultura, ligadas indisolublemente a lograr la independencia política, apoyadas en la justicia, precedidas por la abolición de la esclavitud y seguidas por la emancipación de la condición de subalternidad.

Como ya se indicara al reflexionar sobre la postura de Eugenio María de Hostos ante el problema cubano, también al acercarnos a Martí no puede mi análisis quedarse sólo alrededor de la problemática de la Isla, sino trascenderla para tener en el horizonte a toda Latinoamérica, de ahí que en la última parte de este capítulo, tomo el ensayo *Nuestra América* como objeto de análisis para aproximarnos al pensamiento del autor cubano. *Lucía Jerez* no explicita el topos en que se desarrolla la acción. Los críticos parecen inclinarse por Guatemala, donde Martí pasó algún tiempo. No es, desde luego, Cuba, obviamente por las referencias que hay en el texto a los indios. Sin embargo, las líneas maestras del escritor se le pueden aplicar, descubriéndolas en los márgenes de la narración principal y verlas encarnadas en un personaje. El uso del lenguaje, la utilización de los recursos narrativos, como el estilo directo e indirecto libre y una sintaxis orientada a la persuasión, hacen que el texto genere una atracción al lector. Así lo señala Carlos Javier Morales en la introducción a la edición crítica cuando dice que:

Nuestro autor aboga por un discurso oratorio, persuasivo, que sea tan original y artístico como el lenguaje poético. Por esta razón se inspira en esa sintaxis alambicada y sorpresiva de nuestros estilistas del Barroco: pensemos en Quevedo y, especialmente, en Gracián. Estos autores se

servían de multitud de recursos (yuxtaposición, hipérbatos, paralelismos y otras figuras de repetición ...) para apartarse de la sintaxis lógica y emitir un discurso en unas estructuras oracionales y textuales envolventes, que provocan una reacción de asombro en el lector y favorecen así un efecto persuasivo. Para ello se hace indispensable el ritmo, que confiere a la prosa una virtud musical muy cercana a la que el verso posee por naturaleza.

(89)

La prosa de ficción de Martí, en concordancia con la corriente modernista de la que *Lucía Jerez* es pionera, está plagada de símbolos que sirven unas veces de base a estructuras impresionistas de gran poder sugerente, y otras que encierran imágenes simbólicas provocadas por la emoción que se prolongan en secuencias expresivas a lo largo del texto. Las flores, los colores, la luz, los objetos bellos, los pájaros y otros animales reales o imaginarios son medios a través de los que los símbolos, abundantes en el texto, atrapan al lector que se siente también enredado en construcciones lingüísticas nada sencillas y directas.

El discurso anticolonial de Martí en *Lucía Jerez* se muestra en apariciones esporádicas y ocultamientos prolongados. Ya al comienzo de la novela se hace presente en la descripción de una mañana de domingo en una localidad desconocida de algún país centroamericano. Hacen su aparición la sociedad elegante de la burguesía criolla y los grupos de indígenas. La primera está representada por Lucía y sus amigas; las familias pudientes y los pequeñoburgueses son encarnados por las figuras de los veteranos, los empleados que “parecen magistrados” (112) y los artesanos. Todos ellos asistirán después

a una fiesta que girará alrededor de un concierto cuya estrella será un exquisito intérprete venido de Centroeuropa. La sociedad indígena está también presente en el domingo en fiesta, pero su brillo será totalmente opaco pues son unos desarrapados que deslucen como los gusanos en las flores (112). Bajo este contrapunto crítico dibuja el autor una colonia que ha mantenido las relaciones de poder en que interactúan los grupos privilegiados con las capas más desfavorecidas. Martí ve en el escenario no tanto a Cuba como al resto de las que fueron colonias y ya eran repúblicas. Se trata de una organización social que continuó inalterada después de la independencia. Hay en este punto y en otros como se irá viendo, una estrecha relación entre las ideas y expresiones que aparecen en la novela y otras similares que se repiten años después en *Nuestra América*; recuérdense aquellas de que la colonia continuaba viviendo en la república y que, después de todo, el oidor, el general, el letrado y el prebendado seguían al mando de los resortes del poder de la nueva sociedad.⁷⁶

En *Lucía Jerez* están unidos el pensamiento político y las ideas estéticas. El personaje Juan Jerez es el vehículo del que se sirve Martí para expresar su discurso anticolonial. No pone en su boca una reflexión sobre la sumisión y falta de libertad, sino que es el narrador el que va desarrollando, al hilo de los actos de Juan, la concepción que el autor tiene de la realidad y los medios que utiliza para transformarla. La noble personalidad de Juan es la de un abogado con numerosa clientela entre los que no contaban, entre los invisibles, entre aquellos que eran más dignos del esfuerzo y afanes de un hombre generoso que de las disquisiciones entre leguleyos (115). Juan ha visto que la colonia se ha perpetuado en la república y siente, como intelectual comprometido con la

realidad circundante, la llamada a una dedicación para la erradicación de las estructuras injustas. Sus esfuerzos de profesional se han de dirigir al cambio de las reglas establecidas para desde allí poder defender a los más débiles. Juan es el intelectual que no va tras el éxito y no se vende al que detenta el poder. El autor le ve como un individuo entregado a una misión sagrada como sacerdote de la justicia y la igualdad. No está en un lugar aparte, ni privilegiado, ni por encima de los que tiene que ayudar, sino como el que se entrega y tiene que dar cuenta de su dedicación a los mismos por y para los que trabaja. Resuenan estas ideas en lo que Martí dice de sí mismo en múltiples ocasiones a lo largo de sus escritos. Valgan unos ejemplos, distantes en el tiempo, de sus cartas a José Antonio Lucena y la dirigida a su amigo Manuel Mercado, la última, inconclusa, salida de su pluma.⁷⁷

El narrador de la novela sitúa la defensa de los indios en la periferia de la trama. En el núcleo despliega su protagonismo la burguesía criolla. La actuación de Juan no provoca por sí misma el rechazo de Lucía, sino por la implicación que tiene en el tiempo que dedica a su trabajo y la tardanza en estar con ella. Ocurre al principio y al final de la novela. Al principio cuando el lector apenas conoce a los personajes. Al final cuando se precipita la acción con la trágica explosión de los celos de Lucía. Al terminar la trama amorosa con la muerte del personaje Sol y el entramado amoroso se adivina disuelto, parece vislumbrarse una victoria en la defensa del débil: Juan trata de impedir que el gamonal, que ambiciona las tierras de los indios, termine arrebatándoselas. El gamonal, como nuevo colono, también juega sus cartas intentando comprar la voluntad del juez con un regalo. Es en la periferia donde germina el anticolonialismo porque allí están los que

no cuentan y allí debe estar el intelectual que les represente y les preste su voz. El narrador provoca un desplazamiento del interés del lector desde el centro, donde la burguesía ciudadana establece sus normas a todos los demás, mientras que en el campo se ventila la supervivencia de los indios, de sus derechos y su cultura.

La defensa de la cultura autóctona, y de la educación conectada con ella, es uno de los pilares del anticolonialismo. El colonialismo como implantación en un territorio de un poder distante no aparece en *Lucía Jerez*, pero Martí detecta lo que Said llama “cultural imperialism” (291) sobre los universos conceptuales de habitantes de otros espacios. Para éste ya no está vigente en nuestra época el colonialismo directo del siglo XIX y su prolongación en la primera parte del XX, pero un imperialismo cultural, sucesor del colonialismo anterior, pervive en múltiples manifestaciones.⁷⁸ Said escribe un siglo después de la aparición del texto de Martí, pero sus palabras tienen aplicación cumplida en la reflexión que hace el narrador al decir que a:

tantos de nuestros jóvenes pobres, en pueblos donde por viejas tradiciones coloniales se da a los hombres una educación literaria . . . que no halla luego natural empleo en nuestros países despoblados y rudimentarios, exuberantes, sin embargo, en fuerzas vivas, hoy desaprovechadas o trabajadas apenas. . . . De modo que . . . con nuestras cabezas hispanoamericanas, cargadas de ideas de Europa y Norteamérica, somos en nuestros propios países a manera de frutos sin mercado, cual las excrecencias de la tierra, que le pesan y estorban, y no como su natural florecimiento . . . (*Lucía Jerez* 116-17)

Estas ideas las concreta Martí en *Nuestra América* cuando afirma en una acertada metonimia que la universidad europea ha de dar paso a la americana, que la historia que se ha de enseñar es la de los pueblos americanos y no la de la antigüedad grecorromana, y que la política ha de estar en manos autóctonas y no de los que tratan de imitar a los anteriores colonizadores.⁷⁹

Said, refiriéndose al surgimiento del nacionalismo en Irlanda y otros países, distingue dos momentos políticos distintos. El primero se concreta en la percepción de un imperialismo cultural y el segundo se presenta más abiertamente liberacionista. El primero se puede aplicar con toda justicia a lo que se viene afirmando sobre la postura de Martí y de su personaje Juan Jerez respecto de Latinoamérica. Así se expresa el intelectual palestino:

The first was a pronounced awareness of European and Western culture *as* imperialism; this reflexive moment of consciousness enable the African, Caribbean, Irish, Latin American, or Asian citizen to assert the end of Europe's cultural claim to guide and /or instruct the non-European or non-mainland individual. Often this was done first, as Thomas Hodgkin has argued, by "prophets and priests", among them poets and visionaries, versions perhaps of Hobsbawm's "primitive rebels". (224)

Tanto Martí como Juan Jerez responden a estas caracterizaciones. El primero se siente comprometido en la propagación de un mensaje de independencia, y por ello se le calificaría de *apóstol*; fue también poeta, que puso al servicio de aquella su inspirada vena de vate de reconocido prestigio. Juan vive también su dedicación a ayudar a los que

ocupan los márgenes de la sociedad burguesa como un sacerdocio; también es un poeta genuino de “versos extraños, adoloridos y profundos” (*Lucía Jerez* 119), al decir del narrador de la novela.

Una patria colonizada es una patria que no se conoce. En su búsqueda está Juan que, ausente en lo referente a la fama, se hace visible cuando se trataba del honor y de la libertad de los oprimidos (*Lucía Jerez* 118). En la patria desconocida se reconoce Juan, como se reconoce Martí en la medida que dedicó su vida a hacerla emerger, a separarla de la metrópoli que la tenía colonizada. Juan es el *alter ego* de Martí, de ahí que de alguna manera *Lucía Jerez* encierre también, decíamos más arriba, rasgos autobiográficos del autor. El joven Martí de *El presidio político en Cuba* sufre prisión y trabajos forzados que ponen en riesgo su vida, y escapa a una muerte segura por aplicación de una conmutación de pena por el exilio en España. Joven estudiante es también Juan Jerez al manifestarse junto con otros compañeros cuando la libertad estaba en peligro, cuando se amenazaba a la prensa o se cuestionaba la posibilidad de practicar el derecho de voto.

Juan con otros compañeros:

en silencio, y desafiando la muerte, pálidos como ángeles, juntos como hermanos, entraban por la calle que iba a la casa pública en que habían de depositar sus votos, una vez que el Gobierno no quería que votaran más que sus secuaces, y fueron cayendo uno a uno, sin echarse atrás. . . . Aquel día quedó en salvo por maravilla Juan Jerez, porque un tío de Pedro Real desvió el fusil de un soldado que le apuntaba. (*Lucía Jerez* 175)

En este punto veo conectadas las tres obras sobre las que discurren estas reflexiones, a propósito del discurso de Martí sobre el problema del colonialismo en Cuba y del neocolonialismo en las repúblicas americanas. La referencia a *El presidio político en Cuba* y a *Lucía Jerez* se completa con la que sigue sobre *Nuestra América*. En el párrafo décimo de este ensayo, Martí contempla esperanzado el futuro de América por la actitud que ve en la juventud. En ella se apoya su pronóstico de que estos países se salvarán, porque:

Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear . . . ¡Bajarse hasta los infelices y alzarlos en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando por las venas, la sangre natural del país! (165)

Martí escribió su famoso ensayo *Nuestra América* en 1891. A todas luces se impone al lector la constatación de que en sus páginas está la cristalización de su pensamiento político. Tiene otras lecturas, entre las que se encuentra la de ver en él un verdadero manifiesto de las esencias autóctonas de la cultura hispanoamericana. A nuestro propósito interesa aquí reflexionar sobre el primer aspecto señalado. Frente a una América que se debate entre aceptar o rechazar, y en qué medida, el colonialismo europeo, o estar a ver qué derroteros seguiría el imperialismo norteamericano, Martí propone una América diferente y autóctona. *Nuestra América* es el texto que mejor condensa este proyecto, que unas veces aparece esbozado y otras desarrollado en

múltiples escritos con ocasión de acontecimientos, conferencias, discursos, artículos de prensa y cartas dirigidas a distintas personalidades y amigos. El título es una apropiación de la realidad y el futuro de los pueblos colonizados por España en aquellas latitudes, frente a la América que evolucionó desde la colonización anglosajona. Se publicó en Nueva York el 1 de enero de 1891 en la “Revista Ilustrada”, una vez concluida la conferencia Internacional Americana y las reuniones de la Comisión Monetaria.⁸⁰ En *Nuestra América* y en *Madre América* Martí sintetiza y ordena las ideas dispersas que vertió en las crónicas e informes sobre estos acontecimientos. Los dos escritos, junto con una intensa actividad política y literaria, además de la fundación del periódico *Patria* y la creación del Partido Revolucionario Cubano, se sitúan dentro de su etapa de estancia en Norteamérica que va desde 1880 hasta 1895. El análisis crítico de la situación de las repúblicas iberoamericanas y de los territorios que seguían siendo colonias como Cuba, le condujo a la formulación de propuestas con las que pretende propiciar un cambio de rumbo en su política.

Aunque Martí dirigía el foco de su atención a toda la América Latina, no por ello deja olvidada la situación de Cuba. La lucha anticolonial que tenía entablada con España no pasa a segundo plano sino que, dando la batalla por ganada, ponía a la Isla junto a las demás repúblicas que, por cierto, tampoco estaban libres de intentos de un nuevo colonialismo de corte europeo y, sobre todo, del fenómeno imperialista que iba tomando cuerpo e importancia en Norteamérica. En aquellos años, Martí entró en liza en las polémicas sobre la cuestión nacional, racial y social. Como consecuencia de su capacidad de convencimiento, ejemplo personal y cualidades oratorias y literarias se convirtió en el

líder de un nacionalismo popular, que daría continuidad a los ideales que marcaron el enfrentamiento con España en la década 1868-1878. Dentro de ese periodo se produjo la abolición de la esclavitud en Cuba y se percibió la necesidad imperiosa de articular las relaciones entre las razas como parte del reto más amplio de la liberación nacional. Para Martí, la nueva nación tenía que tener una configuración multirracial como corolario de la victoria sobre el colonialismo que España había practicado en la Isla. Veía la discriminación y sometimiento de la gente de color como un elemento que había apoyado no sólo el paso de un régimen de conquista a otro de colonia, sino que había mantenido el estatus colonial reflejado en la pirámide social: primero los peninsulares, después los criollos y, por último, el grupo de color. La nueva nación tenía que ir surgiendo de entre otras fuentes, de la recuperación de la memoria de la Guerra de los Diez Años, en la que los diversos grupos étnicos habían luchado en pie de igualdad, y de la concepción antirracista del hombre, en oposición a las teorías que asignaban virtudes, derechos, deberes y tareas en función de la etnia.

Se vio anteriormente que Martí tenía desde muy joven una vocación política dirigida a la reivindicación de la dignidad de Cuba, como patria independiente de la nación española. Lo hemos visto demostrado claramente en *El presidio político en Cuba*. En los últimos años setenta, cuando Martí había madurado después del destierro en la metrópoli, se encontraba con la existencia de varias corrientes de pensamiento político y de acción: la que quería una asimilación con España, la de los liberales autonomistas, la de los anexionistas a Norteamérica y la de los que optaban por continuar la lucha por la independencia. Martí, sin descartar esta última, se dedicó a influir y a organizar los

instrumentos que hicieran posible una insurrección popular, que consiguiera liberarse del colonialismo español y previniera el neocolonialismo imperialista de los Estados Unidos. No era descartable que Cuba se incorporara a un capitalismo que se caracterizaría por un control de las fuerzas productivas y una ciudadanía limitada en sus derechos políticos y sociales; a esto se añadiría un aumento de los ya fuertes nexos económicos con el Norte, y se fomentarían ciertas modernizaciones en un espacio cultural español y criollo. Español porque tenía sus raíces en el idioma y la historia común anterior, y se sustentaría sobre el fondo de una autonomía política y económica, que mantuviera una situación colonial más civilizada y menos represiva. El elemento criollo debería tener una presencia significativa, con una preponderancia de la raza blanca y una paulatina incorporación de la de color. Se trataba de una nueva formulación del colonialismo, en el que ambos elementos estarían definidos por sus intereses y en la que las pretensiones de Estados Unidos sólo tuvieran una aceptación limitada.

El trabajo de Martí se dirigió a impedir que Cuba siguiera este camino, rompiendo totalmente amarras con el colonialismo español, al tiempo que ponía barreras al neocolonialismo que se quería establecer desde el Norte; para ello había que hacer aflorar las fuerzas que conformaran los sentimientos nacionales de pertenencia a una comunidad, que dieran salida a los esfuerzos e ilusiones que habían cristalizado en la guerra de los setenta. Martí buscaba definir una identidad nacional que fuera asumida por la mayoría, cerrando el paso a que una burguesía que estuvo a bien con la esclavitud, y abanderara la construcción nacional, al tiempo que se ponían diques a que Estados Unidos controlara Cuba. Martí dedicó a este objetivo su trabajo intelectual y periodístico uniendo el destino

de Cuba al de las demás naciones iberoamericanas. Concebía el destino de Cuba como común al de estas naciones, como si tomara la antorcha que se apagó con el final del sueño de Simón Bolívar (1783-1830), y la encendiera de nuevo con vistas a un proyecto nacional para todos. La expresión tiene un gran valor retórico, pero encierra también el proyecto de confirmar que la lucha anticolonial de Cuba no se entendía sin la conexión con la independencia de toda Hispanoamérica. El 18 de junio de 1892, al año siguiente de salir a la luz *Nuestra América*, escribía en el periódico *Patria*, fundado por él en Nueva York el 14 de marzo del mismo año, que

Es cubano todo americano de nuestra América, y en Cuba no peleamos por la libertad humana solamente, ni por el bienestar imposible bajo un gobierno de conquista y un servicio de sobornos, ni por el bien exclusivo de la isla idolatrada, que nos ilumina y fortalece con su simple nombre: peleamos en Cuba para asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana . . . (*Obras Completas*, V: 375)⁸¹

Su pensamiento y acción anticolonial no se agotan en Cuba ni en las otras Antillas, sino que trascienden hasta los países que le precedieron en la independencia varias décadas atrás. Este es el horizonte conceptual en el que se despliega la concepción americanista del ensayo *Nuestra América*, que denuncia la incapacidad de los latinoamericanos para llevar la justicia y el progreso a sus países. Este también el tema central de las reflexiones del autor en *Lucía Jerez*.

El estilo literario de este texto se encuadra dentro de la escritura modernista aplicada al subgénero del ensayo. No se trata de una pieza oratoria como la de los

discursos, sino de un texto en el que se reflexiona sobre la historia americana y el porvenir de sus naciones, con un lenguaje en el que abundan las figuras retóricas y la musicalidad de las expresiones, forzando incluso a la sintaxis a aceptar excepciones a sus propias reglas. Están presentes las antítesis, el hipérbaton, la enumeración y las sentencias aforísticas, que iluminan un pensamiento sencillo a la vez que profundo. Aunque no sea una pieza oratoria, late en el razonamiento que está al fondo de las imágenes y los símbolos, el propósito de convencer al lector. Los recursos literarios y la disposición de los distintos párrafos están dirigidos a estimular la búsqueda del ser de la nueva América, que Martí encuentra en el mestizaje evidente que ya puso de manifiesto Bolívar en su *Carta de Jamaica*, al decir de los americanos que: “Mas nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte no somos indios, ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles” (2). Martí no tiene delante otra realidad que la de una sociedad mestiza, que al correr de los años, ha generado también una cultura mestiza. La confrontación primero, y la coexistencia y mezcla después entre los propietarios y los usurpadores han ido dando lugar a unas sociedades que, al buscar su identidad, no tienen por menos que verse en el espejo del mestizaje. Martí se encarga de hacer una llamada a la búsqueda de los valores más genuinos y auténticos a que dé la mezcla resultante.

La prosa esencialmente poética del ensayo *Nuestra América* expone mediante un lenguaje simbólico un ideario moral, social y político. Consta de doce párrafos de los que los dos primeros presentan y alertan del peligro que se cierne sobre las ya naciones independientes de América y de las que van a estarlo en breve. Los ocho siguientes

analizan los avatares de esas naciones y las circunstancias en que se presenta la amenaza, para concluir en los dos últimos con una visión profética y esperanzadora que anuncia la superación del peligro. Tienen una fuerza poderosa los símbolos del reino vegetal y animal, el árbol y el tigre, en la caracterización de las dos Américas, la del norte y la del resto, para confluir al final en la del Gran Semí, como espíritu ancestral caribeño que planta semillas, sinónimo de esperanza e integración del subcontinente americano.

Martí había vivido en sus propias carnes la opresión del colonialismo español y, cuando ve en el horizonte su fin, detecta con total claridad que la tarea no terminaba con llegar a la independencia, porque el peligro de un neocolonialismo estaba a las puertas. La experiencia de naciones independientes vecinas mostraba los estrechos vínculos de dependencia que les unían a naciones del viejo continente, a las que suministraban materias primas y de las que consumían sus manufacturas. El aumento del comercio llevó a una política de préstamos que dejó a aquellas repúblicas a merced de las iniciativas extranjeras. La apertura a Europa implicaba una dependencia que llevaba consigo la aparición del fenómeno neocolonial, sustentado en una oligarquía que defendía más su papel de intermediario con los poderes extranjeros que los propios intereses nacionales; esto dio origen a unas dictaduras que mezclaban el caudillismo con cierto espíritu progresista. Martí era consciente de esta situación y respondió con una visión clara en la Conferencia Internacional Americana celebrada en Washington en 1889; la conferencia tenía como objetivo la implantación de un sistema panamericano en lo político y en lo económico dirigido por los Estados Unidos. Frente a la realidad de una América que se debatía entre el neocolonialismo europeo y el imperialismo americano, Martí propone

una América diferente, autóctona. El discurso sobre cómo debería ser consiste en alejarse de las dos y encontrar la verdadera naturaleza de su América en ella misma, liberándose del complejo de haber sido colonizada; porque como señala Spurr, la situación colonial se prolonga de alguna manera en la fase poscolonial dado que “neither the historical nor the cultural sense does the postcolonial mark a clean break with the colonial: the relations of colonizer to colonized have neither remained the same nor have they disappeared” (6).

La ruptura total con la dependencia anterior no se da en todos los colonizados, ya que hay muchos individuos que después de la liberación sufren un complejo psicológico de estar siempre detrás, y lo manifiestan al seguir repitiendo pautas de comportamiento aprendidas de las que vieron en el colonizador, y se conducen de manera que no saben manejarse con distintas concepciones a las que vieron como dominantes en tiempos anteriores. El peligro se conjura si todo el pueblo toma como tarea la creación de la nación, rompiendo con las ataduras de la fase colonial. La pujante burguesía criolla partidaria de la independencia esperaba ocupar el lugar de la anterior población peninsular y la cubana aliada con ella, y podía verse enredada en el atractivo de unos intereses de clase que le llevaran a convertirse en intermediaria de las pretensiones de la anterior metrópoli y, lo que era más amenazante, de los del poder económico del Norte que estaba asentándose firmemente en la Isla. Martí quiere evitar lo que Frantz Fanon (1925-1961) advertiría décadas después cuando dice en *Los Condenados de la Tierra*: “La burguesía nacional descubre como misión histórica la de servir de intermediario. Como se ve no se trata de una vocación para transformar la nación, sino prosaicamente de servir de correa de transmisión a un capitalismo reducido al camuflaje y que se cubre

ahora con la máscara neocolonialista” (Fanon 139-40). En este sentido, *Nuestra América* tiene un objetivo político: la lucha por la libertad completa de América, y la búsqueda para la causa del apoyo de los países americanos y de los intelectuales de su tiempo. Cuba es lo que queda de la Aldea que es América y ha de despertar y marchar junto a las restantes aldeas. Martí era consciente, como se señalaba anteriormente, que buena parte de las estructuras coloniales habían logrado permanecer en los nuevos regímenes latinoamericanos, porque: “la constitución jerárquica de las colonias resistía la organización democrática de la República. . . . Nos quedó el oidor, y el general, y el letrado, y el prebendado”(Ensayos y crónicas 162, 164). De este lastre se ha de liberar también América, para dar paso a una segunda independencia en la que ya estará Cuba al lado de las demás repúblicas.

Pensaba el *apóstol de la independencia* que era falso tener que elegir entre la civilización y la barbarie, porque el progreso habría de llegar por una acertada toma de posición; se trataba de un falso dilema, pues no se basaba en un planteamiento razonable, porque las mentes que todavía operaban con esquemas de la colonización eran incapaces de llevar adelante un buen gobierno de los países. Era en la naturaleza del pueblo que se iba a dirigir donde se hallaban las claves del gobierno que se esperaba. Los elementos importados sin más no eran útiles ni servían para que el pueblo se reconociera, se identificara y se prestara a marchar adelante. Lo decía con una prosa sugerente, luminosa y a la vez llena de ideas y sensaciones en *Nuestra América*:

La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales,

de composición singular y violenta, con leyes heredadas. . . . Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. . . . Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador. . . . Injértese en nuestras Repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. . . entró a padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico. . . . Ni el libro europeo ni el libro yanqui daban la clave del enigma hispanoamericano. (*Ensayos y crónicas* 159-64)

No está fuera del ser y el devenir de esos pueblos la solución al interrogante de cómo y a dónde ir, sino en ellos mismos, y allí han de encontrar los dirigentes las respuestas y organizar los programas de actuación.

El peligro mayor que acechaba la construcción de un futuro propio venía de cerca, de la otra América, del imperialismo norteamericano. Martí lo conocía bien, desde dentro, pues dentro del monstruo había estado. Lo presentaba bajo su nombre y también bajo las metáforas de animales depredadores como el tigre y el águila, y la figura del gigante que holla lo que pisa (*Nuestra América* 157-167). Martí reconoce el valor del

pueblo del Norte como creador de riqueza, pero no disimula su potencia dominadora, su instinto para la apropiación, su capacidad de convicción y su arrogancia para imponerse. El rechazo de Martí al imperialismo norteamericano no le impedía, sin embargo, ver la realidad: los Estados Unidos podían desempeñar un papel importante de apoyo a la independencia cubana, que, una vez consumada, podía serles muy beneficiosa; es más, prevé unas relaciones económicas mejores que las que como colonia española tenía con ellos. Algunas de sus frases no disimulan el peligro de que un neocolonialismo atrapara a Cuba, y Martí no lo rechaza sino que parece estar de acuerdo con que los Estados Unidos lo practicasen. Son muy numerosos los textos que el cubano dio a la luz y no es de extrañar que entre ellos se deslizaran expresiones que pueden reflejar o su pensamiento real o una postura táctica para conseguir apoyos a su causa. Sirvan de muestra algunas expresiones como las contenidas en su Carta al *New York Herald* del 2 de mayo de 1895, poco más de dos semanas antes de su muerte, cuando ya estaba incorporado a las fuerzas independentistas: “Los Estados Unidos, por ejemplo, preferirían contribuir a la solidez de la libertad de Cuba, con la amistad sincera a su pueblo independiente que los ama, y les abrirá sus licencias todas, a ser cómplice de una oligarquía pretenciosa y nula. . .”. Más adelante añade: “Al pueblo de los Estados Unidos mostramos en silencio, para que haga lo que deba, estas legiones de hombres que . . . marchan sin ayuda a la conquista de la libertad que ha de abrir a los Estados Unidos la Isla que hoy les cierra el interés español”. (IV: 156-160). Estas ideas explicitan lo que ya escribiera en agosto de 1892 a su amigo Gerardo Castellanos al que dice: “Que no procuramos, por pelear innecesariamente contra el anexionismo imposible, captarnos la antipatía del Norte; sino que tenemos la firme decisión de merecer, y solicitar, y obtener, su simpatía, sin la cual la independencia

sería muy difícil de lograr, y muy difícil de mantener” (II: 86) El reconocimiento de esa dificultad está en consonancia con que la apertura ilimitada de los mercados de Cuba daría pie a los Estados Unidos a practicar un neocolonialismo que, además, vendría apoyado por la ayuda militar a la independencia que Martí parece pedirles. Se puede comprobar si los hechos no vinieron después a confirmar la sospecha.

Martí tiene un mensaje optimista para América cuya salvación ve en la adopción de soluciones propias que impliquen la participación de las masas de los oprimidos, del indio mudo, del negro oteado, del campesino creador en su ensayo (157, 158, 160, 161, 163). La unidad es indispensable para la deseada y proclamada segunda independencia. Es la unidad que surja de levantar a los humildes y convocarlos a la misión de hacer país, de crear, de hacer una América nueva. Esta segunda independencia de unos es para otros la primera. Cuba y Puerto Rico han de conseguir su liberación nacional. Ya desde la fundación del periódico *Patria* se habla de la futura guerra que la hará posible. A su ambientación y preparación dedica Martí un extenso artículo titulado *Nuestras ideas* con el que nace el periódico; en otro posterior del 9 de julio de 1892, con el título *La guerra*, se dedica a razonar por qué no es todo horror en ella, sino que también sirve para fomentar la bondad y la justicia entre los hombres. Se trata de una línea maestra de su pensamiento, con la que presenta su convicción de que la Guerra de los Diez Años fue beneficiosa para preparar los ánimos y las voluntades de más cubanos para lanzarse a la definitiva liberación de su patria. El primero de los artículos, recogido en *Nuestras ideas*, bajo la sección del periódico *Patria* en sus obras completas, termina su larga reflexión sobre la cercana guerra, con una serie de expresiones referidas a los españoles que son de

un tenor casi literal al que usará tres años después en el *Manifiesto de Montecristi*, al hablar de la patria que nacerá más pronto que tarde (I: 321). El propósito, pues, de Martí no se expresa sólo en la formulación de una negación, la liberación de una opresión, del colonialismo, sino que se despliega en una afirmación positiva como es la llamada a una verdadera fundación de la nueva nación. A ella serán bienvenidos los anteriores colonos que luchan contra lo que significó la política colonial de su propia patria.

Martí es uno de los personajes creadores que imaginaban la nación cubana a lo largo de su discurso anticolonial. Con razón ha recibido *post mortem* el título de *apóstol de la independencia cubana*, de apóstol de América. Ambos apostolados le son atribuibles con toda justicia. El apóstol es un enviado, el propagador de una doctrina o creencia religiosa, pero también de unas ideas sociales o políticas. La misión no le viene a Martí de un ente transcendente, sino del inmanente estado de postración en que encuentra a su Cuba natal y a la América hispana, que ha visitado en varios de sus territorios. El apostolado inicial que nace con la misión de propagar la idea de una Cuba libre del colonialismo en que está atrapada desde hace siglos, se amplía a toda la América hispana; a ella se dirige con el mensaje de que ha de liberarse del neocolonialismo europeo y sobre todo del imperialismo norteamericano. El apóstol ha imaginado una nación, la suya, y la ha presentado a la lectura de todos en artículos periodísticos, discursos, cartas, informes, ensayos, poesías y hasta en una novela. El periódico *Patria* y múltiples colaboraciones en otros medios han sido el canal de transmisión de sus ideas, las mismas que repite con distintos ropajes y nuevos símbolos en ensayos como *Madre América* y *Nuestra América*. La escritora española Eva Canel (1857-1931) en un artículo

de prensa publicado en Madrid en el periódico *El Día* el 4 de junio de 1892, afirma que conocía íntimamente al jefe del movimiento independentista, que por aquel tiempo estaba adquiriendo un notable incremento entre los cubanos residentes en Estados Unidos. El compromiso político de Eva Canel no le impidió reconocer la valía de José Martí al que conoció en Nueva York y al que le unió una gran amistad, a pesar de la distinta trinchera en que ambos militaban. En la colaboración de *El Día* de Madrid, haciéndose eco de la efervescencia independentista entre los cubanos emigrados a la ciudad norteamericana, advertía del peligro que suponía el poder de convocatoria del líder cubano con vistas a una nueva insurrección, después de los años transcurridos desde la Paz del Zanjón (1878). De Martí dice, tres años antes del comienzo de la guerra definitiva, que:

Es el apóstol convencido, obsesionado, si se quiere; pero de la madera que se hacen los mártires de una idea. . . . Su dulzura eterna, su entereza indomable y las muchas simpatías que goza entre los sudamericanos hacen de él un arma terrible para la causa de España en Cuba. Martí no es enemigo de los españoles; quiere bien a la Península, pero quiere más a Cuba libre. De la anexión a los Estados Unidos no hay que hablarle. Ahora bien, amiga particular suya, adversaria en esta determinada cuestión, yo cumplo con mi deber de corresponsal, dando la voz de alerta. . . . Aquí nadie se ha dado por entendido. . . . El periódico Patria, órgano del partido revolucionario cubano, debe ser conocido para ellos como lo es para mí.

(*El Día* 2)

Esto lo escribe en 1892; un año antes había llegado Eva Canel a Nueva York donde Martí le prestó una gran ayuda. Las alabanzas a Martí y los entrañables recuerdos sobre *el apóstol* que relata en su libro *Lo que vi en Cuba (a través de la isla)* (1916), no son inventados cuando la Isla es libre, sino que son coherentes con lo que se dice en la cita anterior (203-205). Dice de Martí que no es el vulgar enemigo de España que: “trina y vocifera contra la madre patria. No; es el apóstol convencido, obsesionado, si se quiere; pero de la madera que se hacen los mártires de una idea” (*El Día* 2). Eva Canel, ya en 1892, habla de Martí como de un apóstol por su actuación en pro de la independencia cubana.

Martí imaginaba a Cuba como una nación a la que se podía aplicar el esquema que Benedict Anderson establece para las comunidades imaginadas por el nacionalismo decimonónico. La interpela al principio de *Nuestra América* al dirigirse a ella de esta manera: “Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada . . . las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra” (157). La publicación del ensayo en importantes periódicos latinoamericanos hizo que en sus ideas se reconocieran sus destinatarios como parte de una comunidad imaginada. Comunidad que, luchando por su soberanía y dentro de los límites que le imponían el mar y sus costas, se veía asentada en una solidaridad y fraternidad forjada en una lucha de años. Aunque Martí residió en Cuba pocos años, la imaginó como nación a partir de la educación que recibió en la adolescencia, el contacto con otros emigrados y las experiencias vividas en diversos países hispanoamericanos. La conciencia de los límites

naturales de la Isla y la actividad política que le lleva finalmente a participar en la guerra por la independencia y morir en ella, le reafirmaron en el convencimiento de que Cuba era realmente una comunidad, que tenía unos límites y un derecho a ser soberana. Se trata de las notas que Anderson ve en las naciones como *Imagined Communities* (5-7).

Martí se dio cuenta de que el colonialismo español tenía como uno de sus pilares de sustentación una estructura social racista. El absolutismo y falta de libertades políticas y sociales que soportaron los criollos durante muchos años se atemperaron con no pocas limitaciones después; sin embargo eran totales en buena parte del grupo de color, por ello condenar el racismo implicaba trabajar activamente para suprimir el colonialismo en uno de sus apoyos teóricos, el de la superioridad de una raza. Martí había visto frustrarse una temprana presunción de integración racial en Estados Unidos, y no quería para Cuba la permanencia de un problema tan importante cuando fuera una república libre. Por ello niega que haya razas y condena el odio racial. En el programa que es *Nuestra América* no podía faltar la toma de una postura decidida, habida cuenta de la presencia en aquellas tierras no solo de etnias aborígenes sino de otras traídas en diversas épocas. Cuba no conservaba descendientes directos del pueblo nativo a la llegada de los conquistadores, pero tenía una no pequeña población de color. Por eso Martí se atreve a decir: “No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza. . . . Peca contra la Humanidad el que fomite y propague la oposición y el odio de las razas” (167). Suprimir el racismo está en la base de la democracia que se quiere para la nueva república; era imprescindible

atacar en su raíz uno de los ingredientes de la naciente cuestión social. Una posible lucha de clases podía complicar de forma significativa en Cuba su marcha en la creación de una nación nueva. Martí no podía ignorar que un lastre de ese peso complicaría su proyecto, si no es que se daba paso a un proceso involutivo de consecuencias imprevisibles.

En el artículo que publica el 16 de abril de 1893 bajo el título de *Mi raza*, Martí sintetiza su pensamiento sobre el tema teórico del racismo y cómo no ve que vaya a surgir en Cuba una posible guerra de razas. Ya en la *Constitución de Guáimaro* (1869) se declaraba libres a todos los habitantes de la Isla.⁸² En un estilo sencillo afirma que:

El negro, por negro, no es inferior ni superior a ningún otro hombre; peca por redundante el blanco que dice: "Mi raza"; peca por redundante el negro que dice: "Mi raza". . . . Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. . . . En los campos de batalla murieron por Cuba, han subido juntas por los aires, las almas de los blancos y de los negros. En la vida diaria de defensa, de lealtad, de hermandad, de astucia, al lado de cada blanco hubo siempre un negro. . . . En Cuba no habrá nunca guerra de razas. La República no se puede volver atrás, y la República, desde el día único de redención del negro en Cuba, desde la primera Constitución de la independencia, el 10 de abril en Guáimaro no habló nunca de blancos ni de negros. (*Ensayos y Crónicas* 172-174)

En dos planos se va a gestar la nueva nación: uno viene impuesto por la historia de una situación colonial y su rechazo violento expresado en luchas por la libertad, y otro se sustenta en valores humanos que han de ponerse en lugar preeminente. Señala Martí una

singularidad entre la abolición de la esclavitud en Puerto Rico y Cuba: la de aquella isla fue una decisión adoptada por España, y la de Cuba fue arrancada como efecto del final de una larga guerra. En la lucha intervinieron juntos esclavos y sus dueños, lo que llevaba a considerar esta cooperación como una redención nacional, como un acto fundacional de importancia capital para el nacimiento de una nación, sin la herencia envenenada que pudiera legarle el colonialismo.

Es claro que la dimensión histórica de Martí no se puede encerrar en la visión parcial a la que lleve el enfoque de uno u otro aspecto de su personalidad y su obra. Cualquier acercamiento a cuanto dijo y significó, a cuanto escribió e influyó, se puede ubicar en las dos coordenadas que sirven a Roberto Fernández Retamar (1930-) para situarle como el iniciador de una nueva etapa de la historia política de Cuba y el que abre un nuevo camino a la literatura de su país.⁸³ Si bien la figura del político es la que sobresale y la que ha llegado más algo en la apreciación y conocimiento general, sus ideas no pueden separarse del vehículo literario con el que las transmite. El instrumento de comunicación y la forma en que se articula confieren a las ideas una fuerza y un significado que las potencia en la consideración del lector. El inicio de una etapa y la apertura de un nuevo camino van unidos en la andadura no exenta de avances y retrocesos que, después de la desaparición del apóstol, inició la nueva República Antillana.

Conclusión

Llegado el momento de culminar este trabajo sobre textos en español acerca del problema cubano enmarcado por el hecho colonial, procede hacer una recopilación de las ideas que se han ido exponiendo y señalar alguna línea de continuación en la reflexión que se acaba de ultimar. En el inicio de este estudio expuse el panorama que presentaban España y Cuba en lo concerniente a la relación colonial que existía entre ellas, las posiciones defendidas por los distintos grupos humanos que intervenían y las perspectivas de futuro que razonablemente se atisbaban, habida cuenta del medio económico y la confluencia de fuerzas que en el mismo interactuaban. Asimismo, he hecho referencia a la oposición al colonialismo en España y a las características de las relaciones de todo tipo entre la metrópoli y la colonia. Después de señalar el afianzamiento de una entidad propia en la Isla revisé las distintas opciones que generaba una situación que no podía mantenerse inalterada como lo estaba siendo hasta en la última decena del siglo XIX. También hice mención a las posiciones reformadoras de los autonomistas, a las continuistas como las de la Unión Constitucional y a las rupturistas tanto originadas en el anexionismo como en la independencia. Como ha sido posible observar, estas posiciones presentaban un abanico muy diverso pues las había desde las que se decantaban por mantener la situación dada, hasta las que propugnaban un cambio radical en las relaciones entre los dos pueblos.

Sobre este horizonte se ha ido haciendo explícito a través de mi análisis de los textos el pensamiento de ocho escritores, cinco españoles y tres caribeños, que iluminan los términos del problema y he presentado sus reflexiones con vistas al futuro a seguir.

Los textos se han analizado fundamentalmente dirigiendo el foco de atención sobre el hecho colonial; solo tangencialmente se ha pasado revista a lo que escribieron sobre la guerra independentista y su desarrollo. El objetivo de este trabajo no era la guerra en sí misma sino la relación de subordinación establecida entre España y Cuba, que podía dar por resultado el estallido de unas hostilidades como último medio para establecer una plataforma desde la que relacionarse, es decir, la necesidad de utilizar la violencia, que diría Fanon, para sustituir un estatus colonial por otro de respeto y soberanías independientes. Cada autor se planteó el problema cubano desde un punto de vista que reflejaba su concepción del mismo y desde el medio ideológico en que se movía. Valera lo enfoca desde la postura tradicional de una Cuba española, pues no en balde en su cargo de diplomático al servicio de la Corona había sido representante de los intereses de su país en diversos estados. Pardo Bazán se centra mucho más en los aspectos penosos que tenía la guerra entre la población española y abre la línea de rechazo a los Estados Unidos por su intervención en el conflicto. Blasco Ibáñez ahonda en el rechazo a la guerra por la injusticia de hacer caer su peso en la población más débil, y termina por ver razonable el deseo de independencia de los cubanos como un derecho al que no tenían por qué renunciar. Pi y Margall, fiel a su concepción de una España federal, en la que Cuba sería un estado más, ve como buena la unión de la Isla a España y no tiene inconveniente en defender que aquella gozaba del derecho a ser soberana y la metrópoli carecía del de oponerse a él. López Bago vuelve a repetir la tesis de Valera en una novela cuyo título sugiere todo lo contrario. Meza, a través de la parodia y el sarcasmo, hace aflorar un sentimiento de dignidad nacional debajo de una crítica a la administración colonial, cuyas prácticas corruptas impedían el reconocimiento de que el *otro* no podía seguir siendo un

subalterno. Hostos, en una novela-diario, pasa de la defensa del autonomismo a la de una clara reivindicación de la independencia en el horizonte de unas Antillas confederadas. Finalmente, Martí, con un alegato juvenil madurado en otra obra de ficción, concluye en el ensayo *Nuestra América* con una cerrada defensa de la identidad diferenciada de los anteriores países hispanos, los cuales tenían que ser libres no ya de un colonialismo sin futuro sino de un neocolonialismo que, con estrategias distintas, estaba abriéndose paso y abanderando un imperialismo liderado por las naciones más fuertes.

La literalidad de los textos analizados se ha puesto en relación con los recursos literarios utilizados en los discursos colonial y anticolonial puestos de manifiesto por prestigiosos analistas. En mi análisis, he identificado la presencia de figuras retóricas como la de la carga del hombre blanco, la de la supuesta misión de dar una finalidad universal a los bienes de la tierra a través del fenómeno de la apropiación, el rechazo a la degradación y la corrupción racial como excusa para el sometimiento y la subordinación del otro. Del mismo modo, he señalado el planteamiento de un estado de cosas inmerso en el caos para imponer un orden que favorecía al colono, la resistencia como instrumento de deslegitimación del orden impuesto y la mimetización con la cultura dominante para, desde dentro, propiciar la aparición de nuevas formas de relacionarse como iguales.

Considerar relevantes los autores elegidos no implica que otros no pudieran servir para el mismo objetivo. Podrían haber sido tomados los españoles Benito Pérez Galdós, Miguel de Unamuno, Eva Canel, Pío Baroja o Ramiro de Maeztu. También serían relevantes las aportaciones de Ramón Emeterio Betances, Enrique José Varona y del

cubano-español Rafael María de Labra; pero, a mi entender, los elegidos responden mejor al objetivo de relacionar su universo ideológico con los recursos legitimadores de la acción colonial. Interesante, por otra parte, sería abrir el elenco de autores y textos en español con escritores y publicaciones norteamericanas que se pronunciaron en uno y otro sentido respecto del discurso colonial en el caso concreto de Cuba. Esta vertiente la considero necesaria para un momento futuro, por cuanto el tercer actor en esta presentación de las relaciones humanas, si bien intervino en el último momento, su injerencia en el conflicto venía de lejos y, sobre todo, se prolongó durante bastante tiempo después. El hecho es que un neocolonialismo sustituyó a otro colonialismo dado que las circunstancias geoestratégicas impedían su continuación. Dentro de los autores y medios de prensa de habla inglesa se dan también los que defienden una y otra salida del estatus colonial de Cuba. Sería muy apropiado analizar el pensamiento y las posturas de escritores como Mark Twain, Stephen Crane o Joaquín Miller, y publicaciones periódicas como las que encontramos en *The World* de Joseph Pulitzer, el *New York Journal* de William Randolph Hearst, el *Journal of the Knights of Labor* y *The People*.

Un aspecto por reseñar en la selección que he realizado de autores y sus textos es la de que presenta un panorama bastante completo de géneros y subgéneros literarios en prosa. Junto a la narración corta y a la más amplia de las novelas de Pardo Bazán, López Bago, Meza, Hostos y Martí, está representado el ensayo de este último y artículos de prensa de mayor o menor periodicidad en los casos de Blasco Ibáñez y Pi y Margall, y escritos de polémica político-social como en Valera, e incluso informes diplomáticos del mismo. En todos ellos se ha rastreado el reflejo que tuvo la situación colonial y la guerra

como su momento más álgido. He destacado cómo en todos ellos influyeron las circunstancias concretas en que se desarrollaban acontecimientos a los que no podían por menos que atender y prestar una atención especial. Cada uno de ellos reaccionó poniendo de relieve el ángulo desde el que escribe y los condicionamientos a que se ve sometido por el rol que desempeña en aquellos conflictivos años de final de siglo.

Enrico María Santi afirma en su artículo “República de las letras: La invención del 98” la ausencia de comentarios sobre la pérdida de Cuba.⁸⁴ Creo que mi estudio prueba por el contrario que la independencia de Cuba estableció en la prensa española un fuerte debate produciendo todo tipo de escritos que divergieron tanto en su género como en el punto de vista. A través de mi análisis de los textos estudiados, resulta evidente que, dependiendo de su posición política y de las perspectivas ideológicas de los autores, se dieron posturas encontradas y, en ocasiones irreconciliables. Correspondería ahora estudiar los escritos que consideraron las consecuencias que la independencia tuvo tanto para España como para Cuba, pero esto no entra dentro de las limitaciones del presente trabajo y es más bien el contenido de un futuro estudio.

1. Se conoce con el nombre de Restauración una etapa de la historia de España que va de finales de 1874 hasta la primavera de 1931. Comenzó con el cambio de un régimen republicano a otro monárquico, que fue encabezado por un miembro de la dinastía Borbón, el rey Alfonso XII; esta familia había ostentado la jefatura del Reino desde comienzos del siglo XVIII. El régimen republicano, iniciado con la Revolución de 1868, terminó con la proclamación de un nuevo Rey, dando paso a las casi seis décadas de monarquía constitucional que cubre el periodo de La Restauración.

2. El artículo 151 del capítulo XVII referente a la redención y sustitución establece el 18 de junio de 1885 que:

Se permite redimir el servicio ordinario de guarnición en los cuerpos armados, mediante el pago de 1.500 pesetas cuando el mozo debiese presentar dicho servicio en la Península, y de 2.000 cuando le correspondiese servir en Ultramar. Los mozos redimidos quedarán en la situación de reclutas en depósito durante el mismo tiempo que los demás de su llamamiento. (Congreso, Diario de las Cortes 5168)

3. Los socialistas organizaron en su órgano de expresión *El Socialista* una campaña, con escaso éxito aunque tuviera resonancia nacional, bajo el lema de *O todos o ninguno*. La posición del Partido Socialista Obrero Español respecto de la Guerra de Cuba se fue clarificando al correr de los días de manera que, al decir de Rafael Núñez Florencio, es en septiembre de 1897 cuando el Partido fundado por Pablo Iglesias, reconoce implícitamente que no podía conseguir el objetivo de pararla y:

[S]e se va a centrar en una campaña de alcance más restringido: ya que hay guerra, que vayan a ella, ricos y pobres. El 15 de octubre ya aparece el famoso lema de ‘O todos o ninguno’, y durante ese mes y los siguientes empiezan a desarrollarse mítines bajo la consigna en los más diferentes lugares de la geografía española. A partir del 25 de octubre, la mayor parte del periódico está dedicada al desarrollo de la campaña. Es evidente que el PSOE no pretendía aumentar los efectivos en filas con la incorporación de los ‘hijos de los burgueses’, sino que partía del principio de que si estos tuvieran que ir a Cuba y a Filipinas la guerra ‘habría terminado ya o quizás no hubiera empezado’. Se intentaba conseguir al mismo tiempo sacar a las masas de la pasividad en que la habían hundido los partidos republicanos. (253)

4. La inmigración española en Cuba ascendía a 82.997 en 1859 y en 1900 a 66.817, según los datos sacados por Jorge Uría González en el libro *Asturias y Cuba en Torno al 98* (27)

5. Marta Vizcarrondo habla en su artículo sobre el autonomismo cubano de la cohesión política que el Partido Liberal Autonomista aportó “a pesar de los fracasos a que les llevaba la intransigencia peninsular” y sigue diciendo que:

[F]ue consolidándose en torno a un proyecto estratégico orientado a salvar los principales obstáculos con que tropezaba la construcción nacional para la burguesía cubana: un régimen colonial opresivo, los privilegios de los peninsulares, la polivalente vecindad de los Estados Unidos, la persistencia de la esclavitud, incluso el legado insurreccionalista de una primera guerra de independencia que descubría los peligros de un levantamiento popular para las clases acomodadas del centro y de occidente de la Isla. (59-60)

6. La investigadora Rosa Sevillano Castillo reproduce en su artículo *Ideas de José Antonio Saco sobre la incorporación de Cuba a los Estados Unidos (París, noviembre de 1848)* un texto de Saco conservado en la sección Ultramar, legajo 4629, expediente 26 del Archivo Histórico Nacional de España en su sede de Madrid, en el que expone su pensamiento en frases como las siguientes:

Por lo que a mí toca, debo decir francamente que, a pesar de que reconozco las ventajas que Cuba alcanzaría formando parte de aquellos Estados, me quedaría en el fondo del corazón un sentimiento secreto por la pérdida de la nacionalidad cubana. . . . La riqueza de la isla llamaría a su seno una inmigración prodigiosa, los norte-americanos dentro de poco tiempo nos superarían en número, y la anexión en último resultado sería absorción de Cuba por los Estados Unidos. No olvidemos que la raza anglo-sajona difiere mucho de la nuestra por su origen, por su lengua, su religión, sus usos y costumbres. . . . Yo desearía que Cuba, no sólo fuese rica, ilustrada, moral y poderosa, sino que fuese Cuba cubana y no anglo-sajona. (312)

7. El artículo “Monroe Doctrine; December 2 1823” explica que la *Doctrina Monroe* es una concepción de política exterior de Estados Unidos según la que esa nación no tolerará ninguna clase de intento de colonización o intervención de potencia extranjera en el continente americano. Se la conoce con la expresión de *América para los americanos*. La formuló en 1823 el presidente James Monroe. *El Manifest Destiny* es la idea que expresa la creencia de que los mismos Estados Unidos están destinados a expandirse desde la costa atlántica hasta la del Pacífico. Esta misión llega hasta justificar otras adquisiciones territoriales más allá de aquellos límites. Asimismo, la Doctrina Monroe afirma que dada la bondad de sus instituciones políticas y sociales, la República americana del norte, tiene la misión de extenderlas a las demás naciones.

8. Se transcribe el texto de Valera, con los anglicismos que incorpora en sus despachos y artículos.

9. El Plan Fish “era comprar la independencia de Cuba mediante un pago en dinero a España, que habían de hacer los banqueros norteamericanos como un préstamo a los

cubanos; el precio sería de cien millones de dólares, lo mismo que antes de la guerra civil” (Thomas 199).

10. Portugal abolió la esclavitud en sus colonias en 1854, Inglaterra en 1834, Estados Unidos en 1863 y España en 1886, después de suprimir el patronato o aprendizaje de los negros a ser libres y de que hasta ese mismo año la trata de negros fuera legal. Por otra parte, abolir de forma legal la esclavitud no implicaba la desaparición de buena parte de las condiciones laborales y sociales que este régimen comportaba. Esto puede aplicarse a Cuba y también a los demás sitios donde la esclavitud estuvo implantada.

11. Valera, el 8 de octubre de 1888, en *El Parnaso colombiano. A don José Rivas Groot*, escribe refiriéndose a Merchán: “Un cubano, Rafael Merchán, que ha ido a vivir y a escribir con ustedes, ha emitido, en uno de sus más bellos artículos, un juicio de Bécquer, atinadísimo, en mi sentir. Para Merchán como para nosotros, Bécquer es excelente poeta: de lo mejor que España ha tenido en el siglo XIX” (Cartas americanas 53).

12. Obsérvese que hay una cierta contradicción entre la afirmación de Valera en este momento y lo que menciona sobre la producción cubana cuando considera irrisoria la oferta de compra de Cuba por parte de Estados Unidos. Véase cita en página 30.

13. Descendientes de Moctezuma ostentan en la actualidad un título nobiliario español: en 1627 Felipe IV les concedió el de Conde de Moctezuma, Isabel II lo elevó a Ducado de Moctezuma con grandeza de España en 1865 y Juan Carlos I le otorgó la denominación de Ducado de Moctezuma de Tultengo en 1992. Desde el momento de la conquista de México, una hija del último emperador azteca es el eslabón en el que se unen las dos ramas de sus descendientes, la mexicana y la española. Durante algún tiempo tanto México como España les pagaron pensiones que todavía se siguen reclamando.

14. En las elecciones celebradas el 20 de enero de 1876, Valera resultó elegido diputado por el distrito de Quebradillas, provincia de Puerto Rico, y senador por Málaga, cargo este último, que prefirió.

15. *El Socialista* fue y es el órgano de expresión del Partido Socialista Español, fundado como semanario por la agrupación socialista de Madrid. Su fundador y principal inspirador fue Pablo Iglesias Posse (1850-1925) que también lo fue del partido. Este medio de prensa lanzó en octubre de 1897 una campaña contra la guerra de Cuba con el lema de ¡Todos o ninguno! Frente a la postura belicista de la prensa de los republicanos y los conservadores sólo los socialistas y los republicanos federales de Pi y Margall se opusieron a la guerra desde sus pequeños semanarios. Carlos Serrano dice que aunque ya en 1896 algunos socialistas comenzaron a revisar la postura colonialista de España y:

multiplicaron en su prensa las denuncias contra la guerra y el servicio militar, no se atrevieron a pasar a la acción concreta hasta el otoño de 1897. Tras la muerte de Cánovas y la llegada de los liberales al Gobierno, las condiciones les parecieron entonces más oportunas para emprender una

campaña nacional contra la guerra que adoptó como lema el famoso ‘¡O todos o ninguno!’ . En principio, el tema oficial de la campaña era, amparándose en el principio constitucional de igualdad en defensa de la nación, conseguir la abolición de la redención en metálico. . . . En realidad se trataba de dar cauce absolutamente legal a una campaña cuya finalidad transparente era movilizar a la opinión contra la guerra y conseguir su término inmediato, incluso al precio del abandono de las colonias, dadas ya por pérdidas de todos modos y cuya independencia había conquistado su legitimidad para los socialistas. (Juliá Díaz 58)

16. A principios de mayo de 1898, el marqués de Salisbury, primer ministro del Reino Unido, pronunció un discurso en el que hablaba de naciones vivas y naciones moribundas. En él describió un panorama de la situación internacional que puede resumirse así: la revolución industrial, y su aplicación al desarrollo del armamento, ha dividido el mundo en naciones cada vez más eficientes y poderosas, las naciones vivas, y naciones cada vez más ineficaces y débiles, las naciones moribundas, que apenas se han incorporado a la revolución industrial por lo que tenían poco futuro.

17. Rafael María Merchán en la obra que se ha citado al hablar de Valera, aduce un importante testimonio del general Martínez Campos en carta dirigida al Presidente del Consejo, Antonio Cánovas del Castillo, el 17 de mayo de 1878 a raíz de la firma de la Paz de Zanjón:

Las promesas nunca cumplidas, los abusos de todos géneros, . . . dieron principio a la insurrección. . . . Es necesario, si no queremos arruinar a España, entrar francamente en el terreno de las libertades; yo creo que si Cuba es poco para independiente, es más que bastante para provincia española, y que no venga esa serie de malos empleados, todos de la Península; que se dé participación a los hijos del país, que los destinos sean estables. (Merchán 213)

18. La compañía naviera La Trasatlántica, fundada a mediados del siglo XIX, sirvió por contrato con el Estado para el traslado de soldados en las guerras de Cuba y para su retorno. Estos embarques, que proporcionaron pingües beneficios al estar en régimen de exclusividad, se hicieron tristemente famosos por llevar a decenas de miles de soldados a una guerra impopular y a las condiciones lamentables en que los repatriaron; muchos de ellos venían enfermos y heridos y no pocos murieron en la travesía. El Juan Soldado del cuento de Pardo Bazán dice de sí mismo: “El barco venía que no se cabía en él, y los enfermos éramos tantos, que ni asistimos podían. Yo venía entre los más malitos, como que me trasladaron del hospital para el buque. ¡Y agradecer que no tuvieron que tirarme al mar! Cincuenta y siete quedaron en la travesía, pero yo quedé” (Bazán, “La oreja”).

19. El 16 de agosto de 1898 el diario *El Tiempo* publicó un artículo bajo el título *¡Sin pulso!* que produjo una conmoción tremenda en un país que acababa de perder los últimos restos de su imperio colonial. El segundo párrafo del texto hace la siguiente constatación: “Los doctores de la política y los facultativos de cabecera estudiarán, sin duda, el mal, discurrirán sobre sus orígenes, su clasificación y sus remedios; pero el más

ajeno a la ciencia que preste atención a asuntos públicos, observa este singular estado de España: dondequiera que se ponga el tacto, no se encuentra el pulso” (Juliá Díaz 194). Después de este terrible diagnóstico se hace una llamada a que el país cambie de rumbo, reconstituyendo y dignificando la acción del Estado.

20. Como es sabido, el cantonalismo español fue un movimiento insurreccional que tuvo lugar en 1873 durante la Primera República y se desarrolló especialmente en la zona levantina. Tenía sus raíces en el republicanismo federal y pretendía la creación de un estado desde abajo, desde unidades territoriales llamadas cantones, en contraposición al propugnado desde arriba, desde una constitución federal aprobada por las Cortes nacionales. El cantón más famoso fue el de Cartagena a cuyo aplastamiento por la fuerza se opuso Pi y Margall, lo que provocó su dimisión como presidente de la República.

21. El secretario de Estado del gobierno de Grover Cleveland (1837-1908), Richard Olney (1835-1917) expidió con fecha de 4 de abril de 1896 al gobierno español una nota en la que manifestaba, entre otros asuntos, la preocupación norteamericana ante el fracaso de Martínez Campos en dominar la insurrección cubana, que en el segundo año de existencia tenía posibilidades de éxito y que la guerra terminaría dividiendo la Isla en dos repúblicas, una blanca y otra negra. Por ello empujaba al gobierno de Cánovas a abordar cambios en la administración de Cuba que pudieran impedir cualquier motivo justo de queja de los cubanos.

22. El texto de Pi y Margall que lleva el título *A la república de los Estados Unidos de América*, se conserva manuscrito y puede consultarse en la Biblioteca Virtual Cervantes, web cervantesvirtual.com/.../a-la-republica-de-los-estados-unidos-de-am. El documento ya transcrito, precedido de una introducción y cerrado con una conclusión aparece en la web revistas.ucm.es/index.php/DICE/article/download/.../13527 con el título *Pi y Margall y los Estados Unidos (La importancia de un documento)*; lo presentan Ramón-Amador Rodríguez Cepeda y Enrique Rodríguez Cepeda. La Biblioteca de Catalunya, en la web books.google.es/books?isbn=8478451382, dice que el documento fue dado a conocer por Francisco Pi y Arsuaga, hijo del autor, en el volumen siete de la *Historia de España en el siglo XIX*, obra publicada bajo el nombre de los dos en 1902.

23. Los procónsules, como se sabe, eran unos magistrados romanos enviados por el Senado para administrar con plenos poderes los territorios recientemente conquistados que pasaban a ser colonias de Roma. De la misma manera, los Estados Unidos después de la derrota de España administraron Cuba por medio de procónsules como los generales John Rutter Brooke (1838-1926), gobernador de la Isla de enero a diciembre de 1899, y Leonard Wood (1860- 1927), quien lo fue desde finales de 1899 hasta mayo de 1902 en que Cuba estrenó su primer presidente en la persona de Juan Estrada Palma (1835-1908).

24. El servicio militar significaba en cualquier momento que un soldado pudiera volver herido, lisiado o tal vez muerto. Esta eventualidad a finales del siglo XIX tenía grandes posibilidades de convertirse en realidad en caso de guerra, como es el caso entre los años 1895 y 1898 en Cuba. El medio más general de alistamiento de la tropa era el de los sorteos o quintas. Para evitar la prestación personal del servicio militar las leyes arbitraron la redención por dinero, práctica que tan duramente critica Blasco Ibáñez por

lo que tiene de injusticia y discriminación en perjuicio de quien carecía de recursos económicos. Ya en 1851 se autorizó la redención en metálico por 6000 reales, cantidad que experimentó variaciones al alza y a la baja; quedó fijada en el importe citado en virtud de la Ley de 8 de enero de 1882; es la cantidad que cita el escritor valenciano. La peseta se convirtió en la unidad monetaria española en 1868. El valor del real respecto de la peseta, desde la segunda mitad del siglo y hasta la entrada en vigor del euro, se ha mantenido en la equivalencia de cuatro reales por una peseta.

25. Blasco Ibáñez relata la tragedia del *Isla de Panay* en un artículo titulado *Carne para tiburones* el 21 de septiembre de 1897 en el diario *El Pueblo*. Su recuerdo debió quedar fuertemente grabado en su memoria pues de alguna manera lo reproduce en una de sus más conocidas novelas de temas valencianos, *Cañas y barro* (1902). Está ambientada en la Albufera de Valencia alrededor de la vida de pescadores y agricultores que se ganaban la vida capturando peces de la laguna y cultivando arroz. En la cita que sigue vuelve a utilizar la metáfora del rebaño esta vez no para pintar los repetidos embarques de tropas con destino a la guerra de Cuba, sino para mostrar el cambio de un rebaño gris sano y robusto a otro enfermo y sin esperanzas:

La guerra había terminado. Los batallones, sin armas, con el aspecto triste de los rebaños enfermos, desembarcaban en los puertos. Eran espectros del hambre, fantasmas de la fiebre, amarillos como esos cirios que sólo se ven en la ceremonias fúnebres, con la voluntad de vivir brillando en sus ojos profundos como una estrella en el fondo de un pozo. Todos marchaban a sus casas, incapaces para el trabajo, destinados a morir antes de un año en el seno de las familias, que habían dado un hombre y recibían una sombra. (*Cañas y barro* 67)

26. Se toma aquí el título de *Tribuno de la plebe* principalmente en su acepción más popular; dentro del lenguaje político identifica a un orador, en este caso un escritor, de verbo fluido, vibrante, vehemente, colorista, convincente y agudo al tiempo que sensible, en nuestro caso, al sufrimiento de las clases populares. Para Blasco Ibáñez su diario *El Pueblo* era su tribuna desde la que defendía a la plebe. También puede aplicársele incluso la acepción técnica, salvadas las diferencias de tiempo y organización social pero manteniendo funciones parecidas, por cuanto recuerda la conocida magistratura surgida en tiempos de la Roma republicana del *tribunus plebis*. Se trataba del contrapoder plebeyo al poder patricio de los cónsules. El periodista, en su defensa de la igualdad de todos los españoles, ricos y pobres, en el mantenimiento de la integridad de la nación frente a sus enemigos, se convierte en un nuevo tribuno que apoya los derechos de la plebe española sin recursos. De alguna manera la institución del *Defensor del pueblo* en las modernas constituciones políticas recoge el espíritu que animó la aparición del tribuno de la plebe.

27. Thomas en su conocida obra *Cuba La lucha por la libertad*, identifica a los Capitanes generales al mando en la Isla entre los rapaces peninsulares que robaban durante su mandato haciéndose ricos. El capítulo 14 del libro lo titula: “Los Capitanes generales tratan de enriquecerse”. De los dos primeros, una vez que las colonias

hispanoamericanas acceden a la independencia, dice: “De porte envarado y costumbres disolutas, estos capitanes generales, procedentes de provincias españolas pobres, ahorran lo suficiente para asegurarse un espléndido retiro”. De otro posterior, Miguel Tacón (1775-1855), dice: “Tacón volvió a España . . . más colmado de honores que cualquiera de sus predecesores, y habiendo acumulado una enorme fortuna con sus amigos, los traficantes de esclavos. . .” (Thomas 163, 169).

28. La manigua, como terreno pantanoso cubierto de maleza tropical, no era un espacio al que los soldados españoles estuvieran habituados. El clima tropical, especialmente en verano, les era totalmente extraño e insalubre; el intenso calor, las abundantes lluvias y el acoso de los mosquitos hicieron estragos en ellos acarreándoles enfermedades que produjeron una gran mortandad. Si el *general invierno* actuó eficazmente contra Napoleón y Hitler, el verano cubano era un valioso general aliado con los insurrectos de la Isla; las fiebres antillanas se unieron a la manigua en apoyo de los independentistas Máximo Gómez (1836-1905) y Antonio Maceo (1845-1896). Blasco Ibáñez en *Cañas y barro* presenta a un personaje, el valenciano Tonet, apodado el cubano por haber sido mercenario en la Guerra de Cuba. De la correspondencia del joven con su familia se desprende que: “su salud era magnífica. Ni una ligera enfermedad desde que desembarcó. La gente de la Albufera soportaba perfectamente el clima de la isla. El que se criaba en aquella laguna, bebiendo su agua de barro, podía ir sin miedo a todas las partes, estaba aclimatado.” (*Cañas y barro* 63)

29. Zola entiende por novela experimental aquella que somete sus contenidos al método experimental de la ciencia. El novelista es un observador y un experimentador. La función del primero es poner a los personajes en un medio natural y social determinados y el del segundo establecer los condicionantes que afecten a los personajes; éstos se conducirán guiados por el determinismo que les impone el medio en el que viven.

30. Louis Edmond Duranty, novelista y crítico de arte francés que en literatura se encuadra dentro de la corriente naturalista, fue fundador de la revista *Le Réalisme*. Su novela más conocida es *Le malheur d'Henriette Gérard* (1860). Bago asume como suyo el credo realista y naturalista del escritor francés, del que reproduce unas palabras al final del *Apéndice* de la novela, en el sentido de que su objetivo es: “la reproducción exacta, completa, sincera del medio social y de la época porque esta preocupación es la que justifica la razón, las necesidades de la inteligencia y el interés del público” (López Bago 312).

31. Es de notar que tampoco completó la tetralogía iniciada con *El periodista*.

32. Ha pasado a la historia esta pequeña población, a cierta distancia de Santiago de Cuba, como el sitio del comienzo de la insurrección. En realidad fueron varias las localidades en las que, siguiendo el llamamiento y las consignas de José Martí, se alzaron en armas dando comienzo a una guerra considerada como necesaria para lograr la independencia.

33. El general Arsenio Martínez Campos (1831-1900) fue una figura destacada de la Restauración borbónica pues aceleró la vuelta de los Borbones a la corona española, al ponerse al frente de los alfonsinos valencianos y dirigirse a los soldados proclamando al hijo de Isabel II como rey de España, con el nombre de Alfonso XII. El hecho ocurrió en Sagunto (Valencia) el 28 de diciembre de 1874 y ha pasado a la Historia como el Pronunciamiento de Sagunto. Curiosamente, en él se concretó el odio de los cubanos hacia los españoles, al llegar a Cuba para sofocar la rebelión y ser visto como la garantía de una Isla nuevamente pacificada y en armonía con la metrópoli.

34. Para más información al respecto ver el texto de Galván González, Victoria. “La independencia de Cuba desde la mirada de la metrópoli: *El separatista* (1895) de Eduardo López Bago.”

35. Cuando Hostos defiende en el Ateneo de Madrid en diciembre de 1868 la federación de las Antillas con España tenía veintinueve años, y Martí solo dieciocho cuando apoyaba tesis similar en *El presidio español en Cuba* (1871).

36. El comentario de Lico-López Bago no precisa a qué persona se refiere; señala únicamente que el plan del levantamiento se había gestado en Nueva York, que su promotor está falto de talento y de instrucción y que la guerra buscaba, junto con la independencia de Cuba, constituir una Confederación Antillana que evitara caer en las garras de los Estados Unidos. Hay razones para creer que Lico se está refiriendo al puertorriqueño Ramón Emeterio Betances, que fue el primer gran propagador de la idea de la Confederación Antillana y era escritor. En Nueva York, Betances fundó con otros camaradas la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico y alertó de los peligros de establecer fuertes vínculos de dependencia con los Estados Unidos. A finales de 1872, fija su residencia en París y allí muere en 1898. Hay también argumentos para defender que las palabras de Lico (López Bago) se refieran a José Martí, también escritor y defensor de las mismas ideas. Existe una cercanía en el tiempo entre la producción de *El separatista* (mayo de 1895) y el levantamiento cubano (27 de febrero de 1895). Asimismo, la fundación del Partido Revolucionario Cubano por Martí y otros compañeros en Nueva York el 10 de abril de 1892 tuvo como fin el conseguir la independencia de Cuba y fomentar la de Puerto Rico. En mayo de 1892, Martí se unió a la campaña de Bertances a favor de la Confederación Antillana llegando a escribir en el diario *Patria* un artículo titulado *Las Antillas y Baldorioty de Castro* en el que dice: “Las tres Antillas que han de salvarse juntas, o juntas han de perecer, las tres vigías de la América hospitalaria y durable . . . las tres islas abrazadas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo” (4: 406).

37. El Patronato, establecido por una ley de 1880, sancionaba la abolición de la esclavitud en Cuba. Fue el resultado de uno de los acuerdos de la Paz de Zanjón (1878). Reconocía la libertad de los esclavos que habían luchado con los independentistas en la Guerra de los Diez Años, y extendía la medida también a los que no se habían sublevado. Los anteriores esclavos se convertían en *patrocinados* en unas condiciones que no diferían esencialmente de las que antes soportaban. Se estableció un periodo de ocho años

para el aprendizaje de la libertad otorgada, que finalmente se redujo a seis, por lo que la abolición de la esclavitud no fue realmente efectiva hasta 1886.

38. Plácido se apellidaba Valdés porque su madre española, que lo tuvo con un negro cubano, lo dejó al poco de nacer en la Casa Cuna fundada el obispo Jerónimo de Valdés (1646-1729) en La Habana para recoger a los niños expósitos. Colaboró en prensa y publicó su libro *Poesías* en 1838. Acusado de participar en la conspiración de negros y mulatos conocida como *de la Escalera* fue fusilado en 1844. Su figura fue objeto de una polémica sobre si podía considerársele o no un símbolo de la rebeldía negra. La protagonista de la novela *Cecilia Valdés* de Cirilo Villaverde (1812-1894) debe también su apellido a la misma circunstancia que Plácido.

39. Aunque usa el nombre de Santo Domingo, en realidad se refiere a Haití. La antigua isla La Española pasó después a denominarse Santo Domingo. Ya a finales del siglo XIX estaba dividida entre las Repúblicas de Haití y Dominicana. La población de Haití era mayoritariamente de color, mientras que la de la República Dominicana era más mezcla de razas y las clases dirigentes solían ser blancos o mulatos.

40. Merchán afirma que la política poblacional de las autoridades españolas buscaba un equilibrio entre las razas combinando dos objetivos: que la población negra no fuera superior a la blanca y así evitar concederles la emancipación. Después de mostrar una estadística de años comprendidos entre 1804 y 1887 concluye diciendo que: “La población de color fue en aumento mientras duró el tráfico de esclavos, público o clandestino . . . pero después se ha venido disminuyendo, en tanto que la blanca ha exhibido sin cesar progresión ascendente” (Merchán 55-56).

41. David Spurr apunta que: “The principles of exclusion, boundary, and difference which enter into the debasement of the primitive are connected to the fear that the white race could lose itself in the darker ones” (Spurr 82), y más adelante aclara que: “In referring to anxiety over the preservation of limit, boundary, and difference, I have in mind not only the notion of abjection, but also the fear of contamination that continually recurs as a theme in colonial discourse” (Spurr 87).

42. Gustave Le Bon (1841-1931) fue un psicólogo social francés que defendió la existencia de pueblos inferiores que, por lo mismo, habían de someterse a otros superiores, como los constituidos por razas arias. Esta tesis está en consonancia con el darwinismo social, lo que le llevó a defender el colonialismo basándose en teorías antro-po-sociológicas sustentadas en un determinismo geográfico y biológico.

43. Joan Torres-Pou en *Asia en la España del siglo XIX. Literatos, viajeros, intelectuales y diplomáticos ante Oriente*, dice que:

la intervención de los Estados Unidos en la Guerra Hispano-Cubana hizo que las posesiones españolas en Extremo Oriente se convirtieran en colonias estadounidenses, o mejor dicho en *insular areas* (áreas insulares), pues los Estados Unidos nunca se ha reconocido como una potencia

colonial y, por tanto, no tiene ni ha tenido nunca oficialmente colonias.
(13)

Lo afirmado sobre las posesiones españolas en Extremo Oriente se puede aplicar también a Cuba, que estuvo bajo una administración americana gestionada por procónsules desde 1898 a 1902. Después se suavizó la relación al tener que aceptar los cubanos una Constitución que nació lastrada por la enmienda Platt.

44. La casa de Sajonia-Coburgo-Gotha, merced a hábiles manejos políticos y ventajosas uniones matrimoniales, llegó durante el siglo XIX a estar presente en las casas reinantes de Bélgica, Reino Unido, Portugal y Bulgaria. Ramón Meza juega con la cercanía fónica del título conde del tío, Coveo, y el del aristocrático linaje de los Coburgo. En una cita posterior se verá cómo José Martí juega con el apellido Cuevas y el título Coveo.

45 No siempre era posible exhibir la prueba de hidalguía o derecho a no pagar impuestos, pero se podía conseguir mediante el pago correspondiente. La limpieza de sangre suponía no tener ascendientes judíos o moros y en los territorios americanos la ausencia de sangre africana. La renta anual debía superar varios miles de ducados y los méritos personales variaban desde la fidelidad a la Corona durante la ocupación inglesa de La Habana, hasta préstamos y donaciones al tesoro real o la fundación de pueblos. Los derechos de expedición del título eran también cuantiosos y variaban desde el más alto de duque hasta el de barón. En referencia al grupo cubano ennoblecido dice Piqueras que:

La élite colonial insular, en su mayoría concentrada en La Habana...halló su modo de reproducir su entramado social desde la integración en las clases dominantes españolas. El elevado número de blasones concedidos a cubanos o a peninsulares radicados en Cuba entre 1758 y 1898 es un buen indicador del éxito de la inserción: 95 títulos nobiliarios. De ellos 61 fueron otorgados a partir de 1834, una vez se había perdido el imperio continental y cuando el Antiguo Régimen estaba en retirada. Esas distinciones honoríficas, pretendidas porque consagraban una trayectoria de promoción social emprendida a menudo desde un origen humilde y lograda mediante prácticas poco lícitas, sellaban la adhesión al trono y proporcionaban al poder de la metrópoli un conveniente intercambio de apoyos mutuos. Los enlaces matrimoniales de las principales familias insulares con destacados miembros de la aristocracia, la alta burguesía peninsular y el mundo de la política acreditan la participación del grupo de poder antillano entre las clases hegemónicas españolas y su conocimiento de los mecanismos de promoción y reconocimiento de un estatus social distinguido. (Piqueras 61)

46. Reynaldo González Zamora (1940-) introduce en la publicación de su discurso de entrada a la Academia Cubana de la Lengua, el 18 de marzo de 2005, bajo el título de *Ramón Meza: la ironía incomprensible*, con una guarapa que se cantaba en la versión radiofónica de la novela de Meza, emitida desde La Habana en 1965. El texto de la canción resume la idea más superficial de la novela de la siguiente manera: “Vino a Cuba

en pantalones de pana. / Cómo cambia la gente/ Con un real en el bolsillo/ y el estómago estrujado./ Cómo cambia la gente./ Los ojos casi vidriados/ del hambre que padecía./ Cómo cambia la gente./ Cuando el barrigón hablaba,/ todo el mundo reía./ Cómo cambia la gente.” El hecho de pasar a ser una novela radiada es muestra del aprecio en que se la volvió a tener, no sólo por su valía literaria sino también por su significado nacional en los primeros años de la llamada revolución castrista. La publicación de nuevo de la novela de Meza, a cargo de La Dirección General de Cultura de Cuba, inició el momento del aprecio de la obra, que fue confirmado en 1961 cuando la revista *Cuba en la UNESCO* le dedicó un número monográfico. La revalorización sigue en la actualidad, prueba de ello es un artículo firmado por la crítica literaria Cintia Romero (1946-) en el boletín electrónico de “Cuba Literaria” el 27/12/2011 en el que afirma sobre *Mi tío el empleado*: “La crítica coincide en situarla, junto a *Cecilia Valdés* o *La Loma del Ángel*, como las dos novelas paradigmáticas del XIX cubano”. Romero reeditó en 2010 la novela de Meza, a la que acompañó una docena de ensayos y textos críticos entre los que figuran, además del de Martí, otros de autores como Cintio Vitier, Rogelio Rodríguez Coronel y Reynaldo González Zamora.

47. La ironía de Ramón Meza no se conforma con poner en boca de Vicente Cuevas referencias a autores españoles, unos de primera fila y otros menos conocidos como Jorge Pitillas y Malón de Chaide, sino que cita en un medio cultural tan bajo como el que retrata, referencias a diversos pies o unidades básicas de la métrica grecolatina, en la que se combinan sílabas largas y breves. En la métrica de la poesía española es la sílaba la unidad y su número es el que diferencia los distintos versos de que se compone la variedad de sus estrofas. Ramón Meza era conocedor de la cultura grecolatina y publicó, en 1894, *Estudio histórico-crítico de La Ilíada y La Odisea y su influencia en los demás géneros poéticos de Grecia*.

48. Rodríguez Coronel afirma que:

son varios los críticos que...han *caracterizado* pasajes de la novela, sobre todo los que remiten a los laberintos burocráticos como “kafkianos”. Ciertamente, el calificativo sintetiza espléndidamente la atmósfera creada y la enajenación de los personajes, pero la imagen en Meza carece de la trascendencia alegórica que alcanza en el autor de *El Proceso*.

Véase cómo el autor retrata en tono menor el ambiente de laberintos burocráticos en las páginas 98 y 103-4 de *Mi tío el empleado*.

49. Reinaldo Arenas Fuentes (1943-1990), en un artículo publicado en la Revista Iberoamericana en 1990 titulado “Meza, el precursor”, afirma que *Mi tío el empleado*:

[E]s, además de la mejor novela técnicamente desarrollada del siglo XIX cubano, la única que configura un universo simbólico, y por así decirlo, *paradigmático*, cuyas características, situaciones y personajes han pasado a ser modelos que con diferentes matices, pero con la misma sarcástica desolación y crueldad, podemos observar en la narrativa contemporánea. (Arenas 777)

Elogia sus logros técnicos al hacer pasar al narrador omnisciente, que encubre a Meza bajo el *personaje* del sobrino del protagonista, y sobre todo sus recursos cinematográficos; termina diciendo de la novela que es: “un libro extraordinario, retrato grotesco y por lo mismo exacto, de nuestra perenne realidad insular” (Arenas 778). La caracterización de precursor que atribuye al novelista apunta a la cualidad de innovadora de la obra.

50. Martí lo dice con estas palabras:

Este don de observar es en Meza tan característico, que ha de constituirle una originalidad poderosa en los libros donde ya salgan en sazón las cualidades que, por lo despacioso de ellas y lo joven de él, se muestran aquí, y deben mostrarse como en agraz; porque no es esa observación común que copia lo que ve, como la fotografía, sino otra implacable y casi ceñuda, que realza su poder con su justicia. (V: 127)

51. El Teatro Tacón debe su nombre al capitán general de Cuba Miguel Tacón y Rosique (1789-1855) que contribuyó de manera decisiva a su construcción. Fue el más elegante de la España de ultramar. Inaugurado en 1838 y, después de profundas remodelaciones, actualmente es el Gran Teatro de La Habana. Fue durante un tiempo la sede del Centro Gallego de la ciudad.

52. José Antonio Piqueras en su libro *Sociedad civil y poder en Cuba. Colonia y poscolonia* dice, a propósito del valor político y social del humor, la risa y el ridículo:

En Cuba se difundieron los ensayos y escritos de José del Perojo, Rafael Montoro, Juan Gualberto Gómez, Raimundo Cabrera o Enrique José Varona, sumamente críticos con el poder colonial. Ramón Meza dio a la imprenta en 1887 una novela tan corrosiva como *Mi tío el empleado*, donde ofrecía una visión descarnada, caricaturesca de los hábitos de la administración española. A Martí le pareció banal servirse del humor cuando tanto había en juego, nos recuerda Lisandro Otero. Martí desconocía, por lo visto, el poder devastador de la risa y de la ridiculización. Habrá que aguardar tres décadas para disponer de un tratado sobre la tendencia del cubano de “tirarlo todo a relajo”, el *choteo*, que según Mañach lleva implícito “un prurito de independencia que se exterioriza en una burla de toda forma no imperativa de autoridad”. (Piqueras 192-93).

53. Véanse las páginas 31, 52, 87, 152, 170 y 202 de *Mi tío el empleado* en las que el protagonista va mostrando sus diferentes estados anímicos con relación al proyecto que de sí mismo tenía elaborado.

54. Blasco Ibáñez, en España, dice lo mismo en *El pueblo* el 27 de septiembre de 1895: “en el islote más inculto plantamos aduanas para que se enriquezcan los vagos y arruinados que marchan a Ultramar a hacer fortuna, dejándose en España la conciencia, como equipaje embarazoso” (León Roca 82).

55. En la España el siglo XIX, no era infrecuente el hecho de que los cambios de gobierno tuviesen una repercusión importante en los distintos niveles de la administración del Estado. Un efecto importante era el hecho de que muchos empleados perdieran su trabajo, poniéndose en su lugar a personas adictas a los nuevos responsables políticos. La administración venía a ser una correa de transmisión del poder político, que se apoyaba así en redes clientelares. La separación de ambos niveles, el administrativo y el político, se fue produciendo poco a poco hasta que, en el siglo siguiente, se consiguió la independencia de la función pública. Merchán describe la marcha y llegada de los nuevos empleados con una metáfora muy gráfica: “Cada vez que sube un Ministerio, llegan a la Isla vapores tras vapores repletos de hordas de empleados a cobrar sueldos hasta de treinta pesos, y empieza la emigración de los cesantes. Parecen nubes de langostas que se cruzan” (Merchán 165).

56. A mitad del siglo XIX, se creó en Cuba el llamado *Cuerpo de voluntarios* con la misión de preservar la integridad del régimen colonial español, de manera que estaba preparado para entrar en combate si fuera necesario. Su carácter paramilitar evolucionó hasta convertirse en un factor de consolidación de los intereses socioeconómicos del grupo pro-peninsular. De tendencia integrista y monárquica, se le acusa de haber obligado a las autoridades coloniales a fusilar en 1871 a unos estudiantes de medicina, que previamente habían sido absueltos de la acusación de haber provocado una algarada (Quiroz 93, 95).

57. Los emancipados eran antiguos esclavos teóricamente libres después del 78, pero que eran alquilados por el Estado a particulares que se convertían en sus patronos. La documentación del pago al Estado por sus servicios fue, en ocasiones, falsificada y las cantidades no llegaron a ingresarse (Quiroz 96).

58. La evasión de tío y sobrino facilitada por influencias de don Genaro ante la autoridad carcelaria avala el comentario de Alfonso Quiroz Norris (1956-2013) en el estudio citado en la bibliografía:

La mayoría de los empleados implicados en corrupción administrativa permanecían libres o abandonaban la isla sin que se les castigase ejemplarmente, mientras que los procedimientos legales se alargaban indefinidamente y terminaban fracasando a la larga. Estos empleados corruptos eran parte del autoproclamado sostén y poder informal de intransigencia y abuso en contra de la autonomía cubana. Sin embargo, al cobrar a su manera los servicios que prestaban iban hundiendo cada vez más a la isla en una creciente deuda pública. (Quiroz 100)

59. Martí aprecia en todo su valor y profundidad el uso que Meza hace del chiste en esta obra que se formula mediante la sátira. Lo dice así:

Pero más notable que la facultad de componer, el mérito de desaparecer de su libro, intención y sobriedad con que todo él está concebido, es aquel como fiero pensamiento y grave melancolía que da a su chiste la fuerza de la sátira. Hay ojos centelleantes bajo esa careta pintarrajeada. (Martí 129)

60. Publio Virgilio Marón en el primer canto de *La Eneida*, verso 135, presenta a Neptuno sacando la cabeza de debajo de las aguas e increpando a los vientos, que están revolviendo el mar para hacer zozobrar la flota que Eneas dirige hacia Italia, para fundar una estirpe de la que saldrán los primeros representantes del Principado. Neptuno grita al vendaval desatado en sus dominios: “¿Tanta osadía os inspira vuestro linaje? ¿Ya no necesitáis más mis órdenes ¡Oh vientos! para trastornar cielo y tierra y levantar esas ingentes moles? ¡Mereceríais! . . . Pero mejor será calmar las ondas alteradas. Otra vez no os libraréis así.” (Virgilio 14)

61. Luis Osvaldo Zayas Micheli dice al presentar a Hostos en la compilación que hace Luis Iñigo Madrigal en *Historia de la Literatura Hispanoamericana* que:

era un hombre de acción. No es el intelectual detrás del escritorio. Sus ideas y pensamiento son producto de sus experiencias vitales. Más todavía: Hostos construye hacia el futuro. Es el creador del pensamiento de todo un continente. Enseñó a pensar al mundo hispanoamericano. Por eso la crítica se ha detenido primero que nada en su vida. (Zayas Micheli 459)

62. Afincado el joven Hostos en Madrid, frecuenta el Ateneo y hace amigos entre republicanos y federalistas. Enrique Ríos en *El grito de rebeldía de Hostos “Bayoán”*. *Perfiles del “peregrino de la libertad” ante el 98*, dice que Hostos participó en las algaradas estudiantiles de la llamada Noche de San Daniel el 10 de abril de 1865 (166). A estos sucesos se refiere Pérez Galdós en el episodio *Prim* de sus *Episodios Nacionales*, aludiendo a “un antillano llamado Hostos, de ideas muy radicales, talentudo y brioso”, palabras escuetas que nos definen la valentía y la personalidad del antillano, aunque califique sus “ideas” como “muy radicales” Pérez Galdós conoció a Hostos siendo ambos redactores del periódico progresista *La Nación*” (Pérez Galdós 88).

63. El discurso en el Ateneo distancia a Hostos de compañeros republicanos como Emilio Castelar y Ripoll (1832-1899). La deriva que experimenta España en los años posteriores a la Revolución de 1868 inquietó a la clase política, y algunos de los amigos españoles de Hostos pusieron en hibernación su postura abierta a las reivindicaciones de los caribeños, como es el caso de Castelar, último presidente de la Primera República española. Para este ilustre tribuno prima ser español antes que republicano al enfrentarse al problema colonial. Hostos abandona la esperanza que había depositado en que España atendería las exigencias de las Antillas con la convicción de que donde no cupiera su patria, no podía caber él.

64. Es conocida la figura del poeta inglés romántico George Gordon Byron (1788-1824) como luchador por la libertad de un pueblo oprimido que no era el suyo. Bayoán es otro romántico entregado a defender la libertad del propio. Grecia y las Antillas estaban en parecida situación colonial, la primera a principios y éstas a finales del siglo XIX.

65. Borinquen es el nombre con el que los nativos identificaban a Puerto Rico y, como dice Hostos, gustaban de llamarla los criollos. El nombre de Puerto Rico le fue dado por los españoles debido a que, según escritos coloniales, había oro en las arenas del puerto que hoy es su capital. Descubierta por Cristóbal Colón en 1493 en su segundo viaje, fue

colonia española los cuatro siglos siguientes, hasta que en aplicación del tratado de París de 1898 fue cedida a los Estados Unidos de América a comienzos del año siguiente.

66. Bayoán cumple en Marién el destino que la humanidad ha impuesto al varón y a la mujer según los principios krausistas asumidos por Hostos. Así expresa el filósofo alemán Kraus el cometido del hombre y de la mujer en su obra *Ideal de la Humanidad para la vida*:

El varón, por ejemplo, reconociendo en sí la ley de la generación de la humanidad, cumpliría esta ley del todo en sí como la parte, haciéndose todo para la otra mitad humana, siendo para ella una condición viva en amor, en derecho, en respeto moral para la educación y la elevación de esta otra parte y de su descendencia, *para su entera humanización*. (14)

67. El Grito de Lares se le conoce así por ser el lugar de Puerto Rico donde en septiembre de 1868 se inicia una insurrección armada por la independencia de la isla y el fin de la colonización española. En el mismo mes y año tiene lugar en la metrópoli la Revolución Gloriosa que termina con el reinado de Isabel II, y un mes después se produce en Cuba el Grito de Yara. Los dos levantamientos se enmarcan dentro del movimiento anticolonialista que cundía entre las últimas colonias españolas del Caribe. La insurrección puertorriqueña fue pronto dominada, mientras que la cubana se prolongó durante varios años.

68. La mita era en la época colonial un sistema de trabajo de explotación del campo y especialmente en las minas, por el que se reclutaba forzosamente a indígenas como fuerza de trabajo, llegándose a trasladarles con sus familias a vivir en el sitio donde debían trabajar. Por otro lado, la encomienda establecía una relación entre un español y unos indígenas, que recuerda de alguna manera la que existía en tiempos feudales entre señores y vasallos. La corona española concedía a una persona un determinado número de indígenas y los ponía bajo su responsabilidad. A cambio de recibir tributo de ellos en forma de trabajo o en especie, debía protegerlos, enseñarles el español y adoctrinarles en la religión católica.

69. Alejandro Torres-Rivera es un abogado, con práctica laboral sindical, profesor de Derecho Laboral, escritor, analista político, profesor del Instituto de Relaciones de Trabajo de la Universidad de Puerto Rico y dirigente del Movimiento Independentista Nacional Hostosiano (MINH).

70. Véanse, por ejemplo, las frases agrupadas y encadenadas introducidas por la copulativa y. Se refieren a Cuba; en ellas apostrofa a los españoles, valiéndose de una anáfora acusadora que va incrementando su fuerza a medida que avanza: “Y mientras ella . . . y cuando ella . . . y cuando volvió . . . y ella sintió . . . y no quería. . . Y esto habéis querido, ¿qué os extraña? . . . Y si esto sabéis y conocéis. . .” (Martí, *El presidio* 31).

71. El periodo que de 1868 a 1874 se conoce en la historia de España con el nombre de Sexenio Democrático. Fue un tiempo convulso precedido y seguido por una misma

forma de gobierno que tuvo al frente una monarquía de la misma casa real. Comienza con la expulsión de la reina Isabel II y termina con la restauración en el trono a otro Borbón, su hijo Alfonso XII. Entre ambos discurrieron unos años de una gran inestabilidad política; en ellos se sucedieron en el 68 una revolución y el comienzo de la primera guerra de Cuba, una Constitución en el 69, la elección de un nuevo rey en el 71, una nueva guerra carlista en el 73, proclamación de la Primera República y nueva Constitución en el 73 acompañadas del movimiento cantonalista y la Restauración borbónica con nueva Constitución en el 74.

72. Martí interpreta la garra del león como una nueva mano que escribiera una profecía al modo como la mano que escribió en una pared las fatídicas palabras que cita en *El presidio político en Cuba*. Aquel episodio se relata en el capítulo 5 del Antiguo Testamento de la Biblia, en el libro del profeta hebreo Daniel. En las versículos 25 al 28 el profeta hace la interpretación ante el rey babilonio Baltasar: “Lo que está escrito es *Mené, Téquel y Perés*. Y esta es su interpretación: *Mené*: Dios ha contado los días de tu reinado y les ha puesto fin; *Téquel*: has sido pesado en la balanza y te falta peso; *Perés*: tu reino se ha dividido y ha sido entregado a los medos y los persas” (*Biblia de Jerusalén*, Daniel 5.25-28). La profecía de Martí tuvo algún cumplimiento en los agitados años del Sexenio democrático español.

73. Said, intelectual palestino educado en la cultura occidental, dice de sí acerca de dos tendencias en su obra *Culture and Imperialism*:

I find myself caught between the two, as many of us are who were brought up during the period when the classical colonial empires were dismantled. . . . My homemade resolution of the antithesis between involvement and theory has been a broad perspective from which one could view both culture and imperialism and from which the large historical dialectic between one and the other might be observed even though its myriad details cannot be except occasionally. (194)

En realidad, Martí en los años que siguieron al presidio, se liberó de la teoría (la posibilidad de una Cuba unida a España en pie de cierta igualdad) para dejar paso únicamente al compromiso de la independencia total de Cuba.

74. En la carta a su compatriota José Alfonso Lucena del 9 de octubre de 1885, Martí declina la invitación a participar al día siguiente en la conmemoración del recuerdo a los cubanos muertos en las guerras por la liberación de Cuba. En ella abunda en ideas que expresará después en la carta que dirigió a Máximo Gómez. No cree conveniente lanzar una guerra en ese momento puesto que teme que el resultado aboque a una situación de caudillaje porque:

la tiranía es una misma en sus varias formas, aun cuando se vista en alguna de ellas de nombres hermosos y de hechos grandes; . . . no se debe poner mano sobre la paz y la vida de un pueblo sino con un espíritu de generosidad casi divina, en que los que se sacrifiquen por él garanticen de ante mano con actos y palabras el explícito intento de poner la tierra que se

liberta en manos de sus hijos, en vez de poner, como harían los malvados, sus propias manos en ella, so capa de triunfadores. (I: 185-6)

75. Gomáriz en su publicación sobre “Originalidad e independencia estética y cultural en la narrativa de José Martí” dice sobre el objetivo que el autor se propone con su novela que:

La verdadera vida de la novela, su afirmación de la historia original y su lucha por la descolonización política de la nación y del sujeto subalterno en Hispanoamérica, la reconstruye Martí en *Lucía Jerez* mediante un discurso de resistencia autóctono codificado en las ideas de originalidad e independencia estética y cultural. (61)

76. Martí reconoce en *Nuestra América* que la independencia no trajo automáticamente ni la libertad que se deseaba ni un cambio sustancial en las estructuras de poder en las nuevas repúblicas iberoamericanas. Sin aplicar en sentido total y literal la conocida expresión de Giuseppe Tomasi di Lampedusa (1896-1957) en *El Gatopardo*, (si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie), acierta en lo sustancial cuando escribe en *Nuestra América*:

la constitución jerárquica de las colonias resistía la organización democrática de la República. . . . La colonia continuó viviendo en la república. . . . El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga; en desestancar al indio; en ir haciendo lado al negro suficiente. . . . Nos quedó el oidor, y el general, y el letrado, y el prebendado. (Martí, *Ensayos y crónicas* 162-64)

77. En la carta a Lucena del 9 de octubre de 1885, excusándose por no asistir al recuerdo de los héroes muertos por la independencia, dice sin autocomplacencia que:

Ni un solo instante me arrepiento de haber estado con los vencidos desde la terminación de nuestra guerra, y de seguir entre ellos. . . . Cuanto puedo dar he dado, y he de dar, obrando activamente, ya en lo visible, ya con mi silencio, para obtener en mi país la cesación de un gobierno que lo maltrata y desafía, y sustituirle por otro que asegure el decoro y la hacienda de sus hijos, el decoro sobre todo, que vale más que la hacienda. (Martí, *Obras Completas* I :184)

A su amigo Manuel Mercado le escribe una carta inconclusa el 18 de mayo de 1895, el día antes de morir, en la que dice:

ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo En mí, sólo defenderé lo que tenga yo por garantía o servicio de la revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad. (Martí, *Obras Completas* IV: 167, 170)

78. Edward Said distingue entre imperialismo y colonialismo. Del primero dice que consiste en “la práctica, la teoría y las actitudes de un centro metropolitano dominante que rige un territorio distante”; y del segundo afirma que es “casi siempre consecuencia del primero, y consiste en “la implantación de asentamientos en esos territorios distantes”. Para él, el segundo puede desaparecer sin que lo haga el primero, pues: “En nuestra época, el colonialismo directo está ya ampliamente periclitado; en cambio, el imperialismo persiste en uno de sus ámbitos de siempre, en una especie de esfera general cultural, así como en prácticas sociales específicas, políticas, ideológicas y económicas” (*Culture and Imperialism* 9).

79. Martí abunda en estas ideas en el párrafo sexto de *Nuestra América* cuando escribe que:

La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. No es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras Repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras Repúblicas. (161)

80. La Conferencia Internacional Americana (1889-1890) fue un instrumento en manos de los Estados Unidos de América para la creación de una unión aduanera con el resto de las Repúblicas Iberoamericanas. Martí asistió a sus sesiones y resumió en *Nuestra América* las ideas maestras que expresó en las crónicas, que sobre la misma publicó en el periódico argentino *La Nación* y *El Partido Liberal de México*. Bajo el pretexto de que la Conferencia contribuiría al encauzamiento y resolución de los conflictos entre las nuevas naciones americanas, estaba la idea de la supremacía norteamericana y la defensa de sus intereses. La conferencia tomó el acuerdo de celebrar otra en 1891 que se ocuparía de la conveniencia de establecer una unión monetaria internacional, con el fin de crear una o varias monedas para los países del continente. Martí se opuso al establecimiento de una moneda de plata y propuso un sistema de monedas uniformes para hacer más morales y seguras las relaciones económicas entre los distintos pueblos.

81. Martí fundó en Nueva York el 14 de marzo de 1892 el periódico *Patria* para canalizar el pensamiento, el sentimiento y la acción de los emigrantes caribeños, y para incrementar la campaña de propaganda revolucionaria a favor de la independencia de Cuba y Puerto Rico. Salió a la calle durante casi siete años, hasta el fin de la guerra de independencia, con el número 522 el 31 de diciembre de 1898. En sus obras completas se recoge la presentación de la publicación en la que Martí anuncia su propósito con las siguientes palabras:

Nace este periódico por voluntad y con los recursos de los cubanos y puertorriqueños independientes de Nueva York, para contribuir, sin premura y sin descanso, a la organización de los hombres libres de Cuba y Puerto Rico, en acuerdo con las condiciones y necesidades actuales de las

Islas, y su constitución republicana venidera . . . Para juntar y amar, y para vivir en la pasión de la verdad, nace este periódico. (I: 315)

82. Con el fin de unificar las fuerzas que se alzaron en 1868 para conseguir la independencia de Cuba, se reunió una Asamblea de representantes en la ciudad de Guáimaro (10 de abril de 1869). El acuerdo principal fue la redacción de una Constitución que se aprobó en 1869 y estuvo en vigor hasta 1878 en que se firmó la Paz de Zanjón. Se consagró la división de poderes, se creó una cámara de representantes y se declararon libres todos los habitantes de la recién nacida República. Su vigencia se limitó a los espacios controlados por las fuerzas rebeldes. Fue la Constitución de una república en armas, que inauguraba una tradición democrática en una nación que quería dejar de ser colonia.

83. Roberto Fernández Retamar (1930-) en el volumen segundo de *Historia de la Literatura Hispanoamericana* dice refiriéndose a la personalidad y significado de Martí:

Cada vez se hace más evidente que, así en lo político Martí es el iniciador de una nueva etapa en nuestra historia, al plantearse metas antiimperialistas y de justicia social cuya realización respondería ya a nuestro siglo, a nuestros días . . . otro tanto ocurre en lo literario. Él proyecta e inicia la nueva literatura de nuestra América, e inaugurará así una etapa de nuestras letras en las que nos encontramos aún. (II: 571)

84. El artículo “República de las letras: La invención del 98” de Enrico María Santi, citado por el profesor Torres-Pou en su publicación sobre Rubén Darío, comenta la ausencia de comentarios sobre la pérdida de Cuba entre los escritores.

Obras citadas

- Aires de Ronda. "Toná y Jota de Quintos". Several Records, 5 Mayo 1999.
- Anderson, Benedict. *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Verso, 2006.
- . *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Verso, 2006.
- Arenas Fuentes, Reinaldo. "Meza, el precursor". *Revista Iberoamericana*, vol. 56, no. 152-153, julio-diciembre 1990, pp. 777-779.
- Baroja, Pío. *El árbol de la ciencia*. Cátedra, 1992.
- Bhabha, Homi K. *El lugar de la cultura*. Editorial Manantial SR, 2002.
- Biblia de Jerusalén*. Descleé de Brouwer, 1998.
- Bizcarrondo, Marta. "El autonomismo cubano 1878-1898: Las ideas y los hechos." *Historia Contemporánea*, no. 19, 1999, pp. 69-94.
- Blasco Ibáñez, Vicente. *Cañas y barro*. Biblioteca El Mundo, 2001.
- Buma, Pascal Pensena. *The Bildungsroman and Self-Hood: Beyond Race, Gender and Culture*. 1997. The Pennsylvania State University, PhD dissertation.
- Caballero Wangüemert, María. "Memoria, Escritura, Identidad nacional: Eugenio María de Hostos". *Cuadernos de América Sin nombre, Universidad de Alicante*, nº.12, 2005, pp. 1-268.
- Canel, Eva. *Lo que vi en Cuba (A través de la isla)*. Imprenta y Papelería La Universal, 1916.
- Collazo Tejada, Enrique. *Los Americanos en Cuba*. Imprenta C. Martínez y Comp., 1905. archive.org/details/losamericanosenc00coll.
- Comisión presidencial para la Conmemoración del Bicentenario de la Carta de Jamaica.. *Simón Bolívar: Carta de Jamaica 1815-2015*. Gobierno bolivariano de Venezuela, 2015.
- Congreso de los Diputados, Diario de las Sesiones de Cortes. *Legislatura de 1884-85*, tomo XI, no. 173-187. Imprenta y fundición de los hijos de J. A. García, 1885.
- De Hostos, Eugenio María. Editado por Eugenio Carlos de Hostos, 1939. *Obras Completas de Eugenio María de Hostos. Edición conmemorativa del Gobierno de Puerto Rico con motivo del centenario 1839/1939*. Vol. I, Cultural S.A., 1939. 21 vols.

---. *La peregrinación de Bayoán*. Mestas Ediciones, 2004.

Díaz, Luis Felipe. "Análisis De La Peregrinación De Bayoán." *(Post)modernidad puertorriqueña*, Universidad De Puerto Rico, 24 diciembre 2012, postmodernidadpuertorriquena.blogspot.com/2012/12/normal-0-false-false-false-en-us-ja-x.html.

Emerson, Caryl. *The First Hundred Years of Mikhail Bakhtin*. Princeton University Press, 1975.

Estrade, Paul. "El autonomismo criollo y la nación cubana (antes y después del 98)." *Imágenes e imaginarios nacionales en el ultramar español*, editado por Consuelo Naranjo Orovio y Carlos Serrano, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1999, pp. 155-170.

Fanon, Frantz. *Los condenados de la tierra*. Fondo de Cultura Económica, 2014.

---. *Piel negra, máscaras blancas*. Ediciones Akal, 2009.

Fernández Retamar, Roberto. *Naturalidad y novedad en la literatura martiana. Historia de la Literatura Hispanoamericana: Del Neoclasicismo al Modernismo*, compilado por Luis Íñigo Madrigal, Cátedra, 2008. 2 vols.

Galván González, Victoria. "La independencia de Cuba desde la mirada de la metrópoli: El separatista (1895) de Eduardo López Bago". *Filología y Lingüística*, vol. XXXIV, no. 1, 2008, pp. 53-66.

Gomáriz, José. "Originalidad e independencia estética y cultural en la narrativa de José Martí." *Anuario del Centro de Estudios martianos*, no. 23, 2000, pp. 54-61.

---. *Colonialismo e independencia cultural. La narración del artista intelectual hispanoamericano del siglo XIX*. Verbum, 2005.

González Zamora, Reynaldo. *Ramón Meza: La ironía incomprensida*. Ediciones Vigía, 2010.

González-Ripoll Navarro, María Dolores. *Eugenio María de Hostos: Utopía y federación*. Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1996.

Henn, David. "Reflections of the war of 1898 in Pardo Bazan's fiction and travel chronicles." *Modern Language Review*, vol. 94, no. 2, 1999, pp. 414-425.

Hugh, Thomas. *Cuba. La lucha por la libertad*. Random House Mondadori, 2011.

Jameson, Frederic. *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico*. Visor Distribuciones S.A., 1989.

- Juliá Díaz, Santos. *Memoria del 98*. El País, 1997.
- Krause, Karl Christian Friedrich. *Ideal de la Humanidad para la vida*. Traducida por Julián Sanz del Río, Ediciones Mercedes Martín Cinto. Universidad de Málaga, 2004.
- Lefevre Tavárez, Jorge Enrique. *Las voces autoriales en la Peregrinación de Bayoán*. 2012. Universidad de Puerto Rico, PhD dissertation.
- León Roca, José Luis, compilador y editor Vicente Blasco Ibáñez. *Artículos contra la Guerra de Cuba publicados en el diario El Pueblo*. Ediciones León Roca, 1978.
- Litvak, Lily. *Latinos y anglosajones: Orígenes de una polémica*. Puvill, 1980.
- López Bago, Eduardo. *El separatista. Novela médico-social*. Castalia, 1997.
- Mainer Baqué, José-Carlos. "Crisis de fin de siglo y literatura". *Memoria del 98*, editado por El País, 1997, pp. 293-298.
- Martí, José. *El presidio político en Cuba*. Rincón Martiano, 1944.
- . *Ensayos y Crónicas*. Editado por José Olivio Jiménez. Cátedra, 2012.
- . *Lucía Jerez*. Editado por Carlos Javier Morales, Cátedra, 2006.
- . *Obras Completas de José Martí*. 2ª edición. Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro, 1975. 27 vols.
- . *Obras completas. Manifiesto de Montecristi. El Partido Revolucionario Cubano a Cuba (1895)*. Editorial de Ciencias Sociales, 1975. 24 vols.
- . *Obras completas. Mi tío el empleado, novela de Ramón Meza*. El Avisador Cubano, 1888. 5 vols.
- Merchán, Rafael María. *Cuba, justificación de su guerra de independencia*. Imprenta de "La Luz", 1896.
- . *Cuba: Justificación de su guerra de independencia*. La luz, 1896.
- Mesa Garrido, Roberto. *El colonialismo en la crisis de XIX español*. Ediciones Cultura Hispánica, 1990.
- Meza y Suarez Inclán, Ramón. *Mi tío el empleado*. Red ediciones, 2011.
- Miampika, Landry-Wilfrid. *Transculturación y poscolonialismo en el Caribe. Versiones y subversiones de Alejo Carpentier*. Editorial Verbum, 2005.

- “Monroe Doctrine; December 2 1823”. The Avalon Project, Yale Law School, 2008, avalon.law.yale.edu/19th_century/monroe.asp.
- Montoro y Valdés, Rafael. *Ideario Autonomista. Cuadernos de cultura*, cuarta serie, Publicaciones de la Secretaría de Educación de Cultura de La Habana, 1938. 4 vols.
- Navarro, Ana. “La Correspondencia diplomática de Valera desde Frankfurt, Lisboa, Washington y Bruselas. VI: Estados Unidos (1884-1886).” *Cuadernos para la Investigación de la Literatura Hispánica*, no. 22, 1997, pp. 181-206.
- . “La Correspondencia diplomática de Valera desde Frankfurt, Lisboa, Washington y Bruselas. VII: Estados Unidos (1884-1886).” *Cuadernos para la Investigación de la Literatura Hispánica*, no. 25, 2000, pp. 211-238.
- . “La Correspondencia diplomática de Valera desde Frankfurt, Lisboa, Washington y Bruselas. IX: Estados Unidos (1884-1886).” *Cuadernos para la Investigación de la Literatura Hispánica*, no. 29, 2004, pp. 371-407.
- Núñez Florencio, Rafael. *Militarismo y Antimilitarismo en España (1888-1906)*. CSIC, 1990.
- Pardo Bazán, Emilia. “La España de ayer y la de hoy (La muerte de una leyenda).” La Sociedad de Conferencias de París, 18 abril 1899, Salle Charras, Paris. Conferencia.
- . “La oreja de Juan Soldado”. 6 marzo 1899. *El Imparcial*, Biblioteca Virtual Universal, 2006, www.biblioteca.org.ar/libros/130894.pdf.
- . “La vida contemporánea. De réquiem”. *La Ilustración Artística*, mayo 1898, p. 337.
- . “La vida contemporánea. Elegía”. *La Ilustración Artística*, mayo 1898, p. 314.
- . “La vida contemporánea. Las Cortes”. *La Ilustración Artística*, mayo 1898, p. 282.
- . “La vida contemporánea. Respirando por la herida”. *La Ilustración Artística*, agosto 1899, p. 506.
- . “La vida contemporánea. Resurrección”. *La Ilustración Artística*, mayo 1898, p. 314.
- . *Cuentos de Navidad y Reyes*. Extramuros: 1902.
- Peña-Jordán, Teresa. *Cuerpo político del deseo: Literatura, género e imaginario geocultural en Cuba y Puerto Rico (1863–2000)*. 2005. University of Pittsburgh, PhD dissertation.

Pérez Dionisio, Maritza. "La inmigración hispana en Santiago de Cuba (1868-1898)." *Estudios de historia social y económica de América*, no. 13, 1996, pp. 427-443.

Pérez Galdós, Benito. *Episodios Nacionales 39: Prim*. Alianza Hernando, 1980.

Pérez Salas, Randal Ricardo. *Paisaje después de la tormenta: desencanto y melodrama en novelas cubanas y puertorriqueñas de finales del siglo XIX*. The University of Western Ontario, 2014.

Pérez Serrano, Julio. "La guerra de Cuba en la geopolítica de su tiempo." Ponencia invitada a las Jornadas Cuba en el 98. Las últimas campañas, 16 a 19 de noviembre de 1998, Aula Militar de Cultura de Cádiz y la Universidad de Cádiz.

Pérez, Louis A. *Cuba Between Empires, 1878-1902*. University of Pittsburgh Press, 1983.

Pi i Margall, Francesc. *A la república de los Estados Unidos de América*. Biblioteca de Catalunya, 1998.

Pi y Margall, Francisco. "Artículo". *El Nuevo Régimen. Semanario Federal*, 8 enero 1898, vol. VIII, p. 366.

---. "Discurso del 19 de octubre de 1895". *El Nuevo Régimen. Semanario Federal*, 26 octubre 1895, vol. V, p. 251.

---. "Discurso". *El Nuevo Régimen. Semanario Federal*, 17 julio 1897, vol. VII, p. 341.

---. "Discurso". *El Nuevo Régimen. Semanario Federal*, 3 diciembre 1898, vol. VIII, p. 413.

---. "Entrevista". *El Nuevo Régimen. Semanario Federal*, 24 septiembre 1898, vol. VIII, p. 403.

---. "La semana". *El Nuevo Régimen. Semanario Federal*, 8 enero 1898, vol. VIII, p. 366.

---. "Mi opinión". *El Nuevo Régimen. Semanario Federal*, 23 enero 1897, vol. VII, p. 316.

---. "Nuestro Programa". *El Nuevo Régimen. Semanario Federal*, 17 enero 1891, vol. I, p. 1.

---. "Nuestro Programa". *El Nuevo Régimen. Semanario Federal*, 26 octubre 1895, vol. V, p. 251.

---. "Nuestro Programa". *El Nuevo Régimen. Semanario Federal*, 26 septiembre 1896, vol. VI, p. 299.

---. "Las reformas de Cuba y Puerto Rico". *El Nuevo Régimen. Semanario Federal*, 16 febrero 1895, vol. V, p. 215.

Piqueras Arenas, José Antonio. *Sociedad civil y poder en Cuba. Colonia y poscolonia*. Siglo XXI, 2005.

- Quiroz Norris, Alfonso. "Corrupción, burocracia colonial y veteranos separatistas en Cuba, 1868-1910". *Revista de Indias*, vol. XI, no. 221, 2001, pp. 91-111.
- Ríos, Enrique. "El grito de rebeldía de Hostos "Bayoán". Perfiles del "peregrino de la libertad" ante el 98". *Revista de Historia y Comunicación social*, vol. 3, 1998, pp.163-176.
- Roca, León, editor. *Vicente Blasco Ibáñez: Artículos contra la Guerra de Cuba publicados en el diario El Pueblo*. Ediciones León Roca, 1978.
- Rodríguez Cepeda, Román-Amador, y Enrique Rodríguez Cepeda. "Pi y Margall y los Estados Unidos (La importancia de un documento)." *Cuadernos de Filología Hispánica*, 1981, pp. 181-207.
- Rodríguez Coronel, Rogelio. "Mi tío el empleado: una trasgresión modernizadora". *Contexto*, vol. II, no. 13, 2007, pp. 151-162.
- Rodríguez, José Ignacio. *Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la Anexión de la Isla de Cuba a los Estados Unidos de América*. Imprenta La Propaganda Literaria, 1900.
- Roldán de Montaud, Inés. "El republicanismo español y el problema colonial del Sexenio al 98." *Revista Ayer*, no. 39. CISC: Universidad de Alcalá, 2000, pp. 37-60.
- Said, Edward Wadie. *Culture and Imperialism*. Random House, 1993.
- Sánchez Andrés, Agustín. "La alternativa federal a la crisis colonial. Las colonias en los proyectos de organización federal del Estado (1872-1873)." *Revista Complutense de Historia de América*, no. 23, 1997, pp. 193-208.
- Selden, Raman, et. al. *La teoría literaria contemporánea*. Ariel, 2010.
- Serrano, Carlos. "España y el Imperialismo". *Historia de España: La Restauración (1874-1902)*, vol. 10, compilado por Antonio Domínguez Ortiz, Editorial Planeta, 1990, pp. 175-274.
- Sevillano Castillo, Rosa. "Ideas de José Antonio Saco sobre la incorporación de Cuba a los Estados Unidos (París, noviembre de 1848)." *Revista Quinto Centenario*, vol. 10. 1986, pp. 211-232.
- Sommer, Doris. *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*. Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Spivak, Gayatri Chakravorty. *A Critique of Postcolonial Reason. Toward a History of the Vanishing Present*. Harvard University Press, 1999.
- . "Can the Subaltern Speak?" *Marxism and the Interpretation of Culture*, edited by Cary Nelson and Lawrence Grossberg. University of Illinois Press, 1988, pp. 271-313.

- Spurr, David. *The Rhetoric of Empire: Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing and Imperial Administration*. Duke University Press, 1993.
- Tarragó, Rafael Emilio. "La Guerra de 1895 en Cuba y sus consecuencias". *Revista Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura*, vol. 185, no. 735, enero-febrero 2009, pp. 215-229.
- . "The Thwarting of Cuban Autonomy. (The U.S. and Cuba, a Ocean of Mischief)". *Orbis*, vol. 42, no. 4, Fall 1998, pp.1-10.
- Thomas, Hugh. *Cuba. La lucha por la libertad*. Random House Mondadori, 2011.
- Tone, John Lawrence. *Guerra y genocidio en Cuba, 1895-1898*. Turner/Armas y Letras, 2008.
- Torres-Pou, Joan. *Asia en la España del siglo XIX, literatos, viajeros, intelectuales y diplomáticos en Oriente*. Editions Rodopi, 2013.
- . "Un escritor centroamericano ante el 98: Rubén Darío cronista del fin de siglo". *Bulleting of Hispanic Studies*, vol. 176, no. 2, pp. 245-261.
- Torres-Rivera, Alejandro. "La Unidad Antillana en el ideario de José Martí, Eugenio María de Hostos y Ramón Emeterio Betances". *Ponencia en el Ateneo de San Juan de Puerto Rico: Hostos, Betances y Martí: ¿Pertinentes en el siglo XXI?*, 28 de enero de 2012, www.redbetances.com/columnas/alejandro-torres-rivera/999-alejandro-torres-rivera--minh.html.
- Uría González, Jorge. *Asturias y Cuba en Torno al 98*. Labor Universitaria, 1994.
- Valera, Juan. "Las dos rebeliones." *Estudios críticos sobre historia y política*. Linkgua, 2012, pp. 161-166.
- . "Letras y armas." *Estudios críticos sobre historia y política*. Linkgua, 2012, pp. 185-190.
- . "Quejas de los rebeldes de Cuba." *Estudios críticos sobre historia y política*. Linkgua, 2012, pp. 131-144.
- . "Sobre dos tremendas acusaciones sobre España del angloamericano Draper." *Estudios críticos sobre historia y política*. Linkgua, 2012, pp. 79-106.
- . *Cartas americanas de Juan Valera*. Biblioteca virtual universal. Editorial del Cardo, 2006.
- Varo, Carlos. *Puerto Rico: Radiografía de un pueblo asediado*. Ediciones Puerto, 1973.
- Varona y Pera, Enrique José. *Cuba contra España*. Imprenta "América", 1895. archive.org/details/cubacontraespa00varo.

Villaverde, Cirilo. *Cecilia Valdés o la Loma del Ángel*. Cátedra, 2008.

Virgilio Marón, Publio (70- 19 a.C.). *La Eneida*. Ediciones Brontes, 2013.

Zayas Micheli, Luis Osvaldo. “Eugenio María de Hostos”. *Historia de la Literatura Hispanoamericana: Del Neoclasicismo al Modernismo*, compilado por Luis Íñigo Madrigal, Cátedra, 2008, pp. 459-464.

VITA

MARIA APARICIO-TORRES

March 2017	Ph. D. Spanish Language and Literature. Department of Modern Languages and Literatures. Florida International University (Miami, FL). Dissertation: "Spanish and Cuban Politicians, Publicists and Reporters Facing the Cuban Crisis at the End of the Nineteenth Century"
June 2016	Dissertation Year Fellowship and January 2016 Dissertation Evidence Acquisition. Florida International University
April 2016	Pablo Ruiz y Miguel Ángel Quesada Fellowship. Florida International University
July 2013	Miami-Florida European Union Center of Excellence and the European Studies Program at FIU. "European Higher Education reform and its impact in Spain"
Aug 2011 – April 2017	Teaching assistant, Department of Modern Languages, Florida International University, Miami, FL
Aug 2011 – 2013	M. A. in Spanish Literature. Certificate in European Studies. Department of Modern Languages and Literatures. Florida International University (Miami, FL)
September 2010 – July 2011	M.A. in Hispanic Literatures: Art, Culture and Society – Department of Spanish Literature. Universidad Autónoma, Madrid (Spain)
July 2010	Kenneth Galbraith Award. Franklin Institute at Universidad de Alcalá de Henares (Madrid, Spain). "Commercial relations between US and Spain 1990- 2008"
September 2009 – August 2010	M.A. in North American Studies. Department of English Studies. Universidad Alcalá de Henares, Madrid (Spain)

2006 – 2011	Instructor, Department of Translation and Interpretation Studies, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid (Spain).
2009 – 2010	Instructor, Department of Linguistics applied to science and technology, Universidad Politécnica de Madrid, Madrid (Spain).
September 2003 – June 2004	M.A. in. Department of Education. Universidad Complutense de Madrid, Madrid (Spain)
October 1995 – June 2001	B.Sc. in Business Administration. Department of Business Administration and Economy. Universidad Antonio de Nebrija, Madrid (Spain)
October 1995 – June 2000	B.A. in English Philology Department of English. Universidad Antonio de Nebrija, Madrid (Spain)

PUBLICATIONS AND PRESENTATIONS

“Tristana, ser mujer en España del Siglo XIX”. *Pedagogía Histórico Literaria*. Acoyauh. Revista del Centro de Investigación y Docencia, julio-diciembre 2015, pp. 52-62.

“Between Federalism and Separatism Pertaining to the Cuban Question”.

“Pi y Margall: de la autonomía a la independencia de Cuba”.

“El discurso frente a la colonización española en La peregrinación de Bayoán y la anexión de las Antillas a Estados Unidos”.

“La posición de dos escritoras españolas de finales del siglo XIX acerca de la actuación de los Estados Unidos en Cuba”.

“Escritores españoles ante las pretensiones colonialistas de España después del 98”.

South Atlantic Modern Language Association. [SAMLA 88's](#). Jacksonville. 2016.

“La actuación de Estados Unidos en Cuba vista por dos escritoras españolas de finales del XIX”. XII Encuentro Internacional de Escritoras. FIU. Miami. 2016

“El discurso frente a la colonización española en La peregrinación de Bayoán y la anexión de las Antillas a Estados Unidos”. City University of New York. New York. 2016